

1/2 **LA NOVELA ILUSTRADA**

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 130

**EL TRIBUNAL
DE LA SANGRE**

TOMO PRIMERO

POR R. ORTEGA Y FRIAS



La ronda acometió á Raúl espada en mano

35 CTS.

27-5-60/2

EL TRIBUNAL DE LA SANGRE

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,"

- 1.—RENATA MAUPERIN, por J. y E. Goncourt.
¡CENTINELA, ALERTA!, por Matilde Serao.
- 2.—LOS MIL Y UN FANTASMAS, por A. Dumas.
- 3.—EL HIJO DE LA PARROQUIA, por C. Dickens.
- 4.—CARMEN, por Próspero Merimée, y CORAZÓN DE TOBERO, por Teófilo Gautier.
- 5.—HÉRCULES EL ATREVIDO, por A. Dumas.
- 5.—EL DOCTOR RAMEAU, por Jorge Ohnet.
- 7.—HUMO, por Iván Turguenef.
- 8.—EL PESCADOR DE ISLANDIA, por Pierre Loti.
- 9.—RAFFLES EL ELEGANTE, por E. W. Hornung.
- 10.—LA SAVELLI, por G. Agustín Thierry.
- 13.—AMOR DE ESPAÑOLA, por J. B. d'Aureville.
- 15.—FUERTE COMO LA MUERTE, por G. Maupassant.
- 16.—LA DAMA VESTIDA DE BLANCO, por W. Collins.
- 17.—CRIMEN Y CASTIGO, por F. Dostoyewsky.
- 18.—MIS^o MEFISTÓFELES, por Fergus Hume.
- 19.—EL SOMBRERO DEL CURA CIRILO, por Marchi.
- 20.—TIEMPOS DIFÍCILES, por Carlos Dickens.
- 22.—LAS AGUAS DEL MONTE ORTOL, por Guy de Maupassant.
- 23.—EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO, por E. W. Hornung.
- 24.—VENGANZA CORSA, por Próspero Merimée.
- 25.—PADRE Y FISCAL, por Francisco Copée.
- 26.—EL ILUSTRE CANTASIRENA, por G. Rovetta.
- 27.—EL LADRÓN NOCTURNO, por E. W. Hornung.
- 28.—EL ÍDOLO DE LOS OJOS VERDES, por P. Brebner.
- 30.—LOS BUSCADORES DE ORO, por E. Conscience.
- 31.—LA BOHEMIA, por Enrique Murger.
- 33.—LA PEÑA DEL MUERTO, por Quiller Couck.
- 34.—LOS CABALLEROS DEL BOSQUE, por J. Sand.

Colección Conan-Doyle.

- 11.—SABLE EN MANO.
- 12.—AL GALOPE.
- 14.—LA BANDERA VERDE.
- 21.—LA TRAGEDIA DEL KOROSKO.
- 29.—EL MILLÓN DE LA HEREDERA.
- 32.—EL VENDEDOR DE CADÁVERES.
- 43.—EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL.

Colección Victor Hugo.

- 35.—BUG-JARGAL.
- 36.—HAN DE ISLANDIA.
- 37.—EL NOVENTA Y TRES.
- 38.—EL HOMBRE QUE RÍE (2 tomos).
- 39.—LOS TRABAJADORES DEL MAR.
- 40.—NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.
- 41 y 42.—LOS MISERABLES (2 tomos).

Colección Tolstoi.

- 44.—RESURRECCIÓN.
- 45.—LA GUERRA Y LA PAZ.
- 46.—LA SONATA DE KREUTZER.
- 47 y 48.—ANA KARENINE (2 tomos).

Colección Rocambole, por Ponson du

Terrail.

- 77.—LA HERENCIA DE LOS DOCE MILLONES.
- 78.—EL TONEL DEL MUERTO.
- 79.—EL CLUB DE LOS VEINTICUATRO.
- 80.—EL RIVAL DE BACCARAT.
- 81.—LA ESTOCADA DE LOS CIEN LUISES.
- 82.—EL JURAMENTO DE LA GITANA.
- 83.—LAS DOS CONDESAS.
- 84.—EL TRIUNFO DEL MAL.
- 85.—ROCAMBOLE TIENE MIEDO.
- 86.—EL ESPECTRO DE LA GUILLOTINA.
- 87.—LOS CABALLEROS DEL CLARO DE LUNA.
- 88.—LA SOMBRA DE DIANA.
- 89.—EL PACTO DE LAS TRES MUJERES.
- 90.—EL HOMBRE DE LAS GAFAS AZULES.
- 94.—EL NÚMERO CIENTO DIEZ Y SIETE.
- 95.—LA CÁRCEL DE MUJERES.
- 96.—LOS LOBOS DE LA NIEVE.
- 97.—EL TELEGRAMA FALSO.
- 98.—LAS GARRAS DE COLOR DE ROSA.
- 99.—LA TABERNA DE LA MUERTE.
- 100.—EL FANTASMA DE LAS CADENAS.
- 101.—LAS CANTERAS DEL CRIMEN.
- 102.—EL CADÁVER DE CERA.
- 103.—LA VIUDA DE LOS TRES MARIDOS.
- 104.—LAS FIERAS DE LA SELVA.
- 105.—EL BARRIL DE PÓLVORA.
- 106.—LOS TRES VERDUGOS.
- 107.—EL MOLINO SIN AGUA.
- 108.—EL PLAN DEL HOMBRE GRIS.
- 109.—EL CEMENTERIO DE LOS AJUSTICIADOS.
- 110.—UNA CITA DE AMOR.
- 111.—LOS DOS DETECTIVES.
- 112.—EL REO DE MUERTE.
- 113.—LA CUERDA DEL AHORCADO.
- 114.—LA NIÑA MUDA.
- 115.—EL SECRETO DE LA CARTERA.
- 116.—LA CASA DE LAS ROSAS.
- 117.—LOS PAPELES DEL ASESINO.
- 118.—EL RAPTO DE UNA MUERTA.
- 119.—EL HILO ROJO.

Colección Dumas.

- 49 y 50.—LOS TRES MOSQUETEROS (2 tomos).
- 51 á 53.—VEINTE AÑOS DESPUÉS (3 tomos).
- 54 á 59.—EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (6 tomos).
- 60 á 63.—EL CONDE DE MONTECRISTO (4 tomos).
- 64 y 65.—ASCANIO (2 tomos).
- 66 á 68.—LAS DOS DIANAS (3 tomos).
- 69 y 70.—EL PAJE DEL DUQUE DE SABOYA (2 tomos).
- 71.—EL HORÓSCOPO.
- 72 y 73.—LA REINA MARGARITA (2 tomos).
- 74 á 76.—LA DAMA DE MONSIEUR (3 tomos).
- 91 á 93.—LOS CUARENTA Y CINCO (3 tomos).
- 120 á 125.—MEMORIAS DE UN MÉDICO (6 tomos).
- 126 á 129.—EL COLLAR DE LA REINA.

LA NOVELA ILUSTRADA



EL TRIBUNAL DE LA SANGRE

Ó

LOS SECRETOS DEL REY

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO PRIMERO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director literario: **Vicente Blasco Ibáñez.**

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

EL TRIBUNAL DE LA SANGRE

PARTE PRIMERA

LAS DOS MADRES

CAPITULO PRIMERO

ALGUNAS ESCENAS EXTRAÑAS Y CASI INCOMPREENSIBLES

Mi querido lector, si la noche del 3 de Noviembre de 1570, y cerca de las once, te hubieses colocado tras de una de las espléndidas cortinas de terciopelo y oro que cubrían las puertas de la cámara que de ordinario ocupaba doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, hubieras podido escuchar lo siguiente:

—Toma—decía una voz dulcísima, una de esas voces conmovedoras, cuyo timbre parece llegar á lo más profundo del alma—, toma, Margarita, ni un momento, ni un momento pierdas... ¡Quién sabe si de esto depende la vida, y aún más que la vida de la infeliz!...

—Descuidad, señora— respondió otra voz fresca, argentina y no menos encantadora—, descuidad, que ya sabéis que nos amamos como hermanas.

Y si además de escuchar, lector, hubieses mirado por una rendija, habrías podido ver dos mujeres de singular belleza, pero que en nada se parecían.

La una era doña Isabel *de la Paz*, esposa del rey, sublime mártir, desdichada víctima, que después de haber sacrificado su corazón por el bien de su patria y de haber devorado silenciosamente dolor tras dolor, siendo espejo de rarísimas

virtudes, fué ruin y villanamente calumniada.

Sus negros cabellos, finos y brillantes, y sus ojos, negros también, grandes, rasgados, magníficos, velados por largas pestañas y de mirada melancólica, contrastaban admirablemente con los cabellos rubios dorados y los grandes ojos, azules como el cielo, de la otra mujer, cuyo nombre sabemos ya que era el de Margarita.

Ambas parecían estar profundamente tristes y preocupadas.

Doña Margarita, que había recibido un papel de manos de la reina, salió apresuradamente de la cámara, y en pocos momentos se perdió en el laberinto de pasillos y galerías del alcázar.

Entre tanto un hombre había penetrado en un aposento mal alumbrado y peor amueblado, y se había detenido delante de otro que estaba sentado y como aburrido de esperar.

Lo mismo el uno que el otro parecían ser escuderos.

—¿Saldrá por aquí?—preguntó el que había llegado.

—Sí—respondió el otro—; siéntate, Andrés.

—Es urgente el asunto, Nicolás.

—La prisa que traes me prueba que siguen los enredos, los misterios...

Nicolás se interrumpió, porque en la habitación inmediata sonó ruido de pasos.

Andrés se quitó el sombrero y aguardó con respetuosa actitud, mientras su compañero se disponía á encender una linterna de que iba prevenido.

Pocos segundos después se presentó un caballero que parecía frisar en los cincuenta años. Era de elevada estatura, flaco, nervioso, de rostro aguileño y regulares facciones. Sus ojos eran negros y aún conservaban sus pupilas el brillo del fuego de la juventud, y su mirada era viva, penetrante, en extremo dura y tenía una expresión nada común de desmedida altivez, que estaba muy en armonía con su continente grave, severo, imponente, como de quien está acostumbrado siempre á mandar como un déspota y nunca á obedecer. El corazón y las ideas de aquel hombre estaban retratados en su semblante, y para conocerlo á fondo, no era menester emplear mucho tiempo en estudiarlo.

Al ver á Andrés se detuvo, su frente se contrajo, escapáronse dos centellas de sus negros ojos y dijo:

—¿Ha ido?

—Sí, señor.

—¡Oh!—exclamó el caballero con voz reconcentrada y apretando los puños.

Y mientras la ira tornaba lívido su rostro, añadió:

—Vamos.

Ni pidió más explicaciones, ni su criado ó confidente intentó decirle más, y los tres salieron de la habitación, tomando por una galería y bajando por una escalera excusada con la precipitación del que todo puede perderlo por un minuto, encontrándose en breve fuera de la regia morada.

La atmósfera estaba fría, espesas nubes encapotaban el horizonte, y la lluvia amenazaba caer á torrentes.

Las calles estaban tenebrosas y solitarias.

Con las espadas desnudas y alumbrados por la linterna, caminaron con la misma precipitación hasta llegar á la calle de Santiago.

Allí se detuvieron junto á una casa grande.

Andrés llamó, abriéndose en seguida la puerta.

En el zaguán había cuatro hombres vestidos de negro, todos de rara, de feísima figura.

Eran alguaciles, que esperaban allí para salir á rondar con el señor alcalde don Roque de Mejía, noble segundón de una ilustre familia, y caballero del hábito de Santiago.

El recién llegado, que debía ser conoci-

do de los corchetes, pues todos lo saludaron con muestras de profundo respeto, preguntó:

—¿Está despierto el señor don Roque?

—Como que ahora—respondió uno de los alguaciles—iba á salir para rondar, y á venir cinco minutos después, no lo hubiera encontrado en casa vuestra señoría.

—Bien, pues anunciadme.

Quedaron en el portal los sirvientes; y, precedido de uno de los corchetes, pasó adelante el caballero hasta penetrar en la habitación donde el alcalde se encontraba disponiéndose para salir.

Saludáronse cordialmente y como hombres unidos por el lazo de una antigua y sincera amistad; pero don Roque hizo un gesto de disgusto que indicaba bien claramente que la inesperada visita, á pesar de hacérsela una persona á quien estimaba en mucho, le desagradaba, le contrariaba y no poco.

Esto no pudo advertirlo el caballero, sin duda porque estaba muy preocupado con el asunto que le había llevado allí, y si lo advirtió disimuló fingiendo no apercibirse.

—Sentaos, señor comendador—dijo el alcalde—. Anteanoche á hora bastante avanzada tuve noticia de vuestro inesperado regreso; fui ayer mismo á visitaros...

—Lo sé, y os agradezco mucho la atención.

—Era un deber que nuestra antigua amistad me imponía y un deseo de mi corazón...

—Perdonad que os interrumpa: valen mucho los minutos que pasan, y no podemos perderlos.

Don Roque hizo un segundo gesto de desagrado y miró atentamente al comendador.

—La noticia de mi regreso—añadió éste—, la tuvisteis por su majestad.

—Así es.

—Os habló de un asunto...

—Grave, muy grave, y tuve el honor de hacer á su majestad algunas observaciones, que no parece tomó en consideración.

—Ya sabéis—repuso el comendador—que sus resoluciones son irrevocables.

—¿Quién lo ignora?

—Ha llegado el momento...

—¡Oh!—murmuró el alcalde, cuya frente se contrajo.

—Supongo que estáis dispuesto...

—Sí, yo estoy siempre dispuesto á obedecer al rey ; pero si he de hablaros con franqueza, para tranquilizarme necesito algunas más explicaciones.

—¿Significa eso que os negáis?

—No, amigo mío, no me niego ; pero...

—¿Entonces?...

—Dejadme reflexionar.

—Todo puede perderse por un instante.

Don Roque no trató ya de disimular su disgusto, y lo manifestó bien claramente en la expresión de su rostro.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Qué resolvéis?—preguntó el comendador.

—Mi buen amigo...

—Estamos perdiendo el tiempo lastimosamente—interrumpió el comendador con acento de impaciencia—. A nada quiero obligaros ; pero si os ruego que os decidáis ahora mismo.

—¿Qué haréis si me niego?

—Iré yo solo y obraré por mi cuenta y riesgo : eso haré, don Roque ; y en cuanto á su majestad... ¡ oh !... su majestad hará luego lo que tenga por conveniente.

Palideció el rostro del alcalde, que meditó un momento, y luego dijo :

—Vamos.

—No os pesará.

—Tranquilo estoy, comendador, porque nada arriesgo al cumplir mi deber y las órdenes de su majestad. En cuanto á vos...

—¿Vais á recordarme que no soy completamente extraño á este delicado asunto?

—No, porque eso no podéis haberlo olvidado ; pero soy vuestro verdadero amigo y es mi obligación haceros pensar en todas las consecuencias.

—¿Habrá alguien que ponga en duda mis derechos?

—Puede ponerse en duda otra cosa que os importa más.

—Don Roque...

—No hay poder humano bastante á contener las lenguas murmuradoras.

—¡ Oh !...

—Os lo advierto...

—Vamos, vamos—interrumpió el comendador.

No hablaron más.

Pocos segundos después se encontraban en la calle con los dos sirvientes y los cuatro alguaciles.

Caminaron por espacio de veinte minutos, y llegaron á Puerta Cerrada.

En aquel tiempo veíase allí, esquina á la calle de Cuchilleros, una casa grande, fea, destartada, pero que debía ser la vivienda de algún personaje, según lo demostraba el escudo de armas que había colocado sobre su gran puerta, y las anchurosas cuadras que se veían á través de las fuertes rejas de los sótanos.

Además de la puerta principal tenía, por la calle de Cuchilleros, otra pequeña por donde solían entrar y salir algunos criados, y que daba paso á las caballerizas.

Frente á esta casa se detuvieron nuestros hombres.

—Ahora—dijo el comendador después de algunos instantes y con voz más que nunca alterada por la ira—, ahora dejo á la justicia que obre, sin perjuicio de auxiliarla si fuere necesario. Solamente os recordaré que hay puerta falsa que da á esa otra calle.

—No lo he olvidado—contestó don Roque.

—Esperaré oculto tras esa otra esquina hasta saber el resultado—repuso el comendador.

Y mandando á los criados que lo siguiesen, fué con ellos á situarse donde había indicado.

Si no se hubieran ocultado las luces de las linternas, hubiera podido verse el rostro del alcalde, nerviosamente pálido y contraído como nunca.

—Forzoso es—dijo después de algunos segundos— ; he hecho cuanto me ha sido posible y mi conciencia está tranquila.

Luego llamó á los alguaciles, les mandó á dos de ellos situarse frente á la puerta principal, y á los otros frente á la falsa que daba á la calle de Cuchilleros, quedando él en sitio desde donde podía observar en uno y otro lado.

Desde aquel instante no pudo ser el silencio más profundo.

Ya hemos dicho que la obscuridad era absoluta, y, por consiguiente, nadie hubiera podido á tres pasos de distancia percibirse de aquellos hombres que, espada en mano, aguardaban el momento de acometer.

Para ellos transcurrieron los minutos con penosa lentitud.

Empezó á llover : el aire sopló con más

fuerza, y bien pronto el agua caía á torrentes y el viento silbaba con amedrentadora furia.

Los alguaciles, á quienes tanto el miedo como el frío les hacía temblar y dar diente con diente, se guarecieron como mejor les fué posible en los huecos de las puertas que tenían cerca de sí, y á media voz murmuraron algunas palabras, que no hubiera oído con mucho agrado el buen alcalde.

Transcurrieron cinco minutos.

—¿No oyes?—preguntó á su compañero uno de los que estaban frente al postigo.

—Nada oigo ni veo—respondió el otro con mal humor—; siento que hasta los huesos se me mojan, que la sangre se me hiela, y...

—Escucha... Otro...

—¿Qué?

—Ya van dos.

—Pero...

—Dos lamentos... No parece sino que alguien agoniza en un tormento...

—Es verdad... Otro.

—¿Qué diablos sucede aquí?

—Calla...

—Escuchemos.

Efectivamente: un oído atento hubiera percibido entre el ruido de la lluvia y el huracán, y en el interior de la casa que nos ocupa, tres ó cuatro ayes destemplados, de horrible angustia, ayes que parecían llevarse tras sí el alma en los momentos de una espantosa agonía.

No podemos decir si también llegaron á los oídos del alcalde, ni mucho menos á los del comendador, que se encontraba á mayor distancia del edificio que los alguaciles.

Empero ni el ruido de pasos ni otro alguno sonó en el interior de la casa.

—¿Es esto algún castillo encantado?—dijo en voz baja uno de los corchetes que antes habían roto el silencio.

—¿Para qué nos han traído aquí?—añadió el otro.

—Ya lo has oído: nadie debe salir de esa casa sin que le demós la voz de «alto á la justicia».

—Bien puede suceder que ahí se cometa algún crimen, y así parece á juzgar por esos lamentos.

—Cualquiera diría que asesinan á alguien.

—Entonces, ¿por qué no entramos?

—Esto es un misterio.

—No estoy nada tranquilo.

—Deja rodar la bola...

—Es que lo misterioso no me gusta...

—¿Te infunde miedo?

—No; pero...

—Silencio, que si nos oye su señoría...

—Es verdad.

Callaron los corchetes.

Arreciaba la lluvia y cada vez soplabá con más fuerza el viento.

—El comendador y sus sirvientes permanecían inmóviles en el sitio en que se habían colocado.

Pasó cerca de media hora.

En el interior de la casa y cerca del postigo sonó ruido de pasos.

—Prepárate—dijo uno de los alguaciles, que según vamos viendo no podía tener la lengua quieta.

—¿Has oído pasos?

—Por eso te lo digo.

—Alguien va á salir.

—¿Será el que buscamos?

Ya no se oyen lamentos, habrá expirado la víctima y huirá el asesino.

—Escuchemos.

Nada se oyó entonces.

Sin duda se habían detenido los que se acercaban á la puertecilla.

—No le habrá parecido prudente salir por aquí, de lo cual me alegro mucho.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que esto no me gusta.

—¿Temes que salga algún fantasma?

—Pueden salir tres ó cuatro hombres con buenos puños, que es mucho peor.

—Razón tienes.

—Y como los que hayan entrado estarán decididos á todo...

—Parece que andan otra vez.

—Sí, sí...

—Observemos.

Así era: y volvieron á sonar los pasos.

Pocos instantes después se oyó el ruido metálico de una llave al girar en la cerradura.

Luego rechinaron los goznes de la puertecilla.

CAPITULO II

DOS CORAZONES QUE SUFREN

El lector nos permitirá que retrocedamos algunos minutos, entrando en la casa.

no hay medio de pintar tanta perfección, cuyo prodigioso encanto, sólo viéndolo podría concebirse.

De la blancura mate de su rostro, se destacaba el negro aterciopelado de sus finísimas cejas y de sus grandes y rasgados ojos, de largas pestañas, de brillante pupila, de mirada, ora severa, imponente



—Es preciso que esto desaparezca. (Pág. 11.)

que nos ocupa, para conocer siquiera los últimos detalles de la escena que allí tenía lugar, y viniendo con nosotros á un aposento cuadrado y bastante espacioso, cuyas ventanas ó balcones debían dar á la calle de Cuchilleros, les presentaremos dos nuevos personajes, que tienen reservado un papel de mucha importancia en esta historia.

El aposento en cuestión, rica, pero severamente amueblado, era un dormitorio.

En una cama de nogal primorosamente tallada y cubierta por espléndidas colgaduras de finísimo lienzo de Holanda con riquísimos encajes flamencos, había una mujer, que no tendría más de diez y ocho años, y cuya belleza no titubeamos en calificar de maravillosa, porque nada igual hubiera podido encontrarse.

Será en vano que intentemos retratarla ;

y dominadora, ya ardiente, arrebatadora, irresistible, que fascinaba, que enloquecía, ó ya tierna, dulcísima y melancólica, hasta el punto de no poder contemplarla sin sentirse profundamente conmovido.

Su tersa y espaciosa frente, que revelaba una inteligencia nada común, encuadrábanla negros, finísimos y brillantes cabellos, de los que algunos mechones se esparcían desordenadamente sobre la blanca almohada.

Era bastante la primera mirada para comprender que aquella mujer, verdaderamente encantadora, estaba dotada de un alma grande, sublime, enérgica y capaz de sostener las más rudas luchas, de soportar los más intensos dolores, y de sobreponerse á todas las preocupaciones de aquella desventurada generación, lo mismo que á todas las pequeñeces, miserias y debilidad-

des que esclavizan á la humanidad, sin que por esto querramos decir que no tenía, como criatura al fin, sus debilidades y sus pasiones. Si todo esto se adivinaba fácilmente al mirarla, así como se adivinaba también que su pecho abrigaba un corazón, que debía ser un tesoro inestimable de ternura, de amor infinito.

La historia de aquella mujer grande y sublime debía ser una serie de dolores y sufrimientos callados que no tienen el desahogo de las quejas, y que todo lo más, encuentran el consuelo de algunas lágrimas, que vierten los ojos en medio de la soledad y el triste silencio de la noche.

¡Desventurada criatura!

Siendo muy niña le arrebató la implacable muerte, las tiernas caricias y el amor de su madre, y cuando en otra edad, nuevas afecciones hicieron palpar su sensible corazón, viose contrariada, horriblemente mortificada, y hubo de experimentar toda clase de tormentos, sin que le fuera posible rebelarse ni luchar contra quien era causa de ellos, porque se lo estorbaban los más santos deberes.

Tenía un padre que la amaba; pero el padre había creído que nada tenía que ver su amor de tal con sus ideas, sus principios, sus preocupaciones y su durísima severidad, y de esto había sido víctima la desgraciada joven.

Nadie como ella tenía en el alma el sentimiento innato de todas las virtudes; nadie como ella, estimaba su pureza y su honor; pero como los dolores, cuando son demasiado intensos, y las luchas cuando son tenaces y prolongadas, producen el extravío, la fiebre, la locura, llegó un día en que la infeliz, trastornada, tanto por la desesperación como por el fuego de una pasión devoradora, olvidó su conveniencia, los peligros de su situación, sus deberes, y todo en fin, y ciega, verdaderamente loca, como arrastrada por un vértigo irresistible, cayó en el abismo de su última y más horrible desventura.

Ocasión tendremos de conocer todos los detalles de la interesante historia de esta mujer, y por consiguiente nos contentaremos por ahora con lo dicho, que es suficiente para que pueda comprenderse la escena que vamos á referir.

Su hechicero rostro, pálido y ligeramente contraído, y sus labios, otras veces fres-

cos y rojos, y entonces secos y blanquecinos, hacían comprender que en aquellos momentos el sufrimiento moral de su triste situación se había hecho más horrible por algún dolor físico.

Junto al lecho, é iluminado por la bujía que un candelero de plata había sobre una mesa, veíase un hombre que no tendría más de veinticinco años, y cuya varonil belleza era también digna de llamar la atención.

Su estatura era regular y sus formas perfectas; sus ojos grandes, negros y expresivos, de mirada penetrante, aunque algo dura, quizás por la costumbre de encontrarse constantemente en circunstancias difíciles y en situaciones violentas.

En sus ademanes, que eran distinguidos; en sus gestos y en sus palabras, revelábase una energía nada común, una fuerza de voluntad incontrarrestable.

Su frente era despejada, noble y altiva, y su continente el de un hombre, que si no pertenece á la más elevada clase, ha recibido por lo menos una educación esmerada y frecuente el trato de la sociedad más escogida. Tal vez era un simple hidalgo ó un caballero sin más fortuna que la que pudiera proporcionarle su arrojo y su valor; pero de todos modos, no podía dudarse de que era un hombre que valía mucho.

Vestía muy sencillamente, con botas altas y colete de piel de gamuza bastante usado. El resto de su traje era de paño fino de color verde oscuro, sin ninguna clase de adorno, y su sombrero de fieltro, de color gris, era de ala más ancha de lo que entonces permitía la moda, y estaba adornado con una pluma negra sujeta bajo el rosetón de esmeraldas que servía de broche á la cinta.

La espada que ceñía era sencilla y fuerte, con empuñadura de hierro no muy bien cuidada, lo mismo que la daga, que llevaba sujeta á su cinturón de cuero negro con hebilla de plata.

Tenía puesta la capa y estaba de pie como si acabase de entrar ó fuese á salir, y su mirada se fijaba afanosamente y con inmensa ternura en la joven, mientras decía con voz agradable, pero enérgico acento:

—No, no conseguirán sus criminales propósitos; triunfaré, porque lucho con toda la fuerza de mi desesperación, con toda

la fuerza de mi amor, que no tiene igual.

—Te persiguen, Raúl, te persiguen, y tus enemigos son muy poderosos— respondió ella con tristísima y debilitada voz.

—Tranquilízate, Luz mía, tranquilízate.

—Nuestro hijo... ¡ah! nuestro hijo... ¿Qué será de él?

—Tiene el brazo de su padre que le defiende, y el amor de su madre que le haga dichoso.

—¿Y mi padre?

—¡Tu padre!... ¡Oh!—exclamó el joven apretando los puños.

—Ya sabes que no sospecha mi desgracia. Dos días hace que volvió, y á no ser por la reina...

—Ya ha pasado el peligro: tu padre te encontró en el lecho enferma, y lo que ha sucedido esta noche...

—Vete, Raúl, vete—interrumpió vivamente doña Luz.

—Aún es temprano...

—Piensa en el aviso de mi tierna amiga, que ya me ha salvado una vez.

—Es verdad—murmuró tristemente el joven.

Y acercándose á la mesa tomó un papel que en ella había y lo acercó á la luz, prendiéndole fuego.

—Es preciso—añadió—que esto desaparezca.

—Sí, sí, evitemos que se comprometa quien tan sinceramente nos ama y nos ha hecho tantos beneficios.

El papel, donde había escrito algunos renglones, fué bien pronto devorado por las llamas, y Raúl esparció sus cenizas por la pintada alfombra.

Luego volvió á acercarse á la cama.

Hubo algunos momentos de silencio, solamente interrumpido por el ruido del viento y de la lluvia.

Doña Luz exhaló un penoso suspiro, y de sus ojos se escapó un torrente de lágrimas.

—¡Noche horrible!—exclamó con voz ahogada.

—No desmientas tu valor en estos instantes supremos.

—Vas á llevarte mi corazón, mi alma...

—Pero conmigo quedará...

—¡Dios mío!—exclamó la joven elevando al cielo una mirada del más intenso dolor.

Y luego dobló la cabeza, medió ocultándola bajo la ropa del lecho. El joven

hizo un esfuerzo para dominar su conmoción, y dijo:

—No, no podrías en tu estado soportar esta despedida.

Y sus manos, trémulas y crispadas, separaron la ropa, dejando ver una tierna criatura entre los brazos y sobre el palpitante pecho de la desgraciada Luz.

—¡Un momento, siquiera un momento!—exclamó ésta con acento de súplica desgarradora.— ¡Soy madre!...

—Piensa en la salvación de tu hijo...

La infeliz no pudo articular una sílaba más. Sus labios, secos y ardientes, estamparon repetidos besos, besos de madre, en el rostro de la tierna criatura, y no sabemos el tiempo que hubiera durado, ni el término que hubiera tenido aquella triste escena, si Raúl, haciéndose superior á todo, no hubiera arrancado al niño de los brazos de la dolorida madre.

—No pasarán muchos días—le dijo—sin que vuelvas á verlo... Yo vendré mañana... Adiós, Luz de mi alma, adiós.

Y ocultando bajo la capa á su hijo, salió precipitadamente de la estancia.

La joven exhaló un grito y quedó inmóvil.

CAPÍTULO III

LA SORPRESA

—¡Oh!—esclamó Raúl cuando se encontró en el inmediato aposento—. Se me abrasa la cabeza, estoy loco... ¡Ay de los que así provocan mi desesperación; ay de los que desgarran el alma de la mujer á quien tanto amo!

—Silencio, señor, que alguien puede oírlos—replicó un hombre que se había colocado junto al caballero y que parecía ser un sirviente.

—¿Qué me importa?—replicó Raúl, cuyo iracundo arrebato se aumentaba por instantes.

—¿Por ventura no puede suceder nada peor de lo que ha sucedido?

—No lo sé, Fernan...

—¿Supongo que os vais, á pesar de que está diluviando?

—Sí, voy á salir.

—Dios os proteja—dijo el criado, que parecía estar muy conmovido.

—¿Y Aldonza?—pregunto Raúl.

—Allí la tenéis—respondió Fernan, mientras señalaba á uno de los rincones del aposento adonde apenas alcanzaban los rayos de la luz—: duerme como una santa.

Efectivamente; sentada y con los pies colocados al borde de un brasero, había una vieja feísima y medio contrahecha, toda vestida de negro, y que dormía profundamente, mientras sostenía con su diestra un largo rosario con engaste de plata.

El caballero la despertó.

—¡Ah!—exclamó ella, pasándole las manos por sus ojuelos verdes—. Dios ha escuchado mis súplicas: estaba rezando...

—Tomad—interrumpió Raúl, dejando caer en la falda de Aldonza unas cuantas monedas de oro—. Otro día acabaré de recompensaros.

—Gracias, señor, gracias; lo que me importa es la dicha de mi desgraciada señora...

—Esa dicha depende del cuidado con que se guarde este secreto.

—¿Dudáis de mi discreción?

—Confío en ella.

—Descuidad—repuso la dueña mientras recogía y guardaba el dinero—. Pero ¿os vais?... ¡Pobrecito de mi alma!... Dejadme que le dé un beso...

—Ya lo haréis otro día; no puedo detenerme—replicó el joven—. Ahora, cuidado de vuestra señora, que se encuentra en un estado bastante grave.

Y salió del aposento seguido de Fernan. Pocos minutos después habían atravesado varias habitaciones, bajado una estrecha escalera y entrado en un largo pasillo. Al final de éste, y cerca de una puerta, se detuvieron.

—Creo—dijo Raúl—que nada tengo que recordarte.

—Es excusado, señor.

—Y en cuanto á recompensa, ya sé que todo lo haces por amor á tu desgraciada señora; pero no por eso he de dejar de mostrarte mi gratitud.

—Siempre que me la mostréis con vuestra estimación nada más, me consideraré honrado y recompensado sobradamente.

Raúl estrechó con cariño la diestra del criado.

—No os detengáis, señor, no os detenéis, porque no sabemos lo que puede suceder. La lluvia cae á torrentes y parece

que el huracán se ha desencadenado. No es este el momento más á propósito para andar por esas calles; pero como aquí corréis mayor peligro...

—Sí, me voy.

—Yo quisiera poder acompañaros, porque si os acontece algún lance no os podréis valer bien para defenderos, emba-razado con la carga que lleváis.

—Dios querrá protegerme.

No hablaron más; el sirviente abrió la puerta, que no era otra que la que daba á la calle de Cuchilleros. Raúl se envolvió bien en su ancha capa, desenvainó la espada y se dispuso á salir. Antes de poner el pie en la calle miró á todos los lados como para convencerse de que nadie pasaba por allí. Semejante precaución era completamente inútil, porque, según hemos dicho, la obscuridad era tan densa que no permitía ver el bulto de una persona á pocos pasos de distancia.

—A estas horas—murmuró el joven—y con este diluvio no es probable que nadie aceshe ni me salga al encuentro.

Y tranquilo sobre este punto salió. Cerróse la puerta y apenas dió el joven el primer paso para alejarse, pusiéronse delante dos hombres, diciéndole con des-templada voz:

—¡Alto á la justicia!

Raúl dejó escapar un rugido de cólera, extendió el brazo derecho, y, volviendo á retroceder y apoyando la espalda en la puertecilla para evitar que le acometiesen por distintos lados, gritó:

—Paso, canalla, si estimáis la vida!

Un instante después acudió otro hombre, y tras él otros dos. En otras circunstancias no hubiera temblado el caballero ante cinco enemigos; pero entonces tuvo miedo, no por él, sino por su hijo, á quien era, no solamente posible, sino probable que hiriesen. Por muy torpes y cobardes que fuesen los acometedores, eran cinco al fin y algunos de sus golpes debía forzosamente alcanzar al acometido.

Fácil es comprender lo que pasaría en el alma de Raúl, al pensar que su hijo podía ser la víctima de aquel peligroso lance. Ni él mismo hubiera podido explicar lo que en aquellos terribles momentos sintió. Ciego por la ira, trastornado por la desesperación, como arrebatado por un vértigo, se dispuso resueltamente á defenderse hasta morir, porque entregarse

hubiera sido lo mismo que pronunciar su sentencia de muerte y hacer pública la deshonra de la mujer á quien tanto amaba.

¡Horrible situación! Uno de los alguaciles sacó la linterna que llevaba. Raúl ocultó entonces como mejor pudo el semblante bajo el embozo, y con el brazo extendido, esperó. Frente á él relumbraban cinco espadas.

—En nombre del rey nuestro señor—dijo entonces el alcalde con grave tono.

—Dejadme el paso libre—replicó el joven—. Dejádmelo aunque seáis la justicia, porque en la situación en que me encuentro preferiré morir á entregarme.

—Caballero...

—Mirad que estoy desesperado, que mi razón está en estos momentos trastornada, y, por consiguiente, que no respondo de mí.

—El trastorno de vuestra razón no es razón para la justicia...

—¡Oh!

—En nombre del rey...

—Apartaos ¡vive el cielo! apartaos...

—Que estáis cometiendo una locura.

—Si no habéis de dejarme libre el paso, no perdáis el tiempo y acometedme, porque os juro por mi alma que no seréis dueño de mí sino después de haberme quitado la vida.

—Por última vez...

—¡Atrás, cobardes, atrás canalla!...

—Sujetadlo.

Los corchetes, aunque no con mucha decisión, dieron la primera acometida.

Raúl movió su espada en todas direcciones, y el estridente chis-chás de los aceros se unió al ruido de la lluvia y al silbido del huracán.

Tanta era la destreza con que el joven manejaba la tizona, tal su valor y tanto el ardimiento que su rabiosa ira y su desesperación le prestaban, que en aquel primer choque logró que retrocediesen un paso sus enemigos.

Empero éstos arremetieron por segunda vez con mayor furia.

—Adelante—gritó D. Roque—, somos cinco y no podrá sostenerse mucho tiempo.

—Pronto lo veréis—dijo Raúl.

Y un segundo después resonó un ¡ay! de muerte, y cayó pesadamente al suelo el que tenía la linterna.

A oscuras era para el joven más pe-

ligroso el combate; sin embargo, lo que acababa de suceder llenó de espanto á los alguaciles, que, sobre no estar dotados de gran valor, no luchaban por nada que les interesase, lo cual fué causa de que volviesen á retroceder en algún desorden.

Raúl aprovechó esta circunstancia; avanzó un paso y consiguió herir á otro, que también cayó en tierra, mientras gritaba:

—¡Soy muerto!

—Pena de la vida al que retroceda—dijo don Roque.

El joven volvió á apoyar la espalda en la puertecilla y empezó á defenderse del tercer ataque.

En aquel momento, el recién nacido hizo lo que era extraño que no hubiese hecho antes, es decir, empezó á exhalar lastimeros gemidos, que resonaron en toda la calle, á pesar del ruido de los aceros y de la lluvia.

Esto fué causa de que cambiase completamente la situación.

El llanto de la tierna criatura fué contestado por un rugido espantable de cólera, y, un momento después, el comendador y sus sirvientes acometieron á Raúl.

—¡Cobardes, asesinos!—exclamó éste.

—Apartaos—gritó el comendador—; dejadme solo con él: ahora es de mi honra de lo que se trata, y yo le haré ver lo que cuesta la honra de los Quiñones.

No le obedecieron ni los sirvientes ni los alguaciles, sino que, por el contrario, se dispusieron á ayudarle; pero él, adelantándose á todos, arremetió con tal furia, que hacía imposible parar sus repetidos golpes, mucho menos teniendo que ocuparse á la vez de los que asestaban los demás.

El niño dejó de llorar.

Transcurrieron cuatro ó cinco segundos, durante los cuales puede decirse que milagrosamente no recibió el joven ninguna herida.

Sin embargo, aquella situación no podía prolongarse mucho: en breve era forzoso que sucumbiera Raúl.

—Muere, villano—gritó el comendador á la vez que dirigía una terrible y certera estocada al joven.

Empero al mismo tiempo, éste sintió que la puerta cedía á su empuje, sin duda porque para socorrerle la abría Fernan,

y retrocediendo á la vez que paraba como mejor podía la estocada del comendador, encontróse en el pasillo y á salvo de sus acometedores, porque la puerta volvió á cerrarse instantáneamente.

Puede el lector figurarse la desesperación del ofendido caballero.

A pesar de que aquella era su casa, quedó por algunos momentos inmóvil y sin saber qué determinación debía tomar; pero después, como volviendo en sí, dijo á los alguaciles:

—Quietos aquí para estorbarle que salga.

Y dirigiéndose á don Roque y á sus criados, añadió:

—Venid; entraremos por la puerta principal y la dejaremos también guardada, mientras registramos el edificio.

Y haciéndolo así, corrieron y doblaron la esquina, deteniéndose á la puerta grande y llamando con desatentados golpes.

Raúl, como se ve, estaba perdido; no se había salvado ni su hijo tampoco más que por algunos minutos que tardarían en registrar toda la casa, de la cual no podía salirse sino por las puertas de que hemos hecho mención.

Por astuto é ingenioso que fuera Fernan, parece imposible que encontrase medio de salvar al perseguido joven, que, hasta para huir, había de verse dificultado por su hijo.

CAPITULO IV

INGENIO CONTRA FUERZA

Apenas hubo cerrado Fernan la puertecilla, acercóse á Raúl y le dijo:

—Por aquí... no hay que perder un instante, porque ahora entrarán para registrar la casa.

El joven no acertó á replicar, y siguió maquinalmente al criado, que lo llevó hasta el anchuroso portal de la casa, colocándolo junto al quicio de la puerta y diciéndole:

—No os mováis... este es el único medio que nos presenta alguna probabilidad de salvación. El postigo lo habrán dejado bien guardado, y...

—¡Oh!—exclamó el caballero, cuyos ojos brillaban como dos luciérnagas—.

Tomad mi hijo, ocultadlo y dejadme salir.

—Que sería lo mismo que dejaros morir.

—Al fin me encontrarán, sucumbiré, y vos no podréis negar que me habéis auxiliado.

—Eso es lo que menos importa.

—No, no consentiré que por mí...

—Silencio; ya vienen...

Fernan se alejó, llevándose la luz.

Raúl quedó inmóvil como una estatua.

Resonaron entonces los desaforados golpes dados con el aldabón, los cuales se repitieron con mayor prisa y fuerza, cuando, pasado un segundo, nadie había contestado.

Al segundo llamamiento acudió Fernan con paso perezoso, y mientras decía:

—¿Quién es? No he de perdonarle la descortesía si no es mi señor.

—Abrid, vive el cielo, abrid—gritó el comendador desde la calle.

—Allá voy, señor, allá voy—repuso Fernan mientras daba vuelta á la llave y descorría el cerrojo, y abriendo, dejó oculto á Raúl tras la hoja de la puerta.

—Perdone vuestra señoría—dijo mientras se restregaba los ojos como si acabase de despertar—; con el ruido del viento y de la lluvia...

—¿Quién ha entrado aquí, quién?—gritó fuera de sí el comendador lanzándose furioso sobre su criado, asiendo por un brazo y sacudiéndolo rudamente.

—¡Señor!—exclamó Fernan fingiendo la mayor sorpresa y terror.

—¿Quién ha estado aquí? ¿quién ha vuelto á entrar después de haber salido por la puerta falsa? ¿quién es el cómplice del miserable ladrón de mi honra?

—Pero...

—¿Te atreverás á negar?...

—Señor—replicó enérgicamente el criado—, estoy dispuesto á dar mi vida por vos; pero no dejaré que sin razón se me maltrate, ni que se me juzgue con esa ligereza... ¿De qué se me acusa? No comprendo una palabra de cuanto se me dice.

—Pronto lo comprenderás; ven, traidor, ven.

Y el comendador, mientras apretaba con fuerza convulsiva la empuñadura de su espada, entró por la puerta que daba al patio y llegó al pie de la escalera acompañado de don Roque y de los otros dos

criados, que lo habían seguido sin darse cuenta de lo que hacían.

—Aquí, aquí—les dijo Quiñones deteniéndose—. Yo subiré solo con este traidor, en tanto que vosotros vigiláis en este sitio, por donde necesariamente tendría que pasar el criminal para salir por la puerta grande.

—Permitidme—replicó don Roque—que os acompañe. No hay duda que ese hombre está en la casa, puesto que lo hemos visto entrar, y no puede salir, y, por consiguiente, habréis de dar con él y sucederá una desgracia, porque no es posible que al verlo os contengais dentro de los límites de la prudencia.

—No, no me detendré para castigarlo.

—Eso es precisamente lo que quiero evitar.

—¿Intentaréis estorbarme que cumpla mis deberes de caballero, vengando mi honra manchada?

—Quiero cumplir con mi deber.

—Don Roque...

—Comendador...

—Estoy en mi casa.

—También está la justicia.

—No me hagáis perder el tiempo; ¡oh! no me lo hagáis perder.

—Es vano vuestro empeño—replicó enérgicamente el alcalde—; os acompañaré, ó no pasaréis de aquí.

—Caballero...

—Cumpla las órdenes del rey nuestro señor.

—¡Oh!...

—Yo no he venido aquí para ser testigo de un duelo, sino para apoderarme de un criminal.

Convencióse el comendador de que no conseguiría otra cosa que perder el tiempo, y cedió al fin.

Empezaron á recorrer la casa sin que el ofendido caballero dejase un instante de gritar, jurando y amenazando, lo cual fué causa de que despertasen los que estaban dormidos y acudiesen los que no dormían y que se encontraban en las más apartadas habitaciones, resultando que en pocos minutos todos los criados se encontrasen al lado de su señor y se mirasen sorprendidos y sin acertar á darse cuenta de lo que sucedía.

Cuando llegaron á las habitaciones de doña Luz, mandó el comendador que nadie entrase con él más que el alcalde, y

adelantando ambos, encontraron á la vieja Aldonza en el mismo sitio en que la vimos antes, pero arrodillada, rezando y mirando al cielo como poseída de terror.

—¡Ay, señor!—exclamó al ver á su amo—. ¿Qué sucede? Parece que se acaba el mundo. Han sonado voces y cuchilladas...

—¿Quién ha estado aquí?—preguntó el caballero acercándose á la vieja con ademán de terrible amenaza.

—Señor...

—¿Dónde está ese miserable?

—¡Dios bendito!...

—Responded, traidora bruja.

—Pero...

—No tardaréis en recibir el castigo que merecéis.

Y sin escuchar las exclamaciones y súplicas de la dueña, entró con el alcalde en el dormitorio de doña Luz.

Esta no había recobrado el conocimiento, perdido desde que se apercibió del gravísimo peligro en que se encontraban su hijo y Raúl.

El comendador fijó en el rostro cada- vérico de su desdichada hija una centelleante mirada y apretó los puños, exclamando luego con ronca voz:

—¡Oh!... Has deshonorado á tu anciano padre; le has desgarrado el alma... ¿Por qué no has tenido bastante valor para morir antes que olvidar tu nombre y tu honor?

—Mi buen amigo—le dijo don Roque dulcemente—, no es este momento oportuno...

—Es verdad—murmuró el comendador.

Y pasándose las manos por la frente y exhalando un penoso suspiro, hizo un esfuerzo, y añadió después de un instante:

—Vamos.

Luego miró bajo la cama y tras las colgaduras, y, convencido de que nadie se ocultaba allí, salió otra vez, continuando el registro sin dejar desván ni rincón.

Lo dejaremos recorrer la casa, y mientras volveremos al lado de Raúl.

Como si no pensase en ello, Fernán había dejado la puerta abierta.

Los otros dos criados no se ocuparon tampoco de semejante cosa, mucho menos cuando la precaución de cerrar parecía enteramente inútil, una vez que había de guardarse la salida del patio, y que no

era evitar que nadie entrase lo que se necesitaba.

En medio de las densas tinieblas del portal, y á la distancia en que Raúl se encontraba de la escalera, no era posible que lo viesen, aun cuando los criados miraran hacia la puerta de la calle.

Esto lo pensó el perseguido joven después de algunos minutos, así como también que no debía permanecer allí, porque el más leve gemido de su hijo podía delatarlo.

Ignoraba si en la calle había quedado alguien que vigilara la puerta; pero en último caso, todo lo que podía suceder era que se viera obligado á emprender nuevamente la lucha, con la ventaja de que ya no debían ser tantos los enemigos á quienes tuviese que combatir, puesto que unos estaban junto al postigo y otros seguían al comendador y al alcalde.

Después de pensar así, no vaciló un instante, y, saliendo de su escondite y escuchando, sin percibir el más leve ruido por la parte de afuera, dejó el portal sin que nadie le estorbara el paso.

—¡Gracias, Dios mío!—murmuró, elevando al cielo una mirada.

Y procurando hacer el menor ruido posible, tomó por la izquierda hacia la calle de Toledo, desapareciendo en pocos segundos.

CAPITULO V

DESPUÉS DEL ESCRUPULOSO REGISTRO

No hay que decir que fué completamente inútil el escrupuloso registro que se hizo en la casa, sin dejar rincón ni mueble donde no se buscara al supuesto criminal.

A nadie le ocurrió sospechar la verdad de lo sucedido, y á la ira que encendía todos los pechos sucedió la sorpresa, la admiración y el aturdimiento de quien ve lo que no puede explicarse.

¿Qué había sido de aquel hombre?

No podía dudarse de que había estado en la casa y que de ella había salido; esto no era una ilusión, puesto que todos habían cruzado su espada con él, y así lo probaban los dos alguaciles que se encontraban en la calle mortalmente heridos.

Tampoco podía dudarse de que el per-

seguido había vuelto á entrar en la casa, y no filtrándose por los paredes como un ser sobrenatural, sino por la puerta, que si bien se abrió silenciosamente, cerróse con violencia y ruido.

Era, pues, imposible acertar cómo había conseguido salir; pero fuese cualquiera el medio de que se hubiese valido, ello es que debía tener quien lo protegiese entre la servidumbre del comendador.

¿Era Fernán el traidor?

Así parecía, puesto que él sólo estaba de noche encargado de vigilar las entradas de la casa hasta la hora en que se recogía su señor; sin embargo, se había encontrado al lado de éste durante el registro, y, por consiguiente, no había podido en aquellos momentos ocuparse del joven seductor.

En cuanto á la vieja Aldonza, por más que ella jurase que era inocente, poniendo á Dios por testigo, estaba bien clara su culpabilidad. Raúl había entrado en el dormitorio de doña Luz; de allí había salido con su hijo, y esto no era posible que lo hubiese hecho sin ser visto de la persona que se encontraba en el inmediato aposento. Además, los dos ó tres gritos de dolor involuntariamente exhalados por la joven, y que habían llegado hasta los corchetes, á pesar de los muros y de la distancia, debieron forzosamente ser oídos por Aldonza.

No cabía, pues, duda alguna: la traición de la dueña estaba probada, y como el comendador necesitaba de algún modo desahogar su cólera, y la justicia veía claramente un delito más ó menos grave, decidiéronse á proceder contra Fernán y Aldonza sin ningún género de compasión, mucho más cuando el criado, si acababa por declarar, podría dar mucha luz sobre el paradero de Raúl, que aparte su amoroso desliz, era acusado, no sabemos si con razón, de otros graves delitos, y buscado con afán, lo mismo por los agentes del rey que por los del Santo Oficio.

Cuando se le dijo á Fernán que se le llevaría preso si no daba explicaciones, aclarando el suceso en que parecía haber representado un importante papel, se concretó á responder con admirable serenidad:

—No he cometido ningún crimen, Dios lo sabe, y mi conciencia está tranquila; por el contrario, he hecho en todas ocasio-

nes cuanto me ha sido posible en bien de mi señor, y he mirado por su honra aún mucho más que por la mía. Haced lo que os plazca: si algo merezco es recompensa por mi lealtad; pero si me atormentáis injustamente, sufriré con resignación y sin

He ahí por qué había dicho con mucha razón que en lugar de castigo merecía recompensa, porque su primer afán había sido la honra de su señor.

Para acabar de tranquilizar su conciencia, no había querido aceptar recompensa



Se abrazaron como dos buenos amigos. (Pág. 27:)

exhalar una queja, y nada más sabréis de mí, porque nada más puedo deciros aunque me descoyuntéis.

No mentía Fernán, porque ninguna parte tenía en la desgracia de doña Luz. Aldonza era la que había favorecido aquellos amores y facilitado largas entrevistas, y sólo cuando la desgracia no tenía remedio, se apeló á Fernán, no para que protegiese los amores, sino para que prestase su ayuda á fin de que el honor de su señora se salvase en cuanto fuera posible.

Fernán no podía deshacer lo hecho, y por consiguiente no tenía más que dos caminos que seguir: ó dar parte de todo á su señor, que se encontraba ausente de Madrid un año hacía, ó prestar el auxilio que se le demandaba.

Con lo primero nada hubiera adelantado, sino desgarrar el alma del padre sin aliviar el dolor de la hija, y lo segundo le presentaba la ventaja de evitar al anciano una horrible amargura y salvar para el mundo el honor de la joven.

alguna, con lo cual probaba, que al decidirse en la alternativa en que se le puso, no le había movido otro interés que el bien de los demás.

No podía ser más noble su proceder y estaba en perfecta armonía con sus antecedentes.

Fernán, que tenía cuarenta años, hacía veinte que se encontraba al servicio del comendador, dando repetidas pruebas de una lealtad sin ejemplo.

Había visto nacer á Luz y la amaba con una ternura verdaderamente paternal, así como á su señor le profesaba un cariño verdaderamente filial.

A no estar ciego y loco por la ira y el dolor el ofendido padre, habría comprendido que era imposible que aquel hombre honrado y de noble corazón, hubiese cometido por un puñado de oro una traición después de veinte años de fidelidad á toda prueba.

Empero el comendador no miró en aquellos momentos más que su honra man-

chada, y en su hogar no vió por todas partes más que traidores.

¿No lo había engañado su hija?

Si así había sucedido, ¿por qué tener más confianza en la lealtad de un criado?

No fué posible hacer que Fernan diese más explicaciones.

En cuanto á la vieja, sucedió lo contrario: habló mucho; pero ni confesó su delito, ni dió luz alguna sobre el misterioso suceso.

—Soy inocente—decía, arrodillada y con los brazos extendidos ante don Roque—. Ni siquiera comprendo lo que me preguntáis.

—¿No habéis pasado aquí la noche?

—Sin moverme de aquel sillón.

—Entonces...

—Pero habláis de un hombre... ¡Dios mío!... ¡Un hombre en el dormitorio de mi señora, y de noche, y estando ella en el lecho!... ¡Santisima Virgen!... ¿Sabéis lo que decís?

—Sí, digo que ha entrado aquí un hombre, porque todos lo hemos visto, que ese hombre ha vuelto á salir pasando junto á vos y después de haber permanecido más de una hora en el dormitorio de doña Luz.

—Visiones, señor visiones no más; sin duda Lucifer, tomando la forma humana, se os ha presentado...

—No es un fantasma el que ha dejado de dos estocadas sin vida á dos hombres.

—¡Qué horror!—exclamó la vieja, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Qué horror!

—Ya véis, pues...

—Pero si alguien se ha introducido en la casa no ha llegado á este aposento.

—Mentís.

—Os juro...

—¿No aseguráis que habéis pasado aquí la noche?

—Es la verdad.

—¿Y es posible que estando aquí no hayáis oído hace media hora ó poco más los gritos exhalados por vuestra señora y que todos hemos oído desde la calle?

—¡Gritos!...

—Sí, gritos de agonía que ella procuraba ahogar.

—¡Ah!...

—¿Qué tenéis que responder á eso?

—Confesaré mi delito, señor, lo confesaré, porque diciendo la verdad quedaré

más tranquila y no se dudará de mi inocencia. He faltado á mi deber...

—¿Al fin declararéis vuestra culpabilidad?

—Sí, declaro y repito que he faltado á mi deber; pero ¿cómo sospechar siquiera que mi falta había de dar lugar á lo que aseguráis ha sucedido?

—Explicáos.

—Como mi señora lleva ya algunos días de estar enferma y pasa muy malas noches, me he visto obligada á permanecer á su lado en constante vigilia, y no es extraño que esta noche me haya vencido el sueño y...

—Pero...

—Me puse á rezar y me quedé profundamente dormida, despertándome asustada el espantoso ruido de cuchilladas y voces...

—Basta—interrumpió el comendador sin poder contenerse.

—Señor...

—Basta, don Roque: esta bruja miserable quiere añadir la burla á la traición. Llevadla con el otro criminal, que lo que calla aquí lo dirá en el tormento.

Poseída del terror más profundo y mientras invocaba el nombre de Dios y de todos los santos, suplicó la vieja con desgarrador acento; pero no fué escuchada, y los alguaciles se apoderaron de ella.

Recogiéronse á los heridos y lleváronse á los presos, despidiéndose don Roque, á quien dijo el comendador:

—Mi buen amigo, nada hagáis hasta después que hayamos hablado mañana. Está de por medio mi honra.

—Siento que se hayan realizado mis temores.

—¡Oh!...

—El escándalo está dado y no sé hasta qué punto nos será posible evitar que cunda la noticia de lo sucedido.

El comendador inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho, y estrechó la diestra de su amigo.

Algunos minutos después reinaba en la casa el más profundo silencio.

Una doncella cuidaba de doña Luz, y el comendador, con los brazos cruzados, cadavéricamente pálido, contraído y desfigurado el rostro y la mirada sombría, se paseaba lentamente de un extremo á otro de su aposento.

Así permaneció hasta el amanecer, que

rendido y sin saber darse cuenta de lo que sentía, se dejó caer en el lecho sin cuidar de desnudarse.

Lo que pasaba en el alma de aquel hombre, era horrible.

CAPITULO IV

ANTECEDENTES

Debemos dar algunos antecedentes sobre los personajes que ocupan nuestra atención, porque de otro modo no se comprendería la importancia de los sucesos que referimos.

Raúl es para nuestros lectores todavía un hombre poco menos que misterioso, y por consiguiente daremos principio por él.

Miembro de una ilustre familia flamenca, pero cuyos escasos bienes de fortuna apenas le permitían vivir con mediano decoro, su importancia consistía solamente en el brillante papel que sus antecesores habían desde muy antiguo representado en los negocios públicos, y por esta razón se le miraba y consideraba como á quien vale mucho.

Raúl de Lancaste no había desmentido los antecedentes de sus ilustres predecesores, había probado que su sangre era la misma, abrigaba un corazón grande y noble como su padre y podía estarse seguro de que no sería él quien rebajase la importancia del nombre que tanto valía.

Cuando la mano de hierro del tirano de dos mundos comenzó á pesar más duramente que nunca sobre el desdichado pueblo flamenco, y éste, empezando á comprender que se le engañaba y se le iba á convertir en mísero esclavo, se lanzó abiertamente en el camino de la fuerza, Raúl, de acuerdo con los importantes personajes que se habían puesto al lado de la causa de la independencia, tomó parte muy activa en la lucha, arriesgando su vida hasta que las vagas promesas de Felipe II y los nobles deseos de la princesa gobernadora, dieron por resultado una tregua que, como sucedió, no debía servir más que para que los unos y los otros recuperasen las perdidas fuerzas, acreciesen los medios de ataque y emprendiesen nueva y más encarnizada guerra.

Téngase presente, así queremos advertirlo desde ahora, que no vamos á defender la causa de las reformas religiosas en

Alemania: somos católicos, y esto sería ponernos en contradicción con nuestros propios sentimientos y nuestras ideas; empero por más que el fanatismo religioso llegó un día á tomar gran parte en aquella horrible lucha, creemos, y así lo justifica la historia, que el principal móvil, el único puede decirse de aquella guerra que tanto costó á dos pueblos, fué el sentimiento noble de independencia y de libertad, la justa defensa de sus antiguas y sabias leyes, tan respetadas, tan veneradas por nobles y plebeyos, y despreciadas, holladas y borradas, al fin, por la fría mano de Felipe II.

Hecha esta advertencia que para nosotros es de mucha importancia, proseguiremos diciendo que durante el curso de los primeros acontecimientos borrascosos, Raúl había demostrado un valor verdaderamente heroico y una inteligencia nada común, por lo cual adquirió doble importancia á los ojos de sus protectores y amigos, y á él acudieron para confiarle las más delicadas misiones cuando por segunda vez empezaron los flamencos á recibir desengaños y á convencerse de que nada adelantarían por el camino de la justicia y de la razón, y que lo que se quería era que el tiempo pasase para gastar sus fuerzas, dividirlos é inutilizarlos completamente.

Una de las ocasiones en que el príncipe de Orange se valió de Raúl, fué después de la venida á España de los desdichados marqués de Bergen y barón de Montigny.

La vida de éstos llegó á peligrar, y el príncipe creyó oportuno enviarles la ayuda de nuestro joven.

Raúl aceptó sin vacilar la peligrosa comisión, y tomando un nombre supuesto, se encaminó á Madrid.

Cuando llegó era tarde: el marqués de Bergen acababa de morir, porque según se aseguraba, su médico había cometido el error de darle un medicamento por otro, ó el boticario, no entendiendo la receta, había dado un veneno en lugar de un calmante, y la muerte del barón de Montigny estaba ya decretada, debiendo ejecutarse lo que bien pudiéramos llamar un asesinato jurídico, ya que otro nombre no le demos, en la obscuridad de un calabozo sin más testigos que Dios y sin que al reo le hubiese sido permitida la defensa.

Además de esto, debía tener lugar un

acontecimiento no menos horrible, debía darse el ejemplo de un padre que firma la sentencia de muerte de su único hijo, debía verse á un gran rey decir que iba á castigar graves delitos y abusar de su ilimitado poder para vengar particulares ofensas, para satisfacer rencores mezquinos de ruines celos. Eso debía verse muy pronto, y la víctima debía ser el desdichado príncipe don Carlos, cuyo tristísimo fin, y sobre todo, las causas que dieron lugar á su muerte no han podido aún ponerse satisfactoriamente en claro, si bien los documentos que se conservan son suficientes para que se comprenda lo que sucedió.

En tal estado había encontrado Raul los públicos negocios, ó lo que es lo mismo, los había encontrado mal hasta el punto de no poder estar peor.

Sin embargo, no retrocedió.

Ya le era imposible salvar á sus nobles amigos; pero, ¿quién sabe si le era dado hacer algo en favor de su patria?

A pesar del peligro que corría en la corte, permaneció en ella trabajando, uniéndose para ello á algunos amigos del príncipe, y ganando como mejor pudo las simpatías de la bondadosa reina doña Isabel de la Paz, que si no era favorable á los rebeldes flamencos porque no podía favorecer la causa de los que se declaraban enemigos de su esposo, trabajaba mucho para que en los Países Bajos se estableciese un régimen conciliador para evitar así la efusión de sangre y la ruina y la pérdida de aquellos ricos y florecientes estados.

Todo cuanto á riesgo de su vida había hecho Raul, había sido completamente inútil.

¿Qué había de suceder?

Cuando no habían conseguido nada los elevados personajes que tanta influencia tenían y eran mirados hasta con temor por el rey, era imposible que consiguiera el joven, sin otros medios que su valor, sin influencia de ninguna clase y teniendo que vivir oculto y pensar en librarse de la activa persecución de los agentes del monarca, de la justicia y hasta de la inquisición, pues á pesar de ser buen católico por educación, por sentimiento y por convicción, bastaba que fuese flamenco y que hubiese trabajado en favor de la causa de su patria, para que se le acusase de hereje.

A pesar del secreto con que había emprendido su viaje á España, cuando llegó á Madrid hacía cuarenta y ocho horas que de su venida habían llevado un aviso al rey.

Se le buscó bastante tiempo, y no encontrándolo, acabó por creerse que ó habría regresado á su país en vista de las circunstancias, ó que se habían equivocado los que habían dado la noticia de aquel viaje.

Así transcurrieron algunos meses, y ya había pasado un año, cuando desde Bruselas avisaron á Raul, dándole parte del malísimo aspecto que allí presentaba la situación, y diciéndole que se preparase á emprender su marcha.

Esto pareció contrariarlo, á pesar de que cualquiera hubiese creído que deseaba volver al lado de sus amigos, siquiera fuese por los servicios que podía prestar á la causa que defendía.

¿Qué motivos tenía para pensar con disgusto en su salida de Madrid?

El lector los conoce.

Raul estaba enamorado, y la mujer á quien tanto amaba, encontrábase en la más crítica situación.

Esperando con temor órdenes más terminantes que lo pusiesen en la horrible alternativa de elegir entre su amor y su patria, entre las más tiernas afecciones de su corazón y sus deberes de ciudadano y de caballero, fué cuando tuvieron lugar los sucesos que hemos referido.

He aquí cuánto por ahora tenemos que decir de Raúl de Lancaster.

Con respecto al Comendador, no hay necesidad de que demos muchas explicaciones: su carácter, lo mismo que sus ideas, es cosa ya bien conocida por el lector.

Apegado á sus principios y á sus preocupaciones, era severo hasta la exageración, duro, inflexible, intransigente y tenaz hasta el punto de que se hubiera dejado morir cien veces antes que retroceder ni hacer el sacrificio de ninguna de sus ideas.

Aunque amaba á su hija, era más el amor que tenía á lo que él llamaba sus deberes, y antes que ceder en este punto, estaba dispuesto á perder para siempre á la heredera de su nombre.

Cuando Raul llegó á la corte, se encontraba el comendador en Italia, desempe-

ñando una comisión importantísima confiada por el rey.

No pudo guardarse tanta reserva en los amores de doña Luz, que no se murmurase de ellos en la villa, aunque nadie acertaba á decir quién era el hombre dichoso que había logrado conquistar el corazón de tan rarísima hermosura, y semejante murmuración fué causa de que algún amigo, por verdadero interés ó por mera oficiosidad, escribiese al comendador repitiéndole lo que se decía, y añadiendo que el hombre amado, aunque desconocido, no podía ser por su cuna ó por otras circunstancias digno de la joven, puesto que de otro modo no hubiera ésta puesto cuidado tan grande en hacer de su amor un misterio.

Estas reflexiones hicieron surgir otras muchas y muy desagradables en la mente del comendador, que no obteniendo de su hija satisfactorias explicaciones, escribió al rey participándole sus temores y suplicándole que le concediese licencia para volver á su casa, siquiera por algunos días.

Felipe II negó la licencia; pero tranquilizó á su fiel vasallo, asegurándole que aclararía el misterio, y que si efectivamente amenazaba á doña Luz algún peligro, lo evitaría.

Al rey le era más fácil hacerlo que á otro cualquiera.

Las averiguaciones no dieron el resultado completo que se deseaba; pero sí arrojaron bastante luz para que se pudiese sospechar que el misterioso amante de la hija del comendador, era el joven flamenco á quien se había buscado en vano tantos meses.

Esto presentaba ya para el rey un doble interés; pero no queriendo tomar la iniciativa en aquel asunto, determinó obrar con la *prudente* astucia que le caracterizaba, y concedió al caballero la licencia, diciéndole á la vez, que no estaba completamente tranquilo con respecto á doña Luz.

El efecto que esto produjo en el comendador, se comprende fácilmente, una vez conocido su carácter.

Sin perder un momento y sin dar aviso alguno á su hija, emprendió su viaje; pero afortunadamente la reina, conociendo la gravedad de la situación de la joven, á quien amaba mucho, y las consecuencias que debía tener la repentina apa-

rición del padre, dió á la hija un salvador aviso.

El comendador encontró, pues, á doña Luz enferma y en el lecho.

No pidió el anciano explicación alguna; excusó lo repentino de su viaje con el cumplimiento de apremiantes órdenes del rey, y se dispuso á observar y averiguar.

Ya sabemos lo que sucedió dos días después de su llegada á Madrid.

Ahora debemos tomar nuevamente el hilo de la narración de estos sucesos, que serán perfectamente comprendidos en las explicaciones que hemos dado.

Y como vamos á presentar al personaje de más importancia de esta historia, nos vemos obligados á comenzar nuevo capítulo, que no ha de ser menos interesante que los anteriores.

CAPITULO VII

FELIPE II

A las diez de la mañana del siguiente día, Felipe II estaba solo en su despacho, sentado junto á una mesa grande, donde se veían muchos papeles y algunos libros, y como absorto en la lectura de uno de éstos.

El aposento, á pesar de que tenía dos balcones, por donde entraba abundante luz, parecía lóbrego y triste, lo cual debía ser efecto de las severas formas y color obscuro de todos los muebles y adornos.

Lo mismo que éstos era el vestido del monarca: negro, sencillo, sin el más ligero adorno.

Cuando lo presentamos á nuestros lectores, tenía cuarenta años, lo cual no era inconveniente para que sus cabellos, muy cortos, según entonces era moda, hubiesen empezado á blanquear.

Su continente era grave, altivo y majestuoso, verdadero continente regio, el que cuadraba al señor de dos mundos, el que debía tener el hombre que era dueño absoluto de un gran pueblo.

Verdadero esclavo de su dignidad, celoso hasta la exageración de su autoridad sin límites, no dispensaba á nadie, absolutamente á nadie, la más pequeña libertad, ni él se la tomaba en ninguna ocasión.

Su mirada, aunque dura, tranquila y la expresión de glacial indiferencia de su rostro, no permitían adivinar si estaba con-

tento ó disgustado. Su sonrisa era tan leve, que nada significaba, y nunca demostró su enojo, por grande que fuese, sino pronunciando algunas palabras con pausado tono y á media voz, pero que helaban la sangre de la persona á quien las dirigía, como sucedió á su secretario Santoyo cuando, por equivocación, echó sobre la firma real la tinta en vez de los polvos. «Este, le dijo el monarca sin alterarse y señalando á la escribanía, este es el tintero y esta la salvadera.» Empero algo inexplicable tenía el acento de Felipe II, cuando el secretario se sintió impresionado de tal suerte, que perdió el sentido antes de salir de palacio, y murió pocas horas después. El monarca rezó por el alma de su secretario con la misma tranquilidad que le había dirigido la fatal advertencia.

Cuando le llevaron la feliz nueva de la gloriosísima victoria de Lepanto, pronunció algunas palabras para dar gracias al Omnipotente, y cuando le comunicaron el horrible desastre de la *Invencible*, diciéndole que en pocas horas había destrozado una tempestad los centenares de buques de aquella nunca vista armada, se concretó á responder con acento reposado: «Yo no envié mis navíos á pelear con los elementos.» Y no se contrajo un solo músculo de su rostro.

Tal era el carácter de Felipe II, apellidado por unos el *Prudente* y el *Grande*, mientras que otros lo califican de hipócrita, ambicioso y cruel; tal era el hombre que en fuerza de tener cabeza no tenía corazón; tal era el rey que firmó la sentencia de muerte de su hijo único, sin que ni ligeramente temblase su mano ni palidiese su rostro, según aseguran sus mismos defensores y panegiristas.

Con lo dicho basta para que el lector empiece á formar una idea de lo que era este personaje.

Nada más añadiremos por ahora, porque en la presente parte no ha de figurar mucho, sino más adelante cuando le hagamos aparecer nuevamente con más edad, más experiencia y más recuerdos de la tenebrosa historia de su época y de su vida.

La lectura en que parecía tan absorto la interrumpió para recibir al comendador, que se presentó con la frente inclinada, la mirada sombría y el rostro cada- véricamente pálido y desfigurado, dejan-

do ver claramente la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.

Al monarca le bastó una ojeada para comprender lo que pasaba en el interior de aquel hombre.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Anoche mismo—dijo al fin el rey—vino don Roque á participarme lo sucedido.

—¡Oh!—murmuró el padre de Luz con voz rugiente y sorda, y apretando los puños sin que le fuera posible contenerse.

—Aún no podemos asegurar—repuso tranquilamente el monarca—que fuese el mismo Raul de Lancaste el atrevido que resistió á la justicia, y por consiguiente debéis tranquilizaros hasta que haya más seguras pruebas.

—¡Tranquilizarme!—dijo el comendador, mirando con profunda sorpresa á Felipe II—. ¿Qué me importa que sea el traidor flamenco ó cualquier otro? ¿Acaso el nombre ó la calidad de la persona pueden quitar nada al borrón que sobre mi honra ha caído?

El rey miró un momento al caballero, y replicó con calma:

—¿Pero tenéis completa seguridad de que doña Luz ha olvidado sus deberes y empañado vuestro honor?

—¡Qué si la tengo!—exclamó el cortesano, cuya agitación iba en aumento—. ¿No llevaba consigo el miserable seductor la prueba del crimen? Y no dejó de apercebirse de ello ninguno de los que allí estaban; todos comprendieron lo que había sucedido, á nadie se ocultó mi situación horrible, y hoy mi honra destrozada andará de boca en boca.

—Si efectivamente se os ha ofendido...

—No puede dudarse, señor, no puede dudarse...

—Entonces...

Interrumpióse Felipe II, meditó, y después de algunos momentos dijo:

—Hay esperanzas de que el criminal caiga en manos de la justicia que lo sigue muy de cerca según las últimas noticias que he recibido.

—Se castigarán sus crímenes; pero, ¿y mi honra?

—Mi buen comendador, ya sabéis que vuestra honra es para mí una prenda que tengo en grande estima.

—Pero no hay remedio, señor, no hay

remedio—repuso desesperadamente el comendador.

—A otro que no fuéiseis vos le propondría que, una vez que estuviese en vuestro poder ese hombre, le obligásemos á casarse con doña Luz antes de que expiara sus graves delitos en manos del verdugo; pero os conozco y estoy seguro de que esto, en vez de considerarlo vos un remedio, lo tendríais por una segunda desgracia no menos horrible que la primera.

—Gracias, señor, porque hacéis justicia á mis sentimientos.

—¿Qué pensáis, pues, hacer?

—No lo sé: estoy trastornado, loco por el dolor y por la ira.

—Contad con mi ayuda para lo que determinéis. La inocente criatura, fruto de ese extravío...

—Es preciso evitar que jamás sepa quién fué su madre.

—Fácil sería conseguirlo así, si el criminal cayese en nuestro poder; pero de otro modo, el padre revelará al hijo el misterio de su nacimiento, y ¿quién sabe si podrá darle alguna prueba?

—Dice vuestra majestad que hay esperanza...

—Esperanza no más, y eso contando con que vos haréis por lo menos tanto como la justicia.

—Siquiera por cumplir mi deber de fiel vasallo...

—Pero si esa esperanza no llega á realizarse...

—Entonces, ¡oh!—exclamó el caballero, cuya mirada se hizo más sombría—. Entonces...

—¿Qué haréis?

—Mi hija morirá...

—¡Comendador!

—Morirá para el mundo, y yo me ocultaré á los ojos de todos.

—Morirá para el mundo—murmuró Felipe como si hablase para sí—, morirá y vos os ocultaréis...

—De tal modo, que nadie que me conozca vuelva á verme, ni á saber de mí.

El rey apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos.

Reinó un silencio profundo, solamente interrumpido por el ruido leve de la violenta respiración del caballero.

Este, inmóvil como una estatua, esperó con temor y afán.

—Bien—dijo al fin el monarca después

de algunos segundos—, eso significa que voy á tener la desgracia de perder á uno de mis más leales servidores.

—Señor...

—No os pertenecéis—replicó Felipe II—ó lo que es lo mismo, no sois de vos tan absoluto dueño como habéis pensado.

—Pido á vuestra majestad perdón...

—Tranquilizáos: yo os autorizo para que llevéis á cabo vuestro plan.

—Pero si vuestra majestad no se digna protegerme...

—Os protegeré.

—Es que será necesario...

—¿No os dije antes que contáseis con mi ayuda? ¿Desde cuándo creéis que mis promesas necesitan repetirse?

—Considerad, señor, que estoy trastornado, ya lo dije...

—¿Y si fuese habido el criminal?

—En ese caso...

—¿Qué haréis de doña Luz?

—¡Oh! morirá también.

—No os aconsejo: quiero limitarme á prestaros ayuda.

—El plan que he concebido en mi desesperación...

—No me lo expliquéis, lo comprendo y... dejad que pasen algunos días; meditación, y lo que al fin resolváis, ejecutadlo con calma, con mucha calma, aunque para ello tengáis que destrozarnos el corazón, porque lo que una vez se hace, hecho queda, y vale más atormentarse y dilatar la ejecución, que arrepentirse después de haberlo hecho.

—Esto, señor...

—Es un secreto.

El comendador como si sus fuerzas se hubiesen agotado, dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y mudo.

¿Qué iba á ser de doña Luz?

La suerte que le estaba reservada era mil veces peor que la muerte; como mujer y como madre le esperaban horribles sufrimientos.

En cuanto á su inocente hijo, no podía ser más negro el horizonte de su porvenir.

El plan del comendador, no explicado, pero perfectamente comprendido por el rey, era espantoso.

A gran fortuna debieran haber tenido las víctimas que se decretase su muerte.

Y no había esperanzas de perdón, porque era imposible que el ofendido caballero se aviniese jamás con la idea de la des-

honra de su hija; era imposible que su corazón de padre se conmoviese, ni por el amor, ni por la compasión tampoco, cuando se trataba de castigar una ofensa contra el honor, cuando llegaba el momento de cumplir deberes que él hubiera cumplido á costa de todos los tormentos imaginables y de su misma existencia.

No era menos penosa la situación de Raul: iban á arrebatárle al hijo de su amor, no podía volver á ver á la infeliz á quien idolatraba, corría su vida inminente riesgo, y no tenía medio alguno de defenderse, ni le era permitido huir para salvarse.

—Volved á vuestra casa—dijo el rey después de algunos momentos—, y no vengáis á verme sino de noche.

—Señor, las bondades de vuestra majestad...

—Procurad tranquilizaros y no os ocupéis estos días sino en hacer lo que bien os parezca para el mejor servicio de Dios.

—Cumpliré mis deberes...

—Si no se trataba de un hereje...

—Y de un ladrón que me ha robado el inestimable tesoro de la honra.

—Será castigado y honrado vos.

—Señor...

—Guárdeos el cielo—repuso el monarca con dulzura.

Salió el caballero de la régia cámara.

Felipe II volvió á fijar la mirada en el libro.

¿Leía ó meditaba sobre lo que acababa de hablar con el comendador?

Hubiera sido imposible adivinarlo, porque su rostro no cambió de expresión.

Entretanto el padre de Luz, con pasos vacilantes, como un hombre que está embriagado, se dirigió á su morada sin percibirse siquiera de los que pasaban por su lado y le saludaban con cariño ó con respeto.

Tampoco entonces entró en el aposento de su hija: ya había dado las órdenes convenientes para que se cuidase de ella, y ni siquiera preguntó por la infeliz, ni nadie se atrevió á nombrársela.

Media hora pasó encerrado en su habitación.

Luego llamó á su criado y confidente Andrés.

Entretanto se murmuraba en toda la villa sobre el misterioso suceso de la noche anterior, refiriéndolo de mil distin-

tos modos y comentándolo cada cual á su placer; de suerte que la narración de lo acontecido, llegó á estar lejísimo de la verdad y á parecer, más que otra cosa, un cuento de brujas y duendes, un suceso en el que Satanás había empleado todas sus malas artes y había desempeñado el principal papel.

Los dejaremos que murmuren, puesto que nos es imposible hacer á doña Luz el favor de sellar todos los labios maldicientes, y con permiso del lector, retrocederemos algunas horas, é iremos en busca de Raúl.

CAPITULO VIII

NUEVAS DESGRACIAS

En la época á que nos referimos veíanse en la calle de Bordadores, y cerca de la iglesia de San Ginés, unas cuantas casas pequeñas y de aspecto miserable, con solo uno ó dos cuerpos, donde se albergaba gente muy pobre.

En una de éstas, que no presentaba en su exterior más que el piso bajo, habitaba una mujer de más de cincuenta años, y que al decir de los vecinos, vivía con los socorros de algunas caritativas personas que desde muy antiguo la favorecían.

Nunca se había ocupado nadie de ella, porque ella no incomodaba á nadie, ni era entrometida, ni murmuradora, sino al contrario, hablaba bien de todos, y para todos tenía palabras agradables. Tampoco había en su vida ningún misterio, ni hacía nada que pudiese llamar la atención, y como además, aunque sin ser beata, cumplía con exactitud sus deberes de cristiana vieja y de honrada vecina, era imposible que diese lugar á comentarios.

Nada valía, nada representaba, nada suponía en el mundo, y por consiguiente, la miraban con una indiferencia que para ella debía ser la mayor de todas las fortunas.

Empero ya hacía algunos meses que las miradas de la vecindad habían empezado á fijarse en la pobre mujer, porque se aseguraba que muchos habían observado cosas que no se explicaban fácilmente, ó que tenían una explicación nada favorable para la interesada.

Decían algunos que á ciertas horas de la noche solía llegar á la puerta de la casa un hombre, que llamaba como con temor, y que la puerta se abría sin que se viera volver á salir al que había entrado, mientras que otros aseguraban que el personaje misterioso salía muchas noches á deshora y se recogía cerca del amanecer, entrando sin necesidad de llamar, porque iba provisto de una llave.

Se habían hecho algunas indicaciones disimuladamente á la vieja Nicasia; pero ella no las había entendido ó había fingido no entenderlas, y continuaba con su inalterable método de vida.

La curiosidad de los vecinos se había aumentado tanto cuanto era mayor la dificultad de averiguar el misterio, y llegó á tal punto el afán de descubrirlo, que no faltó alguno que se puso en acecho desde su casa una y otra noche, acabando por convencerse de que era cierto que un hombre entraba y salía en la vivienda de Nicasia como si fuese la suya, puesto que llevaba una llave con que abrir. Nada más supo el curioso vecino; pero esto lo refirió á toda la vecindad.

La curiosidad, en vez de satisfacerse, avivóse más, desde que tuvo la prueba de que algo había, porque ese algo era menester conocerlo en todas sus partes.

¿Quién será el entrante y saliente?

He aquí lo que todos se preguntaron. Nadie acertó á responder.

A falta de pruebas, se recurrió á las deducciones.

El que nada debe nada teme, ó lo que es lo mismo, el que no ha cometido ningún crimen, no tiene miedo de que lo vean, y por consiguiente, el hombre que se oculta no puede ser sino un criminal.

Este razonamiento fué el primero que se ocurrió á los vecinos, sin pensar que el más santo puede tener graves motivos para ocultarse.

Admitido que el personaje misterioso era un criminal, no faltaba averiguar más que su nombre y el delito que había cometido.

¿Era un ladrón ó un asesino? ¿Era un conspirador ó un hereje?

Algo de todo esto debía forzosamente ser y de ningún modo un hombre honrado.

Cuanto más cavilaron, menos adivinaron, y por más que persistieron en su ob-

servación, no pudieron averiguar más de lo que ya sabían, ni consiguieron ver otra cosa sino que el hombre en cuestión salía y entraba en la casa de la vieja.

Diciendo que solamente le movía un celo plausible por la justicia y la moralidad, ocurrióle á un vecino la diabólica idea de proponer que se diese parte de lo observado al señor alcalde, para que con su ronda estuviese al cuidado, y echando el guante al supuesto criminal, se aclarase de una vez la clase de hombre que era.

La proposición pareció bien; pero algunos creyeron que sería más acertado avisar á la Inquisición, para que ésta obligase á Nicasia á declarar.

Afortunadamente, el asunto se había tomado como cuestión que interesaba á toda la vecindad, y por consiguiente, todos tuvieron el derecho de discutir sobre el caso, y dar su parecer sobre lo que hacerse debía.

De esto resultó lo que era consiguiente: pasáronse algunos días antes de que logran ponerse de acuerdo, y al fin determinaron hablar al señor cura de la parroquia para que éste les aconsejase ó tomase la iniciativa como persona de mayor respeto y sabiduría.

Hiciéronlo así, y el sacerdote tomó en consideración el asunto y prometió á sus feligreses que él haría, sin perder tiempo, lo que fuese más acertado, porque, según todas las apariencias, el personaje en cuestión debía, más que otra cosa, ser un hereje, lo cual se deducía de que, no saliendo de su escondite más que de noche, no era posible que oyese misa ni cumplierse ninguno de los deberes de buen católico.

Esto sucedió precisamente el día en que dió principio la presente historia, y aquella noche ó la siguiente mañana, debía el buen cura dar los primeros pasos para que se aclarase el misterio.

He aquí como al personaje en cuestión le amenazaba un gran peligro, y cómo inocentemente le habían hecho el mayor de los daños los que no eran sus enemigos.

El lector habrá comprendido fácilmente que era Raúl el hombre que entraba y salía de casa de la vieja.

La determinación que acaban de poner en práctica los curiosos vecinos era una

coincidencia fatal en aquellos momentos.

Cuando no había corchete, esbirro ni secreto agente que no se hubiese puesto en movimiento para averiguar dónde se ocultaba nuestro joven, el aviso de la vecindad era bastante para que no se perdiese momento en convencerse de si eran uno mismo Raúl y el misterioso huésped de Nicasia, lo cual nadie hubiera encontrado raro.

El joven llegó á su albergue dos horas después de haber salido de la morada del comendador.

Como siempre hacía, se detuvo algunos momentos para mirar y escuchar por si alguien observaba, y luego sacó una llave, envainó la espada que aún llevaba en la diestra, y abriendo con cuanto cuidado pudo, penetró en la casa, siguiendo á tientas por un oscuro pasillo, y entrando después en un reducido y casi desamueblado aposento, apenas iluminado por la rojiza y moribunda luz de un candil.

Una vez allí, volvió á escuchar, y como ningún ruido percibiese, tomó la luz y entró en la habitación inmediata.

Allí había una mujer pobremente vestida y que no era otra que Nicasia.

El joven la miró sorprendido diciéndole:

—¿Cómo es que os encuentro despierta?

—Os esperaba—respondió ella, fijando en el caballero una mirada de inquietud.

—¡Que me esperábais! — murmuró Raúl mientras dejaba la luz y arrojaba sobre una silla su capa y su sombrero, que estaban empapados en agua.

Y se sentó con muestras de estar muy fatigado.

Nicasia contempló por algunos instantes el hermoso rostro del mancebo, que entonces estaba nerviosamente pálido y contraído, revelándose en su mirada, profundamente sombría, el estado de horrible agitación en que se encontraba su espíritu.

—Supongo—dijo Raúl, desplegando una amarga sonrisa—, supongo que me aguardaréis para darme alguna noticia desagradable. Así debe suceder: nunca una desgracia es más que el anuncio de otras muchas. Explicaos, pues, sin temor, que no habéis de sorprenderme, porque nada bueno espero.

—Estais fatigado y ...

—No importa.

—Descansad.

—Me sería imposible abrigando un nuevo temor, y además, ya que esta noche se han conjurado contra mí todas las desdichas, quiero de una vez apurarlas.

—Si os empeñáis...

—Sí, hablad.

—Posible es que mis temores no se realicen; pero...

—Acabad—replicó con impaciencia el joven.

—Para no robaros la tranquilidad—repuso la anciana—no os he dicho que hace ya bastantes días supe que en la vecindad se murmuraba de mí, diciéndose que á deshora de la noche entra y sale un hombre en mi casa. Ningún valor he dado á semejantes hablillas; pero los que murmuran han llegado á tomar el asunto muy por lo serio, y temerosos de que seais un criminal, han decidido dar parte de sus observaciones, acudiendo al señor cura de la parroquia para que éste se dirija á la Inquisición ó á la justicia.

—¡Ah! —exclamó Raúl, fijando en Nicasia una mirada de terror—. ¿Estáis segura de lo que decís?

—Como que el hecho me lo ha referido persona que ha presenciado la entrevista de los vecinos murmuradores con el señor cura.

—¿De modo que teméis?...

—Yo nada temo por mí, sino por vos.

Raúl cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

Transcurrieron algunos segundos sin que ninguna de aquellas dos personas pronunciasen una palabra.

—Bien—dijo al fin el amante de doña Luz—, antes que salga el sol dejaré esta casa, y...

Interrumpióse, volvió á sonreír con amargura, y quedó otra vez meditabundo.

—¿Tenéis adónde ir?

—Sí—respondió el joven sin saber lo que decía.

—Lo pregunto, porque tal vez yo pudiera proporcionaros seguro albergue.

—No estará de más; pero entretanto es preciso que yo salga de aquí, llevándome cuanto me pertenece para no dejar huella alguna, porque es probable que en

las primeras horas de la mañana vengan á buscarme.

Iba á replicar la anciana; pero no lo hizo, porque en la calle sonó un silbido leve, y pasado un segundo otros dos más.

—¡Oh!—exclamó Raúl, apretando los puños—. ¿Me traerán la nueva de otra desgracia tan horrible como las anteriores?

Y escuchó afanosamente.

Sonaron nuevos silbidos, luego una tos seca y forzada, y en seguida tres golpecitos dados á las hojas de una de las ventanas con reja que tenía en la casa.

—Ya no podemos dudar; me buscan, y debe ser muy urgente el asunto, cuando no esperan á que llegue el día.

Nicasia se levantó, acercóse á la ventana donde habían sonado los golpes, y, entreabriendo cuidadosamente, preguntó:

—¿Quién es?

—Nadie—le respondieron.

—¿Qué buscáis?

—Lo que sólo yo puedo encontrar.

Estas palabras, que, como se comprende, eran señales, borraron toda duda, y sin vacilar salió la anciana del aposento y fué á abrir la puerta de la casa.

Pocos instantes después se presentó un hombre, cuyo traje parecía ser el de un hidalgo; pero que iba todo mojado y manchado de lodo.

—¡Esteban!—exclamó Raúl.

Y se abrazaron como dos buenos amigos.

—Tenemos que hablar mucho y de mucha importancia—dijo el recién llegado en un idioma incomprensible para Nicasia.

—¡Oh!—exclamó el amante de Luz desprendiéndose de los brazos de su amigo, y apretando los puños—. Temo escucharte...

—No en vano temes.

—Siéntate, descansa...

—Sí, me sentaré; pero me falta el tiempo para descansar, porque antes que el sol alumbre habremos de partir.

—¡Partir!—exclamó Raúl con acento que parecía de profundo terror.

Y fijando en su amigo una mirada de angustioso afán, quedó inmóvil y mudo como una estatua.

A pesar de que la anciana no entendía lo que hablaban los otros, salió del aposento para dejarlos en mayor libertad.

La escena que iba á seguirse debía desgarrar más y más el alma de Raúl, colocándolo en la más horrible de las situaciones.

CAPITULO IX

LUCHAS

Había cesado la lluvia y no silbaba ya el viento.

Reinó un profundo silencio por espacio de algunos segundos, que aquellos hombres se contemplaron triste y afanosamente sin pronunciar una palabra.

—Mi querido Raúl—dijo al fin el llamado Esteban—, somos amigos desde la niñez, y más que amigos, hermanos, y nos comprendemos fácilmente.

—Sí, somos hermanos; no hemos tenido secretos el uno para el otro, y antes que engañarnos, preferiríamos morir.

—Vengo á España con el alma transida de dolor.

—¡Oh!...

—Quizás voy á desgarrar la tuya...

—Basta, amigo mío, no necesito más explicaciones.

—¿Temes?

—¡Oh!—exclamó Raúl con acento que parecía llevarse tras sí el alma, y elevando al cielo una mirada, que lo mismo podía ser de dolor que de desesperación—. Vienes á decirme que es preciso partir...

—Sosiégate y escúchame, porque antes de entrar en explicaciones sobre el objeto de mi viaje, debemos recordar algunos antecedentes.

—¡Recuerdos horribles!

—Sí, muy horribles—repuso Esteban—; pero muchos de ellos deben llenarte de satisfacción y orgullo, y supongo que los guardarás en tu alma como se guarda un tesoro.

—Nada he olvidado.

—Así lo creo; pero repito que es conveniente que hablemos de lo pasado para dar á lo presente todo su valor, para evitar fatales consecuencias en lo porvenir, y abreviar el tiempo que has de emplear en decidirte.

—Si pudieras comprender lo que en estos momentos sufro, si conocieras los sucesos de esta horrible noche...

—Los conoceré, porque tú nada me ocultas, porque necesitas un pecho amigo donde depositar el secreto de tus dolores, y ese pecho es el mío...

—¡Esteban, hermano mío!—xclamó el desgraciado amante de doña Luz, arrojándose en los brazos de su amigo.

—Sosiégate...

—¡Ah!—repuso el joven Lancaste con voz ahogada—. Si ves que el llanto brota de mis ojos, no me llames cobarde ni débil.

—Raúl...

—Hace pocos minutos, estos mismos ojos que ahora vierten llanto como los de una mujer, lanzaban centellas de rabiosa ira, y mis brazos, que en este momento no tienen fuerza más que para estrecharte contra mi dolorido corazón, eran de hierro y llevaban la muerte adonde quiera que se dirigían. No, no soy cobarde ni débil, no me hace llorar el miedo, no me hace temblar el terror...

—Amigo mío, escúchame...

—¡Soy padre!...

—¡Ah!

—Hay una criatura inocente, débil, desamparada, indefensa...

—¡Dios mío!

—Una criatura á quien yo he dado el ser, que necesita de mí, que antes que nadie tiene derecho á mi cariño y protección...

—¡Pobre amigo mío!—murmuró Esteban con acento de profunda emoción.

—Sí—repuso Lancaste—, debes tenerme lástima; soy muy desdichado...

—Raúl, eres padre, eres amante; pero también eres hombre y caballero.

—¡Oh!...

—Tienes un hijo á quien has dado el ser, pero también tienes una madre, la madre patria, que te lo ha dado á ti; hay una mujer que todo lo ha sacrificado por tí y que tiene derecho á recordarte tus juramentos de amor, pero también la santa causa de la libertad y la independencia, también tus hermanos, que, cargados de duras cadenas gimen en oscuros calabozos, pueden recordarte otros juramentos no menos sagrados, juramentos hechos por Dios y por el nombre sin mancha que te legó tu virtuoso y noble padre.

Raúl, violentamente agitado, levantóse

y empezó á recorrer de un extremo á otro y con desiguales pasos la habitación.

Su rostro, más y más pálido y contraído cada instante, estaba desfigurado.

Por su frente se veían correr algunas gotas de sudor, y su mirada era cada vez más sombría.

Transcurrieron algunos segundos.

Esteban hizo un esfuerzo para aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir, y después de algunos instantes dijo: así no acabaremos nunca.

—¿Qué tienes que decirme?

—Aún ignoras lo que pasa en nuestra desdichada tierra y el objeto de mi viaje.

—Lo adivino.

—No importa.

—Ya me has dicho que es necesario partir...

—Siéntate, Raul.

—Estoy loco...

—Siéntate y escúchame: así lo exige nuestra amistad y te lo mandan tus deberes de caballero y de buen ciudadano.

—Si me decido á marchar, me darás explicaciones mientras caminamos, porque entonces habré recobrado alguna calma, y si he de quedarme, nada quiero saber ni nada debes decirme, pues no podrás mirar como amigo al que abandona su patria y sus hermanos por sus particulares afecciones.

—Sí, es preciso que me escuches para que resuelvas con perfecto conocimiento de causa.

—¡Oh!—murmuró Raul oprimiéndose las sienes—. Se me abrasa la cabeza.

—Perdona si me esfuerzo para desoir las quejas de tu intenso dolor; pero así lo quiere nuestra desventura.

—Mi fiel amigo...

—En nombre de nuestra amistad, vuelvo á pedirte atención.

—Sea—dijo el amante de Luz con acento de forzada resignación.

Y dejándose caer en una silla, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y se dispuso á escuchar.

—Tu permanencia en Madrid—dijo Esteban—no tiene ya objeto alguno, no hay razón que la justifique.

—Es verdad.

El marqués de Bergen ha muerto envenenado, el barón de Montigny ha sido ahorcado secretamente en su calabozo, y el desventurado príncipe don Carlos, único

protector con que contábamos, no tardará en sufrir la misma suerte, si las noticias que nos han enviado no son exageradas.

—Aunque todavía no se ha dado paso alguno contra el príncipe, puede asegurarse que su prisión, y su muerte quizás, está decretada por la intención del rey.

—Nada puedes tú hacer para salvarlo.

—Nada—repuso Raul, moviendo la cabeza.

—Sin que te sea posible ayudar á nuestros amigos, ni favorecer nuestra causa, te arriesgas á morir.

—¿Qué me importa?

—Mucho.

—Tal vez la muerte es la única dicha á que puedo aspirar.

—No te pertenece tu vida.

—Amigo mío...

—Es de tu patria, de tus hermanos.

—Por eso la conservo, porque no me pertenece, porque es de mi patria, de mis hermanos, de la santa causa de la libertad, de la mujer que me ha sacrificado su honra, de la inocente criatura á quien he dado el ser para satisfacer mi pasión. Lo sé y por eso conservo esta existencia horrible, que es para mí una carga insoportable.

—Pues bien, tu brazo, que vale mucho, y tu inteligencia, que no vale menos, pueden ser muy útiles á nuestra causa. Ha llegado el día de las grandes pruebas, el día de los grandes sacrificios, y la lucha que en este momento destroza tu alma, cesará, y acabará toda vacilación cuando conozcas las últimas desgracias.

—¿Qué más puede suceder de lo que ha sucedido?

—El noble Egmont ha sido preso...

—¡Preso!

—Sí, está en un calabozo como el último criminal.

—¡Vive el cielo!—exclamó Raúl, como si repentinamente hubiese recobrado toda su energía.

Y sus negras pupilas relumbraron como dos ascuas.

—¿Y quién—añadió—ha osado atacar contra el hombre más virtuoso y noble que se ha conocido?

—El que puede tanto como el rey, más que el rey quizás.

—No es para tanto bastante el rey...

—Pero lo ha sido el feroz duque de Alba.

—¡Oh!...

—No pasará mucho tiempo sin que se decrete la muerte de Egmont y su noble cabeza ruende en el cadalso. Sí, Raul, se derramará su sangre si no conseguimos salvarlo.

Nunca como entonces fué ruda, espantosa, horrible, la lucha sostenida en el alma de Raul por sus deberes de caballero y amigo, y de amante y padre.

Más agitado que nunca volvió á levantarse y á pasear por la habitación, mientras apretaba los puños ó se oprimía la cabeza con fuerza convulsiva.

—No has olvidado—añadió Esteban—lo que debes al noble Egmont.

—Ha sido, más que mi protector, mi padre: le debo cuanto soy, cuanto valgo... ¡Oh!...

—Pues bien, ese hombre á quien tanto debes, te llama y te espera. Ya no es solamente tu patria y la causa que has jurado defender hasta morir; es también la vida de tu mejor amigo, de tu segundo padre; no es solamente el deber de ciudadano el que te llama, sino el de la gratitud el que te obliga.

Raul elevó al cielo una mirada, que lo mismo podía ser una sacrilega reconvencción que una desgarradora súplica.

—¿Vacilarás ahora?—preguntó Esteban.

El amante de Luz guardó silencio.

—Hay más—añadió su amigo—. Hay más, por si no es bastante aún para decidirte lo que acabas de oír. Tu buen padre tenía un hermano no menos virtuoso que él.

—Sí, mi noble tío, que murió luchando por nuestra independencia.

—Y dejó huérfana á una hija...

—María, tan virtuosa como su padre, sin rival en belleza, sin igual en grandeza de corazón y en fortaleza de espíritu; María, la mujer á quien tanto amas y de quien tanto eres amado.

—Sí, la mujer á quien amo tanto, por lo menos, como tú á la desgraciada hija del comendador.

—¿Qué ha sido de ella?—preguntó afanosamente Raul.

—Juan de Vargas...

—¡Oh!...

—Creo que muy pronto la verás también acusada ante el *Tribunal de la Sangre*...

—Basta, basta—interrumpió Raul afanosamente—; no más vacilaciones, no más dudas...

—Te reconozco.

—A Bruselas, amigo mío, á Bruselas á salvar á esas inocentes víctimas, ó á vengarlas, si llegamos tarde.

—Para cumplir mis deberes de ciudadano y caballero, he abandonado á María en poder de nuestros enemigos...

—No haré menos que tú.

—Bien, partiremos hoy mismo antes que salga el sol.

—Tan pronto...

—¿Vacilas otra vez?

—No; pero... Luz, mi hijo... ¡Oh!... ¿Qué será de ellos?

—Dios los protegerá.

—Ignoras lo que ha sucedido esta noche...

—No hay nada que deba detenerte.

—La desgracia de Luz no es ya un secreto para su padre, y hace dos horas que frente á éste y á la gente de justicia he tenido que abrirme paso con la espada, llevando en brazos á mi hijo acabado de nacer, para entregarlo á una mujer casi desconocida, que me ha ofrecido criarlo.

—Iremos á ver á esa mujer; le dirás que tienes que ausentarte, y la darás las instrucciones convenientes para la seguridad de tu hijo y para que te envíen noticias de él.

—¿Y Luz?

—¿No puedes despedirte de ella?

—No, porque los criados que me ayudaban para introducirme en su vivienda, habrán sido presos, y aunque no, se habrán tomado toda clase de precauciones.

—Escríbele y deja la carta á quien tarde ó temprano pueda hacerla llegar hasta ella.

Raul meditó y después de algunos segundos, se sentó junto á una mesa donde había tintero y papel, y tomando una pluma, dejó correr su convulsa diestra, trazando letras desiguales.

Volvió á reinar un silencio absoluto, interrumpido solamente por el leve ruido de la pluma y por la respiración violenta de aquellos dos hombres.

Diez minutos pasaron.

Raul cerró la carta que acababa de escribir á la hija del comendador.

—No tengo—dijo—persona de mayor confianza que la buena mujer que habita

aquí, y á ella confiaré este encargo, seguro que no habrá nada que no sea capaz de hacer para cumplirlo.

Y sin detenerse, llamó á Nicasia, que se presentó inmediatamente y con muestras de tristeza profunda, porque comprendía que un nuevo peligro amenazaba al hombre á quien había dado albergue y protección.

—¿Estás seguro de la fidelidad de esta mujer?—preguntó Esteban á Raul en el idioma de su país.

—Sí.

—Entonces...

—A no ser ella, habrían dado ya conmigo mis perseguidores.

—Bien; puesto que la conoces, entrégale la carta; dale las instrucciones que te parezcan convenientes, y vamos, porque el tiempo vuela, y cada minuto que se pierde es un tesoro inestimable.

CAPITULO X

LA DESPEDIDA

Raul meditó por espacio de algunos segundos, y luego, dirigiéndose á la anciana, dijo:

—Merecéis mi cariño y mi confianza.

—Gracias, señor.

—Me habéis dado muchas pruebas del interés que os inspiro, y tengo que pagaros una deuda de gratitud.

—Nada me debéis—respondió sencillamente Nicasia—porque no he hecho otra cosa que cumplir lo estipulado entre nosotros: por el contrario, yo os debo mucho, porque me habéis dado más de lo ofrecido.

—¡Más, decís, cuando sólo algún mezuino socorro habéis querido recibir de mi mano!

—Os confié un secreto...

—Me favorecéis haciendo conmigo lo que con nadie habíais hecho.

—Y vos...

—Me proporcionásteis además la ocasión de hacer un beneficio...

—Mayor para mí que el de haberme devuelto la vida.

—No hablemos de eso...

—Sí, sí; vamos á separarnos, y quiero haceros comprender...

—Escuchadme, que tengo contados los minutos.

—Como gustéis.

—Podéis hacer por mí mucho más de lo que yo he hecho por vos; podéis tranquilizar mi espíritu, llevar el consuelo á una mujer desgraciada, y salvar de un porvenir espantoso á una criatura inocente que queda desamparada apenas ha nacido.

—El rostro de la anciana cambió de expresión y de sus ojos brotaron dos lágrimas.

—La mujer de quien os hablo ha tenido un momento de debilidad: es madre...

—Disponed de mí—replicó la anciana.

—La criatura, cuyo porvenir se presenta tan negro, es mi hijo...

—¡Ah!...

Hace pocas horas que vió la luz del mundo, y que arrancado inmediatamente de los brazos de su madre, ha sido entregado á una buena mujer, que se compromete á criarlo sigilosamente, sin conocer mi clase ni mi nombre.

—Una historia como la mía—murmuró Nicasia.

—Sí.

—¿Qué queréis de mí?

—Ya no es solamente de vuestra casa de donde tengo que salir, sino de España; y como esta determinación ha sido tan repentina, y he de ponerme en camino antes del amanecer, necesito que la desgraciada que tanto sufre reciba noticias mías.

—Las recibirá.

—Esta carta...

—Comprendo... Decidme sin cuidado quién es esa madre infeliz, que antes me arrancarían la vida que el secreto...

—En mi patria me amenazarán mayores peligros que aquí, y por consiguiente, es lo más probable que mi vida sea poco duradera...

—Velaré por vuestro hijo.

—¡Ah!...

—Decidme dónde se encuentra, y cómo he de hacer para que la mujer que lo cría reconozca en mí á la persona que os representa.

—Sí, todo lo sabréis.

—Os escucho.

—A cualquiera que preguntéis en Puerta Cerrada por el comendador Quiñones, os señalará una casa grande que hace esquina á la calle de Cuchilleros.

—No olvidaré ese nombre.

—Es posible que al contestaros, si dais con un vecino hablador, os refiera un lan-

ce de cuchilladas que debe haber costado la vida á dos corchetes la pasada noche.

—Comprendo.

—La hija del comendador...

—Que se llama doña Luz...

—¿La conocéis?

—He oído hablar de su hermosura.

—Entonces...

—No necesito más explicaciones.

—Esta carta...

Llegará á sus manos.

—Gracias, mi buena amiga...

—Proseguid.

—Conviene además que averigüéis lo que el padre, que está enterado de todo, hace con la hija.

—Lo averiguaré.

—Y lo que ha sido de una dueña llamada Aldonza, y otro criado llamado Fernán, cuya culpabilidad por ayudarme no habrán podido ocultar.

—Fácil me será saberlo.

—¿Esperais conseguir...

—Cuanto deseáis.

—¿Con qué medios contáis?

—Con todos, y con ninguno.

—Pero...

—Un mendigo puede entrar en todas partes.

—Ciertamente.

—Veré á doña Luz, la hablaré y la entregaré la carta.

—Dios os proteja.

—Me protegerá, siquiera para que yo pueda pagaros una parte de lo mucho que os debo.

—Empezáis á tranquilizarme.

—Hablemos de vuestro hijo.

—Intentaré verlo antes deirme; pero no sé si lo conseguiré.

—Si la nodriza no os espera...

—No.

—Será difícil.

—Tal creo.

—¿Dónde la encontraré?

—En una casa de vecindad, la tercera á la derecha de la calle de Santa María.

—Bien.

—Al terminar un patio hay un pasillo estrecho y obscuro, y al final de éste se encuentra el aposento de una viuda conocida con el nombre de Tomasa.

—Entendido.

—Decidle: «Vengo de parte de quien no puede venir: me envía el hijo de la noche». Esto bastará.

Idos descuidado.

—Os advierto que la viuda no permanecerá en aquella casa más que el tiempo necesario para buscar otra vivienda más independiente.

—No tardaré muchas horas en verla.

Raul, profundamente conmovido, estrechó entre las suyas las manos de la anciana, y estampó en ellas un beso de filial ternura.

—No— dijo luego con voz ahogada—, no tengo derecho á quejarme de mi destino, porque no puede quejarse quien como yo encuentra corazones como el vuestro. ¡Ah!... Dios me dé vida para probaros algún día mi gratitud, no con la mezquina recompensa del oro, sino con el cariño que merecéis.

El amante de Luz se dejó caer en una silla, como si otra vez se hubiesen agotado sus fuerzas.

Estas alternativas de exaltación y languidez eran en él muy frecuentes, lo cual se explica teniendo en cuenta su temperamento nervioso.

No quiere esto decir que fuera inconsecuente, sino que su delicadísima sensibilidad podía conducirlo hasta el último grado de la violenta excitación, lo mismo que al de la más dulce ternura.

—¿Qué esperáis?—preguntó la anciana después de algunos momentos—. Ya sabéis que vuestra vida peligra aquí...

—Es verdad... vamos—dijo Raul, poniéndose de pie.

—Me falta saber una cosa.

—Cuál?

—¿Qué he de hacer después de cumplidos vuestros encargos?

—Enviarle noticias con cuanta frecuencia os sea posible. No ignoráis mi nombre

—¿He de dirigiros las cartas á Bruselas?

—Sí.

Cruzaron algunas palabras más de despedida.

Raul cogió una pequeña maleta que contenía todo su equipaje y sus papeles, y que siempre tenía preparada, tomó su capa y su sombrero, y salió con su amigo.

Silenciosamente subieron la calle de Bordadores, salieron á la de la Almudena, y avanzando á buen paso, encontráronse después de diez minutos á la puerta de la casa de la nodriza.

Raul llamó y volvió á llamar, repitien-

do con más fuerza cada vez los golpes que sobre la puerta descargaba con el aldabón. Empero fué en vano.

—¡Oh! exclamó con iracundo acento.

Y golpeó más y más la puerta.

Nadie le respondió.

Según te has explicado—dijo Esteban— el aposento de esa mujer está al otro lado de la casa: ella dormirá y es imposible que te oiga. Vamos, pues, porque perderemos el tiempo sin conseguir más que llamar la atención, lo cual es para nosotros un peligro.

El amante de Luz, mal que á su impaciencia pesase, hubo de convencerse de que su amigo tenía razón, y exhalando un suspiro, se alejó de la casa mientras decía:

—¡Oh!... ¡Aquí me dejo el alma!...

¡Desdichado!

Cuando los primeros rayos del sol doraban las cumbres, Raul y Esteban, en sendos caballos, se alejaban al trote, perdiendo de vista los torreones y murallas de la coronada villa.

CAPITULO XI

PRIMEROS EFECTOS DE LA CURIOSIDAD DE LOS VECINOS

Después de haberlo meditado bien, el cura, aquella mañana, había ido á comunicar á don Roque, que era su amigo, las observaciones y sospechas de la vecindad, y el buen alcalde, pensando que era posible que el criminal perseguido y el misterioso personaje fuesen un mismo hombre, antes de proceder á nada, dió al rey parte de lo que sucedía; lo cual explica el por qué Felipe II dió al comendador que había esperanzas de apoderarse del hereje seductor.

Así las cosas, y en tanto que el comendador, según hemos dicho, regresaba á su vivienda, á la puerta de Nicasia se detenían el alcalde, un escribano y cuatro alguaciles.

Por casualidad, la anciana, que había salido temprano, para ir á ver á la nodriza, había vuelto á su casa con intento de almorzar y dedicarse luego á cumplir la parte de encargo que á doña Luz se refería, de modo que, sin temor alguno, puesto que Raul ya no se encontraba allí, abrió en cuanto los otros llamaron, diciéndole al alcalde:



—¿Qué se os ofrece, caballero?

Don Roque mostró la vara, distintivo de su autoridad, y luego respondió con grave tono:

—Paso á la justicia.

—¡La justicia en mi casa!...

—Ya lo véis.

—Y para qué, señor?

—Pronto lo sabréis.

—Entre vuestra señoría que honrada me consideraré.

Quedaron á la puerta dos alguaciles, con orden de impedir que saliese nadie, y los otros, con el alcalde y el escribano, penetraron en la casa y se detuvieron en la habitación donde pocas horas antes vimos á Raul con su amigo.

Sentóse don Roque, y miró á su alrededor detenidamente, como si examinase uno por uno los objetos que en el aposento había.

El escribano aprovechó aquellos momentos para colocarse junto á la mesa, donde puso el papel y un tintero de asta de que iba prevenido, á pesar de que no se le había ocultado el que tenía cerca de sí y había servido al enamorado joven.

Los alguaciles quedaron inmóviles, á ambos lados de la anciana.

Algunos segundos transcurrieron sin que nadie hablase.

Al fin el alcalde tosió, fijó en la vieja una mirada escudriñadora y le dijo:

—¿Cómo os llamáis?

—Nicasia Pulido—respondió ella—, para servir á Dios y á vuestra señoría.

—¿Con qué recursos contáis para vivir?

—Con la caridad de algunas nobles almas que hace bastantes años me socorren.

—Bien, luego diréis quiénes son esas personas benéficas.

—Me alegraré, porque así haré pública su generosidad.

Lo que ahora deseo saber es vuestro estado y si tenéis parientes.

—Soy soltera, y en cuanto á parientes—respondió Nicasia con ligera turbación—, en cuanto á parientes... ninguno tengo.

—Señor Juan Garra—dijo don Roque al escribano—, no olvidéis hacer constar la circunstancia de que la declarante no ha respondido con seguridad á mi pregunta sobre sus parientes, según hemos podido observar por la inflexión de su voz.

—Señor—respondió Nicasia—, esa observación...

—Concretaros á responder, que ya tendréis ocasión de defenderos ampliamente.

—Ya escucho.

—¿Vivís sola en esta casa?

—Enteramente sola.

—¿Hace mucho tiempo?

—Más de diez años.

—¿Quién os visita?

—Nadie.

—¿No viene á esta casa nadie, absolutamente nadie, á ninguna hora?

—Absolutamente nadie, señor.

—Tened cuidado con lo que decís.

—La verdad.

—Podréis equivocaros, puede vuestra memoria seros infiel, y ese error os costaría muy caro.

—No me equivoco.

Don Roque fijó una mirada en el tintero, y luego repuso:

—¿Sabéis escribir?

—Sí, señor—respondió Nicasia.

—¡Extraña cosa!

—¿Por qué, señor alcalde?

—Son pocas las mujeres que saben escribir, y de vuestra clase ninguna.

—¿Quiére la prueba vuestra señoría?

—Sí; porque aún lo dudo.

La anciana tomó la pluma y con pulso firme escribió algunas palabras.

—Entonces—dijo don Roque, mirando con más asombro que nunca á Nicasia—no debe haber sido siempre vuestra situación la triste en que ahora os encontráis.

—Aunque mi padre, á quien Dios haya dado gloria, no tenía bienes de fortuna, ganaba para vivir holgadamente y me educó con bastante esmero; pero cuando quedé huérfana, quedé pobre y sin más recursos que mis manos, y trabajé hasta que los años y la falta de salud me obligaron á mendigar el sustento.

La explicación no podía ser más sencilla y nada pudo replicar don Roque; sin embargo, fué para él un motivo de graves sospechas la misma circunstancia de no ser aquella mujer lo que parecía.

—Está bien—repuso el buen alcalde después de algunos momentos—, está bien cuanto decís; pero como hay testigos que aseguran haber visto entrar todas las noches á un hombre en esta casa...

—Se equivocan.

—Quiéralo Dios por vuestro bien; pero son muchos y no es probable que todos se engañen.

—Y aun cuando eso se probase, ¿qué significaría? Supongamos que en mi vida privada hay algo que á nadie quiero descubrir, y que todo el mundo debe respetar...

—Según.

—No comprendo.

—¿Y si ese algo es criminal?

—He ahí—repuso con firmeza Nicasia—lo que no podrá probarse.

—Me alegraré, porque tanto como sufro al condenar, me complace al declarar la inocencia de un acusado.

—Mi conciencia está tranquila.

—Continuemos.

—Vuelvo á escuchar.

—Uno de vosotros—dijo don Roque á los alguaciles—registre á la interrogada, y si nada se le encontrase, haced que venga una mujer de la vecindad para que la desnude y examine bien el interior de la ropa.

Nicasia palideció y se estremeció.

Su perdición era segura, porque en el bolsillo tenía la carta de Raúl.

¿Qué hacer en semejante situación?

Las consecuencias serían horribles.

No era solamente ella la que sufriría, sino doña Luz, cuya deshonra acabaría de hacerse pública, y Raúl, á quien fácilmente podrían dar alcance, y quizás el inocente hijo de éste, porque era probable que en la carta se hablase de la mujer que se había encargado del recién nacido.

Todo esto lo pensó en un segundo la noble anciana, y decidiéndose á salvar á los demás, ya que ella no pudiera salvarse, dijo:

—No es menester que me toquéis: yo pondré de manifiesto cuanto lleva la faltriquera, y si satisfechos no quedáis, que se me desnude.

—Concedido—respondió don Roque.

Entonces Nicasia sacó la carta y la llevó á la boca con intención de comérsela, lo cual creía posible hacer durante los momentos que emplearan en luchar con ella para estorbárselo.

Empero apenas la había tocado á sus labios el peligroso papel, asió la débil mano de Nicasia uno de los alguaciles, sin que las escasas fuerzas de ella fueran bastantes para desasirse, aunque resistió desesperadamente.

—No es una prueba de vuestra voraci-

dad, sino de vuestra inocencia la que os pido—dijo el alcalde.

Y luego añadió, dirigiéndose á los corchetes:

—Cuidad de que ese papel no se rompa.

Eran demasiado desiguales las fuerzas para que la lucha fuese larga, por lo cual, á los pocos segundos exhaló la anciana un grito de desesperación, y la carta se vió en manos de los corchetes, pasando en seguida á las del alcalde.

Sintióse desfallecer Nicasia y tuvo que dejarse caer en una silla.

Todos guardaron silencio.

Don Roque meditó como si dudase, y al fin, decidiéndose, abrió la carta y principió á leerla para sí.

Cuando concluyó, su rostro estaba pálido como el de un cadáver y su frente contraída.

Raúl hablaba de su hijo; pero no decía dónde éste se encontraba, sino que Nicasia había quedado encargada de verlo y vigilar á la nodriza, así como de enviarle noticias de todo lo que tanto interesaba á su corazón.

—Ya lo veis—dijo el alcalde después de algunos momentos—, estáis en relaciones con el criminal y lo protegéis.

La anciana no respondió.

—¿Quién es—añadió don Roque—la encargada de criar al niño de que se trata?

—Jamás lo diré.

—Peor para vos.

—Antes prefiero morir.

—¿Conocéis bastante al hombre que firma esta carta?

—Sí.

—Entonces no ignorais que es un hereje y un conspirador.

—¡Hereje!—murmuró la anciana con amargura.

—Sí, un hereje flamenco, y por consiguiente, no corresponde este asunto á mi jurisdicción, sino á la del Santo Oficio.

—¡La Inquisición!—exclamó horrorizada y temblando la anciana.

—Ante cuyo tribunal daréis cuenta de vuestra conducta y diréis lo que ahora os obstináis en callar.

—¡Ah!...

—Si ya que habéis cometido el delito, se viesse en vos el buen deseo de ayudar á la justicia, dando las explicaciones que se os piden, mejoraría mucho vuestra situación.

Nicasia hizo un gesto doloroso, y elevó al cielo una mirada de súplica.

—¿Qué decidís?

—No diré más de lo que he dicho.

—Pensadlo bien...

—Lo he pensado.

—No olvidéis que hay tormentos...

—Me dejaré matar—replicó con firmeza la anciana.

—Basta, pues—dijo don Roque.

Y se puso en pie, añadiendo:

—Vamos y tened en cuenta que esta mujer es reo de mucha consideración.

—¿Escribimos? —pregunto el señor Juan Garra.

—No.

—¿Y esa carta?

—La guardo.

—Bien.

—Lo que hemos de hacer es dejar sellada la puerta de esta casa.

Hízose así á presencia de los vecinos, que habían acudido para enterarse del resultado de la visita del alcalde.

A pesar de que Nicasia era débil y no opuso resistencia alguna, maniatáronla y así se la llevaron, con gran contento de los vecinos, que no perdieron aquella buena ocasión de llamarla encubridora, criminal y bruja.

¿Tendría la infeliz valor y fuerzas para soportar los dolores del tormento sin revelar el importante secreto que se le había confiado?

Dudoso es, y mucho tememos que el inocente hijo de Raúl sea también víctima del furor de los enemigos de su padre.

CAPITULO XII

UN MISTERIO

Apenas el alcalde dejó encerrada y bien guardada á la protectora de Raúl, encaminóse á palacio.

Felipe II lo recibió inmediatamente, y, sin darle tiempo para hablar, le dijo:

—Supongo que me traeréis buenas noticias.

—No tanto como yo deseo, señor—respondió don Roque.

—¿Qué habéis adelantado?

—Ya tenemos la seguridad de que el flamenco se albergaba en la casita de la calle de Bordadores, según sospeché.

—Se albergaba...

—Ahora, no.

—Explicaos.

—Hoy ha salido de Madrid, y debe presumirse que se dirija á Bruselas, así como supongo que habrá partido al amanecer.

El monarca hizo un gesto de disgusto.

—Continuad—dijo.

—La mujer que habita la casa es algo más de lo que parece.

—¿Por qué?

—No tendrá tal vez más de cuarenta y cinco ó cincuenta años, si bien representa sesenta.

—Eso nada significa.

—Vive de la caridad, y, sin embargo, sabe escribir correctamente.

—¿Cómo se llama?

—Nicasia Pulido.

El rey no pudo contener un ligero estremecimiento, y su rostro se cubrió por algunos instantes de nerviosa palidez.

¿Qué podía recordarle semejante nombre?

¿Qué relación podía existir entre la obscura mendiga y el gran monarca?

Para que éste palideciese al oír un nombre, era menester que la persona nombrada le recordase algún secreto verdaderamente espantoso.

—María Nicasia—murmuró sin darse cuenta de lo que decía.

Y quedó pensativo.

Don Roque lo miró con extrañeza, y sorprendido, dijo para sí:

—¿Qué significa esto?... El rey debe conocerla... Repite su nombre, anteponiendo el de María... ¡Oh!... un misterio... No me conviene entender en este asunto, y era acertada mi repugnancia á tomar parte en él.

—Bien—dijo el rey después de meditar algunos segundos—, tenemos una mujer que debe haber recibido una distinguida educación, y que ahora es una mendiga.

—Así es.

—Que ha dado albergue y protección á Raúl de Lancaste.

—Exactamente.

—Y una mujer de esas condiciones ha tenido la debilidad de revelar todo eso?

—Ha negado con una firmeza admirable y creo que negará aunque se la ponga en el tormento, cumpliendo así el propósito que manifiesta de morir antes que dar explicaciones.

—Entonces, ¿cómo sabéis que protege al flamenco?

—Porque no me contenté con interrogarla, sino que dispuse que se la registrase, encontrándole una carta que ella intentó comerse, pero de la cual conseguí apoderarme.

Y don Roque sacó el escrito de Raúl, presentándolo al rey, mientras añadía:

—Como es para mí un secreto la desgracia de doña Luz, he leído...

—Está bien—replicó Felipe II.

Y desdoblando la carta, comenzó á enterarse de su contenido.

Cuando hubo terminado, levantóse, y con los ojos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, dió algunos paseos por la cámara.

Don Roque esperó, no sin alguna intranquilidad, porque temía que le pudiese en grave compromiso la resolución del monarca.

Según iba viendo el buen alcalde, y como había sospechado, el asunto de que se ocupaban no era lo que parecía; no se trataba simplemente de perseguir con más ó menos razón á un presunto criminal.

Había de por medio la honra de una dama, la suerte de la criatura que había nacido la noche anterior, y, últimamente, otra cosa que no podía don Roque adivinar, pero que debía ser de mucha importancia, cuando había hecho que palideciese el inalterable rostro de Felipe II.

Pasaron algunos minutos en silencio.

—¿Qué habéis hecho?—preguntó al fin el rey.

—Encerrar á la mujer, disponiendo que nadie absolutamente la vea.

—¿Y qué pensáis que debe hacerse con ella?

—Opino, señor, que éste es asunto del Santo Oficio.

—¿En qué os fundáis?

—Se acusa de hereje á Raúl de Lancaste; la anciana le ha dado albergue y protección, y por consiguiente, ella es también reo de delito contra nuestra religión, delito cuyo conocimiento no compete á la jurisdicción ordinaria.

—Creo que os equivocáis—replicó Felipe sin interrumpir su paseo ni levantar la cabeza.—Otro es el carácter de este negocio.

—Entonces—repuso el alcalde, á quien desagradaba mucho tener que seguir en-

tendiendo en aquel espinoso asunto—, entonces no podemos considerar al flamenco como reformista, sino simplemente como un seductor que ha deshonrado á una mujer, y que ha resistido con las armas á la justicia, hiriendo gravemente á dos auxiliares de ella.

—¿Y en cuanto á la anciana?

—Nada, señor, porque mientras ella ignorase que él había cometido semejante delito, bien podía darle albergue, aunque puede acusársela de haber ayudado á la seducción.

—Tampoco opino como vos.

—Entonces...

—De la seducción no tenéis noticia alguna, puesto que nadie os ha dado parte de ella—dijo el monarca, deteniéndose al fin y volviendo á sentarse.

—Si volvemos á la herejía...

—No.

—Perdone vuestra majestad; pero en mi torpeza no comprendo...

—Os lo explicaré.

—Gracias, señor.

—Raúl de Lancaste, aunque sea hereje, no puede ahora ser acusado sino de conspirador, porque ha venido á Madrid para ayudar á los enemigos de mi autoridad soberana, que son también enemigos de la religión y de la patria, y por consiguiente, es un reo de Estado.

Don Roque miró sorprendido al rey.

—En tal concepto, y no en otro—añadió Felipe—, habéis intentado prender á Raúl, aprovechando el aviso que se os dió, diciéndoos dónde se encontraba anoche.

—Comprendo.

—En cuanto á esa mujer, es también un reo de Estado, porque está en relaciones con los conspiradores, lo cual es ni más ni menos que conspirar.

—Entonces...

—El conocimiento del sumario corresponde á la jurisdicción civil.

—Ciertamente.

—Pero como con los reos de Estado hay que tomar precauciones excepcionales...

—Sigo entendiendo.

—La cómplice de Raúl de Lancaste será encerrada en el alcázar de Segovia.

—De modo...

—Allá iréis vos cuando sea menester.

Don Roque inclinó la cabeza.

—En cuanto al flamenco, daré las órde-

nes convenientes para ver si se logra alcanzarlo, y si no, para que se le prenda en Flandes.

—Entonces no me ocuparé de él sino para hacer cargos á la acusada.

—Sobre este punto no forméis gran empeño.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Lo más interesante es averiguar dónde se encuentra el hijo de Raúl.

—Haré lo posible.

—Ese niño no debe conocer á su padre, ya porque sería educado en la herejía, ya porque con el tiempo sería un enemigo de mi trono.

El plan era horrible.

Ya no dudó el alcalde que hubiera hecho cualquier sacrificio por no tomar parte alguna en el asunto.

—Señor—dijo—, la mujer en cuestión, aunque débil de cuerpo, es fuerte de espíritu.

—Lo sé.

—Puesto que vuestra majestad la conoce...

—No, no la conozco—se apresuró á decir el rey—; pero lo presumo por lo que de ella me habéis referido.

—Temo que no declare...

—¡Oh!...

—Apelaremos al tormento...

—No lo hagáis sin consultarme.

—Como vuestra majestad disponga—dijo don Roque inclinándose.

—Por ahora concretaos á interrogarla sin que nadie esté presente.

—No saldrá de su reserva.

—Decidle que ella tampoco saldrá de su encierro mientras no se explique.

—Vuestra majestad dispone que nadie esté presente á los interrogatorios...

—Nadie.

—¿Y el escribano?

—Tampoco.

—¿Quién ha de dar fe?

—No ha de escribirse nada.

El alcalde palideció.

Su conciencia se rebelaba contra aquel espantoso abuso.

Había comprendido el plan; pero no había sospechado este detalle horrible.

Nicasia debía ser encerrada y morir olvidada en su calabozo si no entregaba á los enemigos de Raúl la inocente criatura.

A Felipe II no se le podía replicar, y

don Roque hizo demasiado con mostrar su disgusto guardando silencio.

—¿Me habéis comprendido bien?—preguntó el rey después de algunos momentos.

—Sí, señor—contestó el alcalde—, he comprendido perfectamente...

—Lo que esa mujer diga, todo lo que diga, aunque no se refiera al hijo de doña Luz, debe considerarse como un secreto de Estado.

—Bien.

—Un secreto peligroso...

—No lo olvidaré.

—Y me daréis cuenta, hasta de sus más insignificantes palabras.

—Procuraré servir cumplidamente á vuestra majestad.

—Vos mismo, en un coche y con buena escolta, la llevaréis al alcázar.

—¿He de dar algunas instrucciones al alcaide de la fortaleza?

—Además de las que llevaréis por escrito, le diréis que la prisionera no ha de comunicarse con nadie absolutamente, ni con él, y que haga de modo que no la vean ni la hablen para darle el alimento: vos seréis el único exceptuado de esta disposición.

—¿Y en cuanto á lo demás?

—Que se la trate con las consideraciones posibles, dándole buena cama y buena comida.

—¿Cuándo hemos de salir de Madrid?

—Hoy mismo.

—Las instrucciones escritas...

—Volved á buscarlas á las dos de la tarde.

—Señor...

—Estimo en lo que valen vuestra lealtad y vuestros servicios.

—Vuestra majestad me honra...

—Retiraos y no os ocupéis más que de preparar vuestro viaje.

Don Roque, meditabundo y triste, salió de la regia cámara.

—¡Oh!—murmuró Felipe, cuya frente se contrajo—. ¡Rara coincidencia!

Y apoyando en la mesa los codos y la frente en las manos, quedó inmóvil.

CAPITULO XIII

EL COMENDADOR PONE EN PRÁCTICA SU HORRIBLE PLAN

Diez días pasaron.

Raúl no había sido alcanzado por los que, en virtud de las órdenes del rey, habían salido en su seguimiento.

Nicasia había sido conducida á Segovia, donde permanecía sin que hasta entonces se hubiese conseguido que revelase el secreto que tan fielmente guardaba, y cuando el alcalde le amenazó con el tormento, sonrió la infeliz con amargura y respondió:

—No hagáis tal, sin la licencia del rey.

—¿Acaso—replicó don Roque sorprendido—creéis que su majestad...

—Sí... creo que no se atreverá á tanto.

—¿No se hace con todos los delincuentes que se obstinan en no decir la verdad?

—Sí.

—Además estoy autorizado para ello, y lo haré sin dar parte al rey, porque nunca la doy.

—Ya veis que no se me trata como á todos los criminales; se me trae á una prisión de Estado, y...

—Pero yo soy vuestro juez.

—Haced lo que bien os parezca; pero os lo advierto por vuestro bien: Supongo que conocéis á su majestad...

—Creo que sí.

—Bien; pero no conocéis sus secretos, y es posible que os pese no escuchar mis advertencias.

Puede figurarse el lector cómo don Roque quedaría de pensativo y admirado.

Las palabras de la anciana estaban en perfecto acuerdo con las de Felipe II, y si sobre la existencia de algún misterio, horrible quizás, había el buen alcalde abrigado dudas, disipáronse éstas por completo.

Conocía don Roque demasiado bien al monarca, y se guardó de repetirle todo lo que Nicasia había dicho; pero, como se comprende, esto le colocaba en una situación muy crítica y peligrosa, y podía proporcionarle serios disgustos, que le hicieran pagar injustamente ajenas culpas.

El comendador no había cambiado en nada su nuevo sistema de vida: encerrado

en su aposento, no salía sino á las diez de la noche para ir á palacio, volviendo dos horas después. Con nadie hablaba sino con su criado Andrés, y ni una sola vez había entrado en la habitación de su hija.

Esta, sin ver más que al médico y á la mujer que la cuidaba, había preguntado con mucha frecuencia por su padre; pero no le habían respondido otra cosa sino que se encontraba bueno.

La infeliz había intentado adquirir noticias sobre la suerte que había caído á su amante y á su hijo; pero su afán nada consiguió, porque la mujer que la cuidaba, ó más bien, la guardaba como carcelera y vigilaba como Argos, se había concretado á responder fríamente:

—Es inútil que me preguntéis, porque nada sé que pueda interesaros. Antes de encargarme de vos, no os conocía, ni siquiera tenía noticias de vuestra existencia, y no me han dicho otra cosa sino que os llamáis doña Luz y que os cuide con mucho esmero. Con nadie me comunico, ni aun para lo que atañe á vuestra salud, más que con uno de vuestros criados que se llama Andrés, y que es poco menos que mudo y muy adicto á vuestro padre. Es cuanto puedo deciros, y os lo advierto, porque así os evitaréis la molestia de preguntarme.

Apeló doña Luz á conmovér con sus dolores á su vigilante; pero en vano, porque ésta escuchó con calma glacial lo que hubiera hecho llorar al más duro corazón, diciendo solamente:

—No habléis mucho: el médico os lo ha prohibido.

Y tomó su rosario, sin cuidarse de escuchar siquiera lo que se le decía.

Era demasiado horrible la situación de la joven, y no desistió de su empeño.

Aquella mujer debía tener, como todas las criaturas, alguna debilidad. Su corazón era duro, y no podía responder á la ternura.

¿Sería la avaricia su debilidad?

Era muy probable.

Doña Luz acudió á las promesas, ofreciendo el oro á manos llenas.

La guardiana sonrió, como burlándose de la candidez de la joven, y dijo:

—Por mucho que me diéseris, no podríais darme tanto como vuestro padre.

—¡Oh!—exclamó doña Luz desesperada—. ¿No contáis con mi odio? ¿No

pensáis que algún día podrán tomar una venganza espantosa los que hoy son vuestras víctimas?

—Hay —respondió tranquilamente la mujer—quien, si faltó á lo ofrecido, puede vengarse más fácil y terriblemente que vos, y entre dos peligros, me guardo del mayor y más cercano.

—¡El rey! —murmuró la joven con voz sorda—. ¡El rey!...

—Padre nuestro—dijo la mujer, empezando á rezar y tomando sus camándulas.

Y no volvió á responder á ninguna pregunta.

La desdichada Luz comprendió perfectamente su situación, y guardó también silencio, resignándose á esperar.

Ya hemos dicho que Andrés era el único que entraba en el aposento del comendador, permaneciendo allí algunas veces más de una hora, como si conferenciase con él sobre graves negocios.

También se le veía entrar y salir en la casa, estando fuera algunas veces cuatro y cinco horas, sin que se supiese á dónde iba ni en qué se ocupaba.

Y como además de esto se había prohibido á los criados, no solamente que se acercasen á las habitaciones de doña Luz, sino que preguntasen por ella, la admiración y la curiosidad crecieron hasta donde puede concebirse.

Tal era el estado en que se encontraban los personajes que vamos dando á conocer, y nada decimos de Fernán ni de Aldonza, porque éstos seguían presos é in-comunicados, sin que se les hubiese tomado declaración.

Eran las diez de la mañana.

El comendador, pálido y sombrío, se encontraba sentado en un ancho sillón, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Andrés, que hacía más de dos horas que había salido, se presentó, esperando respetuosamente á que su señor le hablase.

—¿Has adelantado algo? —preguntó el caballero, mirando afanosamente al criado.

—Mucho, señor.

—¡Ah!...

—Creo que muy pronto se verán cumplidos vuestros deseos.

—Explicate.

—En fuerza de andar y de averiguar,

he encontrado lo que al fin había de encontrarse, aunque sin saber cuando.

—¿De modo que podemos contar?...

—Creo que sí.

—Eso no es más que una esperanza.

—Pero tan fundada, señor, que me atrevo desde ahora á deciros que podéis contar como terminado el asunto.

—Bien; sepamos todas las circunstancias—dijo el comendador.

Y cambiando de postura, fijó la mirada en Andrés, y pareció dispuesto á prestar toda su atención á lo que debía decirsele.

—Figuraos —repuso el sirviente— una mujer de diez y nueve años.

—La diferencia es poca.

—Blanca como la nieve y con ojos negros como el azabache.

—El color de los ojos no importa.

—El pelo es negro.

—La enfermedad, la enfermedad—replicó vivamente el comendador.

—Nos ha favorecido la casualidad...

—¿Acaso?...

—Hace tres días que fué madre.

—¿Y su hijo?

—Murió al nacer.

—Prosigue—dijo el caballero con voz alterada, no sabemos por qué clase de conmoción.

—No tiene padres.

—¿Pero algún pariente?...

—Ninguno.

—Vive sola?

—Casi sola—dijo Andrés—, porque hace muy pocos meses que la tomó en su compañía una vieja de no muy buenos antecedentes, y que la ha mantenido poco menos que de balde, sin duda con la criminal esperanza...

—Entiendo.

—Ahora, aunque no sea más que por resarcirse de lo gastado...

—Se resarcirá con creces.

—Hay que vencer todavía un resto de temor ó escrúpulo; pero la vista del oro hace prodigios.

El comendador volvió á inclinar la cabeza, y pareció meditar.

—Hay que pensar en algo más —dijo después de algunos momentos.

—No acierto, señor.

—Supongo que habrá un amante...

—Así es.

—¿Y ese hombre?...

—Es un pobre diablo, que llorará la

pérdida de su amada y se consolará cuando lo tenga por conveniente.

—Pero...

—No se le ocurrirá ir al cementerio á tener pláticas amorosas con un cadáver.

—Debemos ponernos en lo peor.

—Es lo más acertado, señor.

—Supongamos que ese hombre ama verdaderamente á esa mujer.

—Supuesto.

—Y que quiere acompañarla hasta la última morada.

—Cuando acuerde —repuso Andrés— será tarde. Se enfadará y... nada más, señor, porque no puede ir á desenterrarla.

—Nos queda el médico.

—¡Médico!... ¿Por ventura, señor, creéis que esa clase de gente necesita médico para morirse?

—Es incomprensible semejante abandono.

—Tampoco podéis comprender cierta clase de miseria, y, sin embargo, existe.

—¿Estás seguro de que ningún médico asiste á esa desgraciada?

—Segurísimo, señor; es lo primero que he preguntado.

El comendador volvió á guardar silencio y á meditar.

Su frente se contrajo más de lo que estaba.

Andrés calló también y esperó. Transcurrieron algunos segundos.

—Bien—dijo al fin el caballero, poniéndose en pie—; no me ocurre otra cosa.

—Me felicito, señor, porque eso prueba que...

—Sí, que tú has pensado en todo.

—Que deseo servirlos.

—¿Cuándo podrá quedar todo arreglado?

—Hoy mismo.

—¿Cuándo crees que esa infeliz muera?

—No pasará de esta noche.

—Entonces no debes perder un instante.

—He venido por dinero, porque la vista y el sonido del oro es más tentador que la promesa.

—No te equivocas.

—Por consiguiente...

—Toma—dijo el comendador.

Y abriendo uno de los cajones de una preciosa gaveta, con incrustaciones de marfil, sacó un puñado de monedas de oro, y sin contarlas las alargó al sirviente.

Este las tomó y guardó.

—¿Tendrás bastante?—preguntó el caballero.

—Creo que sí.

—No quiero que me economices...

—Descuidad...

—Espera; bueno será que te lleves más—repuso el comendador.

Y tomó y entregó otro puñado de oro al criado.

—Como mejor os parezca.

—Déjame.

—Volveré en cuanto esté todo terminado.

—Sí, sí... ¡Ah!... se me olvidaba... ¿Dónde vive esa mujer?

—En la calle del Olivar.

—Bien.

Andrés salió.

El caballero volvió á sentarse.

La expresión de su rostro era más sombría que nunca, y sus negros ojos brillaban como encendidos por el ardor de la fiebre.

No podía ser más horrible el plan que había meditado y que tan atrevida y bárbaramente ponía en ejecución.

¡Pobre Luz, pobre Luz!

CAPITULO XIV

NUEVOS PERSONAJES

Mientras el comendador y Andrés hablaban, otra escena de muy distinto género tenía lugar en una de las seis ó siete pobres y medio ruinosas casas de un solo cuerpo que por entonces había en la calle del Olivar, haciendo esquina á la del Olmo y la Cabeza, y que ya hace bastantes años que desaparecieron.

En un reducido y casi desamueblado aposento había una mujer que debía frisar en los sesenta años, y cuyo aspecto no podía ser más feo ni repulsivo.

Era de escasa estatura y muy flaca.

No nos detendremos á pintar una por una sus facciones; solamente diremos que sus ojos eran pequeños, redondos, de un color azul muy claro, con pupila negra, cuya circunstancia tal vez era la que hacía que su mirada tuviese una expresión verdaderamente extraña, indefinible, produciendo en quien se fijaba una impre-

sión desagradable de malestar, que hubiese sido muy difícil explicarse.

Nadie hubiera podido decir si aquel rostro, moreno, surcado de arrugas, prolongado y de salientes pómulos, sonreía constantemente, aunque con una sonrisa irónica y que hacía estremecer, verdadera sonrisa de condenado, que más que la expresión del contento, era una burla sangrienta.

Su ropa, lo mismo que cuanto la rodeaba, revelaba la mayor miseria.

Estaba sentada, y á sus pies, ó más bien entre sus piernas, veíase no sabemos qué clase de vasija de barro, muy parecida á una cazuela, donde brillaban algunas ascuas entre un montón de ceniza.

Cuando la presentamos á nuestros lectores, hacía pocos momentos que Andrés había salido de allí.

Sin duda por esto la vieja, cuyo nombre era el de Prudencia, estaba como pensativa, lo cual se comprende, si se tiene en cuenta que era muy grave el negocio que la ocupaba.

Del aposento en que ella se encontraba se pasaba á otro, donde había en el suelo una miserable cama, y abriendo una puercecilla medio desvencijada, podía entrarse en una tercera habitación, donde no se veían más muebles que una silla vieja, un arcón de nogal con aldabón y cerradura de hierro, y en un rincón otra cama tan pobre como la primera, aunque más limpia y arreglada.

Este último lecho estaba ocupado por una mujer joven, de rara belleza, con magníficos ojos negros; pero cuyo rostro, pálido, contraído y casi desfigurado, hacía comprender al primer golpe de vista que la mano fría de la muerte se había colocado sobre el corazón de aquella infeliz.

Sus labios estaban secos y pálidos, viéndose en ellos algunas manchas negras; sus ojos habían perdido el brillo y la expresión, y su respiración era desigual, violenta y precipitada.

Tan horrible y repulsivo como era el aspecto de la vieja, era de interesante y conmovedor el de la joven.

Devorábala una espantosa fiebre, y no podía mirarse con indiferencia cómo iba desapareciendo tanta belleza en lo más florido de su juventud.

Era absoluto el silencio que reinaba en toda la casa, y cuando más absorta se en-

contraba la vieja en su meditación, sonaron tres ó cuatro golpes dados á la puerta.

—¿Será él? — murmuró Prudencia—. Sí, él será... Hoy nos hará veinte visitas, y si el negocio se arregla, voy á encontrarme muy apurada, porque Dios sabe qué clase de tonterías intentará.

Levantóse, tomó un rosario que había sobre una mesa, como si quisiese aparentar que la había sorprendido rezando, y saliendo del aposento, atravesó un pasillo, llegó á la puerta y abrió.

Dos hombres se la presentaron.

El uno era obeso, de cincuenta años, decentemente vestido de paño negro, y de rostro cuya fría expresión nada de particular ofrecía.

El otro era joven, tanto que quizás no habría cumplido los veinte años, y cuyo aspecto ofrecía singularidades dignas de mención.

Era de regular estatura y enjuto de carnes.

Su rostro moreno, aguileño, expresivo, de músculos impacientes, permítasenos la frase, sin ser un tipo de belleza, tenía la suficiente para ser muy agradable.

Su frente era espaciosa, y sus ojos grandes, negros, de ardiente pupila y penetrante mirada.

Casi siempre se dilataba aquel rostro por una sonrisa de contento verdaderamente infantil; pero cuando esto no sucedía el enojo que expresaba era demasiado terrible y cuadraba mal á sus pocos años, así como en ciertos momentos levantaba la cabeza con un si es no es de altivo desdén, que tampoco estaba en armonía con lo humilde de su clase.

Con el vestido sucedía lo mismo que con su persona: era raro.

Llevaba un sombrero de fieltro negro, muy usado, de escasa copa y ala muy ancha, que se cimbraba, subiendo y bajando, al compás de los movimientos de la cabeza ó del cuerpo, al andar.

Contra la moda, la capa era también larga, tanto que le ocultaba casi toda la pantorrilla, y lo mismo que el sombrero, negra, de paño, no solamente raído, sino en algunas partes agujereado y con remiendos en otras.

Usaba gregüescos, y éstos, así como el colete y las calzas, eran negros ó más bien

pardos, porque el tiempo les había hecho perder el color primitivo.

Los zapatos, de piel de vaca, no estaban en mejor estado que la ropa.

Casi es innecesario decir que no llevaba espada, porque no se lo permitía, ni su clase ni su posición social.

En tal guisa, puede comprenderse que desaparecía la belleza del mancebo y que era imposible que nadie fijara su atención en él, ni mucho menos que á nadie interesase, como no le hablaran largo rato y lo miraran detenidamente.

En cuanto al papel que representaba en el mundo, sucedía lo mismo que con su persona: era bastante raro.

He aquí lo que de él se sabía.

Huérfano desde muy niño, fué amparado por el cura de San Justo, varón de severísima conciencia, que hacía reservadamente cuantas obras de caridad podía, y no pensaba ni se ocupaba de otra cosa, que del culto, en el templo que estaba á su cuidado.

Martín, porque así se llamaba el mancebo, había sido, pues, educado por el sacerdote, y desde el primer día procuró agradar y servir á su protector en cuanto le fué posible.

Cuando tuvo ocho años ya ayudaba á misa, compartía con el sacristán las faenas consiguientes al cuidado del templo, de lo cual resultó que, andando el tiempo, como para todo mostraba disposición y todo lo hacía igualmente bien, sin ser sacristán, ni acólito, ni criado del cura, lo era todo á la vez y muy conocido y estimado por los feligreses, á quienes él complacía con muestras del mayor desinterés en cuantas ocasiones se presentaban.

Era bastante travieso, y más de una vez hubo de sufrir penosos ayunos como castigo por sus diabluras; pero esto en nada menguó el cariño que todos le profesaban, porque jamás se vió que sus travesuras de niño fuesen hijas de una intención perversa, sino al contrario; en muchas ocasiones probó generosidad, grandeza de alma y bondad de corazón, cuyas estimables prendas no se oponían á que su carácter fuese alegre y bullicioso.

No hay que hablar de su pobreza: el alimento no le faltaba; pero en cuanto á dinero, no podía disponer de otras cantidades que las mezquinas que le producían los percances propios de su oficio.

Así se explica lo extraño de su vestimenta, pues el mancebo tenía que arreglarla al gusto de su protector.

En situación semejante, bien triste por cierto, cometió la locura de enamorarse de una mujer, también huérfana y más pobre que él, y su locura se convirtió en inmensa desgracia desde el momento en que ella lo amó también.

Ambos tenían un espíritu ardiente; ambos estaban afanosos de ternura y de emociones, y como ningún inconveniente encontraban, sucedió lo que era natural que sucediese, y casi con sorpresa de ambos, se encontraron hechos padres cuando menos lo pensaban.

Martín se hubiera casado desde el primer día con la mujer á quien adoraba, y que no era otra que la que hemos visto moribunda; se hubiera casado aunque no tenía un pedazo de pan para darle; pero de seguro, si de matrimonio hubiese hablado á su protector y amo, éste, horrorizado, le habría impuesto perpetuo ayuno, poniéndole en la calle, sin darle más que un buen consejo y la bendición.

La vieja no esperaba más que á Martín, y quedó suspendida al ver al otro; pero no dijo una palabra.

—Entrad, señor doctor, entrad—dijo el mancebo á su acompañante.

Y ambos entraron, y seguidos de Prudencia llegaron al aposento donde ésta se encontraba antes.

Allí se detuvieron.

—¿Cómo está?—preguntó afanosamente Martín.

—Más sosegadita, pero...

—¡Oh!... He perdido la esperanza...

—Yo también, hijo.

—Sin embargo, no quiero que se muera en el abandono en que está, y por eso he rogado al señor que venga á verla, por si aún la ciencia encuentra remedio para salvarla.

—¿Con que este caballero?...

—Es médico.

—Me alegro—repuso la vieja—, me alebro muchísimo... Yo no podía hacer más que lo que estaba haciendo cuando habéis venido: rezar y pedir á Dios por la pobrecita.

—Os lo repito—dijo Martín dirigiéndose al galeno—; soy pobre, muy pobre; pero si conseguís salvarla, haré cuanto es imaginable para recompensaros.

—No hablemos de eso ahora; veamos á la enferma.

—Venid.

Un segundo después rodeaban el pobre lecho de la joven.

Los ojos de Martín brillaron entonces más que nunca, y en su rostro se pintó el afán y el miedo.

Iba á escuchar un fallo, probablemente horrible, y se sintió poseído de terror.

Por más que él dijese otra cosa, la verdad era que conservaba un rayo de esperanza, porque todo el que ama mucho, no quiere convencerse de que es posible que la muerte le arrebatase, particularmente en la juventud, al objeto de su amor.

Al médico le bastó la primera ojeada para conocer el estado de la enferma, y aunque no necesitaba más para fallar, la pulsó, haciéndole algunas preguntas á que ella respondió con voz débil.

La ansiedad del mancebo duró cinco ó seis minutos que tardó el hombre de la ciencia en el reconocimiento.

—Bien—dijo el doctor, disponiéndose á salir—; ya he terminado y voy á recetar.

—Caballero—dijo entonces la enferma—, no me ocultéis la verdad... Conozco que voy á morir, quizás hoy mismo.

—Desechad esas ideas.

—No puedo ni debo desecharlas.... Pues- to que no hay salvación para mi cuerpo, he de pensar en mi alma... ¿No es prudente?

—Hija—repuso con dulzura el médico—, un buen cristiano no ha de esperar la hora de la muerte para limpiar su conciencia. Si es que deseáis...

—Gracias... No necesito saber más.

Y mirando afanosamente á Martín, añadió la joven:

—Vuelve en cuanto despidas á este caballero.

El mancebo se sintió ahogado y no pudo contestar: todas sus fuerzas tuvo que emplearlas para evitar que el llanto se escapase de sus ojos.

—Explicaos, señor doctor—dijo apenas llegaron al otro aposento.

—Nada, absolutamente nada pueden hacer los hombres... Es ya un cadáver...

—¡Ah!—exclamó Martín con desgarrador acento.

—Debo deciros la verdad, porque los momentos son preciosos.

—Pero...

—Lo único que puede serle provechoso, es lo que ella pide para salvar el alma.

Martín se dejó caer en una silla, y ocultó el rostro entre las manos, mientras un raudal de lágrimas inundaba sus mejillas.

El doctor, después de decir algunas frases de consuelo, salió seguido de Prudencia, que lo despidió, en tanto que con abundantes lágrimas daba muestras de un dolor que estaba muy lejos de sentir, puesto que era para ella una fortuna que la joven se muriese, y así lo esperaba hasta con afán.

Después de algunos segundos, Martín se limpió los ojos, hizo un esfuerzo verdaderamente sobrehumano para aparecer algo tranquilo, y volvió al lado de la enferma.

CAPITULO XV

LA DESPEDIDA

Martín, sin saber lo que hacía, se inclinó sobre el lecho y estampó un beso de inmensa ternura en la abrasadora frente de la joven, mientras exclamaba con acento que parecía llevarse tras sí el alma:

—¡Rosa, Rosa mía!...

—Martín...

—Tu amor ha sido tu muerte...

—No.

—¡Ah!...

—Sosiégate y escúchame—dijo ella, extendiendo un brazo y cogiendo una de las manos convulsas de su amante—, escúchame, no porque tenga nada de particular que decirte, puesto que no he guardado secretos para ti, sino porque quiero darte el adiós último, decirte por última vez que te amo... Dentro de algunos minutos ya no podré pensar en el mundo...

—Perdóname—replicó el mancebo, de cuyos ojos volvió á escaparse el llanto—, perdóname si en estos momentos soy débil...

—Llora, sí, llora... eso no es debilidad, es dolor, ternura... No sabes el bien que me haces; no puedes comprender el valor que tus lágrimas tienen para mí... ¡Ah!... Yo también quisiera llorar; pero no puedo... Mira, Martín, mira mis ojos secos... se me abrasan; pero... ¡ni una sola lágrima siquiera!...

La joven tuvo que interrumpirse para recobrar el aliento.

Martín no acertó á pronunciar una sola palabra.

¿Qué había de decir?

Su dolor no era posible expresarlo.

Transcurrieron algunos instantes de silencio, interrumpidos solamente por el ruido de la respiración violenta de aquellas dos infelices criaturas.

Al contemplarlos, no hubiera podido pensarse sino con amargo desdén en la vida, en esta vida tan dichosa para los unos y tan desdichada para los más.

Aquellos dos infelices habían perdido á sus padres poco tiempo después de nacer, debían la vida á la caridad, se habían visto privados de los consuelos del cariño y la ternura que pueden hacer llevadera la pesada carga de los sufrimientos, y cuando en el negro horizonte de su tristísimo porvenir vieron brillar una sola estrella, la estrella de su amor, que podía haberlos hecho felices en medio de su misma miseria, la mano de la muerte los separaba, robándoles así, no la dicha, sino hasta la esperanza de ella.

—Si Dios—dijo Rosa—tiene misericordia de mí, y me concede un lugar en su santa gloria, yo le rogaré para que calme tu dolor, y como tú eres bueno y también conseguirás salvarte, pasado algún tiempo, que por mucho que sea no es nada comparado con la eternidad, tu alma se reunirá con la mía...

—¡Triste esperanza!...

—¡Triste!... La más risueña.

—La esperanza de la muerte...

—¿No tienes fe?

—Sí.

—Entonces...

—Rosa mía.

—Voy á pedirte la última prueba de ternura, una prueba demasiado dura tal vez...

—Sí, no una, sino ciento, mil, porque mi amor no puede considerarlas como sacrificios...

—Se agotan mis fuerzas—replicó la joven haciendo un gesto doloroso—; me quedan pocas horas de vida, y...

—No, no es posible que la fatalidad se muestre conmigo tan cruel...

—Quiero aprovechar estos momentos...

—¡Ah!...

—Lo que voy á pedirte es quizás un

pecado de que tendré que arrepentirme dentro de algunos minutos; pero...

—Sea lo que quiera, aunque exigieses de mí un crimen, tu voluntad sería fielmente cumplida; sí, la cumpliría aunque tuviera que luchar con el infierno.

—Lo sé.

—Habla; di lo que desees...

—No dejes que la tierra cubra mi cuerpo, sin que hayas estampado en mi frente un beso de ternura, y una lágrima haya caído sobre mi helado rostro...

—¡Uno!...

—Nada más, y... piensa que no te pido una repugnante profanación... lo que deseo para mi cadáver es un ósculo de dolor y de ternura fraternal.

—¡Rosa!—exclamó el mancebo con el acento de un loco, y mientras cubría de besos las manos de la moribunda—. ¡Y ha muerto nuestro hijo, que en vez de una carga sería para mí un recuerdo de ternura y un consuelo á mi dolor!... ¡Ha muerto, y no tendré á quien amar, no habrá quien me ame!

—Cálmate...

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó desesperadamente Martín.

Y elevando al cielo una mirada de mortal angustia, y oprimiéndose las sienes, que sentía latir como si fuesen á romperse las arterias, añadió luego:

—¡Qué horrible va á ser mi existencia!... ¿Tendré fuerzas y valor para soportarla?

—Sí, tendrás fuerzas y valor porque tienes fe en la justicia y en la misericordia divina; sufre tu dolor y te resignarás, porque eres buen cristiano y porque yo te lo ruego; sí, te lo ruego y... ¡tú no desoirás mi última súplica!...

—¡Oh!

—Basta, Martín, basta—dijo la enferma, cuya voz se debilitaba por momentos—; me siento morir... déjame y... que venga un sacerdote... No quiero que se pierda mi alma como se ha perdido mi cuerpo... Adiós... el último pecado, el último beso...

Unieronse sus labios secos y ardientes y resonó el último beso...

—¡Ah!—exclamó inmediatamente la joven, y como horrorizada de lo que acababa de hacer.

Y extendiendo sus rígidos brazos para separar á su amante, añadió:

—Vete, vete... Mi alma, mi alma...

Martín, sin darse cuenta de lo que hacía, lanzóse como un loco fuera del aposento.

—¿Adónde vais?—le preguntó la vieja deteniéndole.

—No sé... Sí... Vendrá un sacerdote y... yo volveré más tarde...

—No, no volváis hasta mañana, porque la queréis demasiado y no podréis resistir... Nada le faltará: sé lo que he de hacer... Por fortuna me encuentro hoy con algún dinero.

—Volveré, sí...

—Os digo que no: sería una imprudencia...

Martín, sin escuchar más, salió de la casa.

¡Desdichado!

Es imposible hacer comprender lo que en aquellos momentos sufría.

Diez minutos después se presentó un sacerdote, y mientras Rosa confesaba, llegó Andrés.

—Acabemos pronto—dijo á media voz Prudencia al sirviente.

—Acabemos.

—No conviene que permanezcáis ahora aquí...

—¿Esperáis al amante?

—Sí.

—Podréis decirle que soy un amigo vuestro, y así...

—Mejor será que no os vea.

Tampoco lo deseo, por sí da la maldita casualidad de que me conozca.

—¿Quién sabe?

—¿Y la enferma?

—Confesando.

—¿Tan de prisa va?

—Ha dicho el médico que no hay remedio posible.

—¡El médico!—repitió sorprendido Andrés.

—Sí.

—¿Pues no decíais que ningún médico la asistía?

—Y dije la verdad.

—Entonces no comprendo...

—Pues es muy sencillo.

—Explic os.

El amante, que ya os he dicho es un mozalbete loco, se presentó con el doctor, que, según entiendo, vino por caridad.

—Cambia de aspecto el asunto.

—¿Por qué?

—Ese médico es un peligro, un inconveniente con que no contábamos.

—No es inconveniente, porque no volverá, ¿lo entendéis?

Andrés reflexionó.

—¿Estáis segura—dijo—de que no volverá?

—Segurísima.

—Bien.

—Mandó que se la confesase...

—¿No recetó?

—Dijo que era inútil, y no se detuvo más que el tiempo preciso para ver á la enferma.

—¿Se fué solo?

—Sí, y es muy probable que ya no se acuerde de ella ni que tampoco acierte á dar razón de la casa.

—Decís que el amante la quiere mucho...

—Con locura.

—Entonces—repuso Andrés—no querrá separarse del lado del cadáver de ella hasta que la deje en la sepultura.

—Eso es lo que á mí me toca evitar.

—¿Y lo conseguiréis?

—Sí, porque fingiendo que lo hago para evitarle un nuevo dolor, la muerta saldrá de aquí cuando él no esté.

—¿Y si va á buscarla?

—No la encontrará.

—Volverá...

—Tampoco me encontrará á mí.

—Veo con gusto que ahora no os parece el negocio tan difícil como antes...

—¿No me habéis prometido ser liberal?

—Voy á probarlo—repuso Andrés.

Y sacó un puñado de monedas de oro, que no llegaban á la mitad de las recibidas de su señor.

Los ojuelos de Prudencia relumbraron como dos ascuas.

—¡Ah!—exclamó.

—¿Os parece bastante?

—No soy codiciosa.

—Tomad.

La vieja tomó el oro y dijo:

—Por supuesto, me dais vuestra palabra de que no se trata de nada malo...

—Al contrario, un bien á la humanidad, porque el cadáver ha de servir para que mi amo, que es médico, haga en él ciertos experimentos y estudios.

—Quedo tranquila.

—Desde este momento será vigilada

esta casa y vuestra persona por uno de mi confianza.

—Me alegro.

—Por consiguiente...

—Idos tranquilo.

Andrés salió.

La moribunda seguía confesando.

La ejecución del plan no era tan fácil como la vieja creía.

—¿Conseguirían llevarlo á cabo?

Veremos.

CAPITULO XVI

DE CÓMO ROSA EXPIRÓ Y LO QUE HICIERON LOS DEMÁS

El sacerdote que había confesado á Rosa, era uno á quien Martín había encontrado en la calle, rogándole que fuese; así que, cuando hubo terminado, se despidió, encargando á Prudencia que se avisase á la parroquia para que llevasen á la joven la comunión.

Guardóse muy bien la vieja de cumplir este encargo, porque todo lo que fuese dar publicidad á la muerte de Rosa, era comprometerse y crear dificultades para llevar á cabo el plan convenido con Andrés.

Martín había pasado tres horas en un estado de agitación horrible, sin saber darse cuenta de lo que le sucedía.

Cuando llegó á su vivienda, que era la misma de su protector, dejóse caer en el lecho, y allí pudo á solas dejar que corriese su llanto, entregándose á los transportes de su dolor y desesperación.

Negóse á comer, diciendo que estaba enfermo, y se vió apurado para satisfacer las cariñosas preguntas del buen cura, que entró en el dormitorio del joven para enterarse de lo que á éste sucedía.

Al fin, si no tranquilo, algo más sosegado, pudo dejar el lecho y volvió á la morada de la vieja.

—No entréis—le dijo ésta al ver que el joven se dirigía á la habitación donde agonizaba Rosa.

—¿Y por qué?

—Ha confesado y comulgado: el señor cura dice que la pobrecita muere como una santa, según es de cristiano su arrepentimiento y contrición, y si os ve sucederá que su pensamiento, apartándose de Dios, se

fije en el mundo, lo cual pondría en grandísimo peligro la salvación de su alma. Por lo mismo que la amáis mucho, no la privéis del bien único á que puede aspirar. Además, ¿qué adelantaréis con verla? Atormentarla y atormentaros.

Esto no podía ser más razonable, y Martín, sacrificando los deseos de su corazón al bien eterno de Rosa, se dejó caer en una silla y dijo á Prudencia:

—Entrad y no os mováis de su lado sino para venir á decirme cómo se encuentra.

—Voy al instante.

—Y si os preguntara por mí...

—Apenas habla.

—Puede suceder.

—Si me pregunta...

—Respondedle que aquí estoy descansando; pero que... ¡no piense en mí!... ¡Ah!...

—Voy viendo—dijo para sí la vieja—, que todo se arreglará como deseo.

Y entró en el aposento de Rosa.

Martín apoyó los brazos en la mesa y la frente en las manos, quedando inmóvil.

Reinó en toda la casa un silencio profundo.

Transcurrió más de una hora, durante la cual Prudencia salió varias veces para decir cómo se encontraba la enferma.

El mancebo no se había movido de allí; pero no podía justificar su ausencia de casa de su protector, doblemente cuando antes había dicho que estaba enfermo, y por este motivo, mal que le pesase, tuvo que irse, no sin haber antes asomado cuidadosamente la cabeza al aposento de Rosa y contempládola sin que ella se apercibiese.

Aunque tardase tres ó cuatro horas en volver, llegaría á tiempo de cerrar los ojos á la joven, que, según parecía, no expiraría hasta la siguiente madrugada.

Prudencia respiró como si se sintiese libre de un peso enorme.

Poco después anocheció.

Llamaron á la puerta de la casa.

La vieja encendió un candil, abrió y se encontró con Andrés.

—¿Cómo está?—preguntó éste.

—Hace un rato que no la he visto.

—Pues vamos á verla.

Y ambos penetraron en la habitación de la joven acercándose al lecho.

A la rojiza luz del candel vieron lo que á cualquiera hubiese producido un efecto doloroso, pero que ellos contemplaron con indiferencia, ya que no con alegría.

Al ocultarse el último rayo de sol, Rosa había exhalado el último suspiro.

¡Qué tristes debieron ser en su soledad los postreros instantes de su agonía!

La miserable vieja sacudió rudamente el cuerpo rígido y helado de la infeliz, le puso una mano sobre el pecho para convencerse de que el corazón no latía, y luego dijo con frialdad:

—Esto ha concluído... Pero lo cortés no quita lo valiente: ya que no otra cosa buena, haré una obra de caridad.

Y cerró los ojos de Rosa, añadiendo luego:

—Ya podéis llevárosla.

—Hay que esperar á más tarde.

—¿Y si viene el otro?

—¿Teméis que se quede aquí esta noche?

—No, pero...

—Entonces no debemos tener cuidado.

—Sin embargo, puede suceder que todo lo olvide y no quiera marcharse sino cuando á ella se la lleven, porque los enamorados suelen cometer semejantes locuras, y ya os he dicho que el mozo la adora con frenesí.

—Salgamos de aquí, porque delante del cadáver...

—¿Tenéis escrúpulos?

—Es que la cosa me desagrada.

Volvieron al aposento que ocupaba la vieja.

Andrés reflexionó.

—¿Qué determináis? —preguntó Prudencia después de algunos segundos.

—Me voy—respondió el sirviente.

—Pero...

—Volveré dentro de una hora, ó lo más dos.

—¿Para llevárosla?

—No sé.

—Pensad que si el otro se queda toda la noche...

—¿Y si ha venido cuando yo vuelva?

—Entonces...

—¡Oh!... ese hombre es un estorbo...

—Yo cumplí lo prometido: ahí tenéis la muerta, y si no os la lleváis es porque no queréis ó no podéis.

—No os culpó...

—Determinad.

—Si se empeña en quedarse...

—¿Qué haréis?

—Lo ignoro; pero...

Andrés se interrumpió, su mirada se tornó sombría y murmuró:

—Peor para él.

—En último apuro, me iré, quedaréis dueño de la casa y...

—Yo quitaré el estorbo.

Encogióse de hombros la vieja.

Andrés salió y diez minutos después entraba en el aposento de su señor, que le aguardaba con impaciencia y le dijo al verlo:

—¿Qué noticias me traes?

—Ha muerto...

—¡Ah!...

—Pero la vieja teme que el amante se empeñe en acompañar al cadáver hasta que se le dé sepultura, y sería preciso traerlo en seguida...

—¿Acaso no lo tienes preparado todo desde esta tarde?

—Sí, señor—repuso Andrés—, tan preparado, como que he de hacerlo yo solo, porque no quiero que nadie me acompañe.

—Eres leal...

—De nadie me fío.

—Gracias, Andrés.

—No hay, por consiguiente, otra dificultad sino la hora. El bulto no puede ocultarse, y si llamo la atención de algún curioso...

—Busca un medio.

—Un medio...

—Mi cabeza está trastornada...

—Señor...

—Te sobra ingenio.

—Un plan tracé; pero...

—No pierdas el tiempo en explicármelo: ponlo en ejecución.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Quedamos en que vos...

—Para cuando vuelvas, todo estará dispuesto, y yo mismo te esperaré junto al postigo.

—Dios me ayude.

—Di á esa mujer que venga.

Salió Andrés.

A los pocos momentos se presentó la guardiana de doña Luz.

—¿Y mi hija?—le preguntó el comendador.

—Ya sabéis que se levantó esta tarde, aunque contra la opinión del médico.

—¿No ha vuelto á acostarse?

—No, señor.

—¿Cómo se encuentra?

—Dice que bien.

—Es necesario que venga.

—Vendrá.

—No estaré aquí; pero le diréis que ha de esperarme, aunque sea toda la noche.

—¿He de acompañarla?

—No os separéis de su lado, y la vigilaréis más que nunca.

—Así lo haré.

—Idos ya.

Cuando el comendador quedó solo, tomó su espada, su capa y su sombrero, y, encendiendo una linterna sorda y ocultándola, se apresuró á salir.

Pocos segundos después, llegó doña Luz acompañada de su vigilante.

El rostro de la joven estaba pálido como el de un cadáver.

Su bellísima cabeza se inclinaba lánguidamente sobre el pecho, y sus manos, colocadas sobre el corazón, parecían intentar contener los violentos latidos de éste.

Creía encontrar allí á su padre, y puede comprenderse cuál sería en aquellos momentos la agitación de la infeliz.

Empero se detuvo sorprendida al mirar á todos lados y no ver la severa figura del comendador.

—¿Y mi padre?—preguntó después de algunos momentos.

—Manda que le esperéis aquí; pero os advierto que tal vez tardará en venir.

—¿Y por qué no he de aguardar en mi aposento?

—Lo ignoro.

—Más misterios... ¡Oh!

La joven exhaló un suspiro doloroso y se dejó caer en un sillón.

—También tengo orden de permanecer aquí.

—Sí—repuso doña Luz con amargura—, ya he supuesto que os habrán mandado no perderme de vista... Sentaos.

—Gracias.

No hablaron una palabra más.

Entre tanto, Andrés salía de la casa llevando de la rienda una mula.

El comendador no había salido, sino que andaba de un lado para otro dando órdenes á fin de que nadie permaneciese en ciertos aposentos ó pasillos, precisamente en los que tenían que atravesarse

para ir desde la puerta falsa, que ya conocemos, á las habitaciones de doña Luz.

No dejó esto de llamar la atención, así como el que Andrés aparejase y se llevase una mula á semejantes horas; pero nadie adivinó el motivo, ni era posible que lo adivinaran, porque el horrible plan del comendador era inconcebible, tratándose de un padre.

Murmuraron los sirvientes más que nunca; pero esto nada importaba, puesto que la murmuración no se fundaba más que en suposiciones.

Cuando el comendador tuvo la seguridad de que nadie podía observarlo, fué á situarse junto á la puerta falsa.

Allí ocultó la luz de la linterna, permaneciendo inmóvil y con el oído atento al más leve ruido que sonaba.

CAPITULO XVII

SIGUE ANDRÉS EJECUTANDO SU PLAN

Muy obscura estaba la noche, lo cual era una fortuna para los autores de la intriga que referimos, y como en aquella época no se conocía el alumbrado público, el sirviente adelantó entre tinieblas hasta llegar á la calle del Olivar.

Una vez allí, ató la mula á una reja de las casas contiguas á la de Prudencia, y luego llamó á la de ésta.

No tardaron en abrirle, lo cual tuvo con razón á buena señal, y encontrándose frente á la vieja, le preguntó:

—¿Ha venido?

—No.

—¡Ah!...

—No podéis quejaros de vuestra estrella.

—Vamos...

—¿Os la llevaréis ahora?

—Sin perder un minuto.

—Respiro.

Entraron en el aposento donde estaba el cadáver.

—Asomaos á la ventana y mirad—dijo Andrés—, no solamente para observar si alguno viene, sino para evitar que se lleven una mula que he dejado en la calle.

A pesar de su depravación, se estremeció el sirviente al contemplar el inanimado cuerpo de Rosa.

No tenía miedo ni tenía el menor escrú-

pulo por lo que hacía ; pero la muerte no puede mirarse con entera tranquilidad.

—No sé por qué tiemblo—murmuró—, puesto que no voy á cometer ningún crimen. Si yo la hubiese matado, comprendería que me remordiese la conciencia ; pero se ha muerto naturalmente y sin que yo haya podido evitar la desgracia, y se trata únicamente de dar sepultura á su cuerpo con un nombre que no la pertenece. No tiene hijos ni pariente alguno á quien se perjudique por esto en sus derechos, caso de herencia... ¿Qué mal hago?... Ninguno... En todo caso, el daño será para doña Luz ; pero en eso nada tengo que ver ; lo dispone su padre, que tiene el derecho de mandar en ella.

Dicho esto como para tranquilizar su conciencia, preparó un saco grande que llevaba bajo la capa, y con una calma verdaderamente horrible, empezó á meter en él como mejor pudo el cadáver de la joven.

Terminada esta operación, que por lo repugnantemente criminal no describimos con detalles, dijo á la vieja :

—¿ Se acerca alguien ?

—No pasa un alma ni se oye ruido alguno.

—Puesto que la fortuna me protege, aprovecharé la ocasión.

La vieja cerró la ventana y tomó el candil.

Nadie al verlos hubiera dicho que estaban cometiendo una profanación espantosa.

—¿ Lo habéis atado bien ?—preguntó Prudencia con la misma sencillez que si se tratase de lo más indiferente.

—Sí.

—Aunque mis fuerzs son pocas, si queréis que os ayude á cargar...

—No es menester—respondió el sirviente.

Y se inclinó sobre el lecho, abrazó el pesado bulto y lo levantó, dejándolo colocado sobre uno de sus hombros, con lo cual probó que sus músculos eran todavía más duros que su corazón.

Luego salió precedido de la vieja, que llevaba la luz, y pocos segundos después se encontraba en la calle.

La puerta de la casa se cerró sin que ni las buenas noches se hubiesen dado el uno ni la otra.

¿ Para qué habían de tomarse el trabajo de cruzar un saludo ?

¿ Qué le importaba al uno del otro ?

Ni siquiera sabía Prudencia cómo se llamaba aquel hombre, ni tal vez lo hubiera reconocido á encontrarlo al día siguiente.

Andrés miró á todos lados, y convencido de que nadie le veía, colocó el saco sobre la mula.

Luego respiró con más libertad, porque nada tenía que temer.

¿ Quién había de sospechar lo que contenía la carga del cuadrúpedo ?

No perdió un solo instante : tomó la rienda y se alejó.

Al salir á la calle de la Magdalena, un embozado entró aceleradamente en la del Olivar.

Era Martín que volvía á casa de la vieja, y que tuvo que arrimarse á la pared para que pudiera pasar la mula, rozando el saco con su capa.

¿ Cómo había de sospechar siquiera que allí llevaban el cuerpo de la mujer á quien había amado con tanta ternura, que allí iba lo que para él era más que un tesoro ?

Andrés, con la brida en la siniestra mano y la espada desnuda en la derecha, siguió sin encontrar alma viviente.

Cuando llegó junto á la puerta falsa, se detuvo y silbó.

La puerta se abrió silenciosamente, apareciendo en el umbral el comendador.

Ni uno ni otro pronunciaron una palabra, sin duda para evitar que los oyese.

El criado volvió á cargar con el cadáver y, entrando en la casa, lo colocó en el más apartado rincón del pasillo.

En seguida fué por la mula, haciéndola también entrar.

Entonces el caballero cerró la puertecilla, guardó la llave y sacó la linterna de que iba prevenido.

Ambos fueron á la caballeriza.

El criado con la misma tranquilidad que antes, desaparejó la mula.

Volviéron donde estaba el cadáver.

Tampoco entonces hablaron.

Era absoluto el silencio que reinaba en todo el edificio.

No se percibía más que el ruido de los pasos de aquellos dos hombres, y el que producían sus movimientos ó el roce de su ropa contra las paredes, al atravesar algún pasillo estrecho.

El rostro del comendador estaba páli-

do como nunca, contraído y desfigurado, y su mirada era entonces sombría.

Andrés cogió el cadáver, y al cabo de algunos segundos llegaron al dormitorio de doña Luz, dejándolo caer en el lecho de ésta.

La frente del criado, tal vez por efecto de la fatiga, estaba inundada de sudor.

Cuando el cuerpo de Rosa estuvo fuera del saco y bien colocado en la cama, se contemplaron aquellos dos hombres por espacio de un segundo.

—¿Qué más he de hacer?—preguntó al fin el sirviente.

—Guardar otra vez ese saco, quedarte aquí para estorbar que nadie entre, y... nada más. Yo saldré y estaré de vuelta antes de una hora.

—Bien, señor.

—Tu lealtad será largamente recompensada.

Andrés inclinó respetuosamente la cabeza.

Cinco minutos después se dirigía el comendador al alcázar real.

Felipe II no hizo esperar un instante al caballero, y lo recibió, hablando con él por espacio de un cuarto de hora.

Nadie pudo saber el objeto de aquella conversación; sin embargo, fácil es de adivinar por el resultado que dió.

Tan meditabundo y sombrío como había entrado, salió del alcázar el comendador, y en seguida el rey ordenó que fuesen á buscar al doctor Olivares, que era el médico encargado de la curación del príncipe.

Esto no sorprendió á nadie: cada alteración de don Carlos daba por resultado que el monarca consultase inmediatamente con su médico y con el cardenal Espinosa, inquisidor general.

Nunca daban las consultas fruto alguno, ó más bien no tenían otras consecuencias que las de divorciar más y más al padre del hijo, haciéndose más reservadas sus relaciones de familia.

El doctor decía que la ciencia no contaba con recursos para combatir la rara dolencia del heredero del trono, mientras que el inquisidor aseguraba, que el mal consistía única y exclusivamente en la diabólica inclinación que el príncipe sentía hacia los herejes flamencos.

Y sin embargo, nunca el solícito padre dispuso que hubiese una junta de médicos,

y el desdichado príncipe sucumbió al fin casi abandonado, ó por lo menos sin que se apelase á los recursos que apela el último particular que puede disponer de algún dinero.

Aquel día el príncipe había estado de muy mal humor, no había querido apenas comer, y por la tarde había salido á caballo con uno de sus amigos, volviendo á la regia morada cubierto de polvo y muy fatigado.

No debía, pues, llamar la atención que el monarca enviase por Olivares; lo que sí se extrañó fué, que no hiciese lo mismo con el cardenal según costumbre.

Volvió á su casa el comendador, entrando por la puerta falsa.

Andrés permanecía en el aposento de doña Luz guardando el cadáver.

—¿Ha ocurrido novedad?—preguntó el caballero.

—Ninguna.

—Supongo que lo demás quedó arreglado como conviene.

Cuando yo fuí no había vuelto el amante y aproveche la ocasión.

—¿Y la vieja?

—Habrá abandonado su casa.

—¿Qué más?

—Nada, señor.

—Ese amante...

—Habrá vuelto ó volverá; se encontrará con la casa vacía; se desesperará, y...

—Si da parte á la justicia...

—Se armará un escándalo; pero no sucederá otra cosa.

El comendador guardó silencio; dió algunos paseos en la habitación, y luego dijo:

—Permanece aquí hasta que venga la criada de doña Luz.

Y pronunciadas estas palabras, el caballero salió dirigiéndose al aposento donde le esperaba su hija.

Nunca había sido su mirada tan dura, ni tan violenta su agitación.

La escena que iba á tener lugar entre el severo padre y la desgraciada hija, debía ser en extremo interesante y conmovedora; pero antes de ocuparnos de ella, tenemos que ir en busca de Prudencia y del dolorido mancebo.

Ya hemos dicho que éste se había cruzado con Andrés en la calle del Olivar, y que por consiguiente debió llegar á la mo-

rada de la vieja pocos minutos después de haber salido el sirviente.

CAPITULO XVIII

DE CÓMO PRUDENCIA TEMBLÓ DE MIEDO Y MARTÍN DE DESESPERACIÓN

Apenas la vieja había quedado sola, ocupóse en recoger apresuradamente algunas de las prendas de su pobre equipaje, con intento de abandonar en seguida la casa, y evitar encontrarse con el enamorado mancebo; empero quiso su desgracia que antes de terminar la operación, llamaran á la puerta.

—¡ Ah !—exclamó, palideciendo y temblando—. Será el...

Y dudó entre callar y responder y abrir.

Pero muy acertadamente pensó que Martín, ciego por el dolor como estaba, y además impaciente como era por naturaleza, no tendría reparo alguno en forzar la endeble cerradura de la puerta, lo cual conseguiría sin gran dificultad, poniéndola esto en situación más crítica, porque el haberse negado á abrir, era sobradamente sospechoso y bastante para que no se creyera nada de cuanto dijese.

Esto pensando, tomó la luz, y empezando á llorar y exhalar tristísimos gemidos, encaminóse á la puerta, donde resonaron nuevos y más recios golpes.

Martín dejó escapar un grito de dolor al ver el llanto de la vieja.

No necesitaba preguntar lo que había sucedido.

Su primer impulso fué correr en busca del cuerpo de la que tanto había amado; empero le faltaron las fuerzas, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo.

—¡ Dios mío !—exclamó Prudencia con voz ahogada por los sollozos—. ¡ Pobre-cita de mi alma !... En seguida que os fuisteis... ¡ Ah !... No encontraréis otra como ella... Venid, descansad y sosegaos... y perdonadme si no os consuelo, porque no sé lo que me sucede...

Martín no entendió una sola palabra.

Es imposible hacer comprender lo que el desdichado sufría en aquellos terribles momentos.

Transcurrieron algunos segundos.

Al fin, haciendo un esfuerzo, pudo el infeliz separarse de la pared, y con vacilantes pasos se dirigió al que había sido aposento de Rosa.

Prudencia lo siguió temblando.

¿ Cómo pintar la sorpresa del mancebo al ver que el cadáver no estaba allí ?

Un nuevo grito se escapó de su pecho.

La vieja retrocedió un paso.

—¿ Dónde está ?—preguntó Martín con el acento de un loco.

—¿ Dónde queréis que esté ?

El mancebo, apretando los puños, y con los ojos chispeantes, se acercó á la vieja.

—¿ Qué habéis hecho—dijo—, qué habéis hecho del cuerpo de Rosa ?

—¿ Pero estáis loco ?... ¡ Dios bendito !...

—Responded.

—Sosegaos...

—¡ Oh !... Decid dónde está...

—Por la Virgen Santísima, calmaos que estáis fuera de juicio...

—Pronto, miserable...

—El cadáver está en la parroquia...

—¡ Ah !...

—¿ Qué había yo de hacer ?

—Es decir que apenas ha expirado...

—Allí estará mejor guardada, y ya que no otra cosa, esta noche estará su cuerpo en sitio sagrado.

—Sin licencia mía, y sin que podáis tampoco responder de no haber confundido la muerte con un desmayo... ¡ Oh !...

—Ved cómo me pagáis—replicó la vieja, volviendo á sollozar—: he gastado el poco dinero que tenía, porque no pasaseis el grandísimo dolor de verla muerta...

—¿ No comprendéis que ese dolor me proporcionaría un consuelo ?

—Pues bien, ya que os empeñáis, haced lo que os parezca: puesto que no se enterrará hasta mañana y está en la parroquia...

—Iré á verla.

—El sacristán debe ser vuestro amigo.

—Sí.

—Pero os aconsejo...

—Dejadme—replicó Martín.

Y sin escuchar más, salió de la casa.

Pocos minutos tardó en llegar á San Sebastián y ver á uno de los dependientes de la parroquia, que era amigo suyo y que le preguntó:

—¿Qué traes por aquí á estas horas y con esa cara de difunto?

—Quiero ver un cadáver que han traído hace poco...

—¡Un cadáver!...

—Sí, el de una mujer

—Ni de mujer ni de hombre.

—Pero...

—No hay ninguno.

—¡Que no hay ninguno!

—Hace tres días que la muerte no nos da que hacer.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Di, Martín, ¿te has vuelto loco?

—Pero ¿estás seguro?...

—Segurísimo.

—¡Oh!...

—¿Qué te sucede?

El desdichado mancebo no respondió, y con grandísima sorpresa de su compañero, salió precipitadamente de la iglesia.

Trastornado como nunca, verdaderamente loco, echó á correr hacia la calle del Olivar, llegó á casa de la vieja, y llamó con descompasados y recios golpes.

Nadie respondió.

Sin esperar más que un segundo, volvió á llamar con mayor furia.

Empero tampoco recibió otra respuesta que el eco de los golpes que él mismo descargaba.

Ya no podía dudar, había sido víctima de un engaño.

Pero ¿con qué fin?

Esto era muy difícil de adivinar, y enteramente imposible en aquellos momentos de trastorno.

—¡Oh!—exclamó el dolorido mancebo con voz ahogada por el coraje.

Y sin detenerse á pensar lo que hacía, apoyó la espalda en la endeble puertecilla y empujó con toda la fuerza de su desesperación.

No fué menester más.

Saltó la cerradura, se abrió la puerta y quedó el paso libre.

Fuese intencionadamente ó por olvido, la vieja había dejado encendida la luz.

Martín se lanzó en el interior de la casa, profiriendo amenazas terribles, juramentos y maldiciones.

Todo en vano, porque á nadie encontró.

Su desesperación llegó al último grado, y como era consiguiente, se aumentó su trastorno hasta el punto de que ni hubiera acertado á dar cuenta de lo que

sentía, ni siquiera á decir dónde se encontraba.

Después de largo rato de ir y venir de uno en otro aposento y de llamar, ya con destemplados gritos ó con voz lastimera á la infeliz que había expirado, dejóse caer en una silla.

Sus fuerzas se habían agotado.

Apenas podía respirar y su corazón latía con tal violencia, que no parecía sino que en mil pedazos iba á saltar del pecho.

Empero ni una lágrima salió de sus ojos, cuyas negras pupilas relumbraban con extraño fuego.

Imposible le fué coordinar sus ideas.

Largo rato pasó.

Al fin el desdichado mancebo se pasó las manos por la frente, que sentía abrasada, y murmuró:

—¿Qué espero?... ¡Ah!... ¡Dios mío!... ¿Qué debo hacer?

Luego sonrió con amargura y añadió:

—Nada, no puedo hacer nada... Pobre y desvalido, teniendo forzosamente que guardar el secreto de mis deberes... Sin embargo, no hay duda de que se ha cometido una profanación de las más horribles... Necesito meditar; pero ahora no puedo, porque hasta mis recuerdos son confusos... ¿Hace mucho que estoy aquí?... No lo sé... Vamos.

Hizo un esfuerzo, púsose en pie, y con vacilantes pasos salió de la casa, encaminándose á su vivienda.

Lo dejaremos para volver al lado del comendador y doña Luz.

CAPITULO XIX

EL PADRE Y LA HIJA

Al ver á su padre doña Luz, levantóse, cruzó las manos, extendió los brazos, y exclamó con acento doloroso y conmovedor.

—¡Padre mío!...

Empero el anciano, extendiendo también un brazo como para detener á su hija, replicó severamente:

—Sentaos, que después hablaremos, señora.

Y volviéndose á la guardiana, añadió:

—Andrés os espera.

Un momento después estaban solos el padre y la hija.

Esta, como agobiada por la vergüenza y el dolor, permaneció inmóvil con la cabeza inclinada sobre su agitado pecho y fija en el suelo la mirada.

El caballero se sentó frente á la joven y la contempló por espacio de algunos instantes, mientras su mirada tomaba una expresión más sombría, contraíase más y más su frente y se hacía más densa la palidez de su rostro.

—Doña Luz—dijo al fin el anciano con grave y frío tono—, excusad quejas, lágrimas y ruegos y concretaos á responderme con claridad, porque no he venido más que á comunicaros mi última resolución, que es irrevocable como todas las mías.

La joven exhaló un tristísimo gemido.

—Ya me conocéis y no dudáis de que todo será en vano para hacerme desistir de mis propósitos, y por consiguiente, con entrar en cierta clase de explicaciones, con rogar vos, y yo con negarme, no conseguiríamos más que atormentarnos, aumentar nuestros sufrimientos, que ya son harto crueles para que al soportarlos alcancen el valor ni las fuerzas que Dios ha concedido á la criatura.

Tampoco respondió doña Luz.

De sus magníficos ojos se escaparon dos lágrimas que rodaron lentamente por sus pálidas mejillas.

—Llorad—dijo el anciano, esforzándose para que no se alterase su voz—, sí, llorad, que motivo os sobra; llorad, que aunque vuestros ojos no cesen de verter lágrimas noche y día, serán pocas en el espacio de un siglo para dar muestras de vuestro dolor y arrepentimiento, que debe ser tan profundo, como grande vuestra culpa... Sin embargo, os repito que será muy conveniente, lo mismo para vos que para mí, que deis tregua á vuestro llanto, que por algunos momentos ahoguéis vuestro dolor, porque así quedará más despejado vuestro entendimiento, para decidirnos con la calma y el acierto que requiere la gravedad del asunto. Ya lo veis, diez días han pasado...

—¡Diez días!—murmuró la joven con sorda voz.

—¿Os han parecido diez siglos?... Lo comprendo... A mí también; pero á pesar de que las horas han sido para mí interminables y de horrible tormento, me habéis visto sufrir y esperar solo por vos, no más que por vos, doña Luz, porque he queri-

do que recobréis siquiera algún tanto la calma para que jamás podáis decir que obrasteis de uno ó de otro modo porque os obligaron á decidirlos en momentos de exaltación y trastorno, porque no os dejaron tiempo para meditar. Soy severo, muy severo, y en esta ocasión más que nunca; pero no quiero pecar de injusto ni menos de cruel, ni tampoco me perdonaría el haber procedido con ligereza cuando se trata de mi honra y de vuestro porvenir.

—Padre mío...

—Escuchadme algunos instantes y respondedme luego con franqueza, sin reparo alguno, sin tener siquiera en cuenta el respeto que me debéis como hija, porque yo os prometo no tomar como ofensa vuestra contestación, sea cual fuere; pero consultad bien antes vuestra conciencia, no atendáis á vuestros intereses ni escuchéis á vuestras pasiones.

Doña Luz limpió sus ojos y levantó la cabeza.

—Ya puedo responderos—dijo.

—Siendo niña—repuso el anciano—, perdisteis á vuestra madre, cuyas virtudes no tenían comparación, vuestra madre á quien yo amaba con una ternura sin igual. Dios sabe lo que tan terrible golpe me hizo sufrir... Vos, que sois un vivo retrato de la que os llevó en sus entrañas, fuisteis la única afección que me quedó en el mundo, y por consiguiente, mi cariño de padre creció hasta lo infinito. ¿No lo habéis comprendido así? ¿Estoy tal vez equivocado? ¿No os he amado como ningún padre ama?

—Sí—respondió la joven con voz conmovida.

Y otra vez el llanto volvió á salir de sus ojos, mientras añadía:

—Perdonad, padre mío; pero me es imposible contener estas lágrimas, que son de ternura.

—Gracias—murmuró con voz ahogada el caballero, que era padre al fin.

Y esforzándose para disimular lo que sentía, dijo después de algunos momentos:

—No he olvidado cuidado alguno y he hecho todo lo posible para inculcaros los principios de virtud que tanto ennoblecieron á vuestra madre. Si alguna vez me he separado largo tiempo de vos, no ha sido por voluntad, sino para cumplir mis de-

beres; no ha sido para satisfacer ambiciones, que bien sabéis no siento, sino para pagar la deuda que como ciudadano debo á mi patria, para obedecer como vasallo leal, para hacer sacrificios á que estoy obligado como caballero; pero he procurado que durante mi ausencia nada os falte más que las muestras de mi ternura á todas horas. Si en vuestra niñez habéis cometido alguna ligereza, lo cual reconozco que ha sucedido muy pocas veces, no os he reprendido ni castigado como padre, sino que os he aconsejado como amigo, y bien sabéis que si la vida hubiera sido menester darla cien veces por vuestra felicidad, yo no habría vacilado para sacrificarla.

—Es verdad, me amáis mucho más de lo que yo os amo, más de lo que jamás os amaré, porque sois padre...

—Si no vuestra madre—repuso el commendador—, porque la perdísteis cuando apenas teníais uso de razón, yo os he dado constantemente el ejemplo de una honradez sin tacha, y siempre me habéis oído decir, que antes que manchar mi honra, me quitaría yo mismo la vida; sí, lo he dicho, y ya sabéis que no hablo jamás en vano.

—Lo sé.

—No tenéis, pues, queja alguna de mí...

—¡ Ah !

—Responded.

—Os debo mucho; he sido ingrata...

—¿ Hay alguna razón que justifique vuestro pecado ?

—Ninguna, padre mío; ninguna más que el extravío de una pasión, ninguna más que el olvido de todo en un momento fatal de verdadera locura...

—Entonces el castigo será justo por duro que sea...

—Sí.

—Bien; eso me faltaba que lo reconocieseis así para tranquilizar mi conciencia.

—Todo lo merezco.

—Basta... Escuchadme con la misma atención que lo habéis hecho.

—Perdonad—replicó doña Luz, cuyo rostro cambió de expresión.

Y volviendo á limpiar sus ojos, añadió con voz más segura que antes:

—Me habéis dado licencia para decir lo que siento, con tal que hable mi conciencia y no mis pasiones, con tal que me co-

loque dentro de la razón fría y olvide mis particulares conveniencias.

—Sí.

—Entonces...

—¿ Qué queréis ?

—Algunos momentos de atención.

—Hablad.

—Contestaciones también; pero dictadas por la conciencia...

—Las tendréis.

—Gracias, padre y señor.

—Ya os escucho.

La joven se colocaba en una situación bastante difícil y aun peligrosa; pero su afán único era salvar á su hijo y al hombre á quien amaba: todo lo demás no tenía para ella importancia alguna.

—Padre mío—dijo después de algunos instantes y con una firmeza que nadie hubiera esperado en aquellos críticos momentos—, ¿ me hubieseis dado licencia para ser esposa de Raúl de Lancaste ?

—No—respondió sin vacilar el caballero.

—¿ Y si yo os hubiese dicho que de semejante unión dependía mi vida, y de ello os hubiera dado pruebas que os convenciesen ?

—Yo, á pesar de lo mucho que os amo, os habría dejado morir, porque ya sabéis que la vida no es en mi opinión lo que más debe estimar la criatura, sobre todo cuando por sus venas corre una sangre ilustre.

—Acabáis de justificar la reserva de que me acusáis por haberos ocultado mi amor.

—¿ Y por qué dejasteis encender en vuestro pecho esa pasión fatal ?

—La voluntad, padre mío, no es para eso dueña del corazón...

—La voluntad es bastante para morir cuando se quiere.

—¡ Morir !...

—Si sois cobarde...

—¡ Cobarde !—replicó la joven con amargura—. Yo os probaré que me sobra el valor.

—Entonces—replicó severamente el anciano—, si no han sido los alientos, ha sido la virtud lo que os ha faltado.

—El amor, cuando es verdadero, crece más cuanto más se pierde la esperanza...

—Y como vos la teníais perdida desde el primer momento...



—Yo—repuso la desgraciada doña Luz, inclinando la cabeza—no tenía miedo á la muerte; pero me faltaba el valor para renunciar á las ilusiones de mi amor... Luché una vez; pero en vano, porque la lucha parecía encender más y más mi pasión que acabó por trastornarme, enloquecerme, y en uno de esos momentos de fatal olvido...

—Sí—replicó el anciano, empezando á dejarse arrebatar por la cólera—, sí, de olvido de vuestros deberes, de vuestro nombre, que es el mío, de vuestra honra, que mía es también...

—Padre mío...

—¡Oh!... sacrificasteis nombre y honra á los impuros goces de vuestra pasión; disteis satisfacción á vuestros deseos, manchando vuestra frente con el sello de la infamia; no temisteis á Dios y despreciasteis al mundo; no respetasteis siquiera mis canas; no os importó desgarrar el alma del padre que os amaba tanto, darle la muerte, una muerte espantosa, con una agonía lenta y horrible, pagándole los desvelos, los cuidados, los sacrificios de toda la vida, y...

—¡Padre mío, padre mío!...

—No me deis ese nombre—replicó el comendador convulso de ira, y en tanto que sus negros ojos relumbraban como dos centellas—, no me deis ese nombre que se mancha en vuestros labios... Mi hija no existe, ha muerto para mí; no me queda de ella más que un amargo recuerdo... No, no sois mi hija.

Y levantándose, empezó á recorrer la estancia como un loco sin escuchar ni oír las tiernas y conmovedoras súplicas de la joven, que estaba poseída de terror.

Transcurrieron algunos segundos.

El anciano, cuya pálida y contraída frente estaba inundada de frío sudor, detúvose al fin y dijo:

—Ya lo veis, señora: las explicaciones no sirven más que para atormentarnos, porque no he de cambiar de resolución. Ya estáis muerta para mí, y ahora debéis morir para el mundo...

—Padre mío—replicó doña Luz, fijando en el caballero una mirada de espanto.

—Sí—repuso el comendador—, esta misma noche moriréis para el mundo...

—Pero...

—No tembléis, que no pienso derramar vuestra sangre...

—¡Ah!...

—Tranquilizaos—repuso el comendador con irónico acento—, la muerte de que hablo...

—Señor—replicó la joven como si instantáneamente hubiera recobrado las fuerzas—, la vida es hoy para mí un tormento espantoso...

—¿Y las gratas ilusiones de vuestro amor?—dijo el caballero con la misma ironía.

—¡Oh!... Sed justiciero, implacable si queréis; pero no cruel...

—Hace un momento—replicó el comendador—me hablabais de esas ilusiones, de vuestra falta de valor para renunciar á ellas.

—Entonces os hablaba la mujer...

—¿Y ahora?

—La madre—repuso doña Luz con admirable firmeza.

—¡Oh!...

—Entonces la mujer sin honra inclinaba la frente con vergüenza; pero la madre no se arredra para cumplir sus deberes; la mujer espera con ansia que termine su vida; pero la madre anhela conservarla para su hijo...

—Basta—replicó el comendador, cuyo iracundo arrebato iba en aumento—, basta, señora.

Doña Luz guardó silencio; inclinó la cabeza, y quedó inmóvil.

—¿Dónde está el hijo de vuestra deshonra?—preguntó el anciano después de algunos instantes.

—¡Ah!...—exclamó la joven con acento que expresaba una alegría sin igual.

Y cruzando las manos y elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud, añadió:

—¡Gracias, Dios mío, gracias!...

El comendador, en el colmo de la sorpresa, miró á su hija, preguntándole:

—¿Qué significan vuestras palabras?

—Me preguntáis por mi hijo, lo cual significa que ignoráis su paradero...

—Ciertamente.

—Eso es lo mismo que decir que se ha salvado.

El caballero rugió como un león y apretó los puños con fuerza convulsiva.

Acababa de cometer una torpeza.

En su poder debía estar el recién nacido si Raúl hubiese muerto cuando fué sorprendido al salir de la casa.

Desde aquel momento doña Luz, segura de que su amante y su hijo habían logrado salvarse, se mostraba valerosa como nunca, y no habría medio de vencer su resistencia.

—Señora—dijo el comendador fuera de sí—, tengo el derecho de saber dónde se encuentra el testigo vivo de mi deshonra.

—Y yo tengo el derecho de saber dónde se encuentra el padre de mi hijo, porque á pesar de mi falta...

—Doña Luz...

—Si Raúl de Lancaste es criminal, que se le castigue; si yo he sido débil, si he manchado mi honra, que es la vuestra, hacedme expiar mi falta; pero esto nada tiene que ver con nuestros derechos de padres...

—Olvidáis los míos...

—¿Para qué queréis saber dónde se encuentra la inocente criatura que he llevado en mis entrañas?

—¿Os atrevéis á interrogarme?

—No es menester que me contestéis—replicó la joven con más firmeza cada vez—, no necesito explicaciones... ¡Oh!... Lo que meditáis es horrible...

—Señora...

—Queréis castigar un crimen cometiendo otro mayor...

—¡Silencio!...

—Arrancadme la lengua y no hablaré.

—¡Oh!...

—Queréis que mi hijo, que es inocente, expíe mi falta... ¡Y os llamáis justiciero!...

—Que habláis á vuestro padre...

—Ya os he dicho, señor, que como mujer soy débil, pero como madre me sobra el valor.

La conversación no podía dar más resultado que el que había dado ya.

El comendador volvió á pasearse por la anchurosa estancia.

Doña Luz permaneció inmóvil y muda.

Largo rato pasó sin que se percibiese otro ruido que el de la agitada y violenta respiración de aquellas dos personas.

En el terreno en que se habían colocado, era imposible que se conmoviesen y llegasen á un acuerdo, empleando la ternura.

Doña Luz había comprendido que se intentaba cometer el abuso de hacer pagar sus faltas á su hijo, y se olvidó de todo para pensar solamente que era madre.

Como había dicho, su amor y sus deberes de madre le daban valor para todo.

Por su parte el comendador era también imposible que cediese: ni se lo permitía su carácter, ni su dignidad de padre, tan profundamente herida.

—Señora—dijo al fin el anciano, volviendo á detenerse—; por última vez...

—¿Qué queréis?

—¿Dónde está vuestro hijo?

—¿Y Raúl?

—¿Os atreveréis?...

—A todo me atreveré como madre.

—Responded.

—Jamás sabréis dónde se encuentra mi hijo.

—¿Es esa vuestra última resolución?

—Sí.

—Pensadlo bien...

—Lo he pensado.

—Os arrepentiréis...

—No, porque soy vuestra hija.

—Bien, pues vos tampoco volveréis á ver ni á tener noticias del miserable que os ha deshonrado, ni del fruto de vuestro amor criminal.

—Pero habré cumplido mi deber...

—Raúl de Lancaste morirá.

La joven exhaló un grito desgarrador, pero reponiéndose un momento después, dijo:

—Mi hijo se salvará.

No encontró el comendador ya palabras con que expresar lo que sentía.

Ciego, loco por el dolor y la ira, acercóse á una puerta que estaba cerrada con llave, y abriendo, dijo con voz ronca y re-concentrada:

—Entrad.

Doña Luz, sin pronunciar tampoco una palabra, se puso en pie, atravesó con paso firme el aposento, y entró en el inmediato.

El caballero volvió á cerrar y guardó la llave.

Luego se dejó caer en un sillón y se oprimió las sienes.

El silencio que entonces reinó fué absoluto, imponente, casi amedrentador.

La luz de la lámpara, que ardía sobre una mesa, dió de lleno sobre la cabeza encanecida de aquel hombre, cuyos sufrimientos no pueden explicarse.

Más de cinco minutos permaneció inmóvil.

Al fin exhaló un penoso suspiro y levantó la cabeza, mirando á su alrededor

como si quisiera reconocer el sitio donde se encontraba.

—Es preciso—murmuró—, la debilidad sería un crimen en estos momentos.

Hizo un esfuerzo y su rostro volvió á tomar la expresión dura y sombría de siempre; pero nadie hubiera conocido en él otra cosa.

Luego salió del aposento y fué al que siempre había ocupado doña Luz.

Allí estaba Andrés.

—Ya es hora—le dijo el comendador.

—¿Volveréis á vuestra cámara?—preguntó el sirviente.

—Sí.

—Aguardaré, pues.

—¿Has dado á esta mujer las instrucciones oportunas?

—Pocas necesitaba...

—Sin embargo...

—He aprovechado el tiempo que estamos aquí, y nada debéis temer..

—Colocaos junto á la cama—dijo entonces Andrés á la guardiana.

Esta obedeció.

—Creo—añadió el sirviente—, que es más natural que estéis en pie mirando al cadáver...

—Idos y descuidad—replicó ella—, que todo se hará como desea vuestro señor.

—Descuidado voy, porque os sobra entendimiento y voluntad...

—No perdáis el tiempo.

Andrés salió sin hacer más observaciones.

Ya no debía encontrar el comendador inconveniente alguno para terminar la ejecución de su plan.

Volvió á reinar en toda la casa un silencio profundo.

CAPITULO XX

UNA COINCIDENCIA

Quince minutos después de la escena que acabamos de referir, á la completa aunque aparente calma y al silencio que reinaba en la espaciosa vivienda del comendador, sucedió el ruido, el movimiento, una agitación verdaderamente extraña allí.

Todos los criados, que eran bastantes, iban y venían apresuradamente, cumplien-

do repetidas órdenes, y hablaban sin cesar.

Algunos habían salido á la calle con gran prisa, otros se preparaban á salir, y todos se movían, aunque la verdad es que hacían bien poco.

El alma, puede decirse, de semejante agitación, era Andrés, que cada segundo entraba en el aposento de su señor y salía, para comunicar nuevos mandatos.

—¿Qué sucede?—preguntaban algunos.

—Doña Luz se ha desmayado y temen que se muera antes de recobrar el sentido—respondían otros.

—No está mal desmayo.

—¿Pues qué es ello?

—Que se ha muerto...

—¡Ah!...

—Exageras.

—Me lo ha dicho Julián, que la ha visto.

—Pero si á nadie se le permite entrar en el aposento de nuestra pobre señora.

—Se ha levantado la prohibición.

—No lo creo.

—Anda y te convencerás.

—Claro es que dejarán entrar, porque en casos como éste...

—¿Y el médico?

—Han ido por él.

—Es un animal.

—¿Qué sabes lo que dices?

—Porque ha tenido la fortuna de ser médico del rey...

—Todos son lo mismo.

—¿Pero no decían que doña Luz estaba mucho mejor?

—Y aseguraban que hoy se había levantado.

—Mentiras.

—Nadie la ha visto.

—Ni esa bruja que la cuida dice á nadie nada.

—Ni se permitía llegar siquiera á la puerta de la habitación.

—¿Y por qué?

—Preguntáselo al señor...

—No me gustan estos misterios.

—Cuidado con lo que se habla.

—Es verdad, nuestro señor no juega.

—Acordaos del pobre Fernán...

—Dicen que está en la Inquisición...

—Basta, basta.

Y mientras los unos hablaban así, en otro lado se oía lo siguiente:

—¿Qué te parece, Antón?

—Silencio.

—¿Por qué?
 —Porque sí.
 —¿Pero qué sucede?
 —Lo ignoro.
 —¿Lo ignoras cuando ahora sales del aposento de doña Luz!
 —Es verdad; pero como no soy médico...
 —Sin embargo...
 —Dicen que está desmayada.
 —¿Y tú qué opinas?
 —Yo...
 —Con claridad.
 —En la cama de doña Luz...
 El sirviente que esto decía, miró recelosamente á todos lados.
 —Nadie nos oye—replicaron los que le preguntaban.
 —Es que...
 —Eres un bribón sin igual.
 —Dices que en el lecho de doña Luz has visto...
 —Habrás visto á doña Luz.
 —No lo sé.
 —¿Que no lo sabes!
 —¿Pues qué es lo que podías ver allí?
 —Explícate.
 —Yo juraría que allí había un cadáver.
 —¿Un cadáver!...
 —Lo cual significa que tu opinión es que doña Luz no está desmayada, sino muerta.
 —No significa nada más que lo que digo.
 —Entonces algo callas.
 —¿Puedo contaros más de lo que he visto?
 —Lo que pienses...
 —¡Oh!...
 —Vamos, vamos...
 —Sí, que diga lo que se le ocurre.
 —Pues bien, no se ocurre otra cosa más, sino que parece imposible que una persona se desfigure tanto cuando muere.
 —¿Tan fea se ha puesto?
 —No.
 —Entonces...
 —Que ha cambiado su cara hasta el punto de que parece otra.
 —Pues tú bien la conocías.
 —¡Ya lo creo!
 —Y aunque la muerte desfigura...
 —Lo único que os diré es, que si no estuviera donde está, y me llamaran para reconocer el cadáver, juraría cien veces

que en mi vida había yo visto semejante mujer.

—Exageras.
 —Puede ser.
 —Estarías turbado...
 —Ya sabes que no me turbo.
 —Es extraño lo que dices...
 —Silencio...
 —Pero...
 —Ni sé más, ni se me ocurre otra cosa.
 —Escucha...
 —Hablares después.

Esto fué bastante para que la murmuración tomase nuevo giro.

Un cuarto de hora después, el criado que había ido en busca del doctor Olivares, volvió diciendo que éste no se encontraba en su vivienda.

—Corriendo—gritó el comendador—. Otro médico...

—¿Cuál?
 —El que más cerca viva.
 —En la calle del Sacramento tenemos uno—dijo Andrés.

—¿Quién es?
 —El doctor Extremera, que también goza de mucha fama.

—Id á buscarlo.

A los diez minutos se presentó el médico.

Era el mismo que por la mañana había visitado á Rosa.

El caballero le dió algunas explicaciones, concluyendo por decirle, que, cuando se esperaba una mejoría, su hija doña Luz había quedado sin sentido y hasta parecía muerta.

El médico escuchó atentamente y luego preguntó:

—¿Quién la asistía?

—El doctor Olivares.

—Respetable sabio.

—Pero no se encuentra en su casa en este momento, y como el caso parece urgente...

—Veamos á la enferma.

Apenas se acercó el doctor al lecho, se contrajo su frente, y si no se le escapó una exclamación de sorpresa, fué porque la contuvo muy trabajosamente.

Era imposible que no hubiera reconocido á Rosa, cuyo rostro había examinado tan cuidadosa y detenidamente aquella mañana.

Sin embargo, quiso asegurarse de que no se equivocaba, y haciendo que acerca-

sen una luz, buscó en los labios del cadáver las señales que forzosamente debían tener por efecto de la enfermedad, si la persona era la misma.

Un segundo después ya no dudó.

Su frente se contrajo.

Sin embargo, no pronunció una palabra, y continuó el reconocimiento con aparente calma.

Cuando hubo terminado, se volvió al comendador, preguntándole:

—¿Me habéis dicho que es vuestra hija?

—Sí—respondió el caballero, estremeciéndose.

—Lo siento mucho.

—¿Acaso?...

—Esperad á que venga Olivares...

—Pero...

—Nada puedo hacer.

—¡Ah!—exclamó el anciano.

Y se dejó caer en una silla, murmurando tristemente:

—Lo temía... Su rostro me pareció el de un cadáver.

—Sí—repuso el doctor—, un cadáver ya frío, de algunas horas.

—¿De algunas horas!...

—Sí, de cuatro ó cinco lo menos.

—Señor—dijo entonces la mujer que cuidaba de doña Luz—, no hace más que una hora que me apercibí de que no respiraba...

—Decís que su mejoría la permitió dejar hoy el lecho...

—Por breve rato...

—Cosa extraña.

—¿Por qué?

—La enfermedad de que ha muerto no debía interrumpirse si no se curaba... He aquí un fenómeno digno de estudio.

Nadie acertó á responder.

—He concluído—dijo el médico, disponiéndose á salir.

—¿No certificáis su muerte?

—Lo hará mi compañero Olivares.

—Está de consulta en palacio—repuso el caballero—, y quizás no concluya en toda la noche, como suele sucederle.

—Se va á conducir inmediatamente el cadáver á la iglesia?

—Sí—respondió el comendador—; quiero que esté en lugar sagrado hasta que se le dé sepultura.

Extremera meditó.

—Bien—dijo—, certificaré.

Y así lo hizo; pero declarando sola-

mente que había reconocido un cadáver que, según aseguraba el comendador Quiñones era el de doña Luz, hija de éste, y que, según todas las apariencias, la joven debía haber muerto al anochecer á consecuencia de una fiebre de carácter tifideo.

El anciano, que no servía para fingir, y que por consiguiente representaba muy mal su papel, leyó el escrito y preguntó:

—¿Y por qué no decís terminantemente que es el cadáver de doña Luz de Quiñones?

—Es la fórmula que usamos cuando no conocemos á la persona, y como yo nunca he visto á vuestra hija...

—Bien, bien.

—Esperad un momento y os pagaré.

—Señor comendador, ved en qué puedo servirlos...

—No lo intentéis siquiera.

—¿Por qué?

—Porque nada recibiré.

—Os habéis molestado, y...

—Es inútil que insistáis... Dios os consuele.

Y sin escuchar más, salió.

La noticia de la muerte de doña Luz, cundió rápidamente entre los criados.

CAPITULO XXI

OTRA COINCIDENCIA

La necesidad aumenta prodigiosamente las fuerzas, el valor, y á veces también el entendimiento. En ciertas situaciones y circunstancias, el más débil de espíritu y de cuerpo, resiste lo que parece imposible que resista nadie, y se le ve hacer hasta lo que es increíble.

Así le sucedió á Martín: tenía necesidad absoluta de ocultar su sufrimiento, porque si llegaba á ser conocida la causa de éste, l s consecuencias serían horribles para el infeliz; y obligado por esta necesidad, hizo su voluntad esfuerzos tales, que cuando llegó á su vivienda, nadie hubiera adivinado su dolor mortal.

Su rostro estaba pálido como el de un cadáver, contraída su frente y sombría su mirada; pero esto podía muy bien ser efecto de una dolencia física, lo cual á nadie debía sorprender, puesto que el mancebo se había quejado todo el día.

Figuraos un aposento de regular extensión, amueblado, más que modesta, humildemente; un velón de cobre, cuya luz rojiza parecía esparcirse con pereza; un hombre de cincuenta años, de aspecto venerable, de mirada dulce, de fisonomía simpática y que revelaba una candidez y una benevolencia encantadora, y de cabellos blancos y escasos que contrastaban con el negro color de una larga sotana de bayeta, bastante raída; figuraos que este hombre, sentado junto á una antiquísima mesa de nogal, donde había dejado su bonete, estaba absorto en la lectura de un breviario; figuraos todo esto, repetimos, y conoceréis al caritativo protector de Martín, al que le había servido de padre y de maestro, al que lo amaba, por más que constantemente se hubiese mostrado rígido, severo hasta el último grado, sin permitir ciertas libertades al mancebo, sin transigir con ciertas ideas.

Ya hemos dicho que el buen sacerdote, si no era un santo, estaba muy cerca de serlo, y por esto precisamente Martín, que era mozo de gran corazón y de muy noble alma, quería evitar á toda costa un rompimiento con su protector.

No le arredraba al mancebo la idea de perder el pan que se le daba, pues le quedaba en último caso el recurso de ser soldado y hacer quizás su fortuna; pero sí le espantaba mostrarse ingrato con el que ocupaba el lugar de su padre, con el hombre generoso á quien todo lo debía.

No solamente esto, sino el hacer experimentar una contrariedad cualquiera á su protector, lo hubiera considerado el mancebo un crimen, ó por lo menos una ruina, y él podía ser todo lo travieso ó malo que se quisiese, pero ruin, jamás.

De ningún modo era, pues, un miedo pueril, sino un sentimiento el más noble y generoso el que obligaba á Martín á ocultar su verdadera y triste situación.

Así se explican los esfuerzos que hizo, y se comprenderán las escenas que hemos de referir.

Martín se acercó lentamente á su protector, le besó con respeto la diestra y le dijo:

—Buenas noches.

—Bien venido—respondió el anciano con dulzura.

Y cerrando el libro, volvióse hacia el

mancebo y lo miró atentamente añadiendo:

—Estás bastante pálido y agitado.

—He andado muy de prisa—repuso Martín—porque ya es tarde y...

—Sabes que no me gusta que de noche andes por las calles; pero no te reconvengo, porque estoy seguro de que estas horas las habrás empleado bien, ó por lo menos no te habrás ocupado en nada malo; pero lo que terminantemente te prohibo, es que hagas la locura de irte cuando tu salud está quebrantada.

—Me siento mucho mejor.

—Los pocos años todo lo resisten; pero luego cuando se llega á otra edad...

—No espero ser viejo.

—¿Por qué?

Martín se encogió de hombros.

—Siéntate y descansa—repuso el cura.

—Si nada tenéis que mandarme...

—¿Qué piensas hacer?

—Acostarme.

—¿No cenas?

—No tengo apetito.

—Todas las noches—repuso el cura—te acuestas lo más tarde posible, porque parece que tienes horror á la cama, y hoy...

—Ya sabéis que no me siento completamente bien.

—Decías que estabas mejor...

—Sí.

—Entonces.

—No sabiendo qué hacer...

—Puedes acostarte...

—Aunque no tome alimento os acompañaré á la mesa...

—Te dejo en completa libertad...

—Me quedaré.

Martín se sentó.

El cura mandó que dispusiesen la cena, y mientras así lo hacían, volvió á ocuparse de la lectura.

Pasó un cuarto de hora.

La cena, que consistía sólo en un plato de judías cocidas y aderezadas con aceite y vinagre, fué colocada sobre la mesa.

Empero antes que el anciano diese principio á comer, avisáronle de que lo buscaban con toda urgencia de parte del comendador Quiñones.

—¡El comendador!—murmuró el cura—. Bastante se ha murmurado estos días del buen caballero; su hija estaba enferma... ¿Amenazará alguna desgracia?

Y salió del aposento para recibir el re-

cado, volviendo algunos minutos después con el semblante triste.

—Lo que se temía—dijo al entrar—; la hija del comendador ha muerto repentinamente y sin que pueda recibir los auxilios espirituales... ¡Dios tenga piedad de su alma!... ¡Pobre joven!... Hermosa, rica, virtuosa, sí, virtuosa, á pesar de que la murmuración...

Interrumpióse, y dirigiéndose á Martín, que parecía no haber oído lo que su protector decía, añadió:

—Quieren que el cadáver quede esta noche en el templo, con el decoro y cuidado que merece persona tan ilustre. Avisa, pues, al sacristán para que todo lo disponga, porque tú no estás en disposición de pasar una noche en vela.

—Yo cuidaré de todo, me siento bien, ya os lo he dicho...

—No, hijo, no: la salud...

—Dejadme: no tengo más que un dolor de cabeza que nada significa...

—Como quieras.

—Nada quedará por hacer—repuso Martín.

—Entonces yo estaré con más descuido, porque en ti tengo mayor confianza. Ninguna advertencia necesito hacerte, ya sabes de qué clase de personas se trata, y por consiguiente...

—Cenad tranquilo, que yo cuidaré de todo—repuso Martín levantándose.

—No, no puedo cenar: quiero ir ahora mismo á ver al comendador. Ya que no he podido auxiliar á la hija en los últimos momentos, procuraré fortificar el espíritu del padre y consolarlo. El golpe ha sido terrible.

Y el buen cura tomó su sombrero y su manto y salió, mientras que Martín se encaminaba á la sacristía.

Omitiremos detalles que no servirían más que para cansar al lector, y sólo diremos que dos horas después el cura se encontraba en la sacristía y el cadáver de Rosa en un rico ataúd, sobre un magnífico catafalco, cubierto de terciopelo negro con bordados de oro, que se levantaba en medio del templo.

Muchos cirios de blanca cera, puestos en candeleros de plata, ardían alrededor y sobre las gradas del catafalco.

Martín lo había dispuesto todo; pero no había tenido la curiosidad de mirar el cadáver.

—¡Cuán ajeno estaba de que tan cerca tenía el cuerpo de la mujer á quien había amado!

Cuando el mancebo hubo encendido el último cirio, volvió á la sacristía.

El cura le esperaba para extender en el libro mortuario la partida correspondiente, y que Martín debía escribir porque hacía bastante tiempo que el pulso del anciano no le permitía más que firmar.

—Terrible golpe para un padre—dijo el sacerdote mientras desdoblaba el papel que contenía la declaración de Extremadura—. ¡Cuántas desgracias en pocos días!

—Sí—respondió maquinalmente el mancebo—: se ha murmurado mucho...

—¡Oh!... ¡La murmuración!... Todo mentira.

—No lo es lo de las cuchilladas.

—Pero...

—Ni tampoco lo de que un niño...

—Martín...

—Repito lo que se asegura.

—¿Tienes pruebas?

—No; pero como doña Luz era una mujer como todas, y lo mismo que otras muchas, era posible que...

—¿No la conocías?

—Mucho: era hermosísima...

—Eso dicen.

—¿Acaso no la visteis nunca?

—La habré visto cien veces, pero sin saber quién era.

—Otras he conocido tan hermosas como ella, y por lo menos tan virtuosas...

—No es nada extraño.

—Doña Luz—repuso Martín con alguna amargura—ha tenido al menos la suerte, mientras ha vivido, de ser rica y de tener un padre que la ame y la proteja, y aun después de muerta su cuerpo es honrado.

—Como todos.

—¿Quién sabe!...

—Martín, esta noche estás incomprendible.

—Será efecto del estado de mi cabeza.

—Vamos á extender la partida... Antes da una vuelta á la iglesia, mira si arden bien las luces, y...

—Sí, sí... También veré los estragos que la muerte hace en la hermosura... No he mirado el cadáver.

—Cosa también muy extraña en ti, mucho más tratándose de una mujer joven, hermosa, y que por su elevada clase es natural que llame la atención. No viene

á la iglesia cadáver que tú no mires y remires... Te repito que esta noche estás desconocido.

El mancebo, sin responder se dirigió á la iglesia.

—Este es el mundo—murmuró con voz sorda y acento de profunda amargura—; el cadáver de ésta, que ha sido dichosa en vida, se encuentra aquí entre lujo y respetado, y el cuerpo de la infeliz Rosa, que tanto ha sufrido, ha sido profanado... ¡Oh!...

De los ojos de Martín se escaparon dos centellas, y sus miembros se agitaron convulsivamente.

—Veamos—añadió—, quiero buscar la diferencia que existe entre el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, porque alguna habrá.

Y subió las gradas del lecho mortuario. Su mirada se fijó en el cadáver.

La mucha luz le permitió reconocer al primer golpe de vista á Rosa.

No puede explicarse lo que sintió.

Exhaló un grito que lo mismo podía ser de sorpresa que de terror ó de ira.

El desdichado quedó por un momento inmóvil, con los brazos extendidos, los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en el cadáver.

Su rostro se había tornado lívido y se había contraído hasta desfigurarse.

Apenas podía respirar.

Su corazón latía con desigual violencia.

—¡Ah!—exclamó con voz ahogada—. Esto debe ser una horrible pesadilla... Pero no, no... yo estoy despierto y... ¿Es posible que el dolor me haya trastornado hasta este punto?... ¡Dios mío!...

Se pasó las manos por la frente, inclinó más la cabeza y volvió á mirar el cadáver con indescriptible afán.

—No—dijo—, no estoy soñando ni me he vuelto loco... Esto es una realidad... ¡Oh!...

Sus manos crispadas se pusieron sobre el cuerpo inerte de la joven.

—Es ella, sí, es Rosa...

Interrumpióse, porque su agitación apenas le permitía pronunciar una palabra.

Sus negras pupilas se dilataron, se encendieron más y más, brillaron como dos luces fosfóricas.

Un sudor copioso y frío bañó su frente.

En un estado más tranquilo, hubiera adivinado en seguida lo que aquello sig-

nificaba; pero entonces era imposible, y sólo pudo pensar para convencerse de que aquel cadáver era el de Rosa.

—La mano de Dios—dijo con voz destemplada—, he aquí la mano de Dios... ¡Ah!... No, Rosa mía, no cubrirá la tierra tu cuerpo sin que se cumpla tu postremo deseo de que lleve en su frente helada el sello de un beso de inmensa ternura, estampado por mis labios.

Y haciéndolo así besó la frente pálida del cadáver.

Luego levantó la cabeza.

Estaba desconocido: hasta tal punto se había desfigurado su rostro.

Oprimióse el pecho y miró á su alrededor.

—¡Cuánta luz!—murmuró—. Y sin embargo... apenas veo...

Efectivamente, á sus ojos, abiertos como si fuesen á saltar de las órbitas, los cirios lanzaban torrentes de luz, y los objetos no los veía sino como sombras vagas, informes, verdaderamente fantásticas...

—¡Dios mío, Dios mío!... ¡Rosa, Rosa!—gritó el infeliz.

Y el eco de su ronca voz se repitió dos ó tres veces en la bóveda del templo, yendo á expirar en lo más elevado de la cúpula.

Sin saber lo que hacía, intentó dar un paso para separarse del ataúd, sin pensar en los escalones del catafalco, ni en los candeleros por entre los cuales apenas le quedaba sitio para pasar.

De esto resultó lo que era consiguiente: faltó á su pie el apoyo, perdió su cuerpo el equilibrio, y cayó sobre el duro pavimento de la iglesia haciendo también rodar algunos cirios, que chocando en la gradería produjeron gran ruido.

Martín quedó inmóvil.

—¿Qué sucede?—dijo alarmado el cura, que por tercera vez y con extrañeza leía la declaración del médico.

Y dejando sobre la mesa el papel, acudió presurosamente al sitio de la desgracia.

—¡Dios mío!—exclamó al ver inmóvil y en tierra á su protegido.

No perdió un instante y puso una mano sobre el corazón del joven para convencerse de que no había muerto.

Explicaciones no las necesitaba el buen cura, porque fácilmente se comprendía lo

que había sucedido, aunque no se adivinaba la verdadera causa.

—¡Gracias, señor, gracias!—exclamó profundamente conmovido.

Empero al levantar hacia el cielo las manos, vió que las tenía manchadas de sangre.

—¡Ah!... Está herido...

Efectivamente, de la cabeza del mancebo brotaba en abundancia la sangre.

No se detuvo el sacerdote á pedir auxilio sino que él mismo fué á la sacristía, tomó vino, lavó la herida y la vendó con su pañuelo, logrando al fin restañar la sangre, no sin que ya hubiese salido una buena cantidad.

Semejante desgracia fué quizás una fortuna, porque el cerebro de Martín se despejó, y volviendo en sí, á pesar del dolor producido por el golpe, sintióse aliviado de su trastorno.

—¿Qué me ha sucedido?—preguntó.

—Has caído, no sé cómo, te has herido la cabeza y...

—Todo lo recuerdo menos mi caída...

—Apóyate en mí, levántate con cuidado, si puedes, y si no yo te levantaré.

—Ya estoy bien...

—Es imposible...

—Tranquilizaos—repuso Martín, empujando á levantarse sin la ayuda del sacerdote.

—Debes acostarte...

—No, no me acostaré...

—Hijo, te ruego que no hagas locuras. Sabes que te amo...

—Nada temáis, creedme—dijo el mancebo, acabando de levantarse—. A mi edad esto no vale la pena de tomarlo en consideración. Otra cosa debe ocuparnos... ¡Oh!... Tal vez, padre mío, se ha cometido un crimen horrendo, y vos inocentemente protegéis al criminal.

—¡Martín!—exclamó el sacerdote, fijando en el mancebo una mirada de profunda sorpresa.

—Sí, se ha cometido un abuso, del que tengo la prueba; y en cuanto al crimen...

—Pero...

—No estoy loco... Esperad y todo lo sabréis... Venid, ayudadme á recoger estos cirios, porque así acabaremos más pronto y podremos hablar.

Ya no trató Martín de ocultar el estado de su espíritu; y aunque su trastorno ha-

bía cesado, su agitación era la misma que antes.

Olvidándose completamente de su herida, y sin pensar que por efecto de la falta de sangre podían abandonarle las fuerzas en el momento en que más las necesitara, empezó á recoger y colocar los candeleos.

El buen cura, aturdido por la sorpresa y por el doloroso temor de que el golpe hubiese trastornado la razón de su protegido, no acertó á replicar.

El rostro de Martín continuaba pálido como antes, y su mirada sombría; pero no se veía ya en sus ojos el brillo extraño que antes los animaba.

Transcurrieron algunos minutos sin que ninguno hablase.

Los cirios volvieron á quedar en su puesto.

—Ya se quitará esta sangre y se purificará este sitio—dijo el mancebo—. Venid, padre mío, venid: los momentos son preciosos.

El cura siguió maquinalmente á Martín.

Cuando estuvieron en la sacristía se sentaron junto á la mesa donde el sacerdote había dejado la certificación del médico.

CAPITULO XXII

LE TOCA AL BUEN CURA DUDAR SI ESTÁ SOÑANDO

El sacerdote volvió á mirar á Martín porque seguía temiendo que éste hubiera perdido la razón.

—Antes de entrar en explicaciones—dijo el mancebo—, permitidme que lea esta declaración y me entere de quién la firma.

—Sí, toma: es posible que te llame la atención lo mismo que á mí.

Apenas el joven vió la firma dejó escapar una exclamación.

—¿Qué te sucede?—preguntó el cura.

—La mano del Omnipotente... ¡Ah!...

—Pero...

—Siempre la mano de Dios...

—Explícate, hijo, explícate porque si he de hablarte con franqueza...

—Repito que os tranquilicéis: no me he vuelto loco: al contrario, nunca mi razón ha estado tan clara.

—¿Por qué hablas de la mano divina?

—Esperad... dejadme leer...

Y cuando Martín se hubo enterado detenidamente del contenido del papel, añadió:

—Ya lo veis, el doctor Extremera no afirma nada... ¿Cómo ha de afirmar?... Ha visto el crimen lo mismo que yo, y no quiere ser cómplice.

—Acaba, Martín, te lo suplico—dijo el sacerdote cuyo rostro iba palideciendo—, acaba de explicarte con claridad.

—No conocíais á doña Luz de Quiñones...

—Te he dicho que no.

—¡ Oh !... Lo siento.

—Pero...

—El cadáver que hay en la iglesia no es el de la hija del comendador.

—¡ Martín, Martín !—exclamó el anciano con acento de terror—. ¿ Qué dices ?... ¿ Sabes lo que dices ?... ¡ Ah !...

—Ojalá no pudiera asegurarlo...

—¡ Dios mío !...

—La mujer, cuyo cadáver tenemos aquí, ha muerto esta tarde, no sé á qué hora: yo la conocía como os conozco á vos, como puede conocerse á una hermana, y... No lo dudéis, padre mío—añadió Martín sin poder ya disimular ni contenerse—; es imposible que me equivoque, porque yo amaba á esa infeliz... ¡ Oh !... Perdonadme... Ya no existe... Su amor, tan intenso como el mío, le ha costado la vida, porque las consecuencias del extravío de nuestra pasión, han producido su muerte... Pero Dios la habrá juzgado ya... Era huérfana y pobre como yo; ha sufrido mucho.

Martín no pudo continuar.

El llanto se escapó de sus ojos, lo cual fué para el desdichado un inmenso beneficio en aquellos momentos.

El sacerdote, completamente aturdido, ocultó el rostro entre las manos sin pronunciar una palabra.

Buen rato pasó sin que se percibiese otro ruido que el de la violenta respiración de aquellos dos hombres.

Al fin el anciano levantó la cabeza.

Su venerable rostro expresaba una conmoción profunda.

—Preciso es—dijo—hacer un esfuerzo y dominar nuestra agitación para que podamos entrar en explicaciones y meditar.

—Ya estoy tranquilo—repuso Martín limpiando sus ojos—: me parece que he recobrado la vida desde que he llorado...

—Lo que dices es muy grave.

—Mucho, padre, mucho; pero es muy cierto por desgracia.

—Luego h blaremos de ese amor fatal que te ha hecho desgraciado, y reconocerás que al ocultármelo has sido injusto conmigo. Ahora, tratemos de lo que más importa en e te instante.

—Vais á comprender por qué el doctor Extremera ha hecho esa declaración en términos tan vagos que nada dice: es hombre de conciencia muy escrupulosa, ya lo sabéis.

—Explicate.

—Viendo que esa infeliz se moría, acudí al doctor confiándole el secreto de mis amores y hablando á sus caritativos sentimientos.

—Le haces justicia.

—Me dió una prueba más de su buen corazón, y esta mañana fué conmigo á visitar á la enferma.

—¿ Recetó ?

—Dijo que no había remedio humano; que á la desgraciada no la quedaban más que algunas horas de vida, y que debía emplearlas en confesarse.

—Prosigue.

—Así lo hizo, y cuando esta tarde me separé de ella, se quedó en la agonía.

—¿ Y después ?

—Volví esta noche y me encontré solamente con la anciana, en cuya vivienda estaba la joven desde hace cuatro meses. Pregunté, y...

—Comprendo: te contestaron que la enferma había entregado su alma á Dios...

—Y que el cadáver había sido conducido á la parroquia.

—¿ Y qué hiciste ?

—Trastornado por el dolor y por la ira, corrí á San Sebastián, y... ¡ No había cadáver alguno !

—¿ Y luego ?—preguntó afanosamente el sacerdote.

—Volví en busca de la infame vieja; llamé, no me respondieron, rompí la cerradura, y entré en la casa. ¡ Ya había desaparecido !...

—¡ Dios mío !...

—Ya lo veis no puedo equivocarme... el cadáver de aquella desgraciada fué sin duda colocado en el lecho de doña Luz...

—Y Dios ha querido que sea el doctor Extremera y no otro el que vaya... Y que

yo precisamente haya sido el encargado de cuidar ese cadáver, que me es tan conocido, y que he buscado loco de desesperación...

—¡Señor Omnipotente!—exclamó el sacerdote, elevando al cielo una mirada dolorosa—. ¿Y aún hay quien dude de la justicia?

—Se ha cometido, pues, un crimen, ó va á cometerse...

—¡Ah!...

—El comendador es el asesino de su hija...

—¡Horror, horror!...

—Doña Luz había pecado, había manchado su honra, y su padre, abusando de su autoridad, ha sido tan cruel para castigarla...

—Imposible—interrumpió el anciano, cuya frente estaba inundada de frío sudor—, es imposible tanta maldad; no creeré que haya un hombre peor que un tigre.

—¿Cómo os explicáis entonces lo que sucede?

—No lo sé...

—Dicen que ese cadáver es el de la hija del comendador; no puede tener otro fin que ocultar el verdadero de doña Luz.

—Preciso es aclarar este misterio. Debe haber algún error.

—¿Aún dudáis?

—No dudo de que ese cadáver es el de la mujer á quien amabas.

—¿Entonces?...

—Pero tus sospechas con respecto al comendador...

—¿Qué haréis?

—Déjame pensar... estoy aturdido—repuso el anciano.

Y apoyó otra vez las manos en la frente.

Martín guardó silencio.

Después de algunos segundos, levantó el sacerdote la cabeza.

—¿Qué habéis decidido?—preguntó el mancebo.

—Voy á ver al comendador.

—¿No sería más acertado que hablaseis antes con el doctor?

—Ante todo quiero convencerme de que



—Ella es, sí, es Rosa...

el padre por severo y cruel que sea no es asesino.

—Pronto veréis desvanecida una ilusión.

—Además la presumida debilidad de doña Luz...

—Está bien, clara, padre.

—Se necesitan muchas pruebas para fallar sobre la honra de una mujer.

—La sangrienta escena que tuvo lugar hace algunas noches...

Dos alguaciles quedaron mortalmente heridos por el hombre que de la vivienda del comendador salía; pero bien pudo ser un ladrón.

—Sí, un ladrón á quien los de la casa protegían, un ladrón que había estado allí muchas noches, y que se arriesgaba para hacer el gran negocio de llevarse un niño, sin contar con que nadie conocía la existencia de semejante criatura...

—Basta, hijo, basta; estás cometiendo un gran pecado...

—Necesito convencerlos...

—Voy á buscar pruebas, no para satisfacer mi curiosidad, sino para cumplir mi deber.

—Vamos, pues...

—Tú has de quedarte.

—¿He de dejaros ir solo á estas horas?

—Así es preciso.

—Pero...

—¿Quién ha de quedarse aquí?

—Padre mío...

—No debemos llamar al sacristán...

—No, no sería prudente.

—Y como no sé el tiempo que tardaré en volver ni lo que puede suceder, entre tanto aquí...

—Tenéis razón, esta noche todo es extraordinario.

—Por supuesto, me iré con una condición.

—¿Cuál?

—No te has de acercar otra vez al cadáver, ni has de entrar en la iglesia.

—¿Y quién cuidará de las luces?

—Para eso bastará que te acerques á la puerta y mires.

—Así lo haré.

—Y sólo en caso de necesidad...

—Comprendo.

—¿Me prometes?...

—Íros tranquilo.

—Haré lo posible para volver pronto.

—Dios os ilumine...

—Y á ti te consuele, hijo.

Cuando Martín quedó solo cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, y quedó inmóvil.

Hasta entonces no había podido entregarse con entera libertad á sus tristes pensamientos.

Empero nada consiguió con meditar sobre la conducta que debía seguir, porque la verdad es, que lo que á él más le importaba, era que se encontrase el cadáver

de Rosa, y que esta tuviese cristiana sepultura.

Esto lo había conseguido ya, y en cuanto al comendador, no era ciertamente el mancebo el llamado á defender los fueros de la justicia en tan delicado asunto.

CAPITULO XXIII

Perdona, lector, si te hago retroceder por lo menos una hora; así es preciso, porque debes conocer la escena que tuvo lugar en casa del comendador cuando sacaron el cadáver de Rosa, escena que no hemos podido referir porque, como has visto, teníamos que ocuparnos de otras que no son menos interesantes.

Doña Luz, dando libre curso á su llanto, permaneció en el aposento donde la había hecho entrar su padre.

Aún no había comprendido la infeliz otra cosa sino que quería separársela del mundo, encerrándola en un convento; pero no sospechó que iba á representarse una indigna comedia para hacer creer al mundo que ella había dejado realmente de existir.

A entender semejante intento, su desesperación no habría tenido igual, porque las consecuencias habían de ser las más horribles.

Dada por cierta su muerte, justificada en caso necesario, Raúl no intentaría buscarla, y si él también sucumbía, lo cual era de temer en su peligrosa situación, ¿qué sería de su hijo?

Jamás volvería á verlo, porque él, en la creencia de que su madre no existía, lloraría su desgracia, pero no la buscaría, y aun cuando alguna vez llegase á encontrarle, no podría convencerle de que ella era su madre, no tendría una sola prueba de la intriga, una prueba contra la fehaciente que presentaba el libro mortuario de la parroquia de San Justo y de la de cien testigos que habían visto dar sepultura al cadáver.

Le aguardaba, pues, á la infeliz una nueva desgracia.

Cansada de llorar, había limpiado sus ojos y meditaba sobre su situación horrible, cuando se abrió la puerta y entró el comendador.

La joven se dispuso á una nueva lucha; pero estaba resuelta á no ceder, y apelando á todo su valor y á todas sus

fuerzas, sostuvo con firmeza admirable la mirada dura y sombría del anciano.

—¿Habéis meditado?—preguntó éste después de algunos momentos—. ¿Habéis pensado bien en vuestros deberes y conveniencia?

—Sí, señor—respondió doña Luz sin vacilar un instante.

—¿Y qué habéis resuelto?

—Nada tenía que resolver.

—Eso significa...

—Que os imito en esta ocasión, ya que en otras no he sido bastante virtuosa para hacerlo.

—No comprendo...

—Es muy claro, padre mío.

—Explicaos con brevedad.

—Cuando hay que cumplir un deber, la vacilación es una cobardía criminal...

—Sí.

—Pues bien, yo no vacilaré para cumplir mis deberes de madre.

—¡Oh!...

—¿Para qué queréis saber dónde se encuentra mi hijo?

—Tengo derecho á conocerlo...

—¿Pensáis ampararlo?

—No estoy obligado á daros cuenta de lo que pienso hacer.

—Antes que vuestros derechos de abuelo, son los míos de madre...

—¡Doña Luz!...

—No os enoje la verdad...

—Respetadme...

—Perdón...

—Acabemos, señora.

—He concluído.

—¿Estáis resuelta?...

—A todo.

—No sabéis lo que os espera.

—Aunque sea la muerte.

—Peor.

—Todo lo arrostraré, todo lo sufriré, absolutamente todo.

—Y si algún día—repuso el anciano—, lo que no es probable, encontráis á vuestro hijo, ¿sufriréis también que no os reconozca por su madre, que os pruebe que no lo sois?

—¡Ah!...

—¿Lo sufriréis?

—Un hijo no rechaza en ningún caso á su madre.

—Ya os he dicho que vais á morir para el mundo, que el mundo creará que habéis muerto...

—Yo le haré ver su error...

—¡Loca obstinación!...

—Padre mío...

—¿No desistís?

—No y cien veces no—respondió la joven con firmeza.

—Venid—dijo el comendador—, venid, que antes de pocos minutos os habréis arrepentido de vuestra resolución.

Doña Luz siguió á su padre.

Salieron del aposento, atravesaron el inmediato y entraron en otro enteramente obscuro.

A pesar de esta circunstancia, pudieron adelantar guiados por la escasísima claridad que se veía por una ventana que había en la habitación y que estaba abierta.

—¿Adónde me lleváis?—preguntó doña Luz, estremeciéndose.

—Silencio—replicó á media voz y con dureza el anciano—: si en algo estimáis la vida, siquiera para cumplir lo que llamáis vuestros deberes de madre, callad.

Y asiendo de un brazo á su hija, la obligó á acercarse á la ventana, añadiendo:

—Mirad, escuchadme si os hablo y no pronunciéis una palabra.

La joven guardó silencio y miró; pero la ventana daba al patio, donde no había luz y nada pudo ver.

Transcurrieron algunos minutos.

Oyóse ruido de pasos en otros aposentos.

Luego en la escalera principal.

En seguida, algunos rayos de luz se esparcieron en el patio, y un segundo después aparecieron dos hombres con sendos cirios ardiendo.

Ni aun entonces comprendió doña Luz lo que aquello significaba.

Sin embargo, sintióse poseída de terror, y sus miembros temblaron convulsivamente.

Tras los dos hombres salieron otros cuatro llevando en hombros un blanco ataúd, y después otros dos también con cirios, y algunos más con linternas.

Todos caminaban lentamente.

Todos iban vestidos de negro.

La rojiza y vacilante luz de los blandones daba un tinte extraño á sus rostros, que expresaban una tristeza profunda.

Ninguno hablaba.

No se percibía más ruido que el de sus pasos, dados al mismo tiempo por todos

con la misma exactitud que si fuesen impulsados por un solo resorte.

La misma era la actitud de todos ellos.

Hubiérase dicho que aquello era una procesión de fantasmas.

La claridad de las luces apenas llegaba á las paredes del anchuroso patio.

Nada más imponente, más lúgubre, más aterrador.

Doña Luz miró con espantados ojos aquel cuadro, y no pudo contener un grito desgarrador, que desgraciadamente fué apagado por la diestra del caballero, puesta en la boca de la infeliz.

A pesar de esto, algo oyeron los de abajo, y como autómatas levantaron todos la cabeza al mismo tiempo.

Empero nada vieron, porque el anciano separó á su hija de la ventana y no le permitió asomarse hasta pasados algunos momentos.

El fúnebre cortejo se detuvo.

El ataúd fué colocado en el suelo.

Andrés, que iba entre los de la comitiva, dijo con voz clara y sonora:

—Compañeros, nuestra muy noble y virtuosa señora doña Luz de Quiñones ha dejado de existir: su alma voló al cielo, y su cuerpo va á salir para siempre de esta casa... Hagamos por ella lo único que podemos hacer.

Doña Luz oyó estas palabras.

Todo lo comprendió entonces.

Horrorizada y poseída de terror como nunca, quiso gritar otra vez, pero no pudo.

Sintió la infeliz una sensación extraña; parecióle que la sangre se helaba en sus venas, y que el frío de la muerte paralizaba su corazón.

Sus ojos extremadamente abiertos, tenían fija la mirada en los del patio.

Estos, con la cabeza descubierta, pusieronse de hinojos en torno del ataúd, y con voz grave y solemne empezaron á rezar.

Entretanto el comendador, teniendo fuertemente asida por un brazo á su desdichada hija, le dijo con voz reconcentrada:

—Ya lo veis, para el mundo, ese cadáver es el de doña Luz de Quiñones Guevara, Maldonado y Téllez de Quirós. Negros debieran ser los galones de oro que hay sobre el blanco terciopelo de ese ataúd, negros para significar la mancha

de la honra; pero vuestra falta es un secreto para todos; nadie la conoce más que Dios, el rey, vuestros cómplices, que no hablarán, y yo... Dentro de un hora vuestro nombre estará inscripto en el libro mortuario de la parroquia, y antes de ocho días, el que se tiene por vuestro cadáver, no podrá ser reconocido, porque estará corrompido y descompuesto. ¡Oh!... Cuando transcurran algunos años decid á vuestro hijo que sois su madre, y vuestro hijo os llamará impostora, y os lo probará con un documento irrecusable, y os volverá la espalda con desdén sin que os valga apelar á los que ahora os conocen; porque el tiempo, que todo lo destruye, habrá cambiado vuestras facciones... Y el tiempo también calmará el dolor de Raúl de Lancáste, y el tiempo y la idea de que no existís, extinguirá su amor, y como criatura al fin, con todas sus debilidades y sus pasiones... ¿quién sabe lo que puede suceder? ¿quién sabe si Raúl habrá dado su corazón y su nombre á otra mujer, será padre de otros hijos y también os rechazará, tampoco querrá ni podrá reconocerlos?

El frío desconsolador de la fiebre hacía temblar á la infeliz joven, cuyos dientes castañeteaban.

Ni una sílaba articuló.

No hizo ningún movimiento que indicase la intención de separarse de allí ni de desasirse de la dura mano del comendador, que con más fuerza cada vez oprimía el mórbido brazo de la desdicha.

Nada más espantoso, más horrible que aquella situación.

Era imposible que el anciano comprendiese lo que sufría en aquellos momentos su hija, así como también parecía imposible que ella soportase sin morir en pocos minutos aquel sufrimiento.

Los que componían el fúnebre cortejo terminaron su oración.

Pusieronse en pie, y volvieron á levantar el ataúd.

—Aún es tiempo—dijo el comendador—, decidíos, señora.

Doña Luz no respondió.

—¿No me oís?—añadió el anciano, sacudiendo rudamente el brazo de la joven—. Aún es tiempo.

—No—dijo al fin la desdichada con breve acento.

Un rugido sordo y espantable resonó en el interior del pecho del anciano.

La comitiva se puso en movimiento.

No tardaron en desaparecer.

Perdióse el último rayo de luz.

Dejó de oírse el ruido de los pasos.

Volvió á reinar un silencio profundo y amedrentador.

Doña Luz permaneció inmóvil como una estatua.

Transcurrieron algunos minutos.

—Hemos concluido—dijo el comendador.

Y arrastró, puede decirse, á su hija, llevándola al aposento de donde la había sacado.

La infeliz se dejó caer en un sillón.

Su rostro estaba lívido y descompuesto.

Su respiración era violenta y desigual.

Aún temblaban sus miembros con el frío de la fiebre.

El comendador estaba también nerviosamente pálido.

Su mirada era sombría como nunca, dando á su semblante una expresión, no severa, sino verdaderamente terrible.

La ira y la desesperación lo habían cegado, trastornado hasta el punto de que le era imposible apreciar toda la gravedad de la situación, no podía comprender que estaba matando á su hija, que, apenas convaleciente de una peligrosa enfermedad, no podría resistir las rudas y espantosas conmociones que en pocos minutos se le hacían experimentar.

Frente á su hija, en pie y también inmóvil, quedó el anciano.

Ni éste ni aquélla pronunciaron una palabra en el espacio de algunos segundos.

Al fin el comendador, acercándose á doña Luz, dijo:

—Por si aún dudáis, por si habéis llegado á sospechar que he dispuesto lo que habéis visto para infundiros terror y arrancaros el secreto que os obstináis en guardar, os daré otra prueba.

Y sacando un papel, que no era otro que la declaración del médico, lo puso delante de los ojos de su hija.

—Leed—dijo.

La joven leyó maquinalmente algunas líneas, y luego volvió á inclinar la cabeza.

—¿Estáis convencida?—preguntó el anciano.

—Sí.

—Voy á enviar este documento á la parroquia... Decidíos.

—Estoy decidida.

—Si os arrepentís...

—No.

—Dentro de una hora será tarde...

—¡Oh!—murmuró la joven con acento de mortal dolor, y oprimiéndose el pecho.

—Doña Luz...

—Me estáis matando...

—Señora...

—No puedo más, padre mío, no puedo más...

—¿Os obstináis?...

—Jamás—replicó doña Luz, haciendo el último esfuerzo—, jamás sabréis dónde está mi hijo.

—Vos lo queréis, sea.

—¡Dios mío!...

—Esta misma noche saldréis para siempre de esta casa, y para siempre os separaréis de mí.

El comendador salió.

Cuando la joven quedó sola, hizo un esfuerzo, se pasó las manos por la frente y murmuró con voz sorda:

—Necesito defenderme... es mi deber...

Luego miró á su alrededor y exhaló un grito de alegría.

Este cambio lo había producido algunas hojas de papel y un tintero que había sobre una mesa, y cuyos objetos no había pensado quitar de allí el comendador.

Doña Luz tomó la pluma.

Su convulsa diestra se movió rápidamente sobre el papel, trazando letras y líneas desiguales.

A los pocos minutos dejó aquel papel y tomó otro.

Un cuarto de hora después dobló, las dos hojas y las guardó en el pecho bajo su vestido.

—Solo una casualidad puede protegerme—dijo—, débil es esta esperanza; pero esperanza al fin...

Volvió á oprimirse el pecho y á pasarse las manos por la frente que empezaba á inundarse de sudor.

CAPITULO XXIV

EL CURA VA DE SORPRESA EN SORPRESA

Envuelto en su manteo y sin llevar en la cabeza más que su bonete, llegó el protector de Martín á la morada del comen-

dador, siendo recibido por Andrés que á todas partes acudía receloso de que cualquiera circunstancia casual, ó una imprudencia cualquiera, descubriese el secreto que tanto importaba guardar.

—¿Qué tenéis que mandar?—preguntó el sirviente con respecto al sacerdote.

—Necesito—respondió éste—hablar con vuestro señor.

—Si no me equivoco, sois el señor cura de la parroquia...

—Sí.

—Entonces no ignoráis la desgracia que lloramos, y comprenderéis que mi señor...

—Sí, sí—replicó el anciano—, comprendo bien que vuestro señor se encuentra en el estado más doloroso.

—Dudo que soporte el golpe...

—Es terrible; su hija única...

—Y á la que amaba con delirio.

—Amor de padre, que es el que más se acerca al amor divino.

—Por consiguiente...

—Decidle que he venido.

—¿No podríais dejar para mañana vuestra visita?

—No.

—Según se encuentra...

—No importa.

La frente de Andrés se contrajo.

—Os advierto—dijo, fijando una mirada escudriñadora en el cura—, os advierto que mi señor se encerró en su aposento, ordenando que le dejaran tranquilo.

—A pesar de eso...

—Y quebrantar una orden suya...

—Tranquilizaos, que no se enojará con vos.

—Francamente, padre...

—Me iré—replicó el sacerdote—, me iré, no para volver mañana, sino para no volver jamás; pero os advierto que el asunto que me trae, es de grandísimo interés, y que puede costar muy caro á vuestro señor el exagerado celo que mostráis para cumplir sus órdenes.

—No, no os vayáis—dijo Andrés, empezando á perder la tranquilidad—; si de asunto tan grave se trata, le avisaré porque no quiero ser responsable de una nueva desgracia.

—Obráis cuerdamente.

—Entrad, tomaréis asiento y aguardaréis algunos instantes.

Andrés condujo al sacerdote á uno de

los aposentos inmediatos al de su señor, y dejándolo allí, entró en el de éste.

—¿Qué quieres?—preguntó el comendador—. No he llamado...

—Lo sé; pero me he visto obligado á entrar.

—¿Pues qué ocurre?

—Nada agradable, según entiendo.

—¡Oh!... ¿Acaso alguna nueva desgracia?...

—Lo veremos.

—Explicáte.

—Acaba de llegar el cura de la parroquia.

—¡El cura!...

—Y quiere hablaros ahora mismo.

—¿Para qué?

—Lo ignoro.

La frente del comendador, como poco antes la del criado, se contrajo más de lo que estaba.

—Me pones en cuidado—dijo.

—Asegura que lo trae un asunto del mayor interés.

—¿Habrá sospechado?...

—Tal vez.

—¡Oh!

—Me dijo que si ahora no lo recibíais, no volvería jamás; pero que á nadie os quejaseis si sobrevenía una desgracia.

—No hay duda, se trata de mi hija...

—Parece imposible que...

—¿Estás seguro de que el cura no conocía á doña Luz?

—Segurísimo, porque la señora confesaba en Capuchinos, acostumbraba á oír misa en Santa María; y como no salía de casa para otra cosa, y para eso iba bien tapada, ya que no en litera...

—Sin embargo...

—Tiemblo, señor, tiemblo.

—En último caso...

El caballero se interrumpió, meditó y luego dijo:

—Que entre.

No tenía que esforzarse para fingir tranquilidad, puesto que nada de extraño tenía que estuviere alterado cuando acababa de experimentar una desgracia horrible.

Por lo demás, se trataba de un sacerdote y se veía en la necesidad de recibirlo bien y tratarlo con respeto, pues nadie, ni el mismo rey, su decidido protector, le hubiera perdonado que faltase á las con-

sideraciones debidas á un ministro del Omnipotente.

—Caballero—dijo el cura con sencillez y dejando, por un exceso de consideración, sobre una mesa su bonete, que no estaba obligado á quitarse—, me dispensaréis la exigencia de veros ahora mismo, pero el asunto que me trae no admite dilación.

El comendador besó respetuosamente la diestra del sacerdote, y mientras le indicaba con un ademán que se sentase, respondió:

—Para vos, padre, están siempre abiertas de par en par las puertas de esta casa, y en vez de dispensaros, tengo que agradeceros la honra que me dispensáis.

—Gracias—dijo el cura con la misma sencillez que antes.

—Según parece—repuso el caballero, sentándose junto al sacerdote—, es de mucha gravedad el asunto que os trae...

—De mucha.

—Si lo tenéis á bien, explicaos.

—Lo haré con brevedad.

—Como gustéis.

—De vuestra parte me han entregado una declaración del doctor Extremera.

—Sí, se la pedí, no porque fuera preciso...

—Era indispensable.

—¡Indispensable!...

—Sí, caballero.

—Tengo entendido que en los libros de las parroquias se extienden muchas partidas sin esas declaraciones del médico.

—Eso, señor comendador, podrá ser el abuso, que yo no quiero cometer, y tal vez el uso, la costumbre, pero no la ley, no el cumplimiento de los deberes del párroco. Lo que sí hago yo, sin excepciones que forzosamente han de hacerse.

—Las excepciones son tantas, que han llegado á formar regla.

—Os equivocáis, por lo menos con respecto á mí.

—No sé.

—Cuando uno de esos infelices que viven en la miseria muere sin que lo haya visto un médico, no puede exigírsele la certificación; pero entonces, antes de dar sepultura al cadáver, doy conocimiento á la autoridad, y ésta se encarga de hacer las averiguaciones que tiene por conveniente, para que no quede duda de que no se ha cometido un crimen.

—Entiendo; pero...

—Si la autoridad cumple ó no con escrupulosidad sus deberes, lo ignoro, y á mí no me toca juzgarla; pero yo cubro mi responsabilidad y tranquilizó mi conciencia.

—Que es muy exigente...

—Recta no más—dijo severamente el sacerdote.

—Perdonad...

—Hay además otra circunstancia en casi todos los casos de la gente pobre: los moribundos se confiesan, el cura de la parroquia los auxilia y los ve agonizar, es notorio su género de muerte.

—Mi pobre hija no confesó...

—Ya me lo dijisteis; murió repentinamente y cuando menos se esperaba, cuando parecía estar mejor, lo cual debe haber sorprendido al médico, teniendo en cuenta la clase de enfermedad.

—No he estudiado medicina.

—Yo tampoco, ni esto debe ocuparnos.

—Tenéis razón.

—Por consiguiente...

—Sea de ello lo que quiera, indispensable ó no el certificado, puesto que ya lo tenéis...

—No está en debida forma.

—He aquí—repuso con indiferencia el comendador—otra cosa de que tampoco entiendo.

—Yo sí.

—Entonces...

—No es bastante el documento que me habéis enviado.

—¿Por qué?

—Porque—repuso tranquilamente el cura—la declaración no es terminante.

—¡Que no es terminante!—dijo el caballero con fingida sorpresa.

—No es afirmación aceptable la que se hace sin conocimiento y convencimiento de lo que se afirma, sino bajo la fe de lo que otro asegura.

—Perdonad mi torpeza...

—Dice el médico que ha reconocido el cadáver de la que, según vos declararéis, es doña Luz de Quiñones.

—El doctor Extremera no conocía á mi hija.

—Lo supongo.

—Pero creo que nadie mejor que yo puede asegurar...

—Ciertamente.

—A menos—replicó el comendador con

alguna acritud y no poca altivez—, á menos que me hagáis la ofensa...

—A nadie ofendo con deliberada intención; si lo hago, es por ignorancia.

—Os hablaré con franqueza.

—Os lo agradeceré.

—No acabo de comprender el motivo por que me habláis de ese documento, ni adivino lo que queréis.

—Es muy sencillo.

—Sepamos.

—Os dije que la declaración no está en debida forma, lo cual significa que es absolutamente preciso subsanar el vicio que contiene.

—Eso se hace muy fácilmente.

—Poniendo otra...

—Poniendo yo al pie de la certificación que efectivamente el cadáver es de mi hija, y añadiendo lo que bien os parezca.

—No, caballero.

El comendador hizo un gesto de impaciencia.

—¿Conocíais á doña Luz?—preguntó.

—Otro tal vez os diría que sí; pero yo os diré la verdad: no he conocido á vuestra hija.

—Sin embargo, parece que dudáis...

—Dudo—replicó sin vacilar el cura.

—¡Padre!...

—Ni sé mentir, ni debo pagar con fingimiento vuestra franqueza.

—Me ofendéis...

—Si mi duda es infundada, reconoceré la ofensa y os pediré perdón; pero es preciso que me probéis el error en que estoy.

—Cualquiera diría que vuestras palabras significan la creencia de que el cadáver no es de mi hija...

—Exactamente, eso significan—dijo el sacerdote con firmeza.

El rostro del comendador se tiñó de vivo carmín.

—Pues bien—replicó, dominando trabajosamente su iracundo arrebato—, puesto que vos sois quien eso afirma, á vos os toca probarlo.

—No os alteréis, que estoy dispuesto á complaceros. ¿Queréis que lo pruebe? Así lo haré y nos sacarán de dudas las personas que conocieron y trataron á vuestra hija.

—¡Un escándalo!...

—¿Qué os importa? A mí solamente se me acusará por mi ligereza; las consecuencias las sufriré yo solo.

—A pesar de eso no puedo permitir...

—No tengo otra prueba, no hay otra.

—Concluyamos.

—He concluído—repuso el cura, poniéndose de pie.

—¿Qué determináis?

—Cumplir mi deber.

—¡Oh!...

—He perdido un tiempo precioso...

—Sentaos, sentaos y escuchadme, puesto que es preciso...

—Como gustéis.

El comendador guardó silencio por algunos instantes y luego dijo:

—Voy á confiaros un secreto, y no os encareceré lo que importa guardarlo, porque vos lo comprenderéis sobradamente.

—Os advierto que no he venido á satisfacer una curiosidad impertinente, sino á tranquilizar mi conciencia y á cumplir mi deber...

—Os hago justicia.

—Por consiguiente, no quiero que me digáis lo que no os convenga revelar ó lo que por cualquier motivo tengáis empeño en callar.

—Es preciso que todo lo sepáis.

—Entonces, escucho.

—Antes—dijo el comendador, señalando a uno de los cuadros que había en la habitación—, mirad...

—El retrato de una mujer.

—El de mi hija.

—No es, pues, suyo el cadáver...

—No.

La frente del sacerdote se contrajo.

—Espero vuestras revelaciones—dijo.

—Se ha manchado mi honra... ¡Oh!...

—Doña Luz ha sido débil, porque es una criatura.

—La debilidad debe castigarse, y además, para evitar nuevos males, es preciso que desaparezca mi hija, pero de tal modo, que el mundo crea que ha muerto.

—¿No sería más oportuno remediar la desgracia en cuanto es posible, legitimando el fruto de ese amor?

Conocido el carácter del comendador, se comprende fácilmente el efecto que le producirían las observaciones del cura.

—Basta de contemplaciones—dijo para sí: este buen hombre, cándido y débil, no puede apreciar mi situación ni conocer la importancia de cierta clase de cuestiones.

Y luego añadió en voz alta:

—Por cortesanía os responderé, diciéndoos que es imposible un matrimonio, porque el seductor es uno de los que en Flandes se han rebelado contra la autoridad del rey, y sobre ser casi seguro que profesa la religión reformada, está declarado reo de alta traición y no tardará en morir á manos del verdugo más tiempo que el que se tarde en apoderarse de él, lo cual será pronto, puesto que se le sigue muy de cerca. ¿Creéis que puedo consentir que mi hija se case con un hombre que pertenece al verdugo, que mis nietos lleven un nombre deshonorado?... ¡Oh!... No hablemos de esto, porque será inútil.

—Bien, caballero—repuso con calma el sacerdote—; consentid ó no ese matrimonio, que asunto es de vuestra conciencia y de vuestra conveniencia. Hablemos del extraño castigo que imponéis á vuestra hija...

—Es cuestión de honor...

—Ciertamente.

—Y en las cuestiones de mi honra, nadie más que yo puede ser juez...

—No prosigáis—interrumpió el cura, desplegando una dulce sonrisa—: nos separamos de la cuestión principal... En lo que toca á vuestra honra, ni he pretendido ser juez, ni quiero serlo; así como no me importan las circunstancias del seductor de doña Luz, ni los motivos que tengáis para no consentir un matrimonio exigido por todas las conveniencias morales. No, caballero, nada de eso me importa, ni para eso he venido, y por consiguiente, están de más vuestras revelaciones, podéis guardar vuestros razonamientos para cuando sean necesarios, debéis hablar de vuestra honra sólo á quien os hable de ella...

—¿Entonces qué queréis?

—Ya os lo he dicho, otra certificación.

—Imposible.

—Pero—repuso el buen sacerdote—me habíais prometido convencerme de que era preciso pasar por todo, dar sepultura al cadáver y guardar el secreto. Nada me habéis dicho que me convenza, y no sé cómo habéis podido imaginar que sólo porque lo deseáis, porque os conviene, he de ser vuestro cómplice en semejante intriga.

—¿No es razón bastante mi honra?

—No se limpia así.

—¿Y el escándalo?

—La culpa no será mía. ¿Por qué no contasteis antes conmigo?

—¿Hubieseis consentido?

—No.

—Por eso he buscado el consentimiento, la autorización de quien puede más que vos.

—No os comprendo.

—Me explicaré, puesto que á ello me obligáis... Sabedlo de una vez, este no es un secreto mío solamente... Mirad.

El caballero sacó un papel manuscrito y lo mostró al sacerdote, mientras añadía:

—Si así ha de entrar en el convento doña Luz, claro es que está aprobado lo del cadáver.

El protector de Martín fijó la mirada en el escrito, y á medida que leía, temblaban sus manos y palidecía su rostro.

—¡Ah!—exclamó al fin—. ¡El rey!...

—Silencio...

—¡Dios mío!...

—Volved la hoja y concluid.

Hízolo así el sacerdote.

Su rostro pálido se tornó lívido.

—¡Su eminencia!—murmuró.

—Las dos potestades.

—Pero...

—¿Queréis más?

—Aquí—balbuceó el cura—, aquí...

—No se habla de la supuesta muerte, ni del cadáver...

—No.

—Si lo exigís—repuso el comendador—daré parte á su majestad, y de acuerdo con nuestro piadoso inquisidor...

—Basta, caballero, basta—replicó el sacerdote, cuya frente estaba inundada de sudor.

Y devolvió el escrito al caballero.

—No basta para mí—dijo éste.

—Cualquiera otra explicación no tendría ya fuerza alguna...

—Pero deseo evitar que, tras una sospecha venga otra.

—Nada puede sospecharse cuando se conoce la verdad.

—¿Quién sabe si al salir de aquí os ocurrirá dudar de si doña Luz existe?

—En cuanto á eso...

—Puede suceder.

—No, puesto que debe entrar en el convento, y he visto la prueba.

—Sin embargo...

—No necesito más.

—Yo sí.

—No, no—repuso el cura, volviendo á levantarse.

—Lo exige mi tranquilidad y os lo ruego como un señalado favor.

—Permitidme...

—Un momento, no es más que un momento lo que perderéis.

—Pero, ¿qué he de hacer?

—Quiero que veáis á doña Luz.

—¡Oh!...

—Venid, padre, venid.

El sacerdote pareció dudar un instante; pero, decidiéndose al fin, siguió al comendador.

La agitación del buen cura era mayor cada vez.

Estaba profundamente conmovido.

Bien hubiera querido excusarse de conocer á doña Luz; pero por lo mismo que ésta era desgraciada y sufría, decidióse á verla con la esperanza de poder dirigirle alguna palabra de consuelo.

El caballero sacó de uno de sus bolsillos una llave, acercóse á la puerta del aposento donde estaba su hija, y abrió.

CAPITULO XXV

LA CONFESIÓN

El comendador cedió el paso al cura.

Este penetró en el aposento, y se detuvo á poca distancia de la joven, que aún permanecía sentada junto á la mesa.

Doña Luz no podía comprender lo que significaba aquella visita, ni tampoco se ocupó en intentar adivinarlo; pero su mirada se fijó afanosa en el rostro venerable y de dulcísima expresión del virtuoso sacerdote.

Hubo algunos momentos de absoluta quietud y de un silencio verdaderamente solemne.

Aquellos tres corazones, agitados por sentimientos bien distintos, palpitaron con violencia.

La desdichada joven, sin darse cuenta de lo que pasaba ni de lo que hacía, y como impulsada por una fuerza misteriosa, púsose repentinamente en pie, cruzó las manos, extendió los brazos y se dejó caer de rodillas á los pies del sacerdote, mientras exclamaba con desgarrador acento:

—¡Vuestra bendición, padre mío!... No neguéis vuestra bendición á una infeliz mujer, cuyos sufrimientos no tienen

igual... He sido débil, he pecado; pero Dios no es como los hombres, Dios perdona cuando el pecador se arrepiente...

—¡Desgraciada!—murmuró el cura con voz ahogada por la dolorosa emoción que le había producido la presencia y el acento de doña Luz.

—¿Qué hacéis?—preguntó el caballero dando un paso hacia su hija.

Entonces el cura extendió un brazo para detener al comendador, y fijando en él una mirada severa, le dijo:

—Ahora no podéis vos ser juez...

—Soy padre...

—Vuestra autoridad no es bastante para estorbar á vuestra hija que implore el perdón de sus pecados...

—¡Oh!—exclamó Quiñones apretando los puños con ira.

—¡Atrás, caballero, atrás!—replicó el sacerdote con acento de una energía que nadie hubiera supuesto en él.

Y luego irguió la cabeza, y su rostro tomó una expresión de imponente severidad, que no hubiera sido fácil resistir.

—Estoy en mi casa—dijo el comendador con altivez.

—Atrás, caballero, atrás en nombre de Dios; y si no queréis, venid, cometed el sacrilegio de poner vuestra mano sobre mí...

El caballero, ahogado por el coraje y turbado por la imponente tranquilidad del sacerdote, balbuceó algunas palabras que no pudieron comprenderse.

—No miro quien sois—añadió el cura—y como á vos, haría también retroceder al mismo rey... Apartaos.

Efectivamente, el comendador retrocedió hasta la misma puerta, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó inmóvil como una estatua.

Era en aquellos momentos digna de contemplarse su severa figura, envuelta en la sombra, porque de la luz no llegaba allí más que una escasísima claridad.

—No puedo bendeciros—dijo entonces el sacerdote á doña Luz—; no puedo sin apreciar vuestros pecados y vuestro arrepentimiento...

—Escuchad mi confesión.

Sentóse tranquilamente el buen cura en el mismo sillón que había ocupado la joven, y ésta se colocó á su lado de rodillas.

Absoluto fué el silencio por algunos instantes.

Luego doña Luz, en voz baja, dió principio á su confesión, en tanto que por su pálido rostro corrían abundantes lágrimas.

Transcurrió muy cerca de un cuarto de hora, que fué un siglo de horrible tormento para el comendador, porque comprendía bien que su hija, aprovechando aquella ocasión, podía ocuparse de algo más que de confesar sus pecados.

Esto podía ser muy peligroso, porque no podía dudarse que el cura se mostraría dispuesto á favorecer á la joven, por cuya suerte se había interesado.

Terminó la confesión.

El sacerdote extendió la diestra, y bendijo á doña Luz.

—En seguida se levantó, y acercándose al caballero, le dijo:

—Nada tengo ya que hacer aquí.

Salgamos y os haré una pregunta, cuya respuesta es indispensable.

—Vamos.

Salieron sin que el comendador mirase á su hija, que permanecía arrodillada.

Quedó cerrada con llave la puerta.

Cuando estuvieron en la habitación donde antes habían hablado, dijo el caballero:

—Aún ignoro cuál es vuestra resolución.

—¿No la adivináis?

—No basta, debo saberla por vos, expresada clara y terminantemente.

—No habrá escándalo.

—¿Y el cadáver?...

—Será sepultado como si fuese el de vuestra hija.

—¿Y este secreto?...

—Lo guardaré.

—Está bien.

—Sin embargo, pensad que no soy yo solo quien lo conoce.

—No importa.

—Dios ilumine vuestro entendimiento—dijo el sacerdote.

Y tomando su bonete, salió.

Lo único que nos resta añadir es, que el buen cura llevaba las dos hojas de papel, escritas poco antes por doña Luz.

CAPITULO XXVI

LO QUE HIZO EL BUEN CURA

Puede comprenderse la impaciencia con que esperaba Martín la vuelta de su pro-

tector; así fué que, apenas entró este en la sacristía, aquél, sin darle tiempo para descansar ni siquiera sentarse, le preguntó afanosamente:

—¿Qué habéis adelantado?

Empero nada consiguió porque el sacerdote, cuyo semblante revelaba no solamente su dolorosa conmoción sino la preocupación más completa, guardó silencio, y dejándose caer en una silla, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, y quedó inmóvil.

Martín lo miró con sorpresa.

Gravísimo debía ser lo que había sucedido al anciano, para que estuviese de tal modo.

Esto, como era consiguiente, aumentó la curiosidad y ansiedad del mancebo, que sin poder contenerse, volvió á decir:

—¿Qué tenéis?... Vuestra palidez, vuestra agitación, y más que todo, vuestro silencio, revelan claramente...

—Espera, hijo, espera—interrumpió el sacerdote—, necesito reflexionar: no he podido hacerlo en la calle, porque salí aturdido de aquella casa.

Martín se resignó y calló.

Algunos segundos después, el anciano sacó los papeles que había recibido de doña Luz.

Leyó uno de ellos y lo guardó.

El otro lo leyó dos veces, lo dobló, y poniéndolo sobre la mesa, dijo:

—Mi querido Martín, la situación es más, grave, mucho más grave de lo que tú has creído ni yo pude sospechar.

—Ya lo era mucho.

—Ante todo dime cómo sientes la cabeza...

—Bien, muy bien.

—Quiero saber la verdad.

—Os aseguro que, aparte el dolor que destroza mi alma, nunca me he sentido mejor.

—Has perdido bastante sangre...

—A pesar de eso, he recobrado completamente mis fuerzas, lo cual os probaré fácilmente, me siento ágil, dispuesto para todo... Tranquilizaos y olvidad mi herida, que si no me he quitado ya este vendaje, ha sido por no disgustaros.

—Me alegro, porque necesito una persona de entera confianza, de ingenio y de valor, y no cuento con nadie más que contigo.

—Entonces, descuidad; pero antes de

decirme lo que he de hacer, si á mal no lo lleváis...

—Comprendo: deseas que yo satisfaga tu curiosidad... Nada más justo, porque á no ser por ti, la criminal intriga del comendador, me hubiera pasado desapercibida, y no me sería posible hacer nada en favor de una infeliz mujer, que por más que haya pecado, no es por eso menos digna de lástima y aun de protección. No faltó á mi promesa de guardar el secreto porque tú le conoces...

—¿Vive doña Luz?

—Sí.

—¿Y ha confesado el comendador que ese cadáver no es el de su hija?

—Sí.

—Ahora sabrá el mundo...

—Nada, Martín—replicó el sacerdote—, nada sabrá por nosotros.

—¿Que nada sabrá!—dijo el mancebo sorprendido—. ¿Acaso pensáis ayudar al comendador, dando sepultura al cadáver de Rosa, como si no supieseis de quién es?

—Sí.

—Pero vos, á quien no se puede intimidar con amenazas, ni seducir con halagos...

—No, no se me intimida ni se me seduce, porque no tengo miedo á nada, ni nada ambiciono, pero obedezco cuando me manda quien tiene derecho á ello.

Como era natural, aumentóse la sorpresa de Martín.

—¿Que se os manda!—dijo.

—Sí, se me manda callar, no más que callar, ó lo que es lo mismo, se me presenta una prueba de que la intriga se ha trazado de acuerdo y con autorización de...

Interrumpióse el anciano y miró á su alrededor, como si tuviese miedo de ser oído.

—¡Ah!—exclamó Martín—. Sospecho...

—Cuidado, hijo, cuidado...

—Pero...

—Escucha—repuso el sacerdote.

Y acercando su cabeza á la del mancebo, le dijo al oído algunas palabras, añadiendo inmediatamente después en alta voz:

—Por Dios, hijo, por Dios, no repitas esos nombres, y si puedes olvidar lo que te he dicho, olvídalos.

—No me sorprendéis...

—Hay secretos peligrosos, muy peligrosos, y este es uno... Sí, Martín, este secreto amenaza la vida del que lo conoce, es un veneno que puede matar...

—El comendador tendrá cómplices...

—No les envidies la suerte.

—¡Oh!...

—Tengo más experiencia que tú...

—Descuidad.

—Afortunadamente—repuso el anciano—, nadie sabe que eres tú quien me ha descubierto la intriga; de otro modo, te daría cuanto poseo, y te diría: «Huye, hijo, huye y ocúltate muy lejos de aquí, y que nadie sepa dónde estás.»

—Esto es horrible...

—Pero demasiado cierto por desgracia. Tampoco el doctor Extremera ha dado siquiera á entender que había visitado á Rosa: se le mirará con recelo por las dudas que ha mostrado, y las cuales parecen más que otra cosa, un exceso de escrupulosidad que en último caso debe respetarse.

—Ya lo veis, padre mío; cuando me habéis reprendido severamente por lo que llamáis mis criminales murmuraciones...

—Calla, Martín, calla...

—Callaré y esperaré el día de la justicia...

—Sí, la justicia de Dios, porque la de los hombres... ¡Oh!...

—Llegará también.

—No la esperes—repuso tristemente el anciano.

—Olvidamos nuestro asunto...

—Es verdad.

—¿Queréis explicarme el objeto que se propone el comendador, y las razones que puede haber para que el rey apruebe semejante intriga?

—El rey no dice que aprueba nada. ¿Cómo ha de decirlo?

—Sin embargo...

—Lo único que hace su majestad, es facilitar al comendador el camino para que doña Luz entre en un convento con tal sigilo, que nadie pueda jamás saber dónde se encuentra.

—Pero su muerte...

—Si al rey—repuso el sacerdote—le dicen que algunas horas antes de encerrarse en la celda ha muerto repentinamente doña Luz, lo creará como todo el mundo, porque no es extraño que muera quien está gravemente enfermo.

—Bien; pero comprenderá...

—¿A qué discurrir sobre lo que el monarca comprende ó sabe? ¿No comprendes tú también la situación?...

—Sí, sí...

—Nada te diré sobre las razones que en concepto del comendador justifican su proceder y tranquilizan su conciencia, porque son razones que no puedo apreciar, razones de esas que se fundan en lo que el mundo llama leyes y exigencias del honor.

—El honor no exige crímenes...

—Los exige; y la prueba la tienes en que cuando un hombre recibe una ofensa, se cree deshonrado si no provoca un duelo con el ofensor, y el más cristiano encuentra bien entonces el homicidio.

—Ciertamente.

—Ya lo ves, esto se llama honor por el mundo, y yo, con la doctrina de Dios, le llamo crimen... ¿Puedo acaso apreciar estas cuestiones?

—Es decir que el comendador, para levantar la macha que en la honra ha echado su hija, para castigar el extravío de ésta...

—Hace lo que ves.

—Eso es un abuso...

—Escúchame hijo, estamos gastando el tiempo en inútiles reflexiones.

—Sí, explícadmelo todo.

El anciano, con la brevedad que le fué posible, aunque sin omitir nada, refirió cuanto había sucedido en casa del comendador.

Martín escuchó con atención religiosa.

Terminó el relato.

—He aquí—dijo el sacerdote, sacando el escrito que había guardado, y dándole con el otro al mancebo—, he aquí los dos papeles que me ha entregado doña Luz. Este lo escribió para suplicar á la persona en cuyas manos cayese, que hiciera llegar el otro á manos de la reina, único protector con que cuenta la infeliz.

—Y llegará.

—No habla en él del lugar donde se encuentra su hijo, porque este secreto no podía confiarlo á la casualidad.

—Pero á vos...

—Me lo ha dicho todo.

—¡Ah!

Y yo he prometido velar por la suerte de esa inocente criatura, cuyo porvenir es tan negro.

—¡Sois un santo!...

—Cumpló mi deber.

—Nada valgo, nada puedo—repuso Martín con acento de tierna emoción—; pero ese niño tendrá en mí un padre; ocupará en mi corazón el vacío que ha dejado la muerte de mi hijo y de Rosa... ¡Ah!...

—Te ayudaré á protegerlo.

—Y á devolvérselo á su madre.

—Ya ves, pues, que tienes mucho de qué ocuparte.

—No perderé un minuto—dijo Martín, poniéndose de pie.

—¿A dónde vas?

—A empezar á cumplir los encargos de doña Luz. Si han de llevarla al convento esta misma noche, conviene que en seguida su carta llegue á poder de la reina.

—Siempre arrebatado; poco reflexivo...

—El tiempo es precioso.

—¿Cómo has de hacer para que el papel llegue á manos de la reina? Ni siquiera lo has pensado... Ten calma y escúchame...

—Os sobra razón.

—Hay en palacio una doncella que se llama doña Margarita...

—Comprendo... No necesito más—dijo vivamente Martín.

—En cuanto al niño nada podemos hacer hasta mañana.

—Ahora estoy seguro de que se cumplen los deseos de doña Luz.

—Mucha prudencia.

—Descuidad.

—Te será difícil entrar en palacio á estas horas.

—Pero no imposible.

—Doña Margarita...

—Sí—repuso Martín—, puede tener un pariente ó un amigo que repentinamente se ponga enfermo hasta el punto de morir por instantes, y no han de negarle la entrada en palacio á quien va con asunto tan grave y urgente.

—Perfectamente, hijo.

—¿Aprobáis mi plan?

—Me quedo tranquilo.

—¡Ah!... se me olvidaba... ¿Y en cuanto á la partida de defunción?

—No se pondrá.

—Cuando el comendador lo sepa...

—No le he prometido más que callar para que se evite el escándalo, callar solamente ¿lo entiendes?, pero no mentir ni hacerme cómplice del crimen de separar para siempre á una madre de su hijo.

—¿No teméis?...

—Nada temo—replicó con firmeza el anciano.

—En último caso... ¡oh!... en último caso, mientras yo viva...

—No te detengas... Que Dios te guíe.

—Adiós, padre mío—dijo el mancebo. Y tomando el papel que debí entregarle á la reina, salió.

CAPITULO XXVII

DE CÓMO MARTÍN COMETIÓ UNA IMPRUDENCIA QUE PODÍA COSTARLE MUY CARA

El comendador no debía volver á palacio aquella noche; pero después de lo sucedido con el cura, le pareció conveniente no perder tiempo en dar parte al rey de lo ocurrido, y llamando á su criado Andrés, salió con éste por la puerta falsa sin ser visto de nadie, porque los sirvientes se habían retirado ya á sus habitaciones, de modo que el caballero hablaba con Felipe II mientras que el sacerdote lo hacía con su protegido.

Doña Luz y su hijo habían perdido los servicios eficaces de Nicasia; pero en cambio tendrían la ayuda y protección del sacerdote y de Martín, sin contar con la reina.

¿Conseguiría salvarse la desdichada joven?

Si esto no sucedía, porque era muy peligroso luchar con el monarca, y casi imposible triunfar, al menos la inocente criatura tendría quien velase por ella y quien le revelara el secreto de su nacimiento, dándole á conocer la existencia de su madre, lo cual era importantísimo, porque, como caben nuestros lectores, todas las probabilidades hacían creer que Raúl moriría bien pronto sin ver otra vez á su hijo.

La idea de que su existencia podría ser útil á un ser débil, inocente y desdichado; la viva satisfacción que le hacía experimentar su mismo generoso impulso de practicar una acción noble, pareció animar un tanto su dolor, tranquilizar su espíritu y hacerle recobrar toda su energía, todo el poder de su voluntad.

Si Martín hubiera sido un hombre de más experiencia, y como experimentado más reflexivo y prudente, con su privilegiada inteligencia y su valor habría podido hacer mucho en favor de doña Luz; pero su falta de juicio era natural conse-

secuencia de sus pocos años, y solamente la edad ó los reveses de la fortuna debían hacerlo más reflexivo.

Mientras se encaminaba al alcázar, empezó por meditar sobre el modo más conveniente de cumplir su propósito; pero en seguida pensó en la situación apurada de doña Luz y en la suerte del hijo de ésta, y acabando por ocuparse en trazar proyectos para lo porvenir, llegó á la regia morada sin que se hubiese decidido á nada con seguridad, ni hubiese podido apreciar los inconvenientes y peligros que probablemente habían de presentársele.

Por fortuna no encontró al principio tantas dificultades como había creído: abriéronle paso el nombre de doña Margarita y la indicación de que iba á llevarle un recado urgentísimo de parte de un pariente que repentinamente se había puesto enfermo de gravedad, y para que no se perdiese en las vueltas y revueltas de los pasillos y galerías del alcázar, un criado le guió, mientras le decía:

—Por casualidad podéis cumplir al momento vuestro encargo: doña Margarita estará en su habitación, aunque tal vez acostada, pues hoy, según entiendo, no le toca hacer servicio en la cámara de su majestad.

—Si está acostada—dijo el mancebo—, la despertarán, porque es demasiado grave el asunto.

—Eso es ya cuenta vuestra...

—¿Cuándo acabamos de andar?—preguntó Martín después de haber atravesado muchos aposentos y galerías y subido algunas escaleras.

—Poco nos falta.

—De seguro me pierdo si no hubierais tenido la bondad de acompañarme.

Atravesaron un pasillo, en su mayor parte obscuro, porque no había más luz que la moribunda de un farol colocado á larga distancia, y volviendo á la derecha, penetraron en otro no mejor iluminado.

—Aquí—dijo el guía deteniéndose á los pocos pasos—. Llamad á esa puerta, aunque es dudoso que os abran.

—En fuerza de dar golpes...

—No muy recios, porque está prohibido á estas horas... Dios os guarde.

—Antes de llamar pensaré—dijo el mancebo cuando estuvo solo—; seré reflexivo, como me aconseja mi buen protector... Si

doña Margarita está acostada, ¿cómo haré para que la despierten y me reciba?... ¡Oh! He aquí que ahora pienso que he cometido una torpeza en no cerrar este papel en otro, sellándole y poniéndole el sobre escrito para doña Margarita, porque así podía entregarlo á un sirviente para que se lo diera, lo cual era facilísimo hacer; pero abierto es imposible, necesito verla... ¿Qué diré?... Lo del pariente enfermo ha servido para los demás; pero no servirá para ella... Empiezo á tocar los inconvenientes de mi aturdimiento, de mi falta de juicio... No me sucederá otra vez, no haré nada sin haberlo pensado mucho... En fin, ya no tiene remedio, y... ¡Ah!... Daré el recado de parte de doña Luz.

Y resuelto á cometer la misma falta que antes, es decir, una imprudencia más, llamé, dando algunos golpecitos en la puerta que el guía le había señalado.

Nadie respondió.

Martín volvió á llamar con más fuerza, y puso un oído junto al ojo de la cerradura, escuchando con tal atención, fijo allí de tal modo el pensamiento, que no oyó el ruido de pasos en la inmediata galería, por donde avanzaban lentamente dos hombres.

No esperó mucho el mancebo, y dió nuevos y más recios golpes.

Entonces se oyó decir al otro lado de la puerta y con soñolienta voz:

—¿Quién llama?

—Abrid—respondió el mancebo.

—¿A quién he de abrir y para qué?

Y al hacer esta nueva pregunta, cesó á la entrada del pasillo, es decir, muy cerca de Martín, el ruido de pasos de que hemos hablado.

—Traigo—respondió el joven en voz bastante alta para hacerse entender—, traigo un recado muy urgente para doña Margarita.

—Mi señora duerme ya—replicó el de adentro levantando también la voz, que era de mujer, y entonces se hizo chillona.

—No importa, despertadla.

—Por nada en el mundo.

—Repito...

—Es en vano... que Dios os guarde.

—Escuchad una palabra, escuchad...

—¿Qué queréis?

—Os diré el nombre de la persona que me envía, y si así tampoco queréis avisar vuestra señora...

—Bien, decidlo, y lo sabrá mañana.

—Pues sabed que para lo que importa más en la vida, vengo de parte de doña Luz de Quiñones, la hija del comendador...

—¡Ah!...

—¿Queréis abrir?

—Esperad.

No habían pasado tres minutos cuando la puerta se abrió, encontrándose Martín con una mujer que le dijo:

—Entrad...

—Gracias—respondió él, pasando adelante.

—Si hubieseis empezado por donde habéis concluido...

—Tenéis razón.

—Venid... por aquí...

La sirvienta llevó al mancebo á un gabinete, donde se encontraba doña Margarita, mal envuelta en una ancha bata, porque para recibirlo había dejado la cama apresuradamente.

—¿Decís que os envía doña Luz—preguntó la hechicera joven con acento de profunda sorpresa—. ¿Habéis dicho eso?

—Eso he dicho, señora.

—Pero mi buena amiga...

—Si la noticia de su muerte ha llegado aquí, comprendo vuestra sorpresa; pero como doña Luz, aunque muerta, según la creencia de todos, está á Dios gracias viva...

—¡Ah!...

—Perdonadme, señora, si no os doy más detalles: el tiempo que pasa vale mucho...

—Explicaos.

—Preciso es—repuso Martín sacando el escrito de la hija del comendador—, preciso es que este papel llegue inmediatamente á manos de la reina.

—Pero...

—Es una carta de doña Luz, y sabe Dios los males que pueden sobrevenir si no lo recibe su majestad en seguida.

—¡Dios mío!—exclamó la joven, á cuyos magníficos ojos asomaron dos lágrimas—. Pero esa noticia sobre la muerte inexplicable de mi amiga...

—Dejadla correr.

—Esto es un misterio horrible...

—Un secreto muy peligroso para cuantos lo conocemos.

—¡Ah!...

—En la iglesia de San Justo, sobre un magnífico catafalco, entre multitud de ci-

rios y un rico ataúd forrado de terciopelo blanco y galonado de oro, hay un cadáver...

—¡Un cadáver!—murmuró doña Margarita, estremeciéndose.

—Sí, un cadáver que todos creen que es el de doña Luz de Quiñones... No saquéis á nadie de su error; cuidado con decir á nadie que aquel cuerpo sin vida se ha comprado para consumir un crimen espantoso, repugnante... Cuidado, señora...

Interrumpióse el mancebo, y después de algunos instantes, añadió:

—Señora, que Dios os proteja...

—Decid á mi desgraciada amiga...

—No podré verla.

—Entonces no me resta más que daros las gracias en su nombre y en el mío.

—Cumpló mi deber y satisfago además los deseos de mi corazón.

—Antes de media hora estará este papel en manos de la reina.

—Guárdeos el cielo, señora—dijo Martín.

Y acompañado de la sirvienta, salió.

CAPITULO XXVIII

RESULTADO DE LA IMPRUDENCIA DE MARTÍN

Martín dió las buenas noches á la sirvienta y salió.

Cerróse la puerta.

—¿Acertaré con la salida?—se preguntó el joven.

—Sí... eso es... por aquí...

Y volviendo á la izquierda se dirigió á la galería inmediata.

No tenía que dar más que algunos pasos para encontrarse con ella; pero antes de llegar, saliéronle al encuentro dos hombres, diciéndole:

—Deteneos.

—¿No voy bien por aquí?—preguntó sencillamente y sin sospechar lo que aquello significaba.

—Os llevaremos por donde debéis ir.

—Mucho os lo agradeceré, porque no conozco el interior del alcázar, y, á no haberme guiado, de seguro me hubiera perdido antes.

—Ahora—replicó uno de aquellos hombres, descubriendo una linterna sorda, y sonriendo maliciosamente—no os perderéis... Venid.

Martín los siguió sin que tampoco entonces le ocurriera sospechar que iba preso; pues además de su preocupación, no era posible que esperara semejante contratiempo.

Cuando estuvieron en la galería, otros dos hombres que aguardaban allí, y que eran el comendador y Andrés, echaron á andar, siguiendo muy de cerca al mancebo y sus guardianes.

Tampoco esta circunstancia era para infundir sospechas, porque muy bien podía suceder que aquellos dos fuesen palaciegos que casualmente llevaran el mismo camino.

Ni una palabra pronunciaron.

Martín tenía demasiado en qué pensar para ocuparse en dar conversación á los desconocidos.

Anduvieron por espacio de seis ó siete minutos, bajando más escaleras de las que antes había subido el mancebo, y atravesando distintas habitaciones, y siguiendo así entráronse bien pronto en uno de los patios del alcázar.

—Me parece—dijo entonces el mancebo, mirando á uno y otro lado—, me parece que no he venido por aquí...

—No importa—respondió uno de los otros.

—¿Pero sabéis que lo que quiero es salir de palacio?

—Sí, lo sabemos.

—Entonces...

—Vamos, vamos—replicó uno de los hombres con tono imperioso y más duro de lo que permitía la buena educación.

Esto no podía pasar ya desapercibido para Martín; sin embargo, aún no comprendió perfectamente su verdadera situación, y aunque se detuvo, fué más bien para mostrar su enojo por el tono desatento con que se le hablaba, que para pedir explicaciones.

Ya hemos dicho que el mancebo, á pesar de su humildísima condición, era orgulloso y aun altivo por naturaleza, y bastaba que le mandasen adelantar para que él se sintiese herido y creyese que se deshonraba obedeciendo.

—Os advertiré—dijo uno de los hombres—que no podemos aguardar.

—Pues bien—replicó Martín—, idos, que yo buscaré la salida.

—Eso no.

—Si es vuestra obligación guiarme, lo

cual ignoro, hacedlo con buenos modos, y si es que me dispensáis un favor, no lo acepto.

—Cumplimos nuestro deber.

—Siendo así...

—Está visto que no habéis llegado á comprender que vais preso...

—¡Preso!—exclamó Martín, retrocediendo un paso y fijando una mirada de profunda sorpresa en sus acompañantes.

—Sí, preso de orden del rey nuestro señor...

—¡Imposible!—replicó Martín estremeciéndose de terror y de ira.

—Es tan posible como que está sucediendo.

—¡Oh!... Esto es un abuso... ¿Pensáis que dejaré sorprenderme así, ni que me intimidará el que seáis cuatro?... ¡Atras, miserables, atrás!...

Y el joven, con los ojos chispeantes por el fuego de la ira, llevó la diestra á su daga, unica arma con que podía defenderse.

Entonces el comendador bajó el embozo de su capa, y aproximándose á Martín, le dijo:

—Loco mancebo, no agravéis vuestra situación. Estáis en la morada real y se os habla en nombre del rey... ¿no se os alcanza que la resistencia en este lugar se ría vuestra sentencia de muerte?

A favor de la luz de la linterna que llevaba uno de los hombres, según dijimos, pues otra claridad no había en el patio, pudo Martín examinar el rostro del caballero á quien sobradamente conocía.

—¡El comendador Quiñones!—exclamó el huérfano.

No necesitó más: todo se lo explicó clara y perfectamente: lo habían escuchado cuando pronunció el nombre de doña Luz.

Era, pues, inútil resistirse, y demasiado cierto que se le aprisionaba de orden del rey.

Sin embargo, como si aún no quisiera convencerse de la desgracia que en aquellos momentos era la peor que podía sucederle, dijo:

—Habrá orden de prender á alguien; pero no á mí...

—A vos.

—Me tomaréis por otro.

—No.

—¿Sabéis quién soy?

—Ni nunca os he visto ni sé vuestro nombre.

—Entonces, ¿cómo podéis asegurar que no os equivocáis?

—Su majestad ha mandado detener al hombre que aún no hace un cuarto de hora llamó á la puerta de la habitación de doña Margarita, diciendo que iba de parte de doña Luz de Quiñones, á quien Dios tenga en su gloria.

—Mentís—replicó el mancebo sin poder contenerse—; vuestra hija no ha muerto...

—¡Infeliz!—dijo el comendador—. Está loco, y...

—¡Oh!—exclamó Martín ciego por la ira.

Y volvió á llevar la mano á la daga. Empero sus guardianes cayeron sobre él y lo sujetaron fuertemente.

—Si grita, si habla siquiera—dijo el comendador—, tapadle la boca, y si se resiste, atadlo.

Rugió como un tigre el joven.

Quitáronle la daga y le dijeron:

—Adelante y aprisa si no queréis que os llevemos de peor manera...

—Dejadme—dijo el desdichado—, dejadme, que no haré resistencia; pero no quiero que se pongan sobre mí las manos de canalla como vosotros.

El que llevaba la linterna miró de pies á cabeza á Martín, y sonriendo luego burlesonamente le dijo con ironía:

—Plebeyos somos... Perdonad, que no habíamos reparado en que érais un caballero de muy noble alcurnia.

El joven sintió afluir á su cabeza toda su sangre.

Nunca como entonces sintió llena de amargura su alma.

Aquellos hombres, aunque plebeyos, debían tener un nombre heredado de sus padres; pero él no tenía ninguno, ni siquiera podía asegurar que no era hijo del criminal más despreciable.

Tras estas tristísimas consideraciones, sintió un abatimiento profundo.

Su cabeza se inclinó lánguidamente sobre el pecho, y sin pronunciar una palabra más, siguió á sus guardianes.

Cuando hubieron dejado el patio, bajaron otra escalera de piedra bastante pendiente, húmeda y resbaladiza, encontrándose en un espacioso sótano.

En un extremo de éste, había una puercecilla forrada de hierro.

Detuviéronse allí.

El comendador sacó una llave y abrió.

—Entrad—dijo á Martín.

Este obedeció maquinalmente; pero apenas hubo entrado, la puerta volvió á cerrarse, quedando solo y á oscuras.

Le era imposible reconocer la habitación, y no sabía á qué lado dirigirse por si encontraba donde sentarse.

Largo rato permaneció Martín parado y aturdido.

Al fin se pasó las manos por la frente y se restregó los ojos volviendo á uno y otro lado la cabeza como si quisiera convencerse más y más de que las tinieblas lo rodeaban.

—¿No es esto un sueño?—se preguntó—¿Es una realidad cuanto me sucede esta noche?... ¡Oh! También dudé si soñaba cuando vi el cadáver de Rosa... Mi desgracia es certísima, y me lo explico sin dificultad... Cometí una imprudente ligereza al pronunciar en alta voz el nombre de doña Luz... No, no tengo bastante experiencia para luchar en el terreno de la lucha con quien se ha educado en ella... Reconozco mi inferioridad; pero... ¿no soy un hombre como todos? ¿No valgo por lo menos tanto como cualquiera de esos cortesanos hipócritas?... Si no valgo—añadió el mancebo con energía—, no quiero reconocerlo, no lo reconoceré, y por quien soy que no me daré por vencido. Mi torpeza, ó más bien mi inexperiencia, puede costar muy cara á la infeliz doña Luz, y aun á su inocente hijo... ¡Vive el cielo!... No cometeré otra, no, lo juro... En pocos minutos he aprendido bastante, y antes que mis labios pronuncien una palabra, habré meditado tanto, que ninguna consecuencia dejaré de conocer. Joven soy, pero obraré como viejo; mis enemigos son muy poderosos y astutos; pero ni su astucia ni su poder ha de servirles contra la fuerza de mi voluntad... ¡Oh!... Valor, serenidad, pobre desvalido... Supongo que vendrán á interrogarme... Debo meditar... ¿Habrá por aquí siquiera una piedra donde pueda sentarme?

Martín extendió los brazos y empezó á andar lentamente, mientras decía:

—Este aposento tendrá límite, y al fin lo encontraré.

No debía ser muy grande la habitación, porque á los pocos segundos de estar an-

dando, el joven encontró una pared húmeda y fría como el suelo.

—Bien—murmuró—, esto es algo en mi situación.

Y sin separarse del muro, siguió andando hasta que sus pies encontraron un obstáculo, que, reconocido, resultó ser una piedra de forma cúbica y bastante grande.

—Ya tengo así nido y cama también si no me dan otra.

Sentóse, cruzó los brazos y se entregó á las reflexiones que tan necesarias le eran.

—¿Cuál debe ser mi conducta?—dijo.—Lo primero que me preguntarán será mi nombre... No, no lo diré, porque mi nombre, aunque no diga más, puede servirles para averiguar quién es mi protector, lo cual puede comprometerlo.

En esto pensó Martín acertadamente, porque sabiendo que era persona tan allegada al cura, hubiérase comprendido que éste era quien obraba por encargo de doña Luz y porque estaba decidido á protegerla, lo cual era lo mismo que declararse en abierta lucha, no solamente contra el comendador, sino contra el monarca.

—Me preguntarán también si he visto á doña Luz, cuándo y qué encargo me dió para doña Margarita...

Interrumpióse Martín, meditó, y dijo después de algunos momentos:

—Hasta ver el giro que toma este asunto, lo más acertado es callar, no responder á nada, concretarme á decir que no quiero dar ninguna explicación, absolutamente ninguna.

Y firmemente resuelto á cumplir este propósito, fiado en la fuerza de su voluntad, esperó.

Lo dejaremos para ir en busca del comendador y saber lo que hizo el rey.

CAPITULO XXIX

LO QUE DETERMINÓ FELIPE II

No necesitamos decir cuál sería la agitación del padre de doña Luz cuando se separó de Martín.

Para que su exasperación llegase al último grado, no faltaba más que lo que acababa de suceder.

Poco á poco y por una serie de circunstancias verdaderamente providenciales y que habría sido imposible prever, el secreto que tanto importaba guardar, iba pasando de unos en otros y debía temerse que pronto llegara á ser de todos conocido.

El comendador tenía ciega fe en la discreción del cura, y después que éste prometió guardar silencio, aquél había quedado hasta cierto punto tranquilo, porque bien pensado, no importaba gran cosa que uno conociese la intriga, si era persona que á nadie había de darla á conocer.

Empero el asunto había cambiado en pocos minutos de aspecto, y la situación presentaba inconvenientes y peligros como nunca, desde que el mancebo había ido á ver á doña Margarita. Aparecía en la escena un nuevo personaje, tan perfectamente enterado de todo, como se pudo comprender al oírle asegurar sin vacilaciones y con la mayor firmeza, que doña Luz de Quiñones no había muerto; y como esto, afirmado sin miramiento alguno en presencia de desconocidos, habría sido con más razón dicho á doña Margarita, resultaba otra persona más conocedora del secreto, y persona que no solamente á la reina, sino á cuantos se le antojase, contaría lo que pasaba, puesto que no había prometido callar.

Era, pues, casi seguro que al día siguiente, y aun antes de sepultar el cadáver de Rosa, la noticia corriese y se esparciese en la corte, murmurando con más ó menos acierto ó más ó menos exageración sobre el suceso, que debía ocupar más la atención, por ser muy extraño y por tratarse de personas muy conocidas y de posición elevada.

—¿Cómo contener tanta lengua?

Aunque difícil, posible era hacer callar á unos cuantos; pero á muchos era imposible.

Así apreciaba la situación el caballero, y no podía mirarse de otro modo.

¿Qué haría el monarca cuando á su vez apreciase del mismo modo los sucesos?

¿Qué haría cuando comprendiese que las primeras consecuencias serían las de acusarlo de injusto y de cruel?

Parecía que la severa gravedad de Felipe II, había de rechazar el papel de intrigante que tenía que representar á los ojos de todo el mundo, y por consiguiente el comendador empezó á temer que el monarca le retirase su protección en aquel asunto, y tal vez que le mandase deshacer lo hecho.

Sin embargo, á pesar de toda su severidad y de su afán por aparecer justo, prudente y magnánimo, Felipe II no debía ceder con facilidad. No encerrar á doña Luz en un convento ni hacerle pronunciar votos que para siempre la separasen del mundo, era lo mismo que dejarle medios con que luchar y exponerse á que más ó menos tarde realizara su matrimonio con Raúl.

¿Y podía consentir el rey que uno de los más ardientes enemigos de su autoridad, se casase con la hija del comendador?

Además, el gran tirano de dos mundos, que bien pudiera haberse llamado, si no de derecho, de hecho, rey de muchos reyes, abrigaba la convicción de que por ser suyos, los actos de su voluntad eran actos de justicia; tenía arraigada en el alma la creencia de que todos debían someterse á sus resoluciones, acatarlas y cumplirlas ciegamente; aquel gran autócrata, sin primero ni segundo entre todos cuantos los pueblos han registrado en la tristísima historia de sus desdichas y su esclavitud, profesaba el principio de que el rey tiene todos los derechos y ningún deber, mientras que el vasallo tiene todos los deberes y ningún derecho, no podía retroceder ante ningún obstáculo, ni podía tolerar que nadie contrariase sus deseos.

Ya había quien supiese que él, no solamente aprobaba los planes del comendador, sino que ayudaba á realizarlos, habiéndolos hecho, puede decirse, causa propia, y retroceder porque se presentaban dificultades ó peligros, hubiera sido para Felipe II lo mismo que reconocer que nada valía, que nada podía, reconocer que su autoridad tenía límites.

Empero á pesar de que todo esto lo comprendía perfectamente el comendador, no estaba tranquilo. En muchas ocasiones adoptaba Felipe II resoluciones las más inesperadas, inexplicables, incomprensibles y que parecían ser enteramente opuestas á su carácter y á sus principios, y bien podía ser que entonces sucediese así, y abandonando á su suerte al caballero, lo dejase solo para luchar, lo cual era lo mismo que obligarlo á que deshiciese todo lo hecho.

Poco menos que temblando entró, pues, el comendador en la regia cámara, y esperó con tanto temor como afán á que el monarca se explicase.

—¿Qué clase de hombre es?—preguntó Felipe II, dando por hecho que ya estaba encerrado el desconocido, porque en su concepto no podía suceder otra cosa, habiéndolo mandado así.

—Señor—respondió el caballero—, si el preso no está disfrazado, es un plebeyo, y á más de plebeyo, pobre, muy pobre, según infiero por su ropaje, que está en el peor estado.

—¿Es joven?

—Diríase que no tiene más de veinte años; pero á pesar de su juventud y su pobreza, es audaz, orgulloso y habla con altivez.

—¿Sospecháis que no sea lo que parece?

—Mucho lo temo, señor. Su rostro no es nada vulgar, le he mirado muy bien y le encuentro...

—¿Qué?

—No acierto á explicarlo... La mirada es ardiente, viva, penetrante... No, no creo equivocarme: á pesar de su ropa, no solamente pobre, sino hasta cierto punto extraña, su aspecto tiene un no sé qué de distinción inexplicable.

—¿Hizo resistencia?

—Ninguna, porque no comprendió que iba preso. Tanta era su preocupación al dejar el aposento de doña Margarita, que al decirle que nos siguiera, creyó que queríamos enseñarle la salida del alcázar, puesto que nunca ha entrado en él, y cuando vino esta noche, también hubieron de guiarlo; pero cuando se apercibió de la verdad, intentó resistirse y tuve que hacerle comprender que nuestras fuerzas eran superiores.

—¿Ha dicho algo que pueda traer un nuevo compromiso?

El comendador vaciló un instante: bien hubiera querido ocultar lo que el joven había dicho en presencia de todos; pero no se atrevió porque sabía que era peligroso ocultar nada á Felipe II, y respondió:

—Sin que nadie le preguntase, probablemente con la intención de hacerlo público, dijo que doña Luz no había muerto; pero afortunadamente...

—¿No lo oyeron los demás?

—Sí lo oyeron...

—Entonces... Tenéis razón, ha sido una fortuna, no para el preso, sino para los otros.

El comendador no acertó á comprender lo que quería decir el monarca.

Este inclinó la cabeza sobre el pecho y meditó.

—Necesito ver á ese hombre—dijo después de algunos instantes.

—Señor...

—¿No decís que debe ser lo que no parece?

—Es mi opinión...

—Probablemente no os equivocaráis.

—Pero dispensarle V. M. tanta honra...

—Si no es un hombre vulgar, podrá servirme de mucho. No le veré ahora, porque necesito más datos, más pruebas, no de su clase, sino de su inteligencia.

El padre de doña Luz empezó á tranquilizarse.

—Comendador—añadió el monarca después de volver á reflexionar—, lo que debía ser un secreto para todo el mundo, no lo es ya.

El anciano se estremeció y palideció más

de lo que estaba, sin que acertase á responder.

—Todo lo sabrá ya la reina.

—Es posible, señor...

—Los que favorecen á vuestra hija, ganan terreno mientras vos lo perdéis. El secreto se descubre, á cada paso se encuentra un enemigo y una dificultad, y entretanto nosotros nada conseguiremos, porque ni se han apoderado del flamenco, ni vos habéis podido averiguar el paradero de vuestro nieto...

—¡Mi nieto!—murmuró el anciano con voz sorda.

Y sus mejillas, antes pálidas, se tiñeron un instante con el carmín de la ira.

—Sí, vuestro nieto—repuso el monarca—; lo es, por más que os desagrade.

—Ciertamente.

—He ahí un secreto bien guardado: para que lo revelen los que lo guardan, ha sido todo inútil, y hay que reconocer que los que sirven á doña Luz son más discretos y leales que los que á vos os sirven.

—¡Oh!...

—Pero tranquilizaos.

—Señor...

—Os ofrecí mi protección...

—Se trata de mi honra ¡ay! de mi honra.

—No os abandonaré.

—¡Gracias, señor, gracias!—exclamó el caballero respirando luego como si se hubiese sentido libre de una mano que le ahogase.

—No perdamos tiempo.

—Aguardo las órdenes de V. M.

—¿Estáis seguro de que nadie ha visto á doña Luz después de haberse dicho que había muerto?

—Segurísimo, señor.

—Entonces no se comprende cómo de su parte ha venido ese hombre, ni cómo afirman que la muerte es una mentira.

Esta observación no tenía réplica.

—Señor—dijo el anciano—, no intentaré dar á V. M. explicación ninguna; lo que sucede es un misterio.

—Se aclarará.

—Puede también haber sucedido que el recado que ese hombre ha traído de parte de doña Luz, lo haya recibido esta mañana, ayer, otro cualquier día, y...

—Lo dudo.

—Aunque mi hija ha estado tan guardada ayer como hoy...

—¿Esperáis que declare el preso?

—Temo que no: ya he tenido la honra de decir á V. M., que el mancebo parece valiente, dotado de clara inteligencia...

—No importa.

—Intentaremos...

—Sí, vedlo, interrogadle, amenazadle con el tormento, con una prisión para toda

la vida... ¡Oh!—añadió Felipe II, cuya frente se contrajo—. Si nada conseguís, yo lo veré para convencerme de que su audacia llega hasta el punto de desconocer mi autoridad y despreciar mi poder.

El comendador inclinó la cabeza.

El rey guardó silencio por algunos segundos.

—No deis lugar á que medite—dijo al fin—: id ahora mismo y volved luego á darme cuenta del resultado.

—¿Es decir, que V. M. me autoriza?...

—Para todo.

—Gracias, señor.

—Vais en mi nombre... Entretanto yo hablaré con mi esposa, haré que llamen á doña Margarita, y comprobaremos después las explicaciones de ésta con las del preso, pudiendo así deducir si alguno de ellos miente.

—De este modo será imposible que nos engañen...

—Yo les haré comprender lo que soy; no les quedará duda de lo peligroso que es oponerse á mi voluntad.

—Me voy tranquilo—dijo el caballero.

Y salió de la regia cámara.

—¡Oh!—murmuró Felipe II con sorda voz—. Las personas más allegadas á mí son las que más ayudan á mis enemigos... Esto es una desgracia horrible. Mi hijo de parte de los herejes flamencos, de parte de los que se levantan contra mi trono, que es el trono que él debiera ocupar un día si yo no tuviese valor para cumplir mis deberes y evitar que lo ocupe... Mi esposa de parte de mi hijo, de parte de los que intrigan por contrariarme, favoreciendo á una mujer que ha olvidado su honra y luchado contra un padre... ¡Ah!... Necesito muchas fuerzas, mucha energía y tanto cuidado, que no será difícil que por atender á combatir á muchos á la vez, me olvide de alguno que aproveche la ocasión para herirme por la espalda.

El monarca dió algunos pasos por la habitación.

—Mi esposa—dijo—, mi esposa... He aquí mi enemigo más temible, porque con ella no puedo hacer lo que con los demás... Posible es que la sorprenda conferenciando con doña Margarita... Tampoco puedo hacer con ésta lo que con todos... Veremos, veremos... No hay que dejarlas pensar y ponerse de acuerdo.

Y salió de la cámara mientras decía para sí:

—¿Y quién será ese misterioso mancebo que tanto llama la atención del comendador, y á tal punto lleva su audacia?... Misterios: lo que más me mortifica son los misterios, y por lo mismo se me pre-

sentan á cada paso... Por fortuna me sobra poder.

CAPITULO XXX

EL COMENDADOR SE DESESPERA MÁS

Antes de que pasara media hora, Martin había empezado á impacientarse, lo cual hubiera sucedido al hombre de más calma en medio de la oscuridad, de una atmósfera húmeda y fría, que parecía penetrar hasta la médula de los huesos, sin más que una piedra, húmeda también, donde descansar, y con la incertidumbre de lo que podría suceder.

—¿Cuándo—dijo—pensarán volver? Porque ello es que alguien vendrá á interrogarme, siquiera porque así les conviene, y ya que otra cosa no sea, me distraeré hablando.

Como para responderle, rechinó la llave en la cerradura.

Martin no pudo contener un grito de alegría.

Ya había recobrado la tranquilidad, en cuanto era posible, y había tomado una resolución, de modo que en lugar de temer, alegróse de que fuesen á interrogarlo.

La puerta se abrió, entrando el comendador con una linterna que dejó en el suelo, de modo que la luz diese de lleno en el rostro del joven.

Este no intentó levantarse, sino que fijó en el caballero una mirada atrevida, casi insolente, y esperó á que se le hablase.

El disgusto que experimentó el anciano, hizo que se marcasen más las arrugas de su entrecejo, y que brillara en sus negros ojos un relámpago de la ira que contenía trabajosamente.

Antes de pronunciar una palabra examinó muy atentamente el rostro del mancebo, y cuando se hubo convencido de que efectivamente no era un rostro vulgar, sino bello, expresivo y que revelaba una inteligencia no común, dijo:

—Vengo en nombre de su majestad...

—Lo supongo—respondió Martin—. Bien venido seáis, señor comendador.

—No necesitaré advertiros...

—Perdonad si os interrumpo—replicó el mancebo—; pero me parece oportuno...

—¿Qué queréis?

—¿No estaríais mejor sentado? Esta piedra no está limpia ni es muy cómoda; pero aun así, hablaremos más sossegadamente.

—¿Y no sería más oportuno que os levantáseis vos?

—Así—replicó tranquilamente el joven,—estariamos incómodos los dos, y además, aún no hace dos horas que dí una

caída, me herí la cabeza, y perdí bastante sangre, por lo cual veis que la tengo vendada con este pañuelo, y no me siento bien.

Esto hizo comprender al anciano que el preso no estaba dispuesto á guardarle consideración alguna ni á respetarlo; y como en aquellos momentos le era imposible obligarlo á otra cosa, decidió disimular, haciendo que no comprendía la ofensa, porque así no se veía en el caso de tolerarla sin extinguirla inmediatamente.

—Tanto atrevimiento—dijo para sí el comendador—, no es propio de un plebeyo miserable, así como no lo es su lenguaje culto y su acento delicado. No, no hay duda de que se oculta un noble bajo ese harapososo disfraz.

Y sentándose junto á Martin, añadió en voz alta:

—Sois muy joven, y no extraño que os hayais metido en una intriga, cuya importancia no podéis apreciar, y cuyas consecuencias no podéis prever.

—Caballero—replicó Martin con acento de profundo desagrado—, supongo que el rey no ha cometido la torpeza de mandaros venir para otra cosa que para interrogarme.

—Ciertamente.

—Entonces no comprendo por qué os tomáis la libertad de hacerme observaciones sobre mi inexperiencia, mi torpeza...

—Cuidado, cuidado—interrumpió el caballero—: no olvidéis con quién habláis.

—No olvidéis vos—repuso Martin enérgicamente—, no olvidéis que no hay nada más inoportuno que dar consejos cuando no se piden.

—¡Joven!—exclamó el anciano con voz reconcentrada.

Y clavó en el huérfano una mirada amenazadora.

—Os lo repito—dijo el mancebo con la misma firmeza que antes—, guardad vuestros consejos. Si he cometido torpezas peor para mí, dejadme, que vos no habéis de pagarlas.

—¡Oh!...

—No os alteréis, comendador: sosegaos y pensad que la razón me sobra. ¡Habláis de mis torpezas cuando vos habéis cometido tantas en tan pocos días!... Me acusáis cuando no podéis responder á las acusaciones de vuestra conciencia, cuando estáis cometiendo un abuso horriblemente criminal...

—Basta...

—No hago más que responderos.

—Si seguís ofendiéndome...

—No os ofendo, me defiendo.

—Os hablo en nombre del rey...

—Es la segunda vez que me lo decís.

—Parece que lo olvidáis...

—Vos sois, caballero, quien se olvida de que su majestad no os ha mandado más que interrogarme.

El anciano se mordió los labios con despecho.

Estaba visto, el mancebo valía más que muchos hombres, y sería perder el tiempo el intentar intimidarle.

¿Qué resultado daría la conferencia?

Probablemente ninguno bueno para el comendador.

—Ya lo veis—añadió Martin después de algunos instantes.—, estoy en mi derecho.

—Bien, bien...

—En ningún terreno coseguiréis de mí lo que deseáis; pero ya que esto no sea, evitaos el disgusto de escuchar lo que ha de desagradaros, lo cual conseguireis si tenéis más calma y hablamos sosegadamente.

—No he venido á conferenciar con vos,—replicó desdeñosamente el caballero.

—Es verdad—replicó Martin con irónica amargura—, no debéis rebajaros á tanto: soy un mísero plebeyo, vos un noble, yo un criminal, vos un hombre virtuoso...

—Disponed á responderme—interrumpió el comendador.

—Preguntadme, ya os escucho—dijo el mancebo.

Y se cruzó de brazos y fijó su expresiva y ardiente mirada en el caballero.

—¿Quién sois?—preguntó éste.

—Ya lo veis, un cualquiera, un pobre diablo...

—Vuestro nombre...

—¡Ah!... Eso es otra cosa...

—Decid...

—Perdonad.

—¿Tenéis que pensarlo?

—No, porque lo he pensado ya y he resuelto ocultaros mi nombre.

—Volvéis á olvidar que el rey...

—Por tercera vez me lo advertís.

—Así no lo olvidaréis.

—Pues bien, decid al rey que soy huérfano, que nunca conocí á mis padres, que no tengo otro nombre que el que me pusieron en la pila del bautismo, y...

—¡Oh!... Siempre la audacia de vuestra inexperiencia...

—¿Qué queréis?... Soy muy joven—replicó Martin encogiéndose de hombros.

—Os perdéis...

—Ya os he dicho que no quiero consejos.

—Estáis loco.

—Por eso me habéis acusado.

—No penséis que...

—Pienso en todo, caballero. Ya sé que hay tormentos y verdugos para hacer hablar á los que se obstinan en guardar si-

lencio, ó para hacer que los inocentes reconozcan crímenes que no han cometido, y que suelen reconocer para que les dejen en paz aunque les quiten la vida.

—Entonces...

—Pero vos debéis saber también que hay muchos que tienen sobrado valor para soportar esos tormentos sin hablar.

—Los hay; pero...

—¿Dudáis que yo valga tanto como ellos?—replicó vivamente Martín.

Y sus negros ojos relumbraron como dos centellas, lanzando al caballero una mirada de atrevida provocación.

—¡Oh!—exclamó apretando los puños.

—Si llegara el día de la prueba...

—Si el tormento no os hace hablar, os castigaré el verdugo.

—¡Me amenazáis con la muerte!... ¡Ah! Voy viendo que tenéis el alma muy mezquina...

—¿Qué decís, miserable?

—Sí, mezquina debe ser, porque no comprendéis que haya quien pueda despreciar la vida como yo la desprecio... ¡Vana amenaza!... Si conociérais mi historia no me hablaríais del verdugo. ¿Sabéis lo que es para mí la existencia? Una carga insostenible... ¿Sabéis cómo considero yo la muerte? Como la única dicha del pobre y del justo, porque es el término de todos los dolores. No sois cobarde, no lo sois, señor comendador, por más que hayáis cometido la criminal cobardía de entablar una lucha desigual y cruel con vuestra hija, débil, indefensa y desgraciada; vuestras hazañas como soldado prueban que para vos la vida no ha sido lo primero, que la habéis mirado con desdén en muchas ocasiones... ¿Por qué tenéis la pretensión de valer más que otro hombre; por qué cometéis, no solamente la injusticia, sino la necedad de creer que yo no valgo en ese concepto tanto como vos? Que os pongan en un tormento para que confeséis la debilidad de vuestra hija, y decidme lo que haríais; que os amenacen con el verdugo si no reconocéis á vuestro nieto, y yo respondo de que sin vacilar pondréis vuestra cabeza en el tajo. ¿Me equivoco, caballero?

—No.

—Entonces...

—Sois casi un niño...

—Mientras mi proceder sea de hombre...

—No divaguemos...

—Vuelvo á escuchar... Preguntadme.

—Os negáis á decir vuestro nombre...

—No lo sabréis.

—Alguien os conocerá.

—¿Quién ha de conocer á un huérfano sin nombre y sin fortuna?

—A pesar de eso...

—No tengo amigos, ni familia, ni hogar...

—¿Negaréis que se os ha educado mejor que se educa á muchos que tienen padres?

—No cometeré la torpeza de negarlo, porque la educación no se oculta.

—Ya lo véis, pues.

—Pero no pensáis que bien puede haber muerto la persona que me ha hecho el inapreciable favor de cultivar mi inteligencia, ó que puedo haber recibido mi educación muy lejos de la corte.

—Eso no es probable...

—No me esforzaré para convencerlos: sobre ese punto, creed lo que os plazca; en vuestra mano está hacer la prueba; pero reconoced que la idea es peregrina, porque tendríais que encerrarme en una jaula y exponerme al público para si algún curioso pronunciaba mi nombre, lo cual no haría el más íntimo de mis amigos, siquiera fuese por el temor de que lo tomaran por cómplice del enjaulado criminal.

—¿Os burláis?—replicó el caballero sintiéndose vivamente herido al verse ridiculizado.

—No me burlo, respondo á vuestras observaciones y nada más.

—Es decir, que os negáis resueltamente á decir quién sois...

—Resueltamente.

—No negaréis también que habéis venido á ver á doña Margarita.

—¿Cómo he de negarlo si lo habéis visto?

—Y que la habéis traído un recado de parte de mi hija...

—En cuanto á eso no os diré si he tomado el nombre de doña Luz, porque así estaba convenido para no pronunciar otro nombre, ó si efectivamente de doña Luz era el recado.

—Pronto se descubrirá la verdad...

—Preguntádselo á ella...

—Es inútil que continuemos—dijo el comendador poniéndose en pie.

—Sí, enteramente inútil, porque nada, absolutamente nada diré.

—Os pesará.

—Mi suerte está decidida; no puede sucederme más de lo que me ha sucedido. Conozco un secreto peligroso...

—Muy peligroso.

—Y para que ese secreto no se divulgue, se me tendrá encerrado... ¡Oh! Sois torpe, reconocedlo: hay muchos que saben tanto como yo...

—Basta, basta...

—Por mi parte he concluido.

El comendador había tenido más paciencia de la que podía esperarse de él.

Despechado y sin poder ya dominar su arrebato, lanzó al joven una mirada terrible y amenazadora.

Martín sostuvo aquella mirada sin alterarse.

—Puesto, que tan obstinadamente—dijo el anciano—, buscáis vuestra perdición, la encontraréis.

Y tomando la linterna, salió del aposento y cerró la puerta, guardando la llave mientras murmuraba:

—¿Quién será este hombre?... ¡Oh!... No, no es lo que dice, no es lo que parece... ¡Y le sobra corazón para dejarse atormentar y matar sin hacer revelación alguna!...

Dió la linterna á su leal sirviente, que lo esperaba, y se alejó con acelerados pasos para volver á la cámara de Felipe II.

CAPITULO XXXI

LO QUE ADELANTÓ FELIPE II

El rey preguntó si su esposa se había acostado, y cuando le respondieron negativamente, mandó que le pidiesen permiso para verla, lo cual con rarísimas excepciones hacía siempre.

La desgraciada doña Isabel había leído ya la conmovedora carta de la hija del comendador y hablaba con doña Margarita.

Como ambas conocían perfectamente las intrigas de la corte, al simple anuncio de la visita del monarca, comprendieron que algún grave suceso había tenido lugar, y sospecharon que fuese el haber observado al mensajero de doña Luz.

No tenían tiempo para ponerse de acuerdo ni meditar, de modo que sólo pudieron cruzar una mirada de temor mientras la reina decía:

—Mucha prudencia, mucha desconfianza y mucha habilidad.

Doña Margarita guardó silencio; tomó una actitud más respetuosa que la que tenía, y esperó con la cabeza ligeramente inclinada sobre el pecho y revelando en el rostro una tristeza profunda.

La reina desplegó una sonrisa leve, muy leve, cuando su esposo entró en la cámara, y luego dijo á su doncella:

—Retiraos.

—No—replicó el monarca, haciendo ademán para que la doncella se quedase—, no os vayáis, porque quizá vos, mejor que nadie, pueda aclarar mis dudas sobre el asunto que me ocupa en estos momentos.

Doña Margarita hizo una profunda reverencia y luego quedó inmóvil.

Felipe II se sentó cerca de su esposa.

—Señor—dijo ésta sin aguardar un instante para que no se creyese que había meditado plan alguno en vista de la situa-

ción—, vuestra visita me sorprende agradablemente.

—Lo supongo, porque no debíais esperarme á estas horas; pero ya lo veis...

—Sí—dijo doña Isabel—, os habéis anticipado á mis deseos.

—¡A vuestros deseos!—repuso el monarca un tanto sorprendido.

—Precisamente.

—¿Acaso—preguntó Felipe II—, queríais verme esta misma noche?

—Ahora—dijo la reina con la mayor naturalidad del mundo—, daba orden á doña Margarita para que hiciese que os avisasen...

—Aquí me tenéis, pues.

—Doy gracias á la casualidad.

—Y yo á mi fortuna—dijo el rey, desplegando una sonrisa tan dulce como en él era posible y como se lo permitía su callado enojo.

—Estáis galante...

—Como debo, como merecéis...

—Me felicito, porque á más de halagarme esas muestras de cariñosa ternura, aumenta mi esperanza de conseguir lo que deseo.

Felipe II volvió á sonreír, lo cual no era la mejor señal, y fijando una mirada escudriñadora en el bellissimo rostro de doña Isabel, dijo:

—¿Teníais que pedirme algo?

—Una señalada merced, que bien podría llamarse acto de justicia.

—Señora, me hacéis una grave ofensa...

—¿Por qué?

—Justicia encuentra en mí el último de mis vasallos... ¿es posible que dudéis de obtenerla vos?

—No, si se tratara de otro asunto; pero hay cosas, señor...

—Explicaos, mi querida Isabel—repuso Felipe II, acercándose más á su esposa.

Y con pretexto de evitar el calor de la chimenea, puso una mano delante de su rostro, de modo que apenas era posible verlo, mientras que él miraba mejor el de su esposa.

Esta comprendió el ardid, y sonriendo con un si es no es de ironía, tomó un abanico que había sobre la chimenea, y alargándolo al monarca, le dijo:

—Tomad, señor: con esto os defenderéis mejor del fuego...

—Gracias; ya no es menester—replicó el rey bajando la mano.

—Como gustéis...

—¿Conque decíais?...

—Mi asunto no es de tal naturaleza que una hora ni dos importe nada; decidme vos el objeto de vuestra visita.

—No es tampoco urgente.

—Sin embargo, cuando habéis venido ahora...

—He podido dejarlo para mañana; pero la satisfacción de veros.

—¡Ah!... Gracias, señor, gracias...

—Sepamos, señora...

—Permitidme...

—Lo deseo.

—Yo también...

—Dejo de ser galante—repuso el monarca—, y empiezo á ser exigente.

—Si lo mandáis...

—Os ruego, mi querida esposa, os ruego que os expliquéis.

—Entonces...

—No os negaréis á complacerme...

—No.

—Ya os escucho.

Hubo algunos momentos de silencio.

Al rey, no pudo ocultarse que, á pesar de la aparente calma de su esposa, encontraba ésta profundamente conmovida y agitada.

Doña Margarita permanecía inmóvil como una estatua.

—Ya sabéis—dijo Isabel de Valois—, lo mucho que amo á doña Luz de Quiñones...

—Sí—respondió el monarca—, le habéis dado pruebas de un cariño verdaderamente fraternal, lo cual no extraño, porque esa familia merece mucho en todos conceptos: yo también, según sabéis, amo al comendador.

—Doña Luz, sobre tener un alma grande y noble, es muy desgraciada.

—Ciertamente: cualquiera diría que en esa familia se hereda todo, lo mismo la nobleza de alma que la mala ventura: el comendador es también hombre de gran corazón y desgraciado hasta donde lo son pocos hombres ó ninguno.

El rostro de la reina palideció ligeramente y se anubló por un instante.

Doña Margarita se estremeció y miró de reojo y con disimulo al monarca.

Ambas comprendieron lo que el rey se proponía, y temblaron, porque no solamente no había de conseguirse nada en favor de doña Luz, sino que debía agravarse la situación de ésta.

Sin embargo, doña Isabel disimuló y siguió diciendo:

—Hay otra razón para que yo le profese mucho cariño: al partir su padre la dejó á nuestro cuidado, me suplicó que la mirase como se mira á una hija...

—Sí, que velásemos por ella, porque se quedaba sola y en medio de todos los peligros que constantemente amenazan á una mujer joven, hermosa y que está además dotada de un corazón extremadamente sensible. He ahí otra de las razones que tam-

bién yo tengo para querer más al comendador: esa confianza que depositó en nosotros, confianza cuyo valor sólo puede apreciar un padre que tenga una hija y sea celoso de su honra.

La reina se estremeció; pero tampoco entonces dió muestra de haber comprendido la intención de su esposo.

—Por mi parte—repuso doña Isabel después de algunos momentos—, he cumplido los deberes que me impuse, como mejor he podido.

—Yo también por la mía.

—Supongo que el comendador...

—Ni de vos ni de mí tiene queja alguna.

—Me tranquilizo.

—Se queja únicamente de las circunstancias de su mala estrella... Tiene razón, y vos lo habéis reconocido así. Lo mismo el padre que la hija, son muy desgraciados...

—Sí lo son, lo son—dijo la reina acentuando esta última palabra—, lo son...

—Y sus desdichas—repuso Felipe II, mirando como distraídamente el fuego—, han tenido un término bien triste...

—No os comprendo...

—Hablo de la muerte de doña Luz.

—¡De su muertel!...

—Sí... ¿Qué os admira? ¿Acaso es alguna cosa por vos ignorada?

—Como no os he visto después que me dieron la noticia...

—¿Dudabais?...

—Siempre nos resistimos á creer lo que nos desagrada.

—No ha sido un rumor vago: sabéis que el dolorido padre, en lugar de enviar un aviso, ha venido á traerme la triste nueva.

—Bien, señor; hablaremos después de esa muerte, porque siendo la última que ha sucedido, es también lo último que debe tratarse.

—Al contrario, siendo esa muerte como el resumen de todas las desgracias del padre y la hija, siendo un suceso que cambia completamente la situación, es lo que debe ocuparnos antes que nada.

—Como os parezca.

—Sin embargo, continuad según os habéis propuesto, porque de todos modos, pareceme que estamos fuera del asunto.

—¡Fuera del asunto!...

—Sí.

—Mi propósito era ocuparme de doña Luz, y de ella os hablo.

—Me dijisteis que ibais á pedirme una merced, ó más bien á reclamar un acto de justicia...

—Precisamente.

—¿Era acaso en favor de doña Luz?

—Sí.

—Ya no existe...

—También á los muertos se les hace justicia.

—Es verdad; pero en esta ocasión...

—¿No adivináis?... Es extraño.

—¿Acaso hay quien ofenda la memoria de doña Luz? ¿La ofendieron en vida? ¿Tuvo alguien parte en su muerte? ¿Le negaron en su agonía lo que á nadie se puede negar? No se me alcanza otra cosa...

—Sí, señor, le han negado lo que nadie tuvo derecho á negarle.

—Me sorprendéis...

—Le negaron que tranquilizara su conciencia.

—Os han engañado; la muerte de doña Luz ha sido repentina, sin que nadie se apercibiese de semejante desgracia, y por eso no pudo confesarse...

—No me habéis comprendido...

—Explicaos más claramente.

—Hablo de su casamiento...

—¡Ah!...

—Su casamiento que había de legitimar en cuanto era posible su falta y la existencia de su hijo...

—Comprendo, comprendo...

—¿Con qué derecho—repuso enérgicamente doña Isabel—, con qué derecho se le niega á una madre el medio de asegurar el porvenir de su inocente hijo?

—Con ninguno—respondió tranquilamente el rey.

—Entonces...

—Doña Luz quería un imposible.

—¿Por qué, señor?

—Primero, porque hay fundadas sospechas de que su amante no es católico...

—Sospechas no más.

—Y prescindiendo de eso, ¿cómo había de casarse con un hombre que no existe.

—¡Que no existe!—exclamó doña Isabel fijando en su esposo una mirada de profunda extrañeza.

—¿Sabéis lo contrario?

—Sí.

—Me explico mal...

—O tal vez mi torpeza...

—Digo que no existe, no porque haya muerto, sino porque salió de España y nada se sabe de él.

—Le perseguían y le fué forzoso huir.

—Señora—dijo gravemente el monarca—, Raúl de Lancaste es un delincuente, ¿lo ignorabais?

—Ya sé que se le acusa...

—De un gravísimo delito, y nada más justo sino que se le persiga para castigarlo. ¿No amáis tanto la justicia?

—Señor...

—No puede la justicia dejar impune el crimen, porque el criminal, cometiendo un abuso, ha seducido á una mujer y necesita casarse: si semejante principio se estable-

ciera, no habría delincuente que no se librara del castigo, puesto que le bastaba poner en práctica tan sencillo medio. ¿Qué diréis de los hijos del que paga con la vida sus crímenes? Inocentes son, y sin embargo sufren las consecuencias de faltas que no cometieron. ¿Puede esto remediar-se? ¿Debe hacerse una excepción porque se trata de doña Luz? Ya lo veis, señora; la hija del comendador pedía un imposible, y sobre todo, aunque quisiéramos cometer una injusticia, nada conseguiríamos, porque doña Luz ha muerto.

La frente de la reina se contrajo.

¿Qué era conveniente hacer en aquella situación?

Convencida estaba de que nada había de conseguirse con respecto al casamiento de su protegida, porque ni el comendador había de ceder, ni el rey perdonaría tampoco á Raul de Lancaste.

Lo único en que había que pensar, era evitar que se llevase á término la horrible farsa de la muerte de doña Luz, y que á ésta se la encerrase en un convento, separándola para siempre de su hijo.

¿Era posible conseguir esto?

Desde luego opinamos que no, porque Felipe II, una vez decidido, no retrocedía.

Poca ó ninguna era la esperanza de doña Isabel, porque conocía perfectamente á su esposo; sin embargo, quería cumplir lo que consideraba un deber de conciencia, pagar á la infeliz víctima una deuda de corazón, y por eso entablaba la lucha.

En esta ocasión, como en todas, Isabel de Valois demostraba su nobleza de alma con pruebas que tenían tanto más valor, cuanto era peligroso contrariar á Felipe II.

—Bien—dijo la reina después de algunos momentos—, no hablemos más de la honra ni de la conciencia de la mujer, y ocupémonos solamente de los derechos y del corazón de la madre.

—Es decir, que abandonáis lo que vos llamábais el terreno de la estricta justicia...

—No, por el contrario, estoy como nunca en él, ya os he dicho que iba á ocuparme de los derechos de la madre, y al decir derechos...

—Entendido, pero os advertiré que yo soy el primero en reconocer que á una madre debe dejársele en libertad de hacer uso de sus derechos, si bien en tanto cuanto no ataque á los derechos de otro ni las leyes de la moral.

—Señor, no pienso discurrir como un abogado...

—Ya lo veo, no es la cabeza, sino el corazón lo que en vos habla, y como vuestro corazón es, por dicha mía, todo

ternura, nada de extraño tiene que os salgáis de la esfera de lo posible ó de lo razonable...

—Señor...

—Perdonad; pero no creo haberos ofendido: al contrario, reconozco que tenéis corazón que es un tesoro inestimable; pero eso estaría muy bien si viviésemos en un mundo de justos y no de pecadores, si todas las criaturas fuesen tan nobles y tan buenas como vos, lo cual desgraciadamente no sucede... Perdonad, repito... ¿Queréis proseguir?

—Si he de molestaros...

—¡Molestarme!—dijo el rey, desplegando una sonrisa tan dulce, que en él parecía un imposible.

Y luego añadió con el más cariñoso acento:

—No solamente no me molestáis, sino que al contrario, me embelesáis, mi querida Isabel. ¿Puede haber para mí satisfacción mayor que la de tener pruebas de que no hay mujer que os iguale en riquezas del alma, así como tampoco ninguna puede competir en belleza del cuerpo?...

—Gracias...

—Lo que siento, lo que me atormenta hasta un punto que no puedo explicar, es que, dejándoos llevar de los impulsos de vuestro generoso corazón, figurándoos que el mundo es lo que desea vuestra cándida ternura, me pidáis lo que es un imposible á pesar de todo mi poder.

—No, no pido imposibles...

—Pensadlo bien: si doña Luz ha muerto, nada puede hacerse por ella. Habláis de sus derechos... No hay derechos cuando no hay vida, porque la muerte acaba con todo, y si bien es verdad que el derecho queda existente, pasa del que muere al que sobrevive. La tumba, que es un obstáculo insuperable, separa á doña Luz de su hijo...

—¡Oh!—exclamó la reina sin poder contenerse y como si la exasperase más la fría calma de su esposo—. No hablemos, señor, no hablemos ó hagámoslo con franqueza, con lealtad...

—Señora...

—No sé lo que digo.

Felipe II había conseguido cuanto deseaba, que se exaltase su esposa, que lo reconviniere, que hasta le perdiese el respeto, porque así él podría hacer uso de su autoridad con visos de razón y de justicia.

—Si ahora—replicó el monarca—no sabéis lo que os decís, esperad otra ocasión.

—Lo de la muerte de doña Luz es una farsa indigna—dijo arrebatadamente doña Isabel, sin sospechar que estas palabras

eran una terrible sentencia, por lo menos de perpetuo encierro, contra el que había llevado la carta.

—¡Una farsa!...

—Sí, señor, una farsa, un crimen que vos estáis obligado á castigar.

—¿Vos también, señora? ¿Es posible que vos también os hagáis eco de ese rumor que ha empezado á esparcirse esta noche?... ¡Qué no ha muerto doña Luz!...

—No...

—¿Acaso su cadáver no está en la iglesia y mañana podrá verlo todo el mundo?

—Tengo pruebas...

—¿Dónde están?

La reina hizo un movimiento como para levantarse; pero se detuvo, reflexionó un segundo y luego dijo:

—¿No basta mi palabra?

—Sobra para mí.

—Entonces...

—Pero como no sois infalible y podéis equivocaros...

—Son pruebas de esas que no admiten duda.

—Es mucho asegurar.

—¿Qué diríais si ahora se os presentase la hija del comendador?

Estremecióse el monarca y como si temiera que efectivamente se presentara doña Luz, miró hacia una de las puertas.

—Es una suposición—añadió Isabel de Valois—, tranquilizaos...

—Si se me presentase, empezaría por pedirle toda clase de pruebas para convencerme de que era ella y no otra mujer que abusase de un parecido raro, pero posible.

—¿Y cuando tuviéseis esas pruebas?

—En eso precisamente podía consistir el error, y os convenceré.

—Es difícil...

—La prueba que tenéis de que doña Luz no ha muerto, es la de que en palacio se ha presentado un hombre con recado de ella... ¿No es así, doña Margarita?

La doncella, hasta entonces inmóvil y muda, respondió:

—Así es, señor.

—¿No ha estado ese hombre en vuestro aposento?

—Hablando conmigo, señor.

—¿Y no habéis sospechado lo que eso significaba?

—Nada he sospechado; nada he creído más que lo que veía y se me decía—respondió la doncella.

—Pues bien: yo os aclararé el misterio; porque ese hombre, que es un miserable, está en mi poder, encerrado en los sótanos del alcázar...

—¡Ah!...
—Y á la primera amenaza—añadió el rey—lo ha descubierto todo.

—Lo que decís...

—¿Parece imposible?

—Sí—replicó la reina.

Felipe II se levantó.

—Venid—dijo—y veréis á ese hombre; venid, doña Margarita lo conoce... Os autorizo para que lo interroguéis...

—Pero...

—Quiero que lo veáis...

—No lo dudo—dijo la reina, cuyo rostro se tornó pálido como el de un cadáver.

—Para vengarse del comendador, los cómplices de Raul de Lancaste han ideado lo de la falsedad de la muerte de doña Luz, y para dar al rumor visos de mayor verdad, ha venido ese hombre, porque así vos, señora, con la autoridad de vuestra palabra...

—¡Dios mío!...

—¿Comprendéis?

—Sí, sí—murmuró la reina con voz ahogada—, lo comprendo todo...

—Ese hombre, villano al fin, ha hecho lo que debía esperarse de un villano; ha sido desleal con los que le pagaban, y los ha servido mientras no le amenazó peligro alguno.

—Ahora lo veo todo claro—dijo doña Isabel con amarga ironía.

—Os convencéis de que era posible que os equivocáseis...

—Sí, y también comprendo cómo ha sido posible que doña Luz escribiese una carta diciéndome que se había supuesto su muerte, y que se había llevado la crueldad hasta el punto de obligarla á contemplar el fúnebre cortejo que acompañaba al que se decía ser su cadáver.

El rey palideció y su frente se contrajo; pero sin detenerse ni vacilar replicó:

—Supongo que habláis de la carta que ese hombre ha entregado á doña Margarita...

—No puede ser de otra.

—Se ha falsificado: ya veis que así necesitaban hacerlo, porque de otro modo no hubierais dado crédito ni valor á las palabras de un desconocido.

—¡Que se ha falsificado!...

—Sí.

—¡Oh!...

—Vuestra indignación se explica bien...

—Sí, señor, se explica—dijo enérgicamente la reina—. ¿Cómo no he de indignarme al ver que ni á la muerte se ha respetado?

—Pero descuidad; los que sin miramiento alguno han abusado del nombre de doña

Luz, los que así profanan su memoria, recibirán el castigo que merecen...

—He ahí lo que no dudo, señor; en eso sí tengo completa fe, porque la justicia de Dios no es la de los hombres...

—La justicia de los hombres se mostrará también severa...

—Abusos de todo género, profanaciones... ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!...

—Es horrible, sí...

—Ni se respeta la conciencia de una infeliz mujer, ni se respeta el corazón de una desdichada madre... ¡Oh!... ¡Y aún habláis de justicia!...

—¿Pero es que aun dudáis?

—No dudo, porque tengo pruebas de la verdad...

—¡Señora!...

—Si ese hombre, atemorizado ó comprado...

—¿Qué decís?

—Cumpló mi deber.

—¡Oh!—exclamó Felipe II con voz concentrada.

—No, no me haréis temblar...

—Pensad bien lo que decís...

—La letra de doña Luz ha podido falsificarse; pero nadie más que una madre en momentos de horrible angustia, con el alma desgarrada, acertaría á decir lo que en la carta se dice.

—Ese escrito es falso...

—No.

—Lo digo yo.

—¡Oh!...

—Doña Luz ha muerto...

—No...

—Señora...

—No, y cien veces no.

—Yo lo digo, yo lo afirmo...

—Y yo, señor...

—Soy el rey—dijo Felipe II, irguiendo la cabeza con altivez, y mirando alternativamente á su esposa y á doña Margarita.

—Basta, señor—replicó doña Isabel con toda la dignidad de su grandeza de alma—, no me lo diréis otra vez.

—Esa carta...

—Es falsa, señor—repuso Isabel de Valois—; pero tan bien imitada, que la guardaré como obra curiosa, ya que no como recuerdo de la amiga á quien tanto amo.

—Guardadla en buena hora... Y vos, doña Margarita, pensad que hay secretos muy peligrosos para quien los guarda.

—No lo olvidaré—dijo la doncella, temblando de miedo.

Sin pronunciar una palabra más, Felipe II salió del aposento.

La reina dió entonces libre curso á sus

lágrimas, y levantando al cielo los ojos, exclamó con descargador acento:

—¡Dios mío! ¡Dios justiciero!...

Doña Margarita, que apenas podía sostenerse, se dejó caer á los pies de su desgraciada señora.

CAPITULO XXXII

EL COMENDADOR SE CONFUNDE MÁS Y MÁS

Bien convencido quedó el monarca de que ni su esposa ni doña Margarita conocían al misterioso mensajero de doña Luz, y por eso no insistió sobre semejante punto.

Todo cuanto había que averiguar lo sabía ya el rey: la hija del comendador había escrito la carta aquella misma noche, y el secreto de la intriga era, por consiguiente, conocido con toda seguridad, no solamente por el portador del escrito, sino tal vez por otra persona intermediaria entre éste y la joven.

Por más que el comendador asegurase que su hija no se había comunicado con nadie aquella noche, quedaba probado que sí, y solo faltaba averiguar de qué medio se había valido.

No estaban, pues, en la mano todos los hilos de la intriga; quedaba uno suelto, quizás el más importante, y era preciso recogerlo.

Lo probable era, que además de los que estaban en un calabozo desde la noche de la sangrienta escena, hubiera otro sirviente que ayudara á doña Luz.

Sobre este punto, nadie mejor que el comendador podía descubrir la verdad, tanto por ser asunto del interior de su casa, cuanto por contar con la ayuda de su confidente Andrés.

Con el rostro más que nunca sombrío y haciendo estas reflexiones, volvió el monarca á su aposento, donde ya lo esperaba el comendador, no menos sombrío y taciturno.

—Explicaos—dijo Felipe II dejándose caer en un sillón y fijando su severa mirada en el caballero—, explicaos, comendador.

—Perdonadme—respondió éste—, perdonadme, señor, si alguna palabra inconveniente se escapa de mis labios contra mi voluntad; pero es tal mi indignación, tan reconcentrado mi enojo...

—Eso—interrumpió el monarca—significa que habéis acabado de convenceros de que ese hombre no es lo que parece, ó vale mucho.

—Ese hombre se niega á todo, absolutamente á todo, y no quiere ni aun decir

su nombre de pila, único que dice tiene, pues asegura que ni conoció á sus padres, ni sabe quiénes fueron.

—¿Creéis que eso es verdad, ó un ardid de que se vale para desorientarnos?

—Lo creo, señor, porque nadie le obligaba á decir semejante cosa, ni habría medio de obligarlo, puesto que escucha todas las amenazas con una indiferencia que no es fingida. Es casi un niño, señor; pero un niño con un corazón de hombre, con una gran inteligencia... ¡Oh!... Se ha burlado de mí porque le hablé del tormento y de la muerte, se ha burlado porque en su concepto, mi amenaza suponía que me faltaba entendimiento para comprender lo que él era.

—Si ha comprendido su situación...

—Perfectamente.

—¡Oh!—murmuró Felipe, cuya frente se contrajo—. Encuentro otro hombre que desafía mi poder y es sobradamente audaz para resistirme...

—Está convencido de que por lo menos se le tendrá encerrado toda la vida. «Mi delito, dice, no es otro que conocer el secreto de la falsa muerte de doña Luz: ¿qué adelantaré con dar explicaciones? Por eso no ha de considerárase menos peligroso».

—Razón le sobra.

—Asegura que su vida, lejos de serle grata, es un tormento, y por consiguiente, que considera la muerte como un descanso, como una dicha.

—Pero de sus mismas negativas podrá deducirse algo.

—Nada, señor, nada, porque al negar una cosa no intenta probar otra, ó para hablar con más exactitud, su sistema consiste en no negar ni conceder. Y si le hacéis la observación de que el no negar es casi confesar, responde: «Creed lo que os plazca, que á mí me es indiferente, puesto que mi sentencia está pronunciada, mi suerte ha de ser la misma: conozco el secreto de vuestra intriga, y se ahogará mi voz por la mano del verdugo ó entre las paredes de un calabozo».

—Necesito ver á ese hombre.

—Si me fuera permitido dar un consejo á V. M...

—Hacedlo.

—No lo veáis.

—¿Por qué?

—Primeramente porque será inútil.

—Conoceré á un hombre que vale.

—Además...

—¿Qué teméis?

—Que no guarde á V. M. el debido respeto.

—¡Oh!...

—Su audacia no puede compararse sino con la de un loco.

—Me respetará.

—Señor...

—¿No decís que tiene gran inteligencia y gran corazón?

—Le sobran.

—Un hombre así no comete una torpeza, y torpeza grande sería faltarme al respeto. El comendador hizo un gesto de duda.

—Mañana os convenceréis—añadió el monarca.

—Quiera Dios que suceda así.

—Puesto que todo lo niega, ó más bien que á nada responde, os habrá sido imposible salir de dudas en cuanto á si vuestra hija ha tenido comunicación con alguien esta noche.

—En cuanto á eso, ya tuve la honra de decir á V. M...

—Estábais seguro de que no.

—Y lo estoy.

—¿Y si yo—repuso el monarca—os diese una prueba de lo contrario?

El caballero tembló y fijó en el rey una mirada de verdadero terror y de sorpresa.

—¡Una prueba de lo contrario!—repitió con voz sorda.

—Sí, una prueba palpable de esas que no dan lugar á dudas.

—Señor—repuso el anciano confuso y sin saber lo que decía—, cuando V. M., tan prudente como es, lo asegura...

—Sí.

—Respeto la opinión de V. M., por más que no acierte...

—He sido más afortunado que vos en mis averiguaciones.

—No comprendo...

—El hombre que está encerrado ha traído á doña Margarita una carta de vuestra hija...

—Pero esa carta...

—Ha sido escrita esta noche.

—¡Esta noche!—balbució el anciano volviendo á mirar al rey con espantados ojos.

—¿Os sorprende?

—Como todo lo que nos parece imposible.

—Pues aún no conocéis una circunstancia que os sorprenderá más.

—¡Más aún!...

—La carta ha sido escrita después de haber salido de vuestra casa el cadáver...

—¡Ah!...

—Y doña Luz se queja de vuestra crueldad por haberla obligado á contemplar el fúnebre cortejo...

—¡Señor!...

—Todo lo refiere con detalles, y pide ayuda á la reina...

—Estoy aturdido... ¡Oh!—murmuró el anciano.

Y se pasó las manos por la frente que tenía inundada de frío sudor.

—Tranquilizaos y medita.

—Pero, señor, si no me he separado de mi hija hasta después de la escena con el cura...

—¿Y vuestro criado Andrés?

—Conmigo ha venido y me espera.

—Pues bien: yo me explico eso muy sencillamente.

—Y soy muy torpe... ¡Oh!—exclamó el caballero recobrando su energía y apretando los puños—. Estoy desesperado, loco... Perdonadme, señor...

—¿No ha podido vuestra hija escribir después que la dejasteis?

—¡Ah!... No merezco perdón...

—¿Empezáis á comprender?...

—En el aposento donde quedó mi hija había tintero y papel... ¡No pensé en quitarlo!...

—Ya lo véis.

—Pero quedó encerrada...

—¿Tiene ventanas la habitación?

—Ninguna.

—No dudéis que aún queda en vuestra casa algún criado traidor.

—Bien puede ser... ¿quién se atreve á responder por ninguno?... Pero aun así no han podido comunicarse con mi hija.

—Si no hay ventanas, si habéis cerrado con llave...

—Aquí la tengo.

—Por debajo de la puerta.

—No podía ser tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no hay más que una puerta, y esa da á un aposento que tampoco tiene salida más que á otro, el cual, como los anteriores, tiene solamente una puerta que también cerré... Mirad.

Y el comendador sacó dos llaves.

—Creéis que hay duendes?—preguntó el monarca con ironía.

—No soy supersticioso; creo que nada se hace en este mundo por arte sobrenatural.

—Entonces creéis que alguien ha ayudado á doña Luz; que se ha puesto en comunicación con ella.

—Forzosamente.

—Alguien, que es una criatura como todos.

—Pero...

—Lo que nos falta saber es cómo lo han hecho; pero no porque lo ignoremos es menos verdad, puesto que ha sucedido. ¿Hemos de negar el efecto porque no conocemos la causa?

—No...

—Debemos suponer que el traidor es un criado, y por consiguiente, lo que hay que hacer es descubrirlo.

—¡Vendido por todos lados!...

—No perdáis tiempo, comendador.
 —¡Ah!...
 —Otra persona conoce también el secreto; otra persona, la más temible, porque nos es desconocida.

—Sí, otra boca que sellar...
 —Van siendo muchas... Sin embargo, no retrocederé.

—Yo descubriré al traidor, y...
 —Nada de violencias.
 —Daré aviso á vuestra majestad.
 —Sí, dadme aviso, y... habrá en Segovia un calabozo más que esté ocupado.

—Si vuestra majestad me lo permite—dijo el caballero, disponiéndose á salir.

—Idos y que Dios os ilumine.
 —Falta me hace la ayuda divina.

Grave, muy grave era el compromiso para el comendador, pues el monarca no quedaría satisfecho hasta que se descubriese al que ayudaba á doña Luz, lo cual era imposible conseguir, puesto que, como sabemos, no existía semejante traidor.

Aun existiendo, era difícil, muy difícil dar con él: así lo comprendía el anciano, y por eso cuando salió del alcázar iba preocupado y taciturno como nunca.

Acompañado de Andrés, se encaminó á su vivienda, y solo cuando les faltaba poco para llegar dijo:

—Mi buen Andrés, tenemos cerca un traidor.

—¡Un traidor en casa!...

—Sí.

—No lo creo.

—Tengo pruebas...

—¡Oh!...

—Es preciso descubrirlo.

—Estando ya presos Fernán y Aldonza...

—Queda otro.

—No llevéis á mal que dude...

—Ahora lo sabrás todo... Abre...

Andrés abrió la puertecilla de la calle de Cuchilleros, y sin hacer el menor ruido, entraron en la casa volviendo á cerrar.

Los dejaremos explicarse y buscar el supuesto traidor, y volveremos al lado del anciano sacerdote.

CAPITULO XXXIII

ANGUSTIAS

El anciano sacerdote, con la frente apoyada en las manos y los brazos en la mesa, había permanecido inmóvil por espacio de una hora.

Su pensamiento se había entregado á las reflexiones más amargas y tristes sobre las debilidades y pasiones de la humanidad,

y no puede hacerse comprender lo que esto le hacía sufrir.

A pesar de su clarísimo talento y de su experiencia, parecía imposible que un hombre como el comendador llevase á cabo una intriga ruin, tan criminal y horrible como la que en aquellos momentos se practicaba, y que su proceder encontrase el apoyo y la decidida protección que había encontrado, precisamente en quien tenía la santa misión de hacer justicia, de amparar al débil y al desvalido, y de ser con todos generoso.

Todo esto probaba una desmoralización horriblemente desconsoladora, probaba que los hombres habían llegado á un estado de repugnante degradación moral, probaba, en fin, que el corazón de la sociedad estaba enfermo, corrompido, y que era imposible la curación del mal, que no había otra esperanza que la incierta que inspirar pudiese lo porvenir con nuevas generaciones.

No tenemos que decir lo triste, amargo y verdaderamente desgarrador que esto era para un alma virtuosa como la del anciano.

Además, y prescindiendo de semejantes consideraciones, su situación no podía ser más difícil.

Había prometido velar por el inocente hijo de doña Luz, y el cumplimiento de este deber, que tan generosamente se había impuesto, le ofrecía no pocos inconvenientes y peligros.

Por otra parte, la gravísima cuestión de la partida de muerte de doña Luz, era para muy meditada. Decidido había ya el cura no extender en el libro parroquial semejante partida; pero ¿no echaría inmediatamente de ver la falta el comendador?

Así era probable, porque la certificación que justificara la muerte de la joven era de mucha importancia para el caballero, y tal vez querría hacer uso de ella inmediatamente, aunque no fuese más que para que el perseguido amante renunciara para siempre á sus esperanzas de unirse á la mujer á quien amaba tanto.

Si así sucedía, como era de suponer, el comendador Quiñones exigiría sin pérdida de tiempo la copia de la partida, y cuando se le negase, acudiría al monarca.

El libro sería entonces reconocido, y á Felipe II le sobraba poder para que el anciano dejase de ser cura de San Justo, para que inmediatamente se exhumase el cadáver, para que el doctor Extremera firmase nueva declaración, si la primera se había perdido, y en fin, para que otro cura extendiese la partida.

¿Qué se habría conseguido entonces?

Nada más que empeorar la situación.

El anciano sacerdote sería tal vez per-

seguido ó desterrado, y se vería en la imposibilidad de atender al hijo de doña Luz.

Momentos hubo en que el buen cura dudó y aun estuvo á punto de decidirse á inscribir en el libro mortuario el nombre de doña Luz, no por temor de lo que á él pudiera sucederle, sino en beneficio de los demás.

Empero su conciencia no se lo permitió.

Dar fe de una falsedad, era cosa que no podía hacer.

Creía que á nadie le era permitido esto, aunque fuera para evitar una desgracia.

Y discurre, y luchó, y se atormentó no poco.

—No—dijo al fin levantando la cabeza.

¿Cómo había de hacerlo?

No era posible, porque sólo el haber prometido guardar el secreto, lo consideraba una ligereza inexcusable, una falta de que su conciencia empezaba á acusarlo.

No: en conciencia era demasiado escrupuloso: tal vez demasiado exigente; pero era así y no había de obligarlo á otra cosa.

Una vez resuelto, tomó la pluma y el papel en que había puesto su declaración Extrema, con intento de consignar lo sucedido y depositar tan importante documento con el cadáver, por lo que algún día pudiera suceder.

Empero se detuvo antes de empezar.

—¿No he prometido guardar el secreto?—dijo—. ¡Ah!... Esto no es publicarlo ahora; pero es casi lo mismo, porque puede suceder que el escrito se lea por alguien que lo divulgue... No, no.

Dejó la pluma y guardó el papel.

Dieron las doce.

—Mucho tarda Martín—dijo—. ¿Le habrá sucedido alguna desgracia?... Las calles están llenas de asesinos y ladrones, que viven con más anchura y descuido que la gente honrada; Martín es valiente y orgulloso, y si ha tenido un mal encuentro, no habrá retrocedido, á pesar de que iba casi desarmado... Hace más de una hora que se fué... Habrá encontrado dificultades para entrar, habrá perdido tiempo en vencerlas, porque es tenaz y estoy seguro de que no se volverá sin haber entregado la carta... Debo tranquilizarme.

El anciano se levantó y dió algunos paseos por la sacristía.

Luego fué á la iglesia, subió las gradas del catafalco y contempló el cadáver, como si aún quisiera convencerse más y más de que aquella no era doña Luz.

—¡Infeliz!—murmuró con acento de conmoción profunda—. Huérfana como él, desvalida, sin más guía que sus pasiones... ¿Qué extraño es que olvidase los deberes que impone la virtud, qué extraño cuando apenas tendría noción de lo bueno ni

de lo malo, cuando no la habían enseñado á apreciar el valor de la pureza?... Dios tenga piedad de su alma y quiera perdonar su deplorable extravío.

Los ojos del sacerdote se humedecieron.

Bajó del catafalco, fué hasta el pie del altar, arrodillóse y oró con toda la cristiana fe de su alma noble.

Cerca de media hora permaneció en aquel sitio, rogando por la salvación del espíritu de la desdichada Rosa.

Más de una lágrima corrió por sus pálidas mejillas.

Volvió á la sacristía.

—Ahora si que tarda demasiado—dijo.

Y se acercó á la puerta con la esperanza de oír ruido de pasos.

Ni el más leve rumor llegó á sus oídos.

Lo mismo en el templo que en sus alrededores el silencio era profundo, verdaderamente sepulcral é imponente.

El sacerdote se estremeció.

¿Tenía miedo?

Sí, pero no por él, sino por Martín.

—¿Qué me sucede?—se preguntó—. No acierto á explicarme lo que siento.

Y exhaló un suspiro penoso, añadiendo:

—Estoy triste, siento el corazón oprimido... ¡Ah!... no parece sino que una voz secreta me anuncia nuevas desgracias... No, no querrá Dios que se cometan más abusos, más crímenes... Mi tristeza se explica; lo que ha sucedido esta noche... ¿Cómo he de estar alegre?... Las desgracias de doña Luz me han impresionado tan vivamente... Y los sufrimientos de ese niño á quien amo con tanta ternura... Y las iniquidades que cometen los hombres, y el convencimiento desconsolador de la perversión del mundo... Sí, sí, se comprende mi tristeza... Pero Martín no vuelve, tarda demasiado...

El triste y amedrentador silencio fué interrumpido por el canto de la lechuza.

—¡Oh!—murmuró el sacerdote, estremeciéndose otra vez.

Y miró recelosamente á todos lados.

—No—dijo—, no puedo dominar este terror... Y, esa lechuza... Hace cuarenta años que oigo su lúgubre graznido, y nunca me ha infundido pavor como esta noche... El estado en que me encuentro, consecuencia de lo que me ha sucedido...

Interrumpióse y después de algunos instantes, añadió:

—Pero, Martín... ¡Dios mío!...

Pasó otra media hora, que fué un siglo de mortal angustia para el sacerdote.

Su agitación crecía.

—Yo no puedo esperar—dijo.

Y tomó su manto, encendió una linterna y sin reflexionar más ni detenerse, salió.

¿Qué intentaba?

Lo que hacía era una verdadera locura; pero hay que tener en cuenta que amaba al huérfano con el amor del más tierno padre, y que su dolor y su trastorno no le permitían meditar.

Una vez en la calle, tomó á la derecha.

No sintió el aire húmedo y frío que azotaba su rostro.

—Este camino debe haber llevado, y por este debe volver—dijo—. Si ha tenido un lance y lo han herido, lo encontraré.

A medida que avanzaba, y á favor de la luz de la linterna, miraba cuidadosamente á todos lados, sin dejar rincón que no examinase.

Llegó á Santa María sin haber encontrado alma viviente: ni rondas, ni ladrones, ni siquiera un enamorado.

—Empiezo á tranquilizarme—dijo.

Y dobló la esquina del templo, dando vista al alcázar que se levantaba en medio de las tinieblas como un gigante, cuya cabeza se perdía más allá del negro horizonte.

El mismo silencio, la misma quietud, la misma soledad.

A través de las rendijas de alguna ventana del alcázar, podía verse el incierto brillo de un débil rayo de luz.

En los zaguanes apenas se divisaba alguna claridad.

El anciano se detuvo.

—Debo suponer—dijo—, que lo haya detenido doña Margarita.

Algo le tranquilizó esta idea.

Entonces le ocurrió pensar que allí peligraba su salud, expuesto al aire glacial que soplabá del Guadarrama.

Nada tenía que hacer en aquel sitio, y como además había dejado sola la iglesia, determinó volverse.

Sin embargo, echó una última mirada al palacio, como si quisiera ver á través de las paredes lo que en el interior sucedía.

—¿Quién sabe—dijo el cura, cuyo deseo le hacía pensar en todo lo que podía serle grato—, quién sabe si Martín ha tenido que ver á la reina, y si esto es la base de su fortuna?... ¡Ah!... Bien merece ser dichoso, porque su alma es un tesoro de virtudes, y porque ha sufrido y sufre mucho. ¿Qué habría sido de esa infeliz criatura si hubiera ido á poder de los que no comprenden la caridad más que á medias; de los que creen que no hay deber de hacer sacrificios de todo género en bien de los demás?... ¡Pobre Martín!

Sí, pobre Martín, que en aquel momento se encontraba encerrado en un calabozo, de donde no saldría jamás, á no ser por ir á otro más seguro.

El buen cura emprendió de nuevo la marcha, y por si no había mirado bien, fué revisando de nuevo todos los rincones.

Tampoco entonces encontró á nadie, lo cual no era extraño, porque á semejante hora llevaban algunas de dormir casi todos los habitantes de la villa, y además el frío era demasiado intenso para que convidase á pasear.

El anciano entró en la sacristía, dejó el manto y el bonete y se sentó con muestras de estar muy fatigado.

No había andado mucho; pero lo agobiaba el trastorno de su dolor.

Después de algunos minutos, púsose de pie, fué á la iglesia y revisó las luces que ardían en el catafalco.

No había ocurrido ninguna novedad.

Por todas partes reinaba la quietud; la quietud de la muerte.

Por donde quiera el más absoluto silencio, interrumpido solamente de vez en cuando por el chisporroteo de los cirios, cuyas luces rojizas parecían esparcir trabajosamente sus rayos á través de la fría atmósfera del templo, dándole un tinte que no puede calificarse sino de lúgubre.

Cuando el sacerdote se movía, el ruido de sus pasos, aunque lentos, se repetía con eco sordo, apagado, confuso, en la bóveda, que parecía temblar.

Era menester haberse encontrado allí, en la misma situación, dolorosamente agitado y conmovido, y con el temor de nuevas y mayores desgracias, para comprender que el anciano se estremeciese al escuchar aquellos ruidos y al mirar las negras sombras proyectadas por los altares, las imágenes de los santos, las pilastras, los confesonarios y todos los objetos, y que á pesar de su valor y de su mucha inteligencia, se sintiese más de una vez poseído del mayor terror.

Cuando volvió á la sacristía, sentóse otra vez junto á la mesa, apoyando en ella los codos, y lo mismo que antes, la frente en las manos.

Inmóvil, sin dar más señales de vida que su violenta y desigual respiración, entregóse de nuevo á tristes y amargas reflexiones.

La lechuza volvió á graznar.

Y el tiempo avanzaba con esa cruel lentitud con que avanza para los que sufren ó esperan.

Y transcurrió una hora y otra luego.

—¡Ah!—exclamó al fin el sacerdote, levantando la cabeza y dejando ver su rostro pálido como el de un cadáver—. Esto es ya demasiado... ¡Dios mío!... ¿Qué debo hacer? Nada, absolutamente nada.

Era inútil ir á buscar al mancebo...

—¿Pero es posible—dijo el cura—, que aún lo detengan en palacio?... No parece probable... ¡Oh!... ¿Cuándo será de día?... Las tinieblas me ahogan...

Ciertamente, la noche es horrible para los que sufren.

El sol esparcía sus luces, haciendo palidecer las de los cirios, el cadáver sería sepultado y...

¿Qué más?

El cura buscaría por todas partes á Martín y no lo encontraría; preguntaría por él, y nadie podría responderle.

Y tras aquel día llegaría otra noche tan larga, tan penosa, tan horrible como aquella.

Y luego muchos días sin que pareciese Martín, sin que nadie tuviera noticia de él.

Y lo mismo que los días, los meses y los años, y siempre lo mismo.

¡Pobre anciano!

¿Soportaría su débil organización el terrible golpe que le esperaba?

Anciano, débil, sin parientes ni amigos, Martín era su única felicidad, su consuelo único, porque era su sola afección.

Creció su agitación y su mortal angustia.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó con acento de súplica desgarradora

Volvió á la iglesia y cayó de rodillas al pie del altar.

¡Con cuánto fervor rezó, elevando al Omnipotente sus tiernas súplicas!

Empero entonces no rogaba por el alma de la infeliz Rosa.

Sólo pensaba en Martín; para el anciano, no había en aquellos momentos más que el desdichado huérfano.

De allí no debía moverse hasta que los primeros rayos del sol penetrasen en el templo.

Mientras esto sucedía, otras escenas, no menos interesantes, no menos dolorosas, tenían lugar en la suntuosa morada del comendador.

Ven, lector, que es preciso que sepas si al fin puede llevarse á cabo en todas sus partes el plan del comendador, y preciso es también que te convenzas de que Andrés era capaz de todo lo malo.

La intriga que nos ocupa ha de ofrecer todavía incidentes de grandísimo interés, raras peripecias que merecen especial mención.

CAPITULO XXXIV

OTRA VÍCTIMA INOCENTE

En el interior de la casa del comendador reinaba un silencio profundo.

Si todos los criados no dormían, por lo menos ni se movían ni hablaban.

El caballero, acompañado de Andrés, llegó á la puerta de sus habitaciones; pero antes de abrir, examinó cuidadosamente el sitio de la cerradura, miró por el ojo de ésta y probó de mil maneras á abrir sin la llave.

Ni pudo, ni había señales de que hubiesen abierto.

Sin embargo, esto nada probaba, porque fácil era que se hubiesen valido de otra llave.

Al fin entró.

Examinó las demás puertas sin advertir tampoco nada de particular.

Escuchó sin percibir ni el más leve ruido.

Entonces dejó la capa, el sombrero y la espada, y se sentó, diciendo á su criado:

—Escúchame con atención.

—Con toda mi alma—respondió el sirviente.

—El asunto es grave...

—Y no sosiego hasta que os dignéis aclarar mis dudas, porque si he de deciros la verdad, necesito muchas pruebas para convencerme de que en casa hay más traidores de los que ya están presos.

—Sí, pruebas hay...

—Entonces habrá traidor y lo descubriremos.

—¿Esperas conseguirlo?

—Tengo completa seguridad...

—¡Oh!... El traidor existe, y si no se descubre, S. M...

—Comprendo.

—No necesito, pues, decirte la importancia que tiene el asunto...

—Tranquízalos.

—Sí, en ti confío...

—Repito que os tranquilicéis.

—Mucho te debo, Andrés...

—Señor, lo que ahora importa...

—Es verdad.

—Sácadme de dudas.

—Ya sabes que hemos encerrado á un hombre que fué á palacio de parte de doña Luz.

—Será algún cómplice del flamenco.

—Lo será, pero ello es que ese hombre, y si no él mismo otro, ha visto esta noche á mi hija.

—Imposible.

—Llevaba una carta, que tiene la reina.

—Pero esa carta...

—También—repuso el comendador—ha sido escrita esta noche, después que se llevaron el cadáver, porque mi hija da cuenta de todo lo sucedido, con detalles que ella sólo conoce.

—¡Oh!...

—¿Cómo y á quién ha entregado esa carta?

—Es difícil adivinarlo.

—Y como eso supone que hay otra persona que conoce el secreto, el rey...

—Sí, quiere á todo trance que se tape esa boca más, y no admitirá excusas...

—Ya lo conoces.

—Tenéis razón; en vano se le dirá que ha sido imposible descubrir al traidor: ha mandado que se le busque, y es forzoso buscarlo; quiere que se le encuentre, y hay que encontrarlo aunque no exista, sí, aunque no exista, porque muy bien puede haber sucedido que ese hombre, sin ayuda de nadie y no sé cómo, se haya introducido aquí y recibido la carta de doña Luz.

—Yo no creo probable eso, y S. M. no lo cree posible.

—Señor, es preciso dejar satisfecho al rey.

—Y pronto...

—Antes de mañana.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Averiguar.

—Si tú no lo consigues...

—Señor...

—Todo se perderá.

Andrés quedó pensativo.

—Medita—le dijo el comendador.

—Es tan poco el tiempo de que puedo disponer... Pero en fin, dejadme...

—¿Sabes lo que temo, Andrés?

—Lo peor.

—Si no encontramos lo que bien pudiéramos llamar un fantasma...

—Posible es que S. M. disponga que rescucite doña Luz, dejándoos en la más horrible situación, porque vos mismo habéis dicho que ha muerto vuestra hija y...

—¡Oh!...

—No basta mi voluntad...

—Andrés—repuso el caballero con tono suplicante—, es el último apuro...

—Pero el mayor.

—El último esfuerzo que tendrás que hacer...

—Por lo mismo que es el último...

—No me abandones en estos momentos...

—¡Abandonaros!...

—Mañana serás independiente, rico, se habrán cumplido todos tus deseos...

—Señor, no me digáis semejante cosa: yo no tengo más deseo que serviros... ¿Qué necesitáis?

—Que se descubra al traidor...

—Se descubrirá.

—Esta misma noche...

—No habrá salido el sol sin que le conozcáis—repuso Andrés.

—¡Ah!...

—Os lo prometo...

—¡Andrés!...

—Permitidme que os deje...

—Sí.

—No digáis nada á doña Luz...

—Ya sabes que á las dos...

—Hay que llevarla al convento...

—Es la una, queda una hora...

—Para mí, toda la noche, es lo que he prometido, y lo cumpliré.

—No debo ser exigente.

—Tengo un plan, y creo que no podré ponerlo en práctica hasta después que se vaya doña Luz.

—Nada le diré, descuida.

—En el momento de marchar, no importa que le digáis cuanto se os antoje; pero ahora... ¿quién sabe lo que puede suceder?

—Es verdad, ya nada me sorprende ni me parece imposible.

—Con vuestra licencia...

—Dios te ilumine.

Andrés salió del aposento para dar principio á sus averiguaciones, aunque sin esperanzas de conseguir nada.

Si había hecho la promesa, había sido porque estaba resuelto á recurrir, en último apuro, á un medio diabólico y de seguro resultado.

Su fortuna dependía del término feliz de aquella intriga; si ésta fracasaba, perdería su valor todo lo hecho anteriormente, y Andrés habría de contentarse con el puñado de oro que hasta entonces le habían valido sus servicios.

Esto no satisfacía su ambición, porque no era precisamente dinero lo que buscaba: su sueño dorado, la ilusión de toda su vida era ser alférez, posición que aunque no elevada ni envidiable, estaba sin embargo á bastante distancia de su condición humilde.

La realización de su deseo debía considerarla un imposible; pero por lo mismo le halagaba más y era más ardiente el deseo.

Sus extraordinarios servicios al comendador lo pusieron en camino de alcanzar lo que afanaba, y lo que antes era imposible, fué probable.

El caballero, que conocía las aspiraciones de Andrés, le prometió el empleo como recompensa.

Puede comprenderse con cuánto ardor trabajaría el sirviente.

¿Qué no haría para ver realizado su sueño de toda la vida?

Verdad es que se trataba de cometer criminales abusos; pero la conciencia de Andrés no era escrupulosa, y como por otra parte le sobraba ingenio y valor, acometió la empresa seguro de la victoria.

Todo parecía terminado desde que el cadáver de Rosa quedó en la iglesia, y Andrés se consideró ya hecho alférez y disfrutando de la vida alegre, por más que sea peligrosa, del soldado.

Empero los últimos incidentes le enseñaron que nada hay seguro en esta vida.

Era muy triste perderlo todo después de haber trabajado tanto y con acierto.

No: Andrés no podía conformarse con semejante resultado.

Quien había hecho lo más, bien podía hacer lo menos.

Se habían hecho varias víctimas... ¿Qué importaba una más?

Si la conciencia no remordía por todas ellas, no remordería por ninguna.

¿Era caso de detenerse por tan poco?

—No.

Todas estas reflexiones se las hizo Andrés y se decidió.

¡Perder el ambicionado empleo!...

Imposible.

Y una vez decidido á sacrificar á un inocente, emprendió con flojedad las averiguaciones.

El resultado debía ser el mismo para sus miras, y por consiguiente consideraba una necesidad imponerse mayor trabajo.

Sin embargo, al cabo de media hora supo Andrés que no faltaba quien hubiese buscado en el cadáver el parecido á doña Luz.

Sabido esto, le fué muy fácil averiguar quién había hecho tan peligrosa observación, y una vez averiguado, el sirviente que en tales detalles se había metido, fué designado como víctima.

—Es cuanto necesito, y no me meteré en más pormenores—dijo Andrés.

Y volvió al aposento de su señor, que lo esperaba con impaciencia.

—Cuando vienes sin que te llame—dijo el caballero—, es señal...

—De que no he trabajado en balde.

—¡Ah!...

—Aún no he triunfado por completo, señor.

—Pero...

—Creo que triunfaré.

—Me ha prometido...

—No olvido mi promesa, y ahora tengo completa seguridad de cumplirla.

—¿En qué fundas esa seguridad?

—Hay quien en el cadáver ha buscado las facciones de doña Luz.

—¡Oh!...

—Y dice que no las ha encontrado.

—¡Andrés!—exclamó el comendador.

—Eso creo que ha sido solamente un pretexto para extender el rumor de que doña Luz existe.

—¿Y quién ha tenido el atrevimiento?...

—Eso es lo que me falta saber.

—Ya tenemos al traidor...

—¿Son fundadas mis esperanzas?

—¿Quién lo duda?

—Nada más tengo que deciros.

—De modo que esa voz ha corrido...

—Bastante.

—¡Si el rey lo supiera!

—Querría encerrar á cuantos habitan en esta casa.

—Imposible.

—O dispondría deshacer lo hecho...

—Sí, sí.

—Pues bien: ya podéis tranquilizaros: antes de que amanezca...

—Sigue adelante, buen Andrés; no pierdas un solo minuto...

—Tengo que esperar á que salga doña Luz.

—Explicate...

—Quiero tender un lazo al traidor que creyendo que habéis salido vos de casa y ha quedado la señora...

—Comprendo.

—Y cuando volváis del convento...

—Vales mucho, Andrés.

—Mi deseo de servirlos.

—¿Qué hora es?

—Las dos menos cuarto.

—¿Puedo yo hablar con mi hija?

—Sí, señor, ya no hay peligro, porque antes que acabéis la conversación, tendréis que salir de casa.

—A las dos en punto aguardará la silla.

—No sobra tiempo.

El comendador quedó pensativo.

A pesar de la buena noticia que le había dado su sirviente, aumentaba su agitación á medida que se acercaba el momento de dar el último paso en la intriga.

No era posible que el caballero sospechase el plan de Andrés; pero aun conociéndolo, ¿hubiera retrocedido?

Algunos minutos pasaron, y al fin se detuvo y dijo á su confidente:

—Es decir que no podrás acompañarme...

—Tengo necesidad de estar aquí, ya lo veis.

—No importa, iré solo...

—Lo siento.

—Una persona de confianza es un consuelo en situaciones como estas... Pero no me faltará el valor, no me abandonarán las fuerzas...

—Sufrís mucho...

—Y quisiera morir cuando todo haya concluido, cuando no quede huella alguna de mi deshonra... ¡Oh!... Me sobrarán las fuerzas, sí, me sobrarán... luego, no respondo de mí; pero, ¿qué importa?...

—Señor...

—Déjame.

Salió Andrés.

El comendador fué al aposento donde había dejado á su hija, sacó la llave y

abrió la puerta, después de haber escuchado sin percibir ruido alguno.

CAPITULO XXXV

DE CÓMO SE DESVANECIÓ LA ÚLTIMA ESPERANZA DE DOÑA LUZ

Doña Luz estaba de rodillas, con la frente apoyada en el sillón que había ocupado el sacerdote.

Tal vez no se había movido desde que la dejó su padre.

A pesar de lo que sufría, abismada en sus amargas y dolorosas reflexiones, con el pensamiento en Dios, en Raul y en su hijo, había pasado quizás para ella el tiempo con la velocidad del rayo.

No podía decirse si lloraba.

Algún suspiro penoso, de esos que parecen llevarse tras sí el alma, escapábase de su pecho.

Por lo demás, había dejado caer los brazos y las manos cruzadas sobre el asiento del sillón, y permanecía inmóvil como una estatua.

La luz reflejaba en sus negros y finos cabellos, que se esparcían sobre su espalda y sus hombros en desordenados mechones.

O absorta como estaba en sus pensamientos no se apercebía de la llegada de su padre, ó indiferente á todo, no quiso dar muestras de haberse apercebido.

El comendador, á pesar de que había recibido la más grave ofensa que puede hacerse á un caballero y de que ardía en deseos de castigo, ó más bien de venganza; á pesar de su severidad cruel y de sus exageradas ideas, que bien puede decirse eran en él una monomanía; por más que su carácter fuese duro y violento hasta la exageración y que su corazón fuese poco ó nada sensible, y á pesar, en fin, de que creía de buena fe que no cometía ningún abuso, que era lícito y bueno cuanto hacía, y que así cumplía sus deberes de padre, de cristiano y de caballero, sintióse profundamente conmovido al contemplar á su desgraciada hija, teniendo que detenerse al dar el primer paso para tomar alientos, porque apenas podía respirar.

Pasados algunos segundos, sino más tranquilo, más dueño de sí, miró á la mesa y vió que los papeles estaban en desorden y la pluma fuera del tintero.

Si alguna prueba le faltaba para convencerse de que doña Luz había escrito á la reina, ya la tenía.

A pesar de que esto no debía sorpren-

derlo, se contrajo más de lo que estaba la frente del anciano, y por un momento se tiñeron sus mejillas con el carmín de la ira.

Luego adelantó algunos pasos.

Volvió á detenerse junto á doña Luz.

Esta no se movió.

—Señora—dijo el caballero con voz ronca.

La joven levantó la cabeza y fijó en su padre una mirada que no hubiera podido decirse si era de miedo, de dolor ó de sorpresa.

Sus negros ojos tenían el brillo del ardor de la fiebre, y sus pupilas estaban dilatadas.

Se conocía que había llorado; pero en aquel momento no había una lágrima en sus pálidas mejillas.

Su respiración era violenta y desigual.

Después de algunos momentos se levantó; pero en seguida tuvo que sentarse.

Estaban agotadas sus fuerzas, y le era imposible sostenerse.

—Padre mío—murmuró con voz débil—, padre mío...

—¿Habéis cambiado de resolución?—preguntó el caballero.

—¿En qué?

—En lo que respecta al fruto de vuestra deshonra...

—¡Ah!...

—Responded...

—¿No estáis satisfecho?

—Señora...

—Siquiera por compasión, por caridad...

—¿Es decir?...

—¡No me desgarréis más el alma!...

—Vos me la habéis desgarrado á mí para satisfacer vuestras pasiones...

—Es verdad... Debéis castigarme, vengaros...

—¿Persistís en vuestro empeño?...

—¡Ah!—exclamó la joven haciendo un doloroso esfuerzo—. Quitadme la vida, que no exhalaré una queja; pero en cuanto á mi inocente hijo...

—Tenéis esperanza de que lo protejan; pero en vano y debo advertiroslo.

—Tengo esperanza en la justicia de Dios...

—Entretanto llega la hora de esa justicia, la de los hombres os es contraria.

—Lo sé.

—Habéis escrito á la reina...

—¡Dios mío!—exclamó doña Luz fijando en su padre una mirada de terror.

—El que ha llevado la carta á doña Margarita, está en un calabozo de donde no saldrá jamás...

¡Padre mío, padre mío!...

—Y el único de vuestros cómplices que

aún era desconocido, está ya descubierto.

La joven exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—Ahora—añadió el caballero con una crueldad horrible—, alimentad esperanzas. Nadie podrá revelar á vuestro hijo ni á Raúl el secreto de vuestra existencia, ni vos podréis hacer tampoco nada, porque antes de una hora estaréis para siempre encerrada en una celda.

Tampoco respondió la infeliz joven ni levantó la cabeza.

¿Qué había de decir?

Cierto debía ser que se habían apoderado de su carta, porque á no suceder así, el comendador no habría podido hablar de semejante escrito.

En concepto de doña Luz, el anciano sacerdote había sido la víctima, y por consiguiente, estaba perdida la última esperanza.

Ni ella ni su inocente hijo podrían ya contar con ayuda alguna.

¡La última esperanza desvanecida!...

Esto era horrible, porque la existencia sin ninguna esperanza, es una agonía, cuyo tormento no tiene igual.

Transcurrieron algunos minutos de silencio, solamente interrumpido por los tristes suspiros de la joven.

Al fin el comendador rompió el silencio para decir:

—No respondéis.. Solo algunos momentos nos quedan: después será tarde, y yo mismo no podría hacer nada en vuestro favor.

—¡Que responda!—murmuró doña Luz con acento de amargura.

Y levantó la cabeza y sonrió con expresión indefinible, como si por sus labios rebosase la hiel que encerraba su alma.

Y luego añadió, más que abatida, profundamente indignada:

—¿Qué responderíais si os sujetasen las manos, levantasen sobre vuestro pecho un puñal, y os dijeran que os defendiéseis?... ¡Ah!... ¿Qué haríais, señor, contra burla tan sarcástica y sangrienta, contra una burla tan cruel y horrible?

—Señora...

—Estoy sola—repuso la desdichada doña Luz—, enteramente sola para luchar, no tengo medio alguno de defenderme...

—No os provooco á la defensa, ni puedo hacerlo, ni os lo permito, porque soy vuestro padre...

—Entonces...

—Solamente os advierto que aún tenéis algunos minutos y que podéis conseguir mucho en vuestro favor si respetáis mi voluntad. Habéis muerto para el mundo, hay

un cadáver que es el vuestro en concepto de todos...

—Ya lo sé; estoy convencida, y por consiguiente...

—Aún tengo que hablaros por última vez de vuestra situación, es preciso, así me lo manda mi conciencia, porque es mi deber hacerlo todo para iluminar vuestro entendimiento. Escuchadme, pues, doña Luz.

—Ya os escucho.

—Aunque muy difícil, muchísimo, no es imposible hacer creer que, lo que se tomó por muerte, fué un desmayo...

—¿Queréis resucitarme?—preguntó la joven volviendo á sonreír amargamente.

—Sí.

—Pero será á condición...

—De que me digáis dónde está vuestro hijo, para que yo, solamente yo disponga de su educación y porvenir...

—¡Entregar á mi hijo!—exclamó doña Luz, de cuyos negros ojos se escaparon dos centellas—. ¡Y lo habéis podido imaginar!

Y como si instantáneamente hubiese recobrado todas sus fuerzas, levantóse, fijó en su padre una mirada, que bien hubiera podido tomarse por una provocación audaz, y añadió:

—Si yo tuviera aquí á mi hijo, vos, con toda vuestra autoridad de padre, y todo vuestro valor, ni el rey con todo su poder, ni sus verdugos con todas sus fuerzas, y su crueldad, seríais bastante para arrancarlo de mis brazos... ¡Oh!... No, no lo arrancaríais, sino quitándome antes la vida, y aun después, habría de costaros gran trabajo separarlo de mí...

—Se respetará la vida de vuestro hijo, se le pondrá á cubierto de la miseria, será rico, si así lo deseáis, yo os lo juro...

—¿Y qué más le daréis?

—¿Acaso necesita más?

—¿Y el amor de su madre?

—En cuanto á eso...

—¿Y el nombre de su padre?

—¡Oh!...

—No hagáis el milagro de mi resurrección, dejad que siga creyendo el mundo que he muerto; pero permitidme que me vaya con mi hijo y con mi esposo al último rincón de la tierra... No volveréis á saber de mí...

—Habéis perdido la razón...

—Pero conservo el corazón.

—Señora...

—Perdéis el tiempo...

—¡Oh!...

—Por última vez os lo digo... ¡Jamás, jamás sabréis el paradero de mi hijo!...

—¡Loca obstinación!...

—¿Ha llegado la hora de encerrarme en la sepultura de los vivos?

—Sí.

—Vamos.

—Dentro de algunos minutos será tarde—repuso el comendador.

—No me arrepentiré.

—No abriguéis esperanzas para después de mi muerte...

—Ya sé que no sois vos solo, sino también el rey...

—Tenéis otro enemigo más poderoso...

—Basta con Felipe II.

—Los votos que vais á pronunciar.

—Vamos, señor, vamos—replicó la joven, dando un paso hacia la puerta.

El caballero apretó los puños con desesperación.

—¿Para qué?—añadió doña Luz—, para qué hemos de hablar ahora de esos votos que harían imposible mi unión con Raul de Lancaste?

—Porque se os dispensará el noviciado y los pronunciaréis mañana...

—¡Mañana!... Decid á Felipe II que vaya á buscar una prueba de que su poder no alcanza todo lo que quiere su voluntad...

—¡Señora!...

—No intentéis hacerme pronunciar esos votos santos, pero terribles para mí, no lo intentéis sino queréis que vuestra autoridad...

—¡Señora, señora!—interrumpió el comendador, con iracundo acento.

—Sin duda no me conocéis...

—¡Oh!...

—Desde hoy conseguiréis de mí todo aquello que pueda conseguirse con la fuerza material, y por eso me encerraréis en un convento; pero otra cosa, no.

—¿Os atreveríais?...

—A todo.

—Temed mi cólera—gritó el comendador fuera de sí.

—Nada temo...

—Yo os probaré...

—Yo, señor, yo seré quien pruebe que no hay poder humano que baste para arrancar á mis labios una palabra que no quiero pronunciar.

El caballero, lívido, desfigurado y con los ojos centelleantes, rugió como un león, y con pasos desiguales recorrió el aposento de un lado para otro, ni más ni menos que un tigre enjaulado.

Doña Luz permaneció inmóvil.

Su frente estaba contraída, y su mirada, sino tan terrible, era tan dura, sombría y enérgica como la de su padre.

No debían durar mucho sus fuerzas.

Probablemente al otro día la infeliz no

tendría valor para desobedecer á su padre en presencia de toda la comunidad.

Fácil le era decir que no pronunciaría los terribles votos; pero era muy difícil, casi imposible hacerlo.

Para esto necesitaba más valor que para arrostrar la muerte, un valor raro, tan raro, que quizás no se hubiera encontrado mujer alguna que lo tuviera.

Como hemos visto, de lo que menos se había ocupado el comendador, era de hablar á su hija del supuesto traïdor que había entre los criados de la casa.

Pero seguro como ya estaba de descubrirlo, esto no tenía valor alguno, mucho menos ante la gravísima cuestión que se había tocado.

La negativa de doña Luz, produjo en el caballero el efecto que era consiguiente.

En todo había pensado el comendador; no había inconveniente ni contrariedad que no hubiese temido; pero nunca le ocurrió que su hija se revelase con tanta firmeza.

Dieron las dos en un magnífico reloj de péndola que había en el aposento.

El caballero se detuvo y fijó en su hija una mirada ardiente y penetrante.

—Es la hora—dijo.

—Vamos—respondió doña Luz.

—Por última vez...

—Vamos—volvió á decir la joven.

—¡Oh!...

—Si me lo permitís, tomaré un abrigo.

—Venid.

Doña Luz siguió á su padre.

Pocos momentos después estaba ella en vuelta en un ancho albornoz.

Andrés se presentó entonces con la capa, el sombrero y la espada del caballero.

Ningún otro criado había por aquella parte de la casa.

Silenciosamente anduvieron hasta llegar á la puerta falsa.

Allí se detuvo doña Luz.

Empezaban á faltarle las fuerzas.

No sabía lo que sentía

Sus ojos, animados con el fuego de la calentura, dirigieron á su alrededor una mirada de indescriptible afán.

Iba á salir para siempre de aquella casa donde había nacido.

Para siempre iba á dejar aquella mansión donde su virtuosa madre había dejado de existir, y donde su inocente y desdichado hijo había empezado á vivir.

Ya no veía más aquellos sitios, donde había sido feliz con sus ilusiones de niña pura, y había sufrido tanto con sus desgracias de mujer y de madre.

Sin embargo, ni acertó á pronunciar una sílaba, ni pudo derramar una lágrima.

Era tal su aturdimiento, que si la hu-

biesen dejado, habría permanecido allí sin apercebirse de que el tiempo pasaba.

—Vamos—dijo el comendador.

Estremeciéndose la joven, y obedeció maquinalmente.

Cuando estuvieron en la calle, volvió á cerrarse la puerta, quedando en la casa Andrés.

Doña Luz esparció la mirada, sin percibir más que las densas tinieblas.

Oprimióse el pecho y exhaló un suspiro.

Luego aspiró con avidez el aire frío y húmedo, pero grato y consolador para ella, cuya frente se abrasaba.

Un momento después se escaparon dos lágrimas de sus ojos.

Entonces pudo respirar con más libertad.

Algo más reanimada, siguió á su padre, que tomó calle arriba.

Tampoco entonces pronunciaron una palabra.

Pocos minutos después, llegaron á la calle de la Almudena.

Allí á favor de la luz de la linterna que llevaba el comendador, pudieron distinguir algunos bultos de gente que estaba parada.

Detuviéronse.

—Un instante más y no habrá remedio—dijo el comendador.

—¿Qué queréis?

—¿Insistís aún?...

—Vamos, vamos—interrumpió doña Luz con febril acento.

—Sea—murmuró el caballero con sorda voz—. Vos misma habéis pronunciado vuestra sentencia.

Acercáronse á los que estaban parados.

Eran cuatro hombres, que rodeaban una silla de manos.

Dos de ellos descubrieron las linternas de que iban provistos, y miraron al comendador.

—Entrad—dijo éste á la joven, en tanto que abría la portezuela de la silla.

Doña Luz obedeció.

Aquellos hombres debían estar ya instruidos sobre lo que tenían que hacer, porque dos de ellos levantaron el vehículo, y todos se pusieron en movimiento sin pronunciar una palabra.

Pocos minutos después desaparecían por la calle de Milaneses.

ciertas observaciones sobre el cambio que había sufrido el rostro de su señora después de muerta.

—Aquí—decía el confidente del caballero—, no quiero explicarme, porque es grave el asunto y pueden oírnos.

—Vamos adonde quieras—respondió el otro, que miraba con sorpresa á su compañero—; pero ya sabes que el señor dispuso que nos reuniésemos...

—Ahora no está en casa.

—¿Ha salido otra vez?

—¿Sabes acaso?...

—Nada sé; pero...

—Sí, Pedro, veo que lo sabes todo, y esto es una razón más para que hablemos. Ciertamente es que nuestro amo salió antes conmigo...

—Os vi por casualidad...

—Sí, y aprovechaste la ocasión...

—¿Que aproveché la ocasión!... ¿Para qué?

—Para andar á tus anchuras por la casa, á pesar de la prohibición...

—No anduve mucho; pero en último caso la desobediencia no me parece de importancia.

—Te convencerás de que sí.

—Pero...

—Ven, Perico, ven y me explicaré.

—Vamos.

Andrés con nueva sorpresa de su compañero, encaminóse á las habitaciones del comendador.

—Siéntate—dijo cuando hubo llegado.

Y él lo hizo mientras el otro replicaba:

—¿Me dices que me atreva á sentarme aquí!...

—Porque sentados hablaremos con más comodidad.

—Ciertamente; pero esa ofrece sus peligros.

—No temas que nos sorprenda nuestro señor, y sobre todo, en cuanto á peligros, no es ese el que debes temer.

—Ningún otro veo; pero en fin, si tú has de protegerme, estaré descuidado porque ya sé que vales mucho y que...

—Lo único que hay de verdad, es que se murmura, no solamente de mi valimiento, sino de otros muchas cosas, y si los murmuradores supieran lo caro que puede costarles su ligereza, serían más cautos para hablar.

Pedro comenzó á perder la tranquilidad.

Las palabras de su compañero podían significar mucho y muy peligroso.

—¿Sabes—dijo—, mi amigo Andrés, que me pones en cuidado?

—¿Por qué?

—Es verdad que se murmura, y es posible que lo sepa el señor comendador; pero en cuanto á mí...

CAPITULO XXXVI

LA HABILIDAD DE ANDRÉS

Mientras el comendador y su hija se alejaban de la casa, Andrés hablaba en una galería con el criado de quien dijimos que había cometido la imprudencia de hacer

—No te defiendas sin que te acusen, porque eso es muy sospechoso.

—Hablo con claridad...

—¿Pero no te sientas?

—Sí—dijo Pedro.

Y se sentó precisamente en el sillón que casi siempre ocupaba su amo.

Andrés fingió reflexionar, y después de algunos segundos, dijo:

—Supongo que vas á corresponder con toda lealtad á mi franqueza.

—¿Lo dudas?

—Sí, lo dudo.

—Me ofendes...

—Hace algún tiempo que todos me miráis con desconfianza, como si yo hubiera dejado de ser lo que siempre he sido.

—Y efectivamente, Andrés, puesto que quieres franqueza te diré que no eres nuestro compañero hace algunos días.

—¿Qué no soy vuestro compañero!

—No, no lo eres, si no un confidente del amo...

—¿Y qué tiene que ver vosotros la confianza que haya depositado en mí el señor?

—Mucho.

—Verdad es que hace algunos días...

—Todo son misterios.

—Nuestro noble señor ha necesitado la ayuda de un hombre fiel, y la ha buscado en mí; pero nada tienen que ver con vosotros sus graves asuntos, y por consiguiente...

—Bien—interrumpió Pedro con impaciencia—, dejemos eso y hablemos de lo que, según parece tanto me importa.

—Por supuesto...

—Repito que cuentas con mi franqueza.

—Te conviene ser franco, porque sólo así podré librarte del peligro que te amenaza.

—Explicate, Andrés, explicate.

—Ya sabes que una noche, hace precisamente diez días...

—Sí, hubo en la calle función de cuchilladas, y tan de veras, que dos corchetes quedaron malamente heridos ó muertos.

—Sabes también, porque eso se dijo sin rebozo, que entre el ruido de las espadas y el de la lluvia y el viento que soplaba con gran furia, sonaron los gritos de un chi-quillo...

—Lo sé, porque nadie lo ignora.

—La justicia no pudo matar ni echar



—¡Perdon, mi noble señor, perdon!... (Pág. 107)

mano al hombre que le había hecho resistencia.

—Bien me acuerdo que aquella noche se registró hasta el último rincón de esta casa, sin duda porque se creía que aquí se había refugiado el perseguido criminal.

—Sabes más, Perico.

—Te equivocas.

—¿No has prometido ser franco?

—Lo soy.

—Te probaré que no.
 —Veamos cómo.
 —Sabes que se dijo también, que el hombre perseguido por la justicia, ó lo que es lo mismo, el que llevaba en brazos una criatura, había salido de aquí por una puerta falsa.
 —No, Andrés, no...
 —Sí, Pedro...
 —Repito que no.
 —Hemos concluido.
 —Se han dicho muchas cosas; pero nada con seguridad...
 —Ello es que se ha dicho, que tú lo has oído...
 —Como quieras: eso no tiene valor ninguno.
 —Se llevaron presos á Fernán y á la vieja Aldonza, sin duda porque eran culpables como cómplices del perseguido.
 —Probablemente
 —Después de esto..
 —Misterios, Andrés, misterios... Doña Luz presa, y digo presa porque ni salía de su aposento, ni á nadie se le permitía entrar; y la guardaba una mujer que vino sin saber de dónde, y se ha ido sin que se sepa cuándo ni cómo.
 —Todo esto os ha llamado la atención.
 —Era muy natural.
 —Seguisteis haciendo comentarios...
 —Seguimos preguntándonos qué era lo que significaba cuanto veíamos.
 —Doña Luz estaba enferma...
 —Así se dijo.
 —Y era verdad.
 —Nadie lo ha dudado, puesto que el médico venía diariamente á visitarla; pero esto mismo era también motivo de extrañeza, porque no se comprende que el padre no entrara una sola vez en el aposento de su hija.
 —¿Cómo lo sabes?
 Lo decían.
 —Ya lo ves; tú, lo mismo que los otros, sabes más de lo que al señor comendador le conviene que se sepa.
 La mitad de lo que llevaban dicho lo ignoraba Pedro; pero llegó á creer que ya lo sabía. Habían llegado á sus oídos rumores más ó menos vagos, pero Andrés lo confirmó con tan hábil disimulo, que parecía que él nada había puesto en claro.
 —Sí, es verdad—repuso Pedro—, sabemos bastante, ó más bien presumimos.
 —Después de todo eso...
 —Ha muerto doña Luz.
 —Ha muerto—dijo Andrés sonriendo maliciosamente—; pero no ha faltado quien mire su cadáver con más atención de lo conveniente, asegurando que aquel rostro no era el mismo de nuestra señora.
 —Eso...

—Lo has hecho tú.
 —Andrés...
 —Lo saben todos y no puedes negarlo.
 —Bien—replicó Pedro, cuya frente se contrajo y palideció—; es verdad, yo he dicho que me llamaba la atención que doña Luz se hubiese desfigurado hasta el punto de que era imposible reconocerla.
 —Y de eso han deducido los demás que el cadáver no era de doña Luz...
 —¡Ah!...
 —Y estas deducciones peligrosas han llegado á oídos de nuestro amo...
 —Andrés, Andrés—replicó temblando Pedro.
 —Ni más ni menos que lo oyes.
 —Pero...
 —Demasiado sabes que no ha muerto doña Luz.
 —¡Que no ha muerto!—exclamó Pedro con acento de sorpresa y de terror.
 —No sé por qué me miras así...
 —Lo que dices...
 —¿Acaso no has visto que aquel cadáver no era el de nuestra señora?
 —Me pareció que...
 —¿Hemos de seguir hablando con franqueza?
 —Como quieras, Andrés: me amenaza un peligro, ya lo veo, y si tú me salvas...
 —Te daré un consejo: es cuanto puedo hacer por ti.
 —Yo te lo agradeceré con toda mi alma... Ya te escucho.
 Andrés aparentó que volvía á meditar; pero lo que hizo fué escuchar si en la habitación inmediata sonaba algún ruido.
 —Han sucedido—dijo después de algunos momentos—, muchas más cosas...
 —¡Más aún!...
 —Sí.
 No sé lo que me pasa...
 —Sosiégate.
 —No es la situación para estar tranquilo, ya lo ves.
 —Todo lo sabrás; pero no ahora, porque si viene nuestro señor...
 —¡Ah!—exclamó Pedro, levantándose y mirando hacia la puerta.
 Andrés sonrió levemente; pero con expresión de diabólica alegría.
 —Nuestro noble amo—dijo—, no puede perdonar al que ha abierto los ojos de los demás para que vean lo que no habían visto.
 —Yo... sin malicia.
 —Tampoco perdonaría—repuso Andrés, levantando la voz—, al que esta noche, mientras hemos estado fuera de casa, se ha valido de trazas verdaderamente diabólicas para comunicarse con doña Luz.
 —Pero...
 —¿Sabes por qué he querido hablarte

aquí mismo? ¿Sabes la importancia que tiene en que nos encontremos en esta cámara?

—Andrés...

—Si te acusan, como te acusarán, no te defiendas, porque no puedes; suplica por si conmueves, y ...

—Huiré.

—No es fácil.

—Ahora mismo...

—Inténtalo, y si puedes...

—Dios me ayudará—dijo Pedro.

Y poseído de terror y aturdido, dió un paso hacia la puerta.

Empero el rico tapiz que en ésta había, se levantó, apareciendo la severa figura del comendador Quiñones, que había escuchado las últimas frases de sus dos sirvientes.

El rostro del caballero estaba lívido y desfigurado hasta lo horrible.

Nunca había sido su agitación como en aquellos momentos.

Sus negros ojos relumbraron como dos carbunclos, y su mirada era terrible, aterrador.

Las palabras que había escuchado le hicieron creer que Pedro había sido cogido infraganti delito, y que en su turbación no acertaba más que á pedir á su compañero ayuda para huir.

No era esto sólo lo que había producido el trastorno del comendador, sino que antes, y á consecuencia de la despedida de su hija en el convento, estaba ya desesperado y casi loco.

Pedro exhaló un grito de espanto y se dejó caer de rodillas, extendiendo los brazos mientras exclamaba:

—¡Perdón, mi noble señor, perdón!...

—¡Villano miserable!—gritó el caballero con voz ronca.

—¡Perdón!...

—No, no lo mereces, y si ahora te dejas con vida, es por no manchar mis manos...

—Señor...

—Andrés—replicó el anciano—, ata á este bribón, tápale la boca si grita, y enciérralelo.

Como si Andrés hubiese adivinado lo que debía suceder, y por consiguiente se hubiese prevenido, sacó un trozo de cuerda que llevaba oculto bajo el colete, y ató á su compañero codo con codo.

Pedro no opuso resistencia, porque su terror y su aturdimiento eran tales, que bien puede decirse que no sabía darse cuenta de lo que le sucedía.

El infeliz se figuraba ya estar en un calabozo y tal vez en vísperas de ser entregado al verdugo, por lo menos para ser desconyuntado en un tormento.

Se comprende que semejante temor no era vano, teniendo en cuenta cómo en

aquel tiempo se administraba justicia, ó más bien la libertad que tenían los grandes para cometer toda clase de abusos contra los chicos.

Entonces había entre el rico y el pobre una gran distancia; entonces la autoridad del rey no tenía límites; su poder no conocía inconvenientes, no había más ley que su voluntad; y por consiguiente, las arbitrariedades estaban legalizadas por sí mismas, justificadas con el «yo lo quiero».

Y como el desdichado sirviente estaba bien convencido de que su señor contaba con la más decidida protección de Felipe II, se consideró, con sobrado fundamento, perdido para siempre.

El llanto salía de sus ojos, y de sus labios las súplicas más tiernas y desgarradoras.

Algunas frases dijo que probaban, si no su completa inocencia, que se le acusaba fundándose en un error.

A escuchar el caballero, habría comprendido que Pedro no se encontraba en aquella habitación porque él hubiese ido á buscar á doña Luz, sino porque Andrés le había llevado.

Empero el comendador, ciego por la cólera, y con el pensamiento fijo en su hija, no escuchaba al sirviente.

Después podía éste dar explicaciones sobre su presencia allí; pero ya sería tarde, porque se creería que eran subterfugios para ocultar la verdad.

—Calla—dijo Andrés mientras anudaba la cuerda—; me obligarás á que te ponga una mordaza, porque no es cosa de que demos un escándalo.

—Pero si yo...

—Hemos hablado largamente, y sabes que el asunto es delicado en demasía para permitir que nadie se entere.

—Soy inocente...

—No lo dudo, pero mañana con todo sosiego podrás explicar tu conducta, y si dices verdad, si no eres un traidor, te se hará justicia.

—Señor, señor, escuchadme...

—Llévate á ese villano—interrumpió el caballero.

—¡Dios mío!...

—Que te ponga la mordaza...

—¡Ah!...

—Vamos, y si no quieres te llevaré.

Sin saber lo que hacía púsose en pie el infeliz criado y siguió á su traidor compañero.

El comendador, como si hubiera agotado las fuerzas, se dejó caer en un sillón.

Al cabo de cinco minutos volvió Andrés.

—¿Dónde lo has dejado?—preguntó el caballero.

—En la cueva: allí puede gritar si quie-

re, porque he cerrado todas las puertas, hasta la que da al patio, y es imposible que se le oiga.

—Al amanecer ó antes se le llevarán.

—Pide con insistencia hablarlos.

—¿Para qué?

—No puede ser sino para suplicaros.

—No quiero verlo.

—Os lo digo porque...

—No, no—replicó el padre de doña Luz, con aspereza.

Y levantándose, fué á sentarse, junto á una mesa, tomó papel y pluma, y escribió una carta, que cerró y selló, poniendo el sobrescrito á don Roque.

—Toma—dijo á su confidente.

—¿Esto es?

—Para el señor alcalde...

—Entiendo.

—Has de llevarla ahora mismo.

—Sin perder un instante.

—Luego volverás...

—¿He de traer respuesta?

—No.

—Voy, pues.

—Aguarda.

—Mandadme.

—El asunto ha terminado, Andrés.

—Parece que sí.

—Creo que no queda libre ningún traidor.

—De los que no están encerrados; los que conocen el secreto, son vuestros en cuerpo y alma.

—Todos no.

—Queda el cura...

—En la discreción de ese tengo entera fe.

—Entonces...

—La única persona peligrosa es doña Margarita.

—¡Oh!... Una mujer...

—Sin embargo, no temo que descubra nada.

—Tampoco lo hará la reina.

—Tampoco, y por eso digo que este es asunto terminado.

—Me felicito, señor.

—Falta tu recompensa.

—Señor.

—Cumpliré lo prometido, y antes de cuatro días serás alférez.

—¡Ah!... ¿Con qué podré pagaros?

—Con silencio.

—Os juro que antes que este secreto, me dejaré arrancar la vida.

—Así cumplirás lealmente tu deber.

—Y lo cumpliré, señor.

—Déjame.

Andrés pronunció algunas palabras más para expresar su contento y gratitud, y salió.

El caballero apoyó la frente en las manos y quedó inmóvil.

En aquellos momentos una borrasca espantosa, horrible, agitaba su espíritu.

Lo que es una borrasca del alma, no puede comprenderla quien no la ha sufrido.

El sufrimiento del comendador Quiñones era por lo menos tan hondo, tan desgarrador como el de su desgraciada hija.

Era padre al fin, y no descorazonado, sino padre amante.

Era padre que no tenía en el mundo más afecciones que su hija.

Era anciano y no tenía más goces que su amor paternal.

Para hacer lo que hemos visto, tuvo que desgarrarse él mismo el alma.

Su proceder era criminal; pero él no lo había comprendido así.

Como hombre al fin, se había equivocado, y de la mejor buena fe creía que cumplía sus deberes de padre y caballero.

Y no solamente creía esto, sino también que al hacer el sacrificio de sus afecciones, que es quizás el más doloroso de los sacrificios, contraía un mérito grande á los ojos de Dios y del mundo.

Obraba mal; pero creyendo que obraba bien.

¿Cómo debemos juzgarle?

¿Qué pena merece el que comete un delito por un error?

Cuando no se tiene conciencia de lo que se hace, ó cuando se tiene la intención de hacer lo bueno ¿cómo debemos apreciar lo malo?

A un loco no se le piden cuentas de sus acciones.

El comendador no estaba loco, y sin embargo, lo mismo que el demente, obraba impulsado por una idea errónea.

No lo absolveremos, pero tampoco diremos de él más que ¡pobre padre, desdichado anciano!

Sí, pobre padre, pobre infeliz, porque sufría horriblemente, y sufría porque amaba á su hija con un amor sin igual.

Y sin embargo, ¡pobre entendimiento humano! había momentos en que hasta orgulloso estaba del triunfo que había conseguido su valor de hombre y su dignidad de caballero, sacrificando su tierna y única afección á sus deberes.

Dos horas permaneció inmóvil, sin dar más señales de vida que su violenta y desigual respiración.

Cuando levantó la cabeza, su rostro, cadavéricamente pálido, estaba lleno de lágrimas.

¡Lágrimas en aquel hombre!...

¡Cuánto debía sufrir!

¡Pobre padre!

CAPITULO XXXVII

LO QUE HIZO EL CURA

El sitio donde había caído la sangre de Martín fué purificado.

Antes de las siete de la mañana, el sacristán y los demás dependientes de la parroquia iban ya y venían por el templo, preparando todo lo necesario para la fúnebre ceremonia que debía verificarse á las ocho y media, según lo dispuesto por el comendador.

Todos habían preguntado por Martín; pero el cura había respondido que el huérfano estaba enfermo desde la media noche, y tal vez no podría dejar el lecho en todo el día.

No tenemos que decir cómo se encontraba el espíritu del anciano sacerdote.

Para disimular lo que sentía, para evitar que fijasen la atención en la densa palidez y dolorosa expresión de su rostro, no cesaba de andar de un lado para otro, y respondía con monosílabos y sin pararse á lo que le preguntaban.

A pesar de esto, sus dependientes, que también lo conocían, comprendieron que el anciano estaba preocupado y triste.

—¿Qué le sucederá?—preguntaron algunos.

—Bastante es—respondieron otros—, la enfermedad de Martín.

—Ciertamente.

—Lo quiere como á un hijo.

—¡Pobre señor!

Y desde que estas observaciones hicieron, todos los rostros se tornaron tristes, porque todos profesaban el más tierno y respetuoso cariño al virtuoso anciano.

Tal es la influencia de la virtud, influencia que no tiene igual.

No pensaba el sacerdote en otra cosa que en lo que haría para saber lo que había sucedido al huérfano.

Pero, ¿cómo averiguarlo?

La situación no podía ser más difícil.

¿A quién preguntar?

A nadie, porque una palabra indiscreta, la indicación más leve sobre los sucesos de la noche anterior, podían traer nuevos y graves compromisos.

¿Debía ir á palacio á ver á doña Margarita?

Esto es muy peligroso, porque fácilmente podía encontrarlo el comendador ó alguno de los que le habían ayudado en la intriga.

Y sin embargo, era el único paso que entonces podía dar.

Martín no ha muerto—decía el sacerdote—, porque si lo hubiesen asesinado, ya correría la noticia. Debe ser otra desgracia la que ha sucedido... ¿pero cuál?

Era imposible que adivinase la verdad.

Aunque convencido de que el huérfano no había tenido la noche anterior lance alguno que le costase la vida, el anciano preguntó á unos y otros y con la aparente indiferencia que le fué posible, si se tenían noticias de desgracias como las que con tanta frecuencia sucedían entonces en la coronada villa á la hora de las tinieblas.

Empero todos respondían que según se aseguraba, la noche anterior había sido excepcional y la villa había estado en calma completa.

Posible era que después de detenerse en palacio, la reina hubiese mandado á Martín que fuese á buscar al hijo de doña Luz y luego le diese otras órdenes, tal vez urgentes y de ejecución difícil, y esto lo tuviera ocupado.

Semejante suposición fué el único consuelo y la última esperanza del sacerdote.

Sin embargo, cuando dieron las ocho renacieron sus temores y lo atormentaron más que nunca.

Era imposible que tuviera calma para aguardar los sucesos.

—Iré á palacio—dijo al fin.

Pero en aquel momento no podía salir de la iglesia, porque, según hemos dicho, á las ocho y media había de darse sepultura al cadáver.

El comendador no había invitado á nadie para que asistiese á la triste ceremonia. Esto deba extrañarse y ser objeto de hablillas y quejas; pero el caballero pensaba excusarse como mejor pudiese; y en último caso, preferían que se enojasen sus amigos á que alguno hiciese peligrosas observaciones.

No había comprendido el comendador que no hay nada más sospechoso que los misterios, y que aunque nadie llegara á saber la verdad de lo sucedido, quedarían dudas, que por más que fuesen vagas, tendrían mucho valor, dudas que sería imposible disipar.

Ninguna importancia tienen los detalles de la fúnebre ceremonia, por lo cual diremos solamente que á la hora señalada fué trasladado el cadáver de Rosa á la bóveda de la iglesia y encerrado en un nicho á presencia del comendador, de Andrés y algunos otros criados, que por respeto per-

manecieron constantemente á bastante distancia, sin que les fuera posible examinar el rostro de la que creían ser su desgraciada señora.

Media hora después había desaparecido el catafalco y estaba cerrada la iglesia.

La vigilia y los sufrimientos de la noche anterior habían menguado considerablemente las escasas fuerzas del sacerdote; pero lo sostenía su voluntad, y sin perder un instante, salió para ir á ver á doña Margarita.

No tardó en llegar y entrar en el alcázar, deteniéndose al pie de la escalera.

Miró á todos lados con temor; pero bien pronto pudo convencerse de que las personas que por allí pasaban no fijaban su atención en él.

—¡Protegedme, Dios mío!—murmuró.

Preguntando á unos y otros llegó al cabo de un cuarto de hora á la habitación de doña Margarita.

Llamó, y abrió la puerta la sirvienta que la noche anterior había recibido á Martín.

—¿No es aquí—preguntó el anciano con dulzura—donde vive una señora que se llama doña Margarita y es doncella de la reina?

—Sí, señor—respondió respetuosamente la criada.

—Deseo verla...

—Llegáis á tiempo, padre, porque mi señora, que ha pasado mala noche, acaba de levantarse.

El aspecto venerable del anciano y su sagrado carácter debían abrirle todas las puertas.

Por esta razón la sirvienta, sin hacer más observaciones, lo llevó á un gabinete, diciéndole:

—Sentaos que al momento vendrá mi señora.

Y efectivamente, pocos segundos después, la doncella, sorprendida por aquella visita inesperada, se presentó, saludando cortesmente al anciano, sentándose junto á él y diciéndole:

—Dispuesta me tenéis á escucharos.

—Gracias, señora—dijo el sacerdote—. Mi visita debe sorprenderos; pero me explicaré.

—Como gustéis.

—¿Pueden oírnos?

—No.

—Porque es delicado y hasta peligroso el asunto que me trae.

Doña Margarita, más sorprendida cada vez, miró intranquilamente al anciano.

—Perdonad—repuso éste con su encantadora dulzura—, perdonad si mis prime-

ras palabras son desagradables y os inspiran temor.

—Sí, temo, no por mí, sino por... No lo sé, padre... Explicaos...

—¿No han venido á buscaros la noche pasada?

La doncella, acostumbrada á la vida de la corte, y por consiguiente á desconfiar de todo el mundo, fijó en el anciano una mirada escudriñadora.

—No comprendo vuestras palabras—dijo después de algunos momentos.

—¡Ah!—murmuró el sacerdote, desplegando una amarga sonrisa—, desconfiáis...

—Es que no entiendo...

—Tenéis razón, no me conocéis...

—Si os explicáseis con más claridad...

—Lo haré con cuanta me permita la situación, porque hay de por medio un secreto que no puedo revelar; y si vos lo ignoráis...

—Nada puedo deciros hasta ahora.

—¿No os trajeron anoche una carta de parte de una amiga vuestra á quien amáis mucho?

—Padre...

—¿No os rogaron que entregáseis aquella carta á la reina?

—Lo que decís...

—Es grave, lo sé.

La doncella guardó silencio y quedó pensativa.

¿Se le tendía un lazo?

Si era así, no podía tener otro objeto que averiguar si le habían entregado la carta de su amiga.

¿Y quién podía tener interés en esto?

Solamente el rey y el comendador, y ambos lo sabían ya.

En cuanto á los amigos y favorecedores de doña Luz, no había que temer.

¿Pero era el sacerdote uno de ellos?

Esto era lo primero que se debía averiguar.

—¿No he dicho bastante?—preguntó el anciano después de algunos segundos.

—Perdonad...

—Vuestra reserva no me ofende.

—Explicaos hasta donde os sea posible.

—Sí—repuso el sacerdote—me explicaré en todo cuanto no sea revelar el secreto que he prometido guardar.

—Os lo agradeceré.

—El mancebo que os trajo la carta es para mi corazón lo mismo que un hijo, porque yo lo recogí, lo eduqué y lo amo como padre.

—¿Y ese mancebo?...

—Vino á traer la carta y ha desaparecido...

—¡Ah!...

—¿Es bastante?

—Algo más, algo más...
 —Sabéis que doña Luz de Quiñones ha tenido un hijo...
 —Su honra, padre, su honra...
 —Cuando yo salga de aquí he de ir á buscar á ese niño...
 —Proseguid.
 —¿Teméis que se os tienda un lazo para averiguar el paradero del hijo de doña Luz?
 —No sé...
 —Os probaré que no, diciéndoos que la nodriza que se encargó del recién nacido, vive en una casa de la calle de Santa María...
 —¡Ah!...
 —La tercera á la derecha.
 —Basta—replicó doña Margarita, completamente tranquila—. Perdonadme.
 —Puesto que sabéis dónde se encuentra el hijo de doña Luz, habréis recibido su carta.
 —Sí.
 —¿Y el joven que os la dió?—preguntó afanosamente el sacerdote.
 —Aquel joven...
 —Decid...
 —¡Oh!... Padre mío...
 —¡En nombre de Dios, por lo que más améis!—exclamó el anciano con acento de tierna y conmovedora súplica.
 —Me comprometéis...
 —Lo amo como á un hijo; no tengo en el mundo más dicha que esta pura afición, y él es noble, generoso...
 —Os suplico...
 —Lo he criado á costa de grandes sacrificios y no puedo abandonarlo...
 —¿Pero no comprendéis?...
 —Sí, comprendo que ha sucedido una nueva desgracia...
 —Entonces...
 —Pero quiero conocerla, tengo derecho á conocerla, señora.
 —Y yo no puedo hablar.
 —¿Por qué?
 —¿Sabéis, acaso, lo que es Felipe II?
 —Os daré una prueba de que sí: soy el cura de San Justo...
 —¡Dios mío!...
 —Conozco el horrible secreto...
 —Basta, basta...
 —Decidme lo que ha sido de Martín.
 —Con una condición.
 —¿Cuál?
 —Cuando lo sepáis no haréis nada, absolutamente nada más que llorar vuestra desgracia como si ignoraseis la suerte de vuestro ahijado.
 —Esa condición...
 —Si no la aceptáis nada sabréis.
 —La acepto.

—Y excusado es advertir que el secreto...
 —Lo guardaré.
 —Fío en vuestra promesa...
 —No os arrepentiréis.
 —Pues bien: sabed que vuestro protegido fué anoche preso al salir de aquí...
 —¡Preso!
 —Y encerrado en los sótanos de palacio.
 —¡Dios mío!...
 —Si sale de su prisión será para ir á otra más segura.
 —Pero...
 —Lo espieron como quizás os espían á vos...
 —¡Ah!...
 —Conoce el secreto, y no es menester que cometa otro delito.
 El sacerdote, trastornado por el dolor, no pudo en largo rato hacer observación alguna.
 Doña Margarita intentó consolarle con dulces palabras.
 —Cumpliré mi promesa—dijo al fin el anciano—; nadie entenderá que he sabido la triste suerte de mi protegido; pero no encontraréis inconveniente en que yo haga en su favor lo que me sea posible.
 —Hacedlo, que yo misma ayudaré, y aún me atrevo á prometeros la protección de la reina; pero nada conseguiréis.
 —Gracias, señora.
 —Adquiriré noticias—repuso la doncella—, y nos pondremos de acuerdo, viendonos en vuestra vivienda, porque aquí es peligroso que vengáis. Ahora, si vuestro dolor os lo permite, ocupaos del hijo de mi desgraciada amiga.
 —Mi dolor nada tiene que ver con mis deberes, que cumpliré.
 —¡Noble abnegación!...
 —Dios os guarde, señora—repuso el anciano, poniéndose en pie.
 —¿Os vais?
 —A buscar al hijo de doña Luz.
 —¡El cielo os guíe!
 Doña Margarita besó respetuosamente la diestra del anciano.
 Este salió.
 Difícilmente podría contener el llanto que pugnaba por salir de sus ojos.
 Tampoco entonces, á pesar de que apenas podía sostenerse, pensó en descansar.
 Encaminóse á la calle de Santa María, llegó á la casa que buscaba, preguntó por la viuda...
 ¡Fatalidad horrible!...
 Los vecinos respondieron que conocían á la buena mujer; que hacía poco más de una semana criaba un niño; pero que había mudado de vivienda con tal sigilo,

que nadie había podido averiguar cuál era la nueva.

En vano preguntó el sacerdote á todos los vecinos.

Nadie pudo contestar otra cosa.

Nuestros lectores no se sorprenderán,

porque recordarán que Raul había dicho á Nicasia que la nodriza debía mudar en breve de vivienda.

Media hora después, el sacerdote buscaba consuelo y ayuda en Dios, orando fervorosamente al pie del altar.

FIN

